

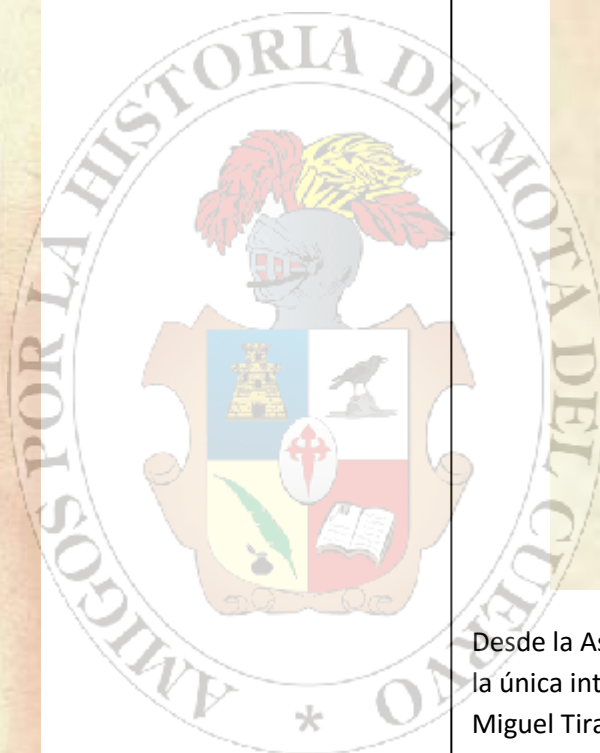
# El pueblo olvidado

Miguel Tirado Zarco



colección Rocinante

PEREA EDICIONES

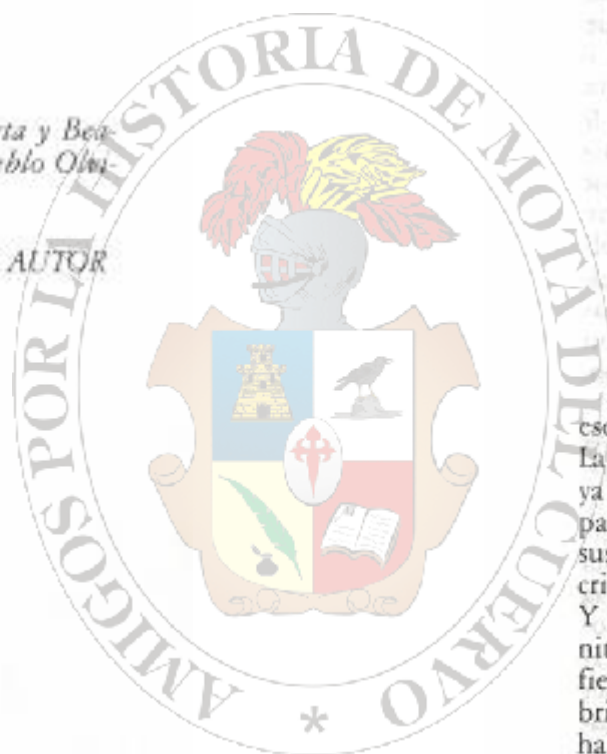


Desde la Asociación de Amigos por la Historia de Mota del Cuervo, con la única intención de rendir el homenaje y el respeto debido a Don Miguel Tirado Zarco en juicio de todos los que le conocieron, excelente profesor y mejor persona, siempre orgulloso de su raíces Moteñas, por ello por expreso deseo de que su obra estuviera siempre a la disposición del público con el fin de fomentar ahora y siempre la educación y la cultura , así como por expreso deseo de su familia, les

## DEDICATORIA

*A mis queridas hijas Cristina, Marta y Beatriz, verdaderas entusiastas de «El Pueblo Olvidado».*

EL AUTOR



## CAPITULO I

### EL VIAJE

Corría el año 1410 entre lo trágico y lo fantasmagórico en ese espacio de terreno denominado Corazón de la Mancha. La Peste Negra, el hambre y la muerte se venían enseñoreando ya muchos años de la zona, haciendo casi imposible la vida para aquellas familias heroicas que continuaban roturando sus tierras. Habían ido «capeando el temporal» con gran sacrificio y esfuerzos, muriendo casi la mitad de la población. Y la llegada del fatídico y cruel año 1410 vino a barrer definitivamente todo vestigio humano en este lugar, pues unas fiebres tercianas (fiebre intermitente en la que el acceso febril aparece cada tres días) fueron eliminando a sus escasos habitantes, a excepción de una familia de un pueblo de Cuenca, que prefirió abandonar el lugar intentando salvar sus vidas. Parece ser que las lagunas, casi desecadas, fueron las artífices de tan cruel castigo.

Otros muchos pueblos de la comarca también desaparecieron, de los cuales unos no volvieron a aparecer, ya que su

destrucción fue total, y otros se unieron constituyendo un nuevo pueblo. Pero del que aquí tratamos sólo fue olvidado durante 114 años, hasta que unos familiares de aquellos que dejaron el pueblo decidieron venir a ocupar el espacio que por ley les correspondía.

Y así, una mañana del mes de septiembre de 1524, esta familia, constituida por el matrimonio y tres hijos de 10, 9 y 5 años, salían de un pueblo de Cuenca. El medio de transporte era un carro de dos ruedas, entoldado y protegido por unas esteras, tirado por una borriquilla robusta y de fuerte constitución. Traían consigo una mesita, cuatro sillas, dos colchones de lana pequeños, cinco mantas, varios útiles para cultivar la tierra, alguna ropa, útiles de cocina, un saco de cebada y otro de trigo, y alguna cosa que sus tíos les pusieron sin que ellos se diesen cuenta, como cebada tostada, tocino, etc.

Como el peso era en algunos momentos demasiado para el animal, los mayores iban casi todo el tiempo andando, cogidos a la parte de atrás del carruaje; el pequeño Francisco, sentado, en el interior del carro.

Les sorprendió la noche cuando llevaban casi la mitad del camino recorrido, por lo que decidieron «desenganchar» la borriquilla para que descansase, al tiempo de darle de comer un poco de grano y paja. Atrancaron las ruedas del carro con grandes piedras y pusieron los mozos para mantener el vehículo recto, con objeto de poder dormir todos en el interior del mismo. Hicieron un fuego protegido por unas piedras; asaron unas «tajás» de tocino y unos chorizos, que les sirvieron de cena; con abundante pan; un poco de queso les sirvió de postre.

Como hacía un fresquito que iba acentuándose según la noche tomaba cuerpo y gran oscuridad, sólo se apartaron de

la lumbre, que ofrecía abundantes ascuas, cuando decidieron irse a dormir. Había que madrugar; estaban cansados de tantas horas de viaje, andando la mayor parte de él y extendieron los dos colchones sobre las tablas del carro, cubriéndose con las mantas, dormidos rápidamente.

Antes habían protegido el fuego, a fin de evitar que en el transcurso de la noche cualquier bocanada de aire pudiese propagarlo y poner en peligro no sólo sus vidas sino el monte que había cerca de ellos.

Aún no había amanecido cuando ya Juan y María de los Angeles se encontraban junto al fuego; estaban preparando una especie de café y unos picatostes que sirviesen de desayuno.

—Juan, ¿tú crees que podremos vivir en ese pueblo?; tengo mucho miedo —le dijo su mujer, cogiéndole la mano.

—Nada hay que temer, caso de que no nos vaya bien, volveríamos a cada de los tíos; pero creo que a todos nos va a gustar.

—Dios te oiga, Juan; me preocupan más nuestros hijos. Han sufrido mucho por lo ocurrido en el Marquesado; últimamente con los tíos volvían a sonreír y ahora vamos hacia algo desconocido.

—Por ellos y por ti tomé esta decisión, María; si el terreno es como me dijeron, creo que lograremos conseguir algo positivo. Cuando veamos lo que hay determinaremos quedarnos o no. Yo espero que alguien viva allí y quizá nos dé ánimos y nos ayuden a establecernos.

—Poca cosa llevamos para empezar, pero alguien nos ayudará; me preocupa más el hecho de caer enfermos, sobre todos los niños —dijo su esposa.

—No pienses en esas cosas, ya verás como Dios nos ayudará y pronto tendremos unos terrenos propios y una casa. Bue-

no; despierta a los chicos, que ya está a punto de salir el sol —le dijo su marido.

María se dirigió al carro y cariñosamente despertó a sus tres hijos, quienes rápidamente se calzaron, ya que durmieron vestidos, y ayudaron a su padre a preparar las cosas para continuar el camino. Mientras tanto la madre preparó tres tazones de café y unos picatostes para sus hijos.

Una vez que todo estuvo a punto, decidieron continuar el camino. La mañana era soleada; sólo una pequeña brisa refrescaba el ambiente.

Juan y Miguel correteaban de un lado para otro, mientras que el padre vigilaba la marcha de carruaje, atento a cualquier incidencia que pudiese presentarse. La madre iba en el interior del carro, ya que la temperatura reinante no era muy propicia para ella. Además debía de acompañar al benjamín, demasiado pequeño para ir a pie.

Poco después se acercaba, su marido que le preguntó:

—¿Qué tal, María?

—No te preocupes, Juan, voy muy bien; la mañana es fresquita, pero las mantas nos protegen bien. ¿Y los niños? —preguntó la madre.

—Van para allá y para acá, necesitan moverse; los veo alegres —contestó el padre.

—Que no se cansen, Juan; aún tenemos para todo el día —le pidió su esposa.

—Sí, María; enseguida les llamo —contestó el padre.

Se apartó del carro y casi tuvo que gritarles, ya que se encontraban algo retirados.

—Juan, Miguel!, acercaos, cogeos al carro y no gastéis energías —les aconsejó el padre.

Ambos obedecieron a su progenitor; aceleraron el paso y rápidamente se cogieron a la parte trasera del carruaje.

—Juan, ¿tú crees que vivirá alguien en ese pueblo? —preguntó Miguel a su hermano.

—No sé, Miguel; yo creo que está abandonado. Ya sabes lo que decía el tío. Hay unas lagunas que tan pronto están llenas como secas, y son las causantes de graves enfermedades.

—Yo tengo mucho miedo, Juan; ¿habrá animales peligrosos? —le preguntó su hermano Miguel.

—No seas cobardica, Miguel, ahí sólo hay conejos y patos de agua; las personas mayores ven cosas raras en donde no las hay. Padre dice que es un buen lugar y yo así lo creo —le dijo su hermano Juan.

—¿Por qué le dicen ese nombre al pueblo? Yo creí que tenía un nombre que se confunde con el de una persona. ¿Sabes el motivo de llamarle así? —le preguntó Miguel.

—Le llaman «El Pueblo Olvidado» porque así ha estado muchos años, pero padre me decía que sus tierras áridas pero bravías, son tierras para hombres. Ignoro si hay otros motivos para llamarlo así; ya nos enteraremos —le contestó Juan.

—Pienso que te gusta la idea de ir a vivir ahí, hablas como si ya fuese algo tuyo ese lugar —le dijo Miguel.

—Padre es el que me ha ilusionado, no deja de hablar de lo que podemos hacer y eso me anima a mí —contestó Juan.

—Pues yo tengo miedo de que sea un lugar enfermizo y no podamos vivir. Espero que nuestro padre tenga razón —dijo Miguel.

En ese momento el padre se detuvo y al llegar sus hijos a su altura, les preguntó:

—¿De qué habláis tan animados?

—Me decía Miguel que tiene miedo de que en ese pueblo no podamos vivir: eso era lo que comentábamos —dijo Juan a su padre.

—No debéis preocuparos para nada, yo tengo la esperanza de encontrar un lugar bueno para vivir. Miguel, no debes tener miedo de nada; trabajaremos lo que sea preciso, tened confianza siempre en Dios —le aconsejó su padre.

—Sí, padre, así lo haremos; ya no estoy tan preocupado —dijo Miguel.

—Te ayudaremos a que ese sueño se haga realidad, padre —comentó su hijo Juan.

—Así hay que ser, hijos; la decisión es importante en la vida. Mi padre solía decirnos que un hombre decidido acompañado de la verdad y su trabajo, vence cualquier dificultad. Además vuestra madre está igualmente preocupada, y entre los tres debemos demostrarle que ese lugar será donde el día de mañana, vosotros y los que os sucedan, habléis de nosotros con orgullo. Vuestro hermano pequeño también necesita cariño y ayuda, que entre todos hay que darle en todo momento —les pidió su padre.

—Así será, padre —contestaron Juan y Miguel.

Como se iba acercando la hora de comer, pensaron que convendría detenerse, puesto que ante ellos, junto al camino, divisaron una especie de fuente de agua clara y fresca. Y así lo hicieron; detuvieron el carruaje y mientras la madre preparaba algo que llevarse a la boca, el padre y los hijos prepararon un poco de grano y paja para la borriquilla y le pusieron agua en una lata.

No muy lejos se apreciaba ya «el pueblo de los molinos», cosa que les animaba, ya que a unas dos leguas y media aproximadamente les quedaría El Pueblo Olvidado. En el pueblo que divisaban querían comprar harina blanca y de titos, ya que ambas serían importantes en su futura alimentación, al menos por ahora. Desde donde se encontraban se veían perfectamente hasta tres molinos de viento, allá sobre la sie-

rra o motilla. Esto les llamó a todos la atención, pues era la primera vez que los veían, aunque habían oído hablar de ellos en muchas ocasiones.

—Padre, a Miguel y a mí nos gustaría ver uno de esos molinos —le dijo su hijo Juan.

—Los veréis dentro de muy poco; tenemos que ir a comprar harina de hacer pan y harina de «titos». Subiréis conmigo y veremos uno de ellos; yo también tengo curiosidad por saber cómo son —les dijo su padre.

Y así fue. Como el camino tenía su trazado en la misma falda de la sierra, detuvieron el carruaje y lo apartaron a un lado del camino. Cogieron dos costales y un saquillo de tela, ya que querían tener suficiente harina por si surgiese alguna emergencia.

—María, si quieres venir puedes hacerlo; aquí nadie tocará nada aunque nos vayamos todos; además el carro no podrá moverse del lugar donde está.

—No, Juan, prefiero quedarme aquí con Francisco; luego me dices cómo son —dijo la madre.

—Como tú quieras; bueno, hijos, vamos para arriba, no perdamos tiempo —les invitó el padre.

El primero de los molinos distaría de ellos algo más de mil pasos y desde allí les impresionaba su aspecto; parecía un gigante con cuatro brazos enormes, que no dejaba de mover. Poco a poco fueron ascendiendo por un camino tortuoso y estrecho. Delante iba el padre, cogido el ramal de la borriquilla; los dos jóvenes detrás.

Al fin llegaron frente al molino al que no dejaban de mirar con ojos mitad sorpresa mitad admiración. La puerta de entrada no era muy grande, de madera fuerte y gruesa; sus goznes chirriaban, señal inequívoca de no haber sido engrasados hace tiempo. Una estrecha y empinada escalera de ca-

racol unía la parte baja con los dos pisos. Ventanas pequeñas en ambos pisos y un enorme palo que bajaba desde la cubierta hasta casi tocar el suelo, bien amarrado a una especie de hito, les llamó la atención.

De pronto, un hombre vestido con un pantalón cogido a la altura de los tobillos, una especie de blusa anudada a la cintura, un pañuelo cubriéndole la cabeza y unas alpargatas, salió del molino.

—¡«Buas» tardes, amigos!; «vusotros» no sois del lugar —les saludó con una gran sonrisa bonachona y jovial.

—No, buen hombre, venimos de paso; muy buenos días. Queremos comprar harina de pan y de titos, si es que podéis vendernos —le dijo el padre.

—«Pa» eso estamos aquí, «pa» cambiar y vender. ¿Cuánta querís? —le preguntó el buen hombre.

—Traemos dos costales para la harina de pan y un saquillo para la harina de titos, ¿puede ser? —volvió a preguntar el padre.

—«Coroque» sí, «pos» ahora «mesmo» acabo de moler; «entoaavía» está calentica —contestó el molinero.

—Si puede llenarnos los tres sacos según le he indicado, lo hace, y si no la que pueda. También quisiera me indicase cómo guisar la harina de titos, pues nosotros no lo hacemos bien —le pidió el padre.

—«Vusotros» lo que «querís» es guisar «gachas», ¿Eh? —le preguntó el molinero con gesto bonachón.

—Sí, eso, gachas; dicen que por aquí las hacen muy bien —le dijo Juan, el padre.

—No te «procupes», hombre; cuando te las comas te vas a chupar los «deos». Pon bien la oreja y verás qué gachas vas a preparar. Mira, partes unos cachos de tocino, los pones en una sartén y los fríes con magro y costillas; «también» un po-

co de hígado. Cuando esté «to» bien «retostaico», lo sacas de la sartén y echas pimentón, harina de titos «carculando» un cucharón por persona y sal; «to» esto bien refrito. «Dispués» se añade agua y las dejas cocer, pero sin dejar de moverlas, así no se pegan. Cuando veas que pedorrear o dan «resoplíos», ya están «pa» comer.

—Gracias, no se me olvidará; cuando venga otra vez le diré cómo salieron —le dijo Juan.

—«Pos», ¿a «ónde» vas «po» aquí? —preguntó interesado el hombre.

—Vamos a un lugar que le llaman «El Pueblo Olvidado» —le contestó Juan.

—Querías «icir» se llamaba; es un lugar abandonado hace más de un ciento de años. Yo «arrecuerdo» lo que «icía» mi «agüelo» «dese» pueblo y me se ponía los pelos de punta —le dijo el buen hombre, haciendo un gesto raro con la boca.

—Entonces, ¿no vive nadie ahí ahora? —preguntó interesado Juan.

—Ni «agora» ni nunca que yo «arrecuerde», así que mal camino llevas; «po» allí no hay ni animales, las lagunas se los «trajelan» contestó el molinero, nuevamente con una mueca rara.

—Pero, alguien pasará por allí, ¿no? —insistió Juan.

—Mira, amigo «gañanes» de las casas ricas daquí van «po» allí de mancha y cuentan y no acaban de las cosas raras que pasan y ven —dijo el hombre gesticulando.

—Pero eso sería antes, ahora supongo que no será así —dijo Juan, a ver qué decía ahora.

—«Agora» tanto o más; «antaño» los «segaores» icían que les entraba una «sudaera» cuando «vían» esas «sirpientes» entre las mies. Muchos día al «vantarse» estaban «temorizaos»

de tanto bicho que salía de los «abujeros» —le dijo el molinero.

—Pienso que no será tanto; de todas formas iremos a echarle un vistazo —insistió Juan.

—«Po» allí en primavera y verano te entra una «picaera» y te «tiés» que «rimangar» «pa» rascate mejor. Y no son «hablaurías», «pos» mi primo que es un buen «galafate», está «repiso» de haber estado allí. «Entoavía» está «rifriao» de la «enfremedá» que agarró allí —contestó el hombre, como queriendo convencer a Juan.

—Bueno, no se preocupe, ya veremos todo ese lugar y como he de venir por aquí más veces, le informaré de cómo está —le dijo Juan, con intención de terminar la conversación.

Les proporcionó unos cuarenta kilos de harina blanca y cuatro kilos de harina de titos. Luego les subió a la cubierta para que viesan el eje, el cual les llamó la atención y la «ruda catalina». Les indicó que la parte más elevada del molino era el «fraile». En el segundo piso las piedras de molturación, la linterna, la tolva, la canaleja y otras más. En el primer piso vieron cómo a través de un canalón se llenaban los sacos de harina de titos. Y en el piso bajo vieron otro canalón por el que bajaba la harina blanca; también vieron el «contrapeso del alivio». Les dijo que un molino de viento tenía unas setenta y cinco piezas, muchas de las cuales ya habían visto; les faltaba ver las «madres», los «marranos», el palo llamado «gobierno» que hace girar la cubierta, el hito de amarre, la piedra rebote, el borriquillo, etc. Terminó diciéndoles que la parte más baja recibía el nombre de el «Muertos».

—Muchísimas gracias, ha sido muy interesante ver esto —le dijo Juan, dándole una palmadita en la espalda, en señal de agradecimiento por la explicación.

Sus hijos, Juan y Miguel estaban impresionados, no sólo por lo que habían visto, sino por lo que había contado del lugar hacia donde se dirigían.

—Como «vustros» no sois «daquí» os «paice» raro «to» esto —les dijo aquel hombre, al ver los rostros de los tres.

—Desde luego, pero vale la pena verlo. Bueno, ya nos vamos; ahí tiene usted el importe de la harina y gracias otra vez por todo dijo Juan, queriendo agradecer las atenciones del molinero.

—¿«Sus vais» ya? «Pos na», aquí me «tenís» «pa» lo que haga falta —les ofreció el buen hombre.

—Gracias, gracias por todo señor... —le dijo Juan.

—«Celi»pe, yo soy el hermano «Celi»pe —contestó rápidamente.

—Pues, hasta otro día, señor Felipe —se despidió Juan.

—Tener «cudiao» y bajar «dispacio»; y «vustros», «chico»tes, si el «burrico» no anda, le «arrempujáis» una «miajá», que «pa» eso sois «mester» —les advirtió y aconsejó el molinero, acompañándoles hasta la puerta.

Bajaron despacio, cuidando de que la borriquilla no tropezase, pues la senda era a veces demasiado estrecha y podría despeñarse.

Cuando llegaron junto al carro, la madre estaba nerviosa, ya que había sido mucho el tiempo que llevaba esperando.

—Pero, Juan, ¿cómo habéis tardado tanto? —le preguntó su mujer.

—Nos hemos encontrado con un buen hombre y nos ha estado dando pelos y señales del molino, cómo es, cómo funciona, piezas que tiene. También nos ha dicho algo sobre el lugar hacia donde vamos le contestó su esposa.

—¿Bueno o malo? —preguntó su mujer.

—Pienso que son historias y dichos poco creíbles. Parece

ser que exageran y hablan de cosas que otros les dicen: ya sabéis el refrán que dice: «De lo que no veas, la mitad creas» —contestó su marido.

—¿Le ha dicho si vive gente ahí? —preguntó nuevamente María.

—No, dice que ni ahora ni nunca desde que desaparecieron sus vecinos, pues dicen que murieron todos; así como te lo digo. Sólo van allí a roturar las tierras; precisamente ese detalle me demuestra que no presentará grandes problemas el vivir. Si cultivan terrenos y recogen sus productos, ¿por qué no viven? A ver si es que no interesa que aquello se habite y han creado una leyenda o historias que sólo existen en las cabezas de algunos que se aprovechan de ellas —le contestó su esposo.

—Todo es posible, Juan; pero si fuese lo que tú dices, las gentes de aquí ya las hubieran ocupado hace tiempo —dijo su esposa.

—No lo creas, María; toda esta zona está poco habitada y tienen suficientes terrenos. Nadie tiene necesidad de ir a un lugar del que se cuentan cosas no muy agradables. Además, creo que se están apoderando de esos terrenos día a día, sin prisas; por lo que les interesa que se digan cuantas más cosas mejor —le dijo su esposo.

—Quizá lleves razón, Juan —le dijo María.

—Vamos, padre; yo tenía miedo, pero comprendo lo que quieres decir, aunque soy aún un niño —dijo Miguel.

—Eso creo yo también, padre —comentó Juan.

—Así hay que ser querida María y queridos Juan y Miguel. Sabíamos que el lugar encerraba sus peligros y decidimos venir. Ahora que ya sabemos más cosas, podéis apreciar que no será tan difícil vivir allí; puesto que parte de sus tierras

las cultivan gentes de aquí y me supongo que otros pueblos harán lo mismo —dijo el padre.

—Pues, adelante Juan, continuemos nuestro camino —dijo María.

Con la mayor rapidez posible dejaron los sacos de harina en el fondo del carro, engancharon la borriquilla al mismo e iniciaron la última etapa de su camino.

Aquel camino era mucho peor de lo que habían pensado en principio, muy estrecho y con abundancia de desniveles, por lo que apenas a unos dos mil pasos, Juan preguntó a un gañán que araba unos terrenos si no había otro camino o vereda por donde ir. Les indicaron fuesen por la Vereda y dejasen los caminos, que aunque no estaba muy bien, se podía circular, dada su anchura.

—Vayan por la Vereda, pero con «cudiao»; hay cachos que están como un «reliso», pero hay otros que «paicen» sendas «efaratas» les dijo el gañán.

—¿Llega hasta el pueblo olvidado? —preguntó Juan.

—«Po» allí pasa, pero, ¿vais a ese lugar «vusotros»? —les preguntó el gañán con cara de sorpresa.

—Sí, allí queremos llegar —volvió a contestar Juan.

—«Po» tener «cudiao» de no quedarse allí, hay «sirpientes», ratas y mosquitos. Yo soy un «cagarrica» y un día que fui, me vine «ascape» —dijo de nuevo el gañán.

—Daremos una vuelta a ver si nos gusta —le dijo Juan.

«Vosotros verís», no entréis muy «adentro» por si «tenís» que «acular» —dijo aquel hombre.

—Gracias, así lo haremos; buenas tardes —dijo como despedida Juan.

—«Buas» tardes —contestó el gañán al tiempo que se alejaba.

Tomaron la Vereda que les indicaron y tras largas horas de



lento caminar, divisaron no muy lejos del camino que llevaban una ermita en no muy buenas condiciones y unas edificaciones junto a ella, en peores condiciones aún. Daban la impresión de ser refugio de los gañanes que por aquella zona iban sólo a roturar las tierras.

Se detuvieron allí y observaron los alrededores; a unos quinientos pasos a su derecha, vieron a dos agricultores que con dos pares de mulas roturaban tierras cercanas a una gran laguna.

—Esperad aquí, voy a hablar con estos labradores. Espero que me puedan informar de la situación de este lugar —dijo Juan a su esposa e hijos cuando se alejaba.

María y sus tres hijos se quedaron junto al carro, mirando cómo el padre se dirigía al lugar donde estaban los labradores, los cuales ya se habían dado cuenta de su presencia.

Juan fue observando los terrenos y comprobó que parte de ellos los cultivaban, aunque había zonas que estaban abandonadas. También observó que aquella laguna debía desecarse parte del año y en otras épocas desbordarse; los indicios eran claros. Cuando llegó a la altura de los labradores, vio cómo éstos se les quedaron mirando como si se tratara de un bicho raro; no era para ellos normal ver por allí gente de paso. A aquel lugar siempre iban los mismos.

—Buenas tardes nos dé Dios, amigos —les deseó Juan.

—«Buas» tardes y Dios le guarde —contestó uno.

—¿A «ónde» va por estos lugares? —le preguntó el otro.

—Venimos de tierras de Cuenca y nos gusta esta zona, por eso nos hemos detenido. ¿Viven ustedes aquí? —les preguntó Juan.

—Aquí no vive «naide», esta laguna de «aparencia» buena, mata a «tos» los que se arriman; «manque» nos vea aquí, estamos descandido de «spanchar» lo que nos queda y «gol-

vers» al lugar. Aquí viven «na» más que las «burracas» —le dijo uno de ellos.

—Pues el terreno no parece malo, ¿de dónde vienen? —preguntó Juan.

—«Nusotros» «semos» de «La Toba», y trabajamos «pa» nuestro amo. «Tamién» vienen los del pueblo de los molinos «po» aquí de «contino» —le dijo el otro.

—«Nusotros» no sabemos «na», «pos» apañamos lo que nos «toca» y presto al lugar. Cuando nos quedamos a dormir aquí, por la noche nos «ciscamos». «Lo» esto está endemoniao y te pegas «ca» susto —dijo esta vez el que habló en primer lugar.

—Parece que hay caza, ¿no? —preguntó Juan—. Era un detalle que le interesaba saber por la cuenta que le podría traer.

—Sí, hay «muchismo» conejos y «liebrascos» —contestó el segundo.

—¿Hay por aquí cerca más casas o ya no hay nada más que éstas? —seguía preguntando Juan.

—Hay «dificios» rotos, que son «cutrichiles» para animales, ratas, «sirpientes» y «musquitos» tan grandes como el puño, que te «espiazan» los brazos y «to» el cuerpo —contestó el más hablanchín.

—¿Están cerca de aquí? —preguntó Juan.

—«Pos» mía, a poco rato «daquí», al «lao» de un cetrero —contestó el más parco en hablar.

—Gracias, amigos; quizá seamos vecinos si nos gusta esto —les dijo Juan, pues le interesaba saber lo que dirían ellos.

—Vayan más «palante» y no sean «inorantes», aquí «fenece» hasta los «mismos» animales; tengan «cudiao» no vayan a estar «repisos después» —le recomendó el más amable de los dos.

—Nos quedamos unos días y si vale la pena continuaremos hasta que podamos. Si esto es como dicen, volveríamos a nuestra tierra —les dijo Juan.

—«Pueque» sea más «presto» de lo que «pensís» —le dijo el más serio como asegurando su marcha.

—«Piazos» de tierra hay muchismos; si no «tenís problemas» a lo mejor «salís palante» y no «sus vais» de «po» aquí —le comentó el más sensato para él.

—A ti que «timporta», deja «quellos» hagan lo que les «paizca»; al amo no le gusta que digamos «na» —le reprochó el más serio.

—De todas formas, muchas gracias; ya veremos lo que hacemos; ¡hasta luego y gracias de nuevo! —les dijo alejándose hacia el lugar en donde le esperaban su esposa y sus tres hijos.

—No las merece, «dista» luego y muchísimo «cudiao». Si «necesitan» agua, es «güena» la de los dos pozos —le dijo el más agradable, pues el otro parecía hablar con miedo.

Juan volvió hacia el lugar en donde habían quedado su mujer y sus hijos, los cuales no les habían quitado ojo desde que se separó de ellos. Estaban en una zona que, además de ser desconocida para todos, habían oído decir cosas extrañas; por lo que no podrían estar desprevenidos a cualquier contingencia.

Quando Juan llegó junto al carro, su mujer le preguntó:

—¿Qué te han dicho, Juan?

—Pienso que cosas muy interesantes, lo que me convence de que aquí se puede vivir, y estas tierras las están cultivando labradores de los pueblos de alrededor. Todo esto sigue perteneciendo a los primeros habitantes que poblaron esta zona. Hablan mucho y dicen muchas cosas, pero ya ves que todo esto tiene vida. No comprendo lo que ocurre, pero me

huele a «chamusquina» —les dijo Juan a su mujer y a sus hijos.

—Entonces nuestros tíos, ¿tendrán algo aquí? —preguntó sus hijo Juan, al oír lo que su padre había dicho.

—Naturalmente que sí, quizá algunos de estos terrenos o alguna casa de las que haya, pertenecieran a nuestros antepasados. Lo que ocurre es que este lugar se rodeó de misterio y al morir casi todos ellos, nadie ha pensado en venir por aquí —le contestó su padre.

—¿Qué hacemos Juan, continuamos más o nos quedamos aquí? —le preguntó su mujer, viendo que se hacía tarde.

—Me han dicho que siguiendo la Vereda, a mano izquierda, veremos unas casas casi destruidas. Me supongo que serán aquellas que se ven en aquel promontorio. Así que vamos hacia allá antes de que oscurezca; echaremos un vistazo a todo aquello y mañana iniciaremos nuestra tarea —le contestó su marido.

María cogió en brazos al pequeño Francisco y lo subió al carro, haciéndolo ella a continuación. Juan sujetó el ramal de la boriquilla e iniciaron la marcha. Sus dos hijos mayores se cogieron a la parte de atrás del carro, andando alegremente.

Al llegar a las cinco o seis casas que se encontraban en la ladera del pequeño cerro comprobaron que estaban en lamentables condiciones de habitar. No obstante, vieron que no sería difícil reconstruirlas aprovechando la mayor parte de ellas. Decidieron desenganchar al dócil animal y pasarlo al interior de una de las edificaciones, en una especie de corral. Le prepararon una pastura de grano y paja, pues bien ganado se la tenía.

El carro lo sujetaron con grandes piedras, delante y detrás de las ruedas; también bajaron los «mozos» y lo dejaron en

posición horizontal, ya que pasarían la noche en el interior.

Una vez hechos todos los preparativos encendieron un fuego protegido por buenas piedras, pues tenían que preparar la cena y les serviría de ayuda en estas noches frías en esta época del año en un clima tan extremado como el existente en aquellas inmensas llanuras manchegas que parecen no tener nunca fin.

—María, me llevo a Juan y a Miguel conmigo; vamos a dar una vuelta antes que oscurezca. Nos interesa saber cómo está esto. Traeremos agua para beber, que ya no tenemos. Nos llevamos la cántara para llenarla. Prepara la cena y no te separes del niño, nosotros nos iremos lejos; supongo que regresaremos rápidamente; si nos retrasamos algo, no te pongas nerviosa —le pidió su esposo, dándole una palmadita en la espalda.

—Por favor, ten cuidado, Juan; yo prepararé todo mientras tanto —le pidió su esposa.

—Queda tranquila, María; volveremos enseguida —le dijo como despedida su marido.

Junto a sus dos hijos, recorrió casa por casa comprobando el mal estado de casi todas ellas; sólo una parecía estar mejor conservada, precisamente una intermedia. Quizás en un par de días podrían adecuar unas habitaciones adecentándola o construirse una nueva; dependería de si decidían quedarse o no. Por lo pronto se arreglarían como mejor pudiesen, después Dios diría.

Vieron un buen pozo de agua hacia el sur, junto a la Vereda; por allí los terrenos estaban abandonados en una extensión grandísima. También había cantidades enormes de encimas, conteniendo muchas bellotas de color verde y gran tamaño. Después dieron la vuelta, pasando por la parte oeste y fueron a desembocar al este, en donde se encontraba

la laguna, que presentaba no mucha agua y un aspecto salvaje. Hubo momentos que la abundancia de carrizo y matorrales les llegó a impresionar. Su presencia hizo que algunas aves levantasen el vuelo, pues para ellas no era normal ver por allí a gente a esas horas; también vieron muchos conejos y aves nocturnas.

Como la oscuridad se les venía encima, decidieron regresar; cuál no sería su sorpresa al descubrir otro pozo de agua en el camino de regreso; debería tratarse de ese segundo pozo que aquellos labradores les habían anunciado. Estaba oculto por la abundancia de vegetación en esa zona y no lo descubrieron hasta que estaban junto a él. Ya llevaban llena la cántara, pues ignoraban la existencia de este pozo allí, habían creído que estaría al otro lado del pueblo destruido.

Fueron observando durante todo el tiempo la abundancia de liebres y conejos, que aparecían por cualquier parte. Era un detalle importante para ellos, ya que uno de los problemas más graves que se les podía presentar sería la falta de alimentos.

Cuando regresaron al punto de partida era completamente de noche y hacía varias horas que estaban recorriendo aquel lugar.

María ya tenía la cena preparada y se encontraba sentada junto al fuego con el pequeño Francisco en brazos. Al verlos llegar, oyendo las voces que daban su rostro se alegró; cogió a Francisco de la mano y se puso de pie no muy lejos de la lumbre que iluminaba un buen espacio.

—¿Qué tal, Juan?, ya me teníais preocupada. Dijiste que volveríais pronto y habéis tardado mucho tiempo. Esta oscuridad impresiona y tanto Francisco como yo teníamos miedo —le dijo su esposa.

—Perdona, María, nos hemos entretenido y apenas si nos

hemos dado cuenta; veníamos preocupados por vosotros, no volverá a ocurrir, te lo prometo —le contestó su esposo.

—¿Qué impresión has sacado, Juan? —volvió a preguntarle su mujer, interesada en saber algo.

—Aún es pronto para saber cómo está todo esto, ya que se nos iba la luz y nos hemos visto obligados a dar una vuelta rápida. Pero, no obstante me parece un buen lugar; hay mucha leña, agua buena, abundante caza y terreno a elegir. Estoy impaciente porque se haga de día y poder revisar palmo a palmo toda la zona; creo que Dios nos ha traído a un verdadero paraíso —le dijo su marido.

—¡Qué alegría me das, Juan. Trabajaremos todos lo que sea necesario e intentaremos que este pueblo vuelva a resurgir —dijo con alegría en los ojos su esposa.

—Lo que he visto me ha gustado, madre —le dijo su hijo Juan.

—También a mí, madre, también a mí —dijo Miguel.

—Me alegro de que esto os guste, pero ya me teníais preocupada, pues habéis tardado mucho tiempo en regresar. El pobre Francisco no hacía más que preguntar por vosotros y por padre —les dijo María a sus dos hijos.

—No te puedes imaginar las cosas que hemos visto —volvió a decirle su esposo.

—Venga, por favor, cuéntame algo más; no me has dicho nada y tengo muchas ganas de saberlo —le pidió a su esposa.

—Aquí cerca hay cuevas naturales, así como en la parte noroeste. No nos ha sido posible pasar a ellas, pero parece que han servido de viviendas a los primeros habitantes y desde hace muchos años habrán sido guarida de toda clase de animales. También hay muchas encinas; hemos podido ver que

tienen enormes bellotas —le dijo su marido, realmente emocionado.

—¿Habéis visto muchos animales?, aquí he visto que abundan las ratas y sobre todo los conejos; al principio me asusté, pues algunos son enormes —les dijo María.

—Sí, los conejos deben ser abundantes; se ven muchas bocas en cualquier parte, además hemos visto muchos. Referente a las ratas, es natural que abunden, aunque pienso que no son tantas como aparentan. Como ya era tarde sólo hemos percibido la existencia de pájaros y aves nocturnas; supongo que la laguna será lugar ideal para toda clase de aves acuáticas; ya lo veremos mañana —le comentó su esposo.

—Bueno, la cena ya lleva preparada bastante tiempo; deberíamos cenar y acostarnos, todos estamos muy cansados del viaje, ¿no os parece? Mañana haremos lo que haya que hacer —dijo María, con palabras cargadas de cariño.

—Así es; vamos a cenar y mañana Dios dirá —dijo su esposo.

Como había un fuego bien alimentado, proporcionaba suficiente luz y un calor agradable, pues la noche era fresquita; esto les hacía más agradable su estancia en esos momentos.

Aunque habían sacado la mesa, no se sentaron a su alrededor, sino que lo hicieron junto al fuego. Sólo se percibía el sonido de algunas aves nocturnas y el correteo de roedores; todo esto impresionaba, ya que el silencio era total, además de presentarse una noche muy oscura. Una leve brisa fresca animaba el fuego, cuyas ascuas abundantes y enormes coloreaban el ambiente.

María había preparado una sopa primero y para después tenía cortados unos trozos de tocino vetado, a fin de asarlos en el fuego. Durante la cena no dejaron de comentar las in-

cidencias del viaje y especialmente repetían una y otra vez las cosas que pensaban llevar a cabo nada más amaneciese. Llegaron a la conclusión que la primera impresión fue favorable y recordaron el proverbio: «el primero que da, da dos veces».

Finalizada la cena, el padre con ayuda de sus dos hijos mayores bajaron del carro casi todo lo que en él llevaban; dejaron algunas cosas en las «bolsas», colocando encima los tableros sobre los que extendieron los colchones y las mantas. Protegieron bien la parte de atrás con un trozo de lona y los laterales con las esteras.

María y el pequeño Francisco fueron los primeros en subir al carro, después lo hicieron Juan y Miguel. El padre alimentó el fuego con varios trozos de madera de encina allí abundantes; había que procurar que no se apagase el fuego. También lo protegió aún más de lo que ya estaba, colocando a su alrededor enormes piedras. Revisó todo cuidadosamente, no era momento de dejar nada fuera de control. Viendo que no había nada anormal, decidió irse a descansar.

Echó una última ojeada a la borriquilla, que se había comido la pastura que le habían proporcionado. La encontró mucho más tranquila, pues los ruidos de las aves nocturnas le ponían nerviosa.

Sus tres hijos dormían plácidamente, aunque la estrechez era grande; pero el cansancio y un silencio sepulcral fueron factores decisivos. Quien no se había dormido aún era María; vigilaba el tranquilo sueño de sus hijos.

—¿Te ocurre algo, María? —le preguntó su marido.

—Nada, estoy rendida y no puedo conciliar el sueño. Los nervios y las emociones me tienen como agarrotada —le dijo María.

—Relájate y duerme tranquila, yo me sentaré aquí arro-

pado con una manta y recostaré mi espalda en esta parte; así podré dormir y vigilar —le dijo a su esposa.

—Puedes echarte y dormir al menos un rato; nos esperan días de mucho trabajo y es necesario que descanses —le dijo su mujer.

—No te preocupes, María, dormiré bien; estoy cansado y lo conseguiré —le contestó su esposo.

Aún colocó Juan una manta de parte a parte de la entrada del carro, con objeto de evitar el frío de la noche y la luz temprana de la mañana.

Poco después Juan dormía; el trabajo continuado, el viaje, la emoción y la esperanza, hicieron posible que se rindiese ante un sueño reconfortante.

Sólo Dios sabía lo que a esta intrépida familia le aguardaba en aquella tierra que llevaba más de cien años abandonada y rodeada de múltiples misterios y leyendas.



## CAPITULO II

### EL PUEBLO OLVIDADO

Mucho antes de que un leve resplandor apareciese por el saliente, Juan ya se encontraba haciendo preparativos, pues sabía que la jornada resultaría de intenso trabajo. Había alimentado el fuego, que se mantuvo durante la noche con abundantes ascuas y a esas horas estaban a punto de desaparecer. Un puchero junto al fuego hervía. Lo separó de las enormes ascuas y le puso cebada tostada, con objeto de que cuando su mujer y sus hijos se levantasen, se encontraran con el café preparado.

También le preparó una pastura a la borriquilla y le dio después agua, ya que le esperaba un día muy movido. Observó que ésta se encontraba muy nerviosa, quizá por el correteo casi continuo de ratas y conejos, que a esas horas era abundante, o el ulular de las aves nocturnas.

Juan había dormido poco, no sólo por la incomodidad del lugar, sino por la impaciencia que sentía dentro de sí. Aquel día podría ser para su familia y para él, uno de los más importantes de su vida.

La temperatura reinante en esos momentos era muy agradable, quizá después fuese más fría, puesto que las mañanas en esa época del año solían tener unas horas muy fresquitas. Quería aprovechar aquel silencio y sosiego para ordenar sus ideas; en algunos momentos sentía cómo un escalofrío recorría su cuerpo. A veces pensaba que allí iniciarían una nueva vida, conseguirían llevar más gente y poco más tarde sería pueblo hecho. Lucharía con todas sus fuerzas para que aquel PUEBLO OLVIDADO volviese a ocupar el lugar que en aquella zona le correspondía.

Aunque también bullía en su mente la idea de que todo lo que de allí decían fuese verdad y se viesen obligados a regresar al punto de partida. Si fuese esto último, recibiría una gran desilusión, ya que lo poco que pudo ver la tarde anterior le gustó mucho.

El burbujeo repentino del líquido contenido en el puchero hizo mover intermitentemente la tapa, lo que le hizo olvidarse por unos momentos de aquellos pensamientos que martillaban su cabeza. Retiró el puchero de las ascuas, dejándolo a un lado con el fin de que no perdiese todo el calor, pues su mujer y sus hijos estaban a punto de levantarse, ya que había oído hablar en el interior del carro.

En ese momento el esplendor del sol iluminaba el hogar y un buen número de pajarillos dejaba oír su trinar dando la bienvenida a aquella familia de intrépidos. Era una mañana templada, apenas sin brisa; el silencio sólo era roto por el vuelo de innumerables aves acuáticas, el gorgojar de abundantes pájaros y el ruido de las idas y venidas de los también numerosos roedores.

Decidió preparar unas trampas y lazos a fin de cazar algún conejo, allí abundantes. La comida de la que disponía era escasa y sería preciso recurrir a la caza de animales. Tam-

bién había observado que las encinas que poblaban la zona producían una variedad de bellota dulce apropiada para la alimentación humana. Eran de gran tamaño y como ya habían madurado, presentaban una cáscara color castaño oscuro; tenían un brillo especial que las hacía más apetecibles.

Pensó que mientras los demás miembros de la familia se levantaban y desayunaban, él colocaría los lazos y trampas. Con un poco de suerte, comerían carne fresca ese día. Sin decir nada a su mujer e hijos se alejó con paso decidido y rápido.

Apenas transcurridos unos minutos, María bajaba del carro al tiempo de decir a sus dos hijos mayores:

—No hagáis mucho ruido y dejad que Francisco continúe durmiendo. Vuestro padre ha debido ir a preparar algunas trampas y regresará pronto. Tomaremos un tazón de café y pan; como está un poco duro haremos sopas y estará mejor.

Ambos descendieron del carro de la manera más sigilosa posible y se sentaron junto al fuego, pues en esos momentos apetecía no alejarse mucho de la caricia de aquel calorcillo que despedían unas enormes ascuas.

Su madre le dio a cada uno un enorme tazón de humeante café, así como un trozo de pan que había colocado junto al fuego anteriormente con objeto de que su dureza desapareciese. Ella también se sirvió otro tazón con su correspondiente trozo de pan.

Todos desayunaban en un mutismo prolongado, con los ojos puestos en las llamas que despedían unos enormes trozos de madera de encima colocados en la lumbre. Daba la impresión como si cada uno de ellos se encontrase inmerso en su mundo y no le importase todo aquello que le rodeaba.

En realidad no era así, en la mente de todos se amontona-

ban las mismas preguntas: ¿Qué ocurriría hoy? ¿Había sido una locura desplazarse allí? ¿Sería peligroso aquel lugar? ¿Sobrevivirían a aquella aventura?

El mutismo fue roto por los gritos que daba el padre llamando a sus hijos y a la esposa. Se acercaba con paso muy rápido, casi corría.

—Juan, Miguel, María! —repetía una y otra vez.

—¿Qué ocurre, Juan? —preguntó su esposa al llegar a su altura.

Este llegó casi sin aliento, su respiración era entrecortada y se le atragantaban las palabras. Abrazó a su esposa y a sus hijos, diciendo:

—¡Esto es maravilloso! Jamás pude pensar que todo este terreno encerrase tanta riqueza; aquí se puede cultivar de todo. Además hay toda clase de animales para asegurar nuestra comida.

—¿Qué alegría, Juan! —dijo casi llorando, María.

—¿Qué felicidad, padre! —dijeron sus hijos.

Los cuatro se fundieron en un apretado abrazo manifestando la gran alegría que les embargaba.

—Hay que dar gracias a Dios por habernos dirigido hacia aquí.

—Así se hará, Juan; se lo agradeceremos —dijo María en nombre de todos.

—Pero, sabed que tendremos que trabajar mucho; todo el terreno es bueno, muy bueno, pero hay que limpiarlo y cultivarlo. Esto nos llevará mucho tiempo y necesitaremos de todas nuestras fuerzas.

—Trabajaremos lo que sea preciso —dijo María.

—Te ayudaremos con todas nuestras fuerzas, papá —dijeron sus dos hijos.

—Bueno, pues iniciemos la tarea; lo primero que hay que

hacer es preparar una habitación al menos para que nos sirva de refugio y abrigo. Pienso que ésta que tenemos aquí junto a nosotros es la que presenta mejores condiciones para su atreglo inmediato.

—Sí, Juan, yo también creo que es lo mejor —dijo su esposa.

—A nosotros nos parece igualmente la menos estropeada —dijo a su vez su hijo Juan.

—Pues, manos a la obra; hay que cortar algunos árboles y ramas. Para el tejado utilizaremos barda, por aquí abundante, carrizo y barro. Las tejas las iremos rebuscando por los tejados caídos y posiblemente encontraremos muchas en buenas condiciones aún.

Sin más comentarios cada cual se puso a trabajar en la misión que tenía encomendada. Juan y Miguel tenían que limpiar un espacio que en su tiempo sería lugar cubierto, mientras los padres cortaban algunos de los árboles que sirviesen de sostén para aguantar el tejado. El pequeño Francisco se entretenía mientras tanto correteando cerca de ellos.

Al cabo de varias horas de árduo trabajo, el aspecto del lugar elegido había cambiado completamente. Limpiaron de piedras y tierra la zona asignada a habitación, además de abundante hierba seca, mientras Juan y María habían ido armontando los árboles cortados y fuertes ramas perfectamente limpias.

Mientras realizaban su tarea, María decía a su esposo:

—Juan, había que pensar en hacer un horno para cocer el pan. Nos queda muy poco y lo que hay está duro.

—Ya había pensado en ello; hoy intentaremos cubrir la habitación y mañana construiremos el horno. He visto allí junto a la salida del corral, un pequeño espacio y pienso que



es el lugar ideal, ya que tiene como una chimenea en la parte de arriba.

—De acuerdo, Juan; continúa tú; pues yo voy a hacer algo de comer. Los niños llevan mucho tiempo sin comer nada y han trabajado ya mucho, deben estar hambrientos.

—Bien, haz ahora lo que puedas; esta tarde daré una vuelta por las trampas y si hay suerte comeremos carne fresca esta noche y mañana.

María cogió a Francisco que jugaba allí junto a ellos y se dirigió hacia el carro, al tiempo que pensaba lo que prepararía para comer.

Juan mientras tanto, con la ayuda de sus dos hijos mayores fue preparando los lugares en la pared en donde colocar los maderos que servirían de soporte para colocar sobre ellos maderas cruzadas y de esa forma hacer la base sobre la cual colocar barda, cartizo y barro.

—Ya está bien, hijos; podéis ir donde está vuestra madre y lavaros mientras yo voy a coger unos higos en unas higueras que he visto esta mañana, serán un buen postre.

Juan y Miguel, haciendo caso omiso a las indicaciones de su padre dejaron su tarea y se dirigieron al lugar donde se encontraba su madre preparando la comida.

Transcurrido un buen rato vieron aparecer al padre transportando el cesto de esparto totalmente lleno de higos cuya piel presentaba una tonalidad entre negra y morada, señal inequívoca de que estaban maduros y listos para comerlos.

—Tienen buen color, deben ser muy dulces —comentó María.

—No te equivocas, María, son como la miel; hay muchísimos aquí cerca. Tenemos potre para rato; me supongo que os gustarán, ¿no?

—Claro que nos gustan a todos, ya hemos comido en varias ocasiones en casa de los tíos —dijo Miguel.

—Juan, ¿has visto si hay olivas por aquí? —preguntó su esposa.

—Sí, hay varias ahí mismo; pero más al este he visto unas veinte que tienen muchas aceitunas. Iremos un día de estos y cogemos aceitunas para echar en agua; luego están muy buenas.

—Lo que sí hay son muchas bellotas; algunas son enormes —dijo Juan.

—Desde luego, hijo; también cogemos. Unas las utilizaremos como alimento y otras las tostaremos bien para después machacarlas hasta hacerlas polvo. Ya veréis qué café más bueno se hace con esto, os gustará más que el que tomamos; yo lo he tomado varias veces y tiene un sabor agradable.

—Aquí hay de todo, ¡qué suerte hemos tenido! —dijo María.

—Desde luego que sí, y otras muchas cosas que aún no hemos descubierto. A ver si hacemos el tejado a la habitación y una cuadra para la borriquilla y empezaremos a trabajar la tierra.

—Juan, no sé si te habrás dado cuenta, pero hemos tenido dos observadores no hace mucho. Han estado un buen rato mirando desde aquellas encinas y han desaparecido después.

—Quizá querían saber quiénes éramos y no se han acercado por no saber qué decir. ¿Los has podido ver bien?

—Daban la impresión de querer ver sin ser vistos. Uno de ellos parecía señalar desde donde estaba y el otro sólo observaba. Yo los he visto, pero ellos no me veían a mí.

—Después de comer iré a dar una vuelta y me acercaré por el lugar donde se encuentran labrando. Debemos tener

buenas relaciones con esta gente y así no nos verán como extraños.

—Yo te acompañaré, padre —dijo su hijo Juan.

—Si quieres puedo ir yo también —dijo a su vez Miguel.

—No, tú Miguel te quedarás con tu madre y con Francisco. Nosotros volveremos pronto, esta tarde hay que dejar colocados todos los maderos, para mañana poner el carrizo y la barda; hay que hacerlo rápido, no vaya a llover.

Aunque todos intervenían en la conversación, María no dejaba de preparar todo aquello que necesitaban para comer. Había frito unos trozos de tocino para los cuatro y queso para el pequeño; el pan lo tenía junto al fuego para que se ablandase. También había preparado un puchero de «café» con cebada tostada, con el fin de tomarse todos un buen trozo de sopas. Además contaban con aquellos higos que el padre había traído minutos antes.

—A ver si esta noche os puedo dar carne fresca —comentó María.

—Desde luego que sí, María; ahora iré a recoger lo que haya en las trampas y si hemos cazado algo bueno, te ayudará Francisco a quitarle la piel, mientras Juan y yo damos una vuelta al tiempo de hablar con quien haya por ahí.

Se sentaron todos alrededor del fuego, en unas piedras colocadas como asientos, de esta forma se encontraban más cómodos. La temperatura era más bien alta a esas horas, pero las maderas y ramas que habían colocado en la pared les daba sombra, haciendo más confortable la comida, pues en esos momentos el sol apretaba fuerte.

Durante la comida hablaron de todo aquello que pensaban hacer para tener lo antes posible unas habitaciones para cobijarse, puesto que las lluvias podrían hacer acto de presencia en cualquier momento con la consiguiente bajada de

temperaturas. Igualmente decidieron preparar otra habitación para dedicarla a «despensa» y almacén, esto era muy importante; había que hacer acopio de todos los frutos comestibles que hubiese por aquel lugar, así como de abundante leña. Allí el invierno debería ser muy duro y habría que afrontarlo con suficientes garantías de supervivencia. También pensaron en recorrer todo el terreno que les rodeaba buscando hierbas con características curativas y medicinales, pues necesitarían de ellas más de una vez. Precisamente lo que más les preocupaba era la idea de que cayesen enfermos, aquello podría echar al traste todas sus ilusiones de permanecer en aquellas «tierras de promisión».

—Hay que buscar para la borriquilla —dijo de pronto Miguel.

—No hay que preocuparse por eso, por ahí abunda. Además también la necesitaremos para hacer adobes, ya que serán necesarios algunos —le dijo su padre.

—Eso lo haremos nosotros mañana —dijo María— me ayudaréis Juan y Miguel. Mientras tanto, tú Juan puedes poner el carrizo y la barda. Luego con el barro que hagamos para los adobes puedes utilizarlo también para asentar las tejas en el tejado. Así iremos adelantando trabajo, tenemos que aprovechar este buen tiempo que tenemos.

Una vez que habían terminado de comer, Juan dijo a todos:

—Ya sabéis cada cual la misión a desempeñar, así que no perdamos tiempo.

—Por favor, no tardéis mucho en regresar, Juan —les dijo María.

—Procuraremos hacer todo lo más rápidamente posible, al mismo tiempo miraremos las trampas; me supongo que algo habrá caído.

Padre e hijo salieron hacia los lugares que debían visitar, mientras tanto María hablaba con su hijo Miguel.

—Puedes ir hacinando las maderas junto a la puerta y así estarán preparadas para cuando vengan tu padre y tu hermano. Y cuando termines, te pones a amontonar la tierra que hay detrás de aquella pared. Yo te ayudaré nada más acabe de recoger todo esto.

—Sí, madre, lo haré como dices. Las maderas grandes no puedo yo solo, pero sí recogeré lo menos pesado. ¿Quito las piedras a la tierra?

—Yo te ayudaré a colocar los palos y las maderas. La tierra no debe tener casi piedras, así que procura quitarle las que tenga.

Miguel se fue a realizar las tareas encomendadas; su madre se quedó haciendo las suyas, aparte de atender al pequeño Francisco.

No muy lejos de allí, Juan padre e hijo recorrían el terreno que les rodeaba; lo primero que hicieron fue ver las trampas que había colocado el padre. Cual no sería la sorpresa al ver que las cuatro habían sido fructíferas; habían conseguido tres enormes liebres y un conejo mucho más grande. El padre les fue estirando del cuello uno a uno con objeto de matarlos, pues así sería más fácil el transporte; no fue una tarea facilona, ya que todos eran tremendos. Les ató cuidadosamente las patas traseras y se colgó sobre uno de sus hombros dos liebres y el conejo; la otra liebre la llevaba el hijo colgada a su espalda.

Después fueron en busca de algún labrador que estuviese por allí cerca; hablarían con él y les informaría de cosas para ellos interesantes. Pero recorrieron bastante espacio y no vieron señales de que hubiese gente. Decidieron entonces irse hacia el norte, bordeando aquella inmensa laguna, la cual

presentaba un aspecto salvaje con sus enormes matorrales y extensos carrizos. Muchas aves acuáticas la poblaban, haciendo aquel lugar pintoresco y bullicioso. Observaron en sus orillas, escondidos entre la vegetación a unas enormes aves; alguna mediría setenta centímetros de alta. Presentaban denso plumaje de color pardo oscuro, la cola y la parte inferior de color blanco intenso; destacaban sus patas con un color amarillo anaranjado y un pico rojo naranja. Se trata de unas aves acuáticas que no conocía, pero se fijó en que les podrían proporcionar buena carne.

—En estos carrizales encontraremos fuertes carrizos para nuestros tejados; por allí veo muchos que están muy secos y son los que necesitamos. Nos vendrán muy bien.

—Sí, padre, hay muchos secos. También hay muchos pájaros en el agua.

—No son pájaros, son aves acuáticas; pero no sé cómo se llaman, no las había visto antes. Son muy grandes y su carne debe ser muy buena para comer. Hay que cazar alguna y así saldremos de dudas, pero ahora no; ya llevamos para unos días.

Iban distraídos hablando y no se habían dado cuenta de que al desaparecer los altos carrizales se divisaba una extensa llanura que terminaba en una pequeña elevación en la que se apreciaban edificaciones destruidas. Y no muy lejos de allí, un poco hacia la derecha se veían perfectamente varias mulas, las cuales pastaban en ese momento todas juntas. Esto les hizo pensar que no estarían muy lejos los labradores que las utilizaban para roturar la tierra.

Aceleraron un poco el paso y no se habían equivocado, ya que a unos veinte pasos, detrás de un montón de piedras, aparecieron ante ellos dos hombres que se hablaban sentados ante un pequeño fuego. Estos, al verlos acercarse, se le-

vantaron dando la impresión de que no les extrañaba su presencia; Juan pensó que se trataría de aquéllos que había visto María y les habían estado observando.

—Buenos días, amigos —dijo Juan con voz segura, pero amable.

—«Buenos días, ¿sois «vosotros» los de allí abajo? —preguntó uno de ellos.

—Sí, ya que me supongo no habrá nadie más por aquí —contestó Juan.

—«Ende» luego «pos» por estos andurriales no viene «nada» más que los de La Mota po allí arriba y los de Critana po allí abajo —dijo el otro, que era más joven.

—¿De dónde sois vosotros? —preguntó Juan.

—Nusotros somos del Toboso y llevamos ya muchismos años viniendo po aquí. También vienen otros dos dalli pero esos están po allí en el camino de la entrá deste lugar. Ellos fueron los que nos dijeron que andabais po aquí —les dijo el de más edad que parecía el padre del otro más joven.

—Entonces por aquí no viene nadie más, ¿no? Yo tengo entendido que estos terrenos fueron abandonados hace muchos años y por lo tanto no son de nadie —les dijo Juan con intención de ver lo que podía sacar; era importante saber su opinión.

—Ya te dicho que po aquí no satreve naide a venir, san dicho muchismas cosas raras y to esto está maldito. Nusotros venimos, acabamos el tajo y al pueblo; no pueo decite más —volvió a contestarle el de más edad.

—¿Quién es vuestro amo? ¿Todo lo que labráis es del mismo? —volvió a preguntar Juan.

—Es un ricachón del pueblo, yo no hablo nunca con él, a mí me ice lo que tengo que hacer el mayoral; mi hijo, que es éste, y yo llevamos muchismos años arreglando to esto. Da-

quí al Toboso casi to es suyo; es mu güeno y nos paga bien —contestó el padre, que al parecer le gustaba el «palique».

Este detalle no pasó desapercibido para Juan, quien siguió preguntando.

—Hemos visto en la laguna muchos patos de colores vistosos, ¿cómo les llamáis?; nosotros no los habíamos visto nunca.

—¿Esos que tienen el pico coloreao? —preguntó el joven.

—Sí, a esos me refiero; yo no los había visto nunca. ¿Su carne es buena para comer? —insistió Juan.

—No están siempre aquí, vienen pal otoño y crían aquí, luego se van. Nusotros habemos comío muchas veces y están mu güenos —contestó esta vez el padre.

—Po aquí, nusotros, les llamamos ansarones —dijo a su vez el hijo.

—Por este lugar debe llover mucho y nevar ¿no? —preguntó nuevamente Juan.

—Sí, cuando le paice, pos tamién nos pasamos meses sin caer una gota. Pero si le da por llover, to esto sinunda y se errama la laguna por tos los laos. Hace unos años las lluvias nos dejaron to hecho una pena —contestó el joven.

¿Váis a vivir aquí vosotros? ¿No tenís miedo de lo que icen? —preguntó a Juan el mayor de los dos con extrañeza.

—Sí, vamos a vivir aquí; estamos arreglando una de las casas que hay en el cerro aquel que se ve allí arriba. El terreno es bueno y nos gusta el lugar, así que si Dios quiere seremos vecinos. No nos da miedo lo que cuenten de aquí, yo pienso que eso fue antes; ahora es distinto, han pasado muchos años —dijo Juan.

—Vosotros le verís, pero to esto es mu raro; tos los que vivieron aquí se murieron infetaos y dentonces agora naide paice po aquí. Los mosquitos, las ratas y tos los bichos que

hay acaban por arrematar a pequeños y grandes —dijo el padre con rapidez y con fuerza, dramatizando lo que decía.

—Todos no murieron, pues unos familiares nuestros se marcharon de este lugar, motivo por el que nosotros conocíamos el lugar al que veníamos —contestó Juan.

—Tú mismo me lo estás diciendo, se fueron aquí; te lo digo yo, aquí no se puede vivir. Nusotros venimos a labrar y no pasamos ni una trasnochá en este sitio —insistió el padre.

—Pero vosotros no habéis estado enfermos por estar aquí; además este lugar es muy alegre y tiene de todo para vivir —comentó Juan.

—Eso que te lo crees tú, mi padre aina si se muere hace tres o cuatro años, daba unos estuosos que le retumbaba to el pecho; echó sangre y to. Y el año pasado le entró unos dolores de cabeza que se pasaba toas las noches y los días rabiando como un perro —comentó el más joven.

—Pero eso le puede ocurrir a cualquiera, no penséis que todo lo que ocurre es por vivir aquí. De este lugar se cuentan muchas historias y leyendas, pero nada más. Nosotros vamos a intentar vivir en este lugar, esperamos que Dios nos ayude y hagamos ver a los demás que lo que se decía de aquí es ya una leyenda —afirmó Juan.

—Vosotros lo verís, lo que hace falta es que haiga suerte —dijo el de más edad.

—Eso es lo que hace falta, suerte; mucha suerte. Y vosotros ya sabéis dónde estamos, si alguna vez necesitáis algo de nosotros no tenéis nada más que pedirlo —les ofreció Juan.

—Muchas gracias, amigo; lo mismo te ícimos —agradeció el más joven.

—Bueno, nos vamos, pues tenemos muchas cosas que hacer; hasta luego —se despidió Juan.

—Hasta luego —contestaron los dos labradores.

Juan y su hijo iniciaron el regreso rodeando una parte de la laguna; después se desviaron hacia la izquierda para acortar el camino.

A lo largo del recorrido que habían hecho desde su salida pudieron apreciar muchas cosas importantes, entre ellas la abundancia de plantas de muchas clases, diversas familias de aves acuáticas, muchos carrizales, grandes extensiones de encinas repletas de enormes bellotas, numerosos olivos cargados de aceitunas; el ejemplo de los animales lo llevaban sobre sus hombros.

No comprendía Juan cuáles serían los motivos por los cuales allí no se afincase nadie antes; como su esposa había dicho bien, había de todo. ¿Habría quizá algo oculto que pasase desapercibido para él? ¿Sería aquello una imprudencia y pagatían todos las consecuencias? No dejaba de darle vueltas a aquel misterio, pero él seguiría allí con su familia hasta ver si rompía aquel maleficio.

María y Miguel les estaban esperando, puesto que ya tenían preparada toda la madera para hacer el emparrillado del tejado. Al ver que iban cargados, su hijo Miguel se acercó a ellos corriendo, al tiempo que les decía:

—Buena caza traes, padre. ¿Hay muchos conejos y liebres?

—Sí, hijo, sí; hay muchos y todos así de grandes. ¿Qué te parece lo que te traemos, María? —le preguntó su esposo.

—Que es una bendición de Dios; mientras vosotros ponéis la madera para el tejado, yo los arreglaré y tendremos buena carne para cenar para unos días —le contestó alegremente su esposa, al tiempo de acercarse a ellos.

—De acuerdo, María, que te ayude Miguel a quitarles la piel; después que venga a ayudarnos. Tenemos que aprovechar la tarde para dejar esto terminado —le aconsejó Juan.

Sin más comentarios, María y su hijo Miguel se dirigían hacia el carro. De pronto, María se volvió y dijo a su esposo:

—No nos habéis dicho nada de si habéis encontrado a algún labrador.

—Sí, hemos hablado con ellos; durante la cena os lo explicaremos todo —le contestó su esposo, encaramado en una de las paredes.

Pasado un rato, Miguel regresó para ayudar a su padre y a su hermano. Estos ya habían colocado largos maderos de parte a parte, incrustados en unos boquetes efectuados en ambas paredes. Quedaron bien fijados, soportarían el peso que habrían de colocar encima. Con maderas más finas y cortas fueron tejiendo un emparrillado, que serviría de esqueleto para colocar sobre él aquella cantidad de carrizo, el cual haría un techo compacto y cerraría de parte a parte aquella primera habitación que haría posible que aguantasen las lluvias y fríos que se avecinaban.

Trabajaron sin descanso hasta que la luz del día les permitió, comprobando que las ramificaciones con madera más fina quedaron totalmente terminadas. Al día siguiente pondrían el carrizo y la barda, durante la mañana, y por la tarde prepararían barro para ajustar las tejas. Aprovecharían esta circunstancia y harían adobes, los cuales eran necesarios para cerrar unas paredes cuyo espacio serviría de cuadra a la boriquilla y porche del carro.

Todo era provisional, pues el lugar estaba en ruinas, pero en esos momentos debían guarecerse y aquellas construcciones semiderruidas sólo necesitaban tejado y pequeños retoques. Cuando pasase el invierno y viniese más gente a vivir allí, harían casas nuevas a base de buena piedra y fuertes maderas; ambas materias eran fáciles de obtener en toda la zona. Estaban convencidos de que no tardando mucho llega-

rían nuevos pobladores; ya se encargarían ellos de correr la voz e informar a la gente de que aquel lugar estaba en condiciones inmejorables de poblar, asegurándoles terrenos para asentarse y cultivar, así como abundancia de agua y de caza.

Los hombres se asearon, utilizando para ello unos cubos de agua que previamente tenían dispuestos para tal menester. Mientras tanto, María había preparado una succulenta cena; había asado una de las liebres y el conejo. Al pequeño Francisco ya le estaba dando de cenar; el día había sido largo y se encontraba muy cansado. No había dejado de corretear desde las primeras horas de la mañana. Ambos se encontraban junto al fuego, ya que al ocultarse el sol la temperatura ambiente era más bien fresca.

Al llegar junto a ellos Juan y sus dos hijos, dijo:

—¿Qué tal el niño, María? ¿Se ha portado bien esta tarde?

—Sí, Juan, me ha ayudado todo el día y ha corrido muchísimo. Ya ha cenado y como está cansado se va a dormir ahora mismo. Da un beso a tu padre y a tus hermanos; mañana tiene que ayudarme a coger bellotas y necesita descansar.

—Muy bien, Francisco; ya veo que eres un hombre trabajador. Ven, yo te llevaré a la cama; da un beso a tu madre —dijo el padre.

El pequeño dio un beso a todos y se abrazó a su padre para que lo aupase al carro, en cuyo interior la madre ya lo tenía todo dispuesto.

Juan dejó a Francisco sobre el duro «colchón», tapándole con una de las mantas, al tiempo que le decía cariñosamente:

—Dame un beso y hasta mañana, hijo.

—Hasta mañana, padre —contestó Francisco, con voccecita cargada de cansancio, besando a su padre.

—Juan colocó la manta que tapaba toda la parte delante-

ra del carro, con objeto de que no pasase aire frío al interior y evitar al tiempo los ruidos del exterior.

Sentóse junto a su esposa e hijos, los cuales le estaban esperando para comenzar a cenar. El fuego presentaba un aspecto impresionante; que María lo había alimentado con enormes palos de «carrasca» que ardian vivazmente, haciendo un ruido característico con chasquidos de gran vistosidad, haciendo que los allí presentes riesen alegremente tal detalle, más propio de actos de pirotecnia que de reunión familiar.

Junto al fuego, en una enorme fuente, se veían grandes trozos de carne asada, que María previamente había cortado. También podían verse trozos de pan ya humeante que presentaban un color dorado, ya que se habían tostado al contacto con la brasa.

—Juan, mañana deberías hacer el horno, ya no tenemos pan; lo que vamos a comer ahora es el último y gracias a que lo he tostado no está tan duro —dijo María.

—Mañana prepararemos el barro para el tejado y los adobes y aprovecharemos el momento para hacerlo. Hay que buscar buena piedra para que el interior esté totalmente revestido de ésta y de guijarros, es lo que mejor mantiene la temperatura. El sitio ya lo tengo elegido y no costará mucho hacerlo —contestó él.

—Bueno, ahora explicanos lo que habeis visto esta mañana y lo que habeis hablado con los labradores que encontrasteis. A Miguel y a mí nos gustaría saberlo, ya que nos suponemos tendréis que contarnos cosas interesantes —solicitó su esposa.

Juan estuvo explicando detalladamente todo lo que vieron y la conversación que sostuvieron con aquellos dos labradores. Terminó diciendo:

—Cada día estoy más convencido de que a los pueblos que

rodean esta zona no les interesa que nadie se afinke aquí. Para ello han hecho que las gentes que trabajan por este lugar estén impresionadas con las historias y leyendas que les han introducido en lo más profundo de su ser. Todos dicen muchas cosas, pero nadie ha visto nada; la mayoría son supersticiosos y cualquier cosa que les ocurra culpan a este lugar de ello. Temo que nuestra presencia aquí nos cree algunos problemas, así que hay que estar alerta en todo momento, no lo digo por parte de esta pobre gente que viene a trabajar, sino de sus amos que ven peligrar la total posesión de estas tierras.

—Nosotros no nos metemos con nadie, hemos venido a un lugar abandonado hace muchos años y lo único que pretendemos es trabajar en unas tierras que quizá fuesen de nuestros antepasados. Así que no sé por qué nos pueden crear problemas, ellos pueden posesionarse y nosotros no vamos a poder —dijo María a su esposo.

—Convéncete, María, de que hay gente que no le interesa que este lugar llegase a constituirse nuevamente en pueblo; ello traería como consecuencia la devolución de todos aquellos terrenos de los que en su día se apropiaron indebidamente de ellos. Piensa que aquí nadie nos va a ayudar; nadie nos va a regalar nada y si van a pretender que de una forma o de otra abandonemos esto —comentó Juan.

—Padre, entonces ¿Qué peligro podemos correr aquí? —le preguntó su hijo Juan.

—Por lo pronto ninguno, pero si conseguimos que vengan nuevos pobladores es posible que tengamos problemas serios, hijos. Pero no pensemos ahora en esas cosas, si llega el momento, procuraremos demostrar a todo el mundo que la razón está a nuestro lado. Mientras tanto nosotros seguiremos trabajando, terminaremos nuestras obras e iniciaremos

el cultivo de algunos terrenos; hay que sembrar antes de que vengan los fríos —dijo el padre con voz tranquila y pausada.

—Yo pienso que el mayor peligro que tenemos ahora es el de sobrevivir, así que dejemos esas cosas para cuando se presenten. En estos momentos nos interesa más proteger nuestra vivienda, asegurar nuestros alimentos y comprar algunas cosas en algún pueblo cercano antes de que podamos tener inconvenientes con ellos —dijo María.

—Exactamente, precisamente en eso estaba yo pensando; hay que comprar lo que necesitemos antes de que pudiese surgir algún problema. Precisamos comprar un gorriño y una cabra, son dos animales muy necesarios —comentó el padre.

—Juan, he pensado que podríamos ir a vender cosas a algún pueblo y con lo que saquemos podemos comprar todas esas cosillas que necesitamos —le dijo su esposa.

—Buena idea; nada más terminar la casa haremos lo que dices. Aquí hay muchas cosas que podremos ofrecer a cambio de lo que necesitamos. No te había dicho que en la laguna hemos visto una especie de patos, que aquí llaman ansarones; son grandes y parece ser que dan buena carne, según nos han dicho. Mañana iremos a cazar uno y saldremos de dudas; así tendrás carne para varios días —dijo Juan.

—Sí, padre, nosotros te ayudaremos y Juan o yo te acompañaremos en ese viaje —dijo Miguel.

—Todo esto me parece muy bien, pero ya es tarde y debéis ir a dormir; lleváis un día de mucho trabajo y tenéis que descansar. Cuando paséis al carro tened cuidado y no despertéis a Francisco, pues dormiréis como las otras veces, los tres abajo —les dijo su madre.

—Sí, madre, no te preocupes que no despertaremos a Francisco; hasta mañana —dijo su hijo Juan.

—Hasta mañana —dijo igualmente Miguel.

—Hasta mañana, hijos y descansad, que bien merecido lo tenéis —les dijo su padre.

Una vez que los dos hijos se dirigieron al carro, María dijo a su esposo:

—Juan, estoy muy contenta con todo esto, pero de verdad que tengo mucho miedo; lo que ocurre es que delante de los niños necesito ser fuerte.

—No debes preocuparte, María; Dios nos ha traído hasta aquí y ya verás cómo nos ayudará hasta que consiga nuestro propósito. Ahora lo que debes hacer es subirme al carro y descansar, yo me encargaré de recoger todo; hoy ha sido un día muy movido para ti y mañana te espera otro de mucho trabajo. Por favor, María, haz lo que te pido —le pidió su marido cariñosamente.

—Así lo haré, estoy muy cansada; pero no tardes mucho en hacerlo tú. Eres quien lleva el peso de todos y debes cuidarte. Los niños y yo te necesitamos ¡qué sería de nosotros sin ti! —le dijo su mujer.

—De acuerdo, hasta mañana; que no se apague el fuego. Mientras decía esto fueron hasta el carro.

Lo primero que hizo Juan fue preparar un pienso a la borriquilla y darle agua; éste le dedicó unos relinchos agradeciéndole su atención. Después recogió la lumbre y puso varios troncos con el fin de que no le faltase alimento durante la noche, ya largas y fresquitas noches. Revisó el carro por fuera y todo estaba perfectamente; el lugar donde se encontraba estaba bien guarecido, preservado de corrientes de aire y de la posible presencia de animales que pudiesen molestarles.

Finalmente, Juan se sentó junto al fuego, quedándose fijo en las fulgurantes ascuas, como si quisiese desentrañar el misterio que rodeaba y embargaba aquel lugar. Hizo un repaso



general a todo lo acontecido desde su llegada allí y llegó a la conclusión de que esa zona era ideal para poblar. Por lo tanto estaba decidido a ir a uno de los pueblos cercanos y conseguir lo que consideraba necesario e imprescindible para su familia. Haría lo que su esposa había dicho, llevaría de todo lo que podía conseguir y lo vendería para poder comprar una gorrina y un gorrino a fin de intentar su reproducción, así como una cabra que les proporcionase leche, y unas gallinas. Lo podría cambiar; quizá fuese lo mejor, aunque pensaba que podría tener problemas. No obstante disponía de algún dinero que les podía sacar de un apuro.

Analizó las fuentes de producción de alimentos con que contaban y le pareció bastante aceptables. Pensó que no sería mala idea criar ansarones, gallinas y conejos; de esta manera aseguraba de modo definitivo un capítulo importante. Haría buen acopio de aceituna para guardar y luego, en la época de la recogida, volvería a coger para obtener aceite; igualmente tenía pensado hacer con la bellota; ya que allí este fruto era abundante y muy buena para la alimentación; la de peor calidad, para que la consumiesen los gorrinos.

Aunque la madera era muy abundante, decidió hacer un cobertizo en el corral y amontonarla toda la que pudiese en previsión de un invierno largo y frío.

En las pocas salidas que había podido hacer pudo observar la existencia de plantas medicinales como malva, manzanilla, malvavisco, anís silvestre, borraja, hierbabuena, toronjil, tomillo, perejil, etc.; de estas y de otras muchas que encontraría, deseaba tenerlas abundantes.

El ulular estridente y triste de una lechuza le hizo levantarse bruscamente y dirigirse hacia unos árboles cercanos con el fin de ahuyentar a aquella rapaz, pues según había oído

decir a su abuela, ese cántico no auguraba nada bueno, produciéndole un escalofrío aquel recuerdo.

Una vez conseguido su propósito, agrupó los troncos que había colocado en el fuego con objeto de que aguantasen las horas que faltaban hasta el amanecer, momento en que él solía levantarse.

Se subió sigilosamente al carro, apartó la manta que tapaba la parte delantera y se recostó casi en la misma entrada, ya que al ser tan estrecho aquel improvisado dormitorio, prefería que los demás se acomodasen; a él le daba igual dormir sentado que tumbado. Además debía vigilar, por lo que aquella postura favorecía esa función. Dormía como las liebres, con un ojo abierto y otro cerrado.

La noche transcurrió plácidamente, quizá con más rapidez que otras veces; esto pensaba Juan cuando al despertarse pudo comprobar que los rayos del sol iluminaban ya desde hacía bastantes minutos toda aquella zona. Le daba la impresión de haber dormido durante un corto espacio de tiempo, pero como pudo comprobar al apartar la manta que tapaba la parte delantera del carro, no fue así; descendió del carro bruscamente.

Lo primero que vio fue como el fuego estaba casi consumido, por lo que cogió ramas finas de encina para animarlo. No fue difícil conseguirlo y pronto había adquirido la vivacidad necesaria para recuperar el ambiente de bienestar que sentía al sentarse junto a él. A esas horas apetecía no estar muy alejado de una buena lumbre como aquella, pues aunque el sol ofrecía sus rayos con gran esplendor, estaban carentes de calor aún. Puso varios leños en el fuego con objeto de asegurar su continuidad y aprovechó para llenar el puchero del café de agua y ponerlo junto a las ascuas que ya empezaba a formarse. Una buena taza de café caliente a esas

horas de la mañana le daría fuerzas para iniciar la tarea, la dura tarea que se había impuesto al asentarse allí. Mientras tanto se preparaba tan suculento desayuno fue a echar una ojeada a la «obra», así como prepararle el «desayuno» a la botriquilla, que aunque ahora no trabajaba, igualmente le esperaban muchos días de intenso trabajo.

Como aún era muy temprano, pensó en ir a ver dónde estaría el carrizo, pues ya sabía el lugar en el cual se encontraba muy seco, que era el que le interesaba poner para cerrar el tejado. Al llegar al sitio deseado pudo contemplar que abundaba y la mayor parte estaba totalmente seco, pues como había sido un año muy árido, estaba lejos del agua y se había secado durante el largo y caluroso verano. Tronchó bastantes y pudo comprobar que no le costaría conseguir mucho en poco tiempo. Era de buena calidad y pensó que le quedaría un suelo raso inmejorable en su futura vivienda. También revisó el estado de la barda y quedó complacido, estaba seca y en buenas condiciones.

Cuando regresó junto a la lumbrera para echar un poco de cebada tostada al puchero, ya se encontraba María haciendo este menester y tenía preparada una masa para hacer unas tortas en la sartén. Al ver a su esposo, dijo:

—Juan, prepara antes de nada el horno; pan ya no tenemos. Yo estoy haciendo la masa para cocer pan para unos días, después lo haremos cada dos o tres días.

—Mientras me preparas el desayuno voy a llevar la piedra y en un par de horas lo hago. Así descansan más tiempo Juan y Miguel, déjales que duerman tranquilamente, a los pobres les esperaba hoy un día de mucho trabajo también.

María se quedó haciendo las tortas y preparando lo que iban a tomar, y Juan se puso a llevar piedra y guijarro junto al lugar designado para el horno.

Cuando tenía todo dispuesto llamó a su marido y desayunaron los dos, al tiempo que comentaban cosas entre ellos relativas a su situación.

—La chimenea debes hacerla en el rincón y así podemos utilizar la habitación para dormir todos, por ahora; luego se cubriría otra habitación pequeña y se la dejaremos para nuestros hijos, ¿no te parece, Juan? —le dijo su esposa.

—Así es como está preparado. Por ahora tendremos que utilizar esta habitación para todos; poco a poco haremos las que se precisen. Ahora prefiero construir una dependencia para almacenar alimentos, un cobertizo para la botriquilla y el carro, y allí en la parte de atrás otro cobertizo para almacenar leña —comentó Juan.

—También podríamos criar algunos animales, no sería difícil; yo me preocuparía de atenderlos todos los días —le sugirió ella.

—Eso ya lo tenía decidido, para ello tengo pensado utilizar todo el corral de atrás, ya que las paredes son altas y no podrán huir —contestó su esposo.

En ese momento descendían del carro sus hijos Juan y Miguel; el pequeño Francisco debería continuar durmiendo porque estos tapaban cuidadosamente la entrada del carro. Inmediatamente se dirigieron hacia ellos.

—Buenos días —dijeron.

—Buenos días, hijos —contestó su padre cariñosamente.

—Buenos días, ¿cómo no habéis dormido más? —les dijo su madre.

—Ya hemos dormido bastante, madre; además hay que ayudarle a padre, él solo no puede hacerlo —argumentó su hijo Juan.

—Hay que traer carrizo y barda para cubrir todo el teja-

do, y eso lo haremos nosotros mientras vosotros hacéis otras cosas —dijo a su vez Miguel.

—Así hay que ser, hijos; así hay que ser —dijo el padre levantándose y cogiendo a cada uno de sus hijos por un brazo, como signo de agradecimiento.

—Bueno, pues manos a la obra y no perdamos tiempo que hay mucho que hacer —dijo la madre, levantándose también.

—Tú, María, haz lo que tengas que hacer aquí y cuando se haya levantado Francisco le atiendes primero a él, luego cuando puedas nos echas una mano —le dijo su marido.

—Yo termino pronto, la comida está casi preparada y el pequeño está a punto de levantarse. Así que rápidamente estoy con vosotros —contestó María.

—Nosotros vamos a traer un viaje de carrizo con la borriquilla y mientras Miguel y Juan lo preparan para ir cubriendo, yo amaso barro para hacer el horno.

Decía esto Juan a su esposa al tiempo de colocar los arcos a la borrica. Cuando terminó se alejó con sus hijos en dirección a la laguna. Pocos minutos después llegaron al lugar en donde ya tenía cortados algunos.

—Coged todos los juncos finos que podáis para luego sujetar el carrizo, esparto y albardín. Ahí mismo lo tenéis —les señaló el lugar adecuado.

No había transcurrido mucho tiempo cuando volvieron con la primera carga. El padre les enseñó cómo debían ir sujetando el carrizo con las hojas de esparto, el albardín y los juncos. El mientras tanto fue construyendo un pequeño horno; luego lo harían mayor cuando hubiese más gente. María le ayudaba llevándole barro y dándole piedras y guijartos; en poco más de una hora tenían construido el horno. Las piedras las colocó en forma de cuña semejando la construcción

de un puente romano, apenas utilizó el barro por la parte interior; ajustó bien las piedras y las cubrió de barro por la parte exterior. El suelo lo había hecho a base de guijartos planos y grandes; realmente había hecho una obra maestra. Una vez que había finalizado dijo a su esposa:

—Ahora coloca leña fina en el interior y que arda durante un rato, así se secará pronto; de puerta utilizas esta piedra plana, es grande y valdrá para ello.

No te preocupes que así lo haré; has hecho un horno precioso, aquí se debe de cocer el pan muy bien. Nunca pensé que fueses tan artista.

—Son cosas de sentido común. Bueno, haz lo que te he dicho y si todo sale bien, puedes cocer cuando quieras. Ahora voy a ver si nuestros hijos han preparado el carrizo y lo colocamos antes de comer —asintió Juan.

Dicho esto fue a ver a sus hijos, pensando que si había suette en ese mismo día se podía quedar hechas muchas cosas. Lo que más le preocupaba era la manera de construir el fogón en el interior, no tendría más remedio que hacerlo de piedras y para ello utilizaría unas losas que había preparado con vistas a esto. En el tejado haría una chimenea de adobes, pues era lo más práctico.

—¿Cómo lleváis vuestra tarea? —preguntó a sus hijos.

—Ya tenemos mucho preparado, podáis ir colocándolo Juan y tú, padre; yo puedo terminar de atar los que quedan —les dijo su hijo Miguel.

—Sí, me parece buena idea; vamos Juan, yo me subo y tú me los vas entregando según te los pida —dijo el padre a su hijo mayor.

—Los puedes ir cogiendo al mismo tiempo a las vigas grandes, así se quedarán más sujetos y mejor colocados. Yo te iré diciendo desde abajo cómo quedan; es un carrizo muy su-

ve, pero es fuerte y además tiene un color bonito —le dijo su hijo Juan.

—Ya veréis como queda bien; me preocupa más la teja, debe de tener muchos años y es posible que se nos rompan muchas. Ahora no hay tiempo de hacerlas nuevas, eso ya lo haremos después cuando dispongamos de días largos en la primavera y verano. Buscaremos el barro ideal para hacerlas resistentes y las coceremos una vez que estén bien secas —les dijo Juan a sus dos hijos.

Cuando llegó la hora de la comida tenían colocada buena parte de la cubierta, pues María también les echaba una mano cuando podía. Les estaba quedando muy bien y todos estaban muy contentos de lo que habían hecho hasta ahora.

Todos comieron con mucho apetito; llevaban muchas horas trabajando y nadie echó de menos el pan. Comieron sin él, puesto que aún no se había cocido el que estaba en el horno. María había hecho unas tortas en la sartén y comieron con ese pan improvisado. También dieron buena cuenta de los higos que les quedaban del día anterior; hasta el pequeño Francisco había comido mucho.

Nada más terminar de comer, Juan fue con los mayores a colocar las trampas, pues ya no tenían carne. Pusieron varias para conejos o liebres, y también fueron a la laguna para poner dos más allí, a ver si había suerte y cazaban un ansarón con el fin de comprobar la calidad de su carne.

Regresaron pronto y ya les estaba esperando María; había ido preparando un montón de tierra mezclada con paja para hacer adobes. Esta mezcla la utilizaría también para el buen asentamiento de las tejas en el tejado. Trabajaron como energúmenos toda la tarde y al llegar la noche tenían cubierto todo el tejado de carrizo y barda, además de varios hilos de tejas perfectamente cogidas con barro. La obra presentaba un

buen aspecto y ya se podía apreciar lo grande que les iba aquella habitación, que por lo pronto sería de usos múltiples. Con un poco de suerte, al día siguiente terminarían de poner las tejas y de hacer el fogón y la chimenea. En unos días más harían los cobertizos para la borriquilla y el carro; después harían una habitación para almacenar alimentos y otro cobertizo para tener madera disponible en cualquier momento.

Con poca luz fueron a dar una vuelta por las trampas y vieron con alegría que habían vuelto a cazar en todas ellas; esta vez fueron dos conejos y dos liebres, todos de buen tamaño. A continuación fueron a la laguna y allí no hubo igual suerte; la primera de las trampas estaba saltada pero sin nada dentro; no obstante, en la segunda encontraron un ansarón de buen tamaño, el cual les costó reducirlo dado su volumen, ya que mediría alrededor de setenta centímetros de altura.

El regreso de Juan y sus dos hijos cargados de buena carne alegró a María, la cual, en compañía siempre del pequeño Francisco, ya tenía preparada la cena. Todos cenaron con gran apetito y se fueron a dormir, a excepción del padre que, como siempre, era el encargado de revisar el pequeño campamento y dar el visto bueno.

Terminada su tarea, sentóse junto a aquel fuego que desde el primer día había sido su fuente de inspiración, su lugar de reclusión y su despacho. Allí, como si las llamas fuesen el espejo donde sus ideas se perfilaban o hiciesen las veces de interlocutor mudo que guardaba sus secretos más íntimos. No sabía el motivo, pero tenía la necesidad de quedarse a solas; le agradaba repasar todo lo realizado cada jornada y planificar lo que debía hacer la siguiente.

Lo que no había llegado a comprender aún eran las razo-

nes por las cuales aquel pueblo había sido olvidado. Quizá en un principio por el acoso de epidemias, plagas y pestes a que fueron sometidos sus habitantes, después por la peor de todas ellas: la penuria de los hombres, y finalmente por los intereses particulares de determinadas personas.

Y así, por las causas que ya he mencionado, el pueblo de Motilón se fue olvidando y sus habitantes se fueron dispersando.

Y así, por las causas que ya he mencionado, el pueblo de Motilón se fue olvidando y sus habitantes se fueron dispersando. Y así, por las causas que ya he mencionado, el pueblo de Motilón se fue olvidando y sus habitantes se fueron dispersando.

Y así, por las causas que ya he mencionado, el pueblo de Motilón se fue olvidando y sus habitantes se fueron dispersando. Y así, por las causas que ya he mencionado, el pueblo de Motilón se fue olvidando y sus habitantes se fueron dispersando.

Y así, por las causas que ya he mencionado, el pueblo de Motilón se fue olvidando y sus habitantes se fueron dispersando. Y así, por las causas que ya he mencionado, el pueblo de Motilón se fue olvidando y sus habitantes se fueron dispersando.

Y así, por las causas que ya he mencionado, el pueblo de Motilón se fue olvidando y sus habitantes se fueron dispersando. Y así, por las causas que ya he mencionado, el pueblo de Motilón se fue olvidando y sus habitantes se fueron dispersando.



### CAPITULO III

## EL SERRANO, EL FORASTERO

Quince días habían transcurrido ya y el aspecto que presentaba aquel lugar no se parecía en nada al que ellos habían encontrado. Las dependencias estaban totalmente terminadas y disponían de aquella primera habitación que ahora servía de cocina, comedor de todos y dormitorio de sus tres hijos, ya que habían hecho una especie de camastros para ellos por ser el sitio más apropiado, pues al estar allí el fogón la temperatura era inmejorable. Juan y María se prepararon un «cuarto» pequeño como dormitorio, unido al anterior pero sin puerta. Adosado a estos estaba el cobertizo para la botriquilla con dos pesebres y un pequeño pajar, separado por una sofisticada puerta hecha de troncos de árboles finos. Tenían una especie de «porche» para guardar el carro, una habitación para guardar alimentos y una leñera bastante grande, la cual estaba casi repleta de leña. También había hecho acopio de bellotas de una variedad dulce y excelente como alimento, aparte de aceitunas que ya tenían en agua. En el

corral había protegido una parte y ya tenían en ella varios conejos y ansarones; a un lado hicieron una especie de «gorrinería» con adobes y un gallinero con maderas atravesadas que sirviese de albergue a sus próximos inquilinos.

Juan había pensado acercarse al pueblo más próximo y cambiar o comprar una gorrina, un cerdo, una cabra y varias gallinas; todo esto lo necesitaban antes de que llegasen las lluvias y los fríos. Y también antes de que pudiesen malograrse las relaciones con los labradores que por allí trabajaban, pues últimamente estaban cambiando las cosas y ya no se detenían a hablar con él; uno de ellos que parecía haber simpatizado con Miguel, el hijo de Juan, le había dicho a éste que a su padre le decían «el forastero» y «el setrano». Pues por toda la comarca se había comentado el asentamiento de esta familia y los gañanes de todos los pueblos de la zona que labraban las tierras cercanas se habían pasado unos a otros la noticia.

Por tal razón esa misma noche cuando estaban cenando, Juan, dijo a sus hijos y a María:

—Mañana por la mañana voy al pueblo de la Mota, al pueblo de los molinos, a ver si puedo traerme lo que necesitamos; me llevaré unos conejos y dos ansarones. A ver si los cambio o los vendo y con lo que me den y el dinero que llevo, podré comprar todo lo que nos urge tener.

—Yo iré contigo, padre; así te ayudo y te acompaño al mismo tiempo. —le dijo su hijo Juan.

—Creo que tu hijo lleva razón; ya casi es un hombre y te puede ayudar mucho; Miguel y yo haremos el trabajo mientras tanto. Han demostrado que trabajan como hombres tanto uno como otro. —dijo su esposa mirando a sus hijos.

—De acuerdo, me parece bien la idea; hay que ver si ne-

cesitamos algunas otras cosas; podemos aprovechar al viaje y ya traemos todo de una vez —dijo el padre.

—Naturalmente que necesitamos más cosas, yo te haré una lista; que no se olvide traer harina para cocer, aunque tenemos mucha aún, es conveniente que compréis otro saco. Pronto apatecerán las lluvias, las nubes y los fríos, por lo que es necesario que nos cojan preparados —les advirtió ella.

—Procuraremos no se nos olvide nada, María; quiero traer también judías y garbanzos para luego sembrar, ahora los puedo conseguir buenos —dijo él.

—Bueno, ya es hora de dormir; mañana hay que madrugar y a todos nos espera un duro trabajo —les aconsejó la madre.

Se levantaron todos. El padre salió fuera; la madre ayudó a acostar al pequeño y los dos hijos mayores prepararon sus camastros, los cuales estaban adosados a la pared y a no mucha distancia del fogón.

María, una vez que había dejado acostado a Francisco junto a los dos mayores, recogió la mesa donde habían cenado y alimentó el fuego con dos troncos de buena madera de carasca; así mantendría el calor de las habitaciones durante la noche, pues luego de madrugada las temperaturas solían bajar mucho y no había necesidad de pasar frío si disponían de abundante madera. Un candil iluminaba la estancia débilmente, pero era suficiente para las necesidades que a esas horas eran habituales. La lumbre del fogón no sólo daba calor durante la noche sino que mantenía una luz permanente, cosa que al pequeño Francisco le alegraba, pues no le gustaba la oscuridad si se despertaba por la noche.

Cuando vio que sus tres hijos dormían tranquilamente, María apagó el candil y en lugar de irse a la cama decidió salir a ver si su esposo había terminado la ya habitual tarea

de revisar todas las dependencias antes de acostarse. Nada más salir vio que Juan regresaba; la Luna estaba haciendo gala de sus mejores rayos e iluminaba el lugar con tal intensidad que se veía casi perfectamente a unos veinte o treinta metros, la distancia que les separaba en esos momentos.

Dirigiéndose hacia él, le preguntó:

—¿De dónde vienes? No debías alejarte tanto por la noche, es peligroso.

—Por ahora no hay peligro, pues no he visto aún ningún animal por aquí que pudiese originarnos algún daño. Precisamente me he alejado porque hace un par de noches me dio la impresión de haber visto allí enfrente una zorra o quizá me lo pareció. Y anoche vi pasar muy cerca de aquí a una manada de «guarros»; aquí le llaman así al jabalí, según me dijo un gañán hace unos días. —Le dijo su esposo al tiempo de cogerla cariñosamente del brazo.

—¿Pueden hacernos algún daño a nosotros? —le preguntó a su esposo con voz muy débil, como temiendo que alguien la oyese.

—Vive tranquila, María; la zorra busca los corrales y el jabalí busca raíces o frutos para alimentarse. Estos no me preocupan, en cambio me impresiona el ulular de la lechuza; ayer y hoy la vengo oyendo, como también la oí a los pocos días de llegar aquí. Mi abuela decía que el cántico de este animal no presagiaba nunca nada bueno, y de verdad que estoy preocupado —dijo Juan.

—Eso son tonterías, Juan; yo no creo en esas cosas —dijo María.

—Si yo tampoco creo en supersticiones, pero cuando la oigo me pongo nervioso. La he oído por allí y por esa causa me has visto venir, pues quería espantarla. Por lo pronto lo he conseguido, veremos si no vuelve.

—¿Sería difícil cazar un jabalí? —preguntó su esposa.

—Pienso que no y voy a intentar cazar los que pueda, pues un par de ellos nos solucionarían el invierno. Su carne es buena y ahumada aguanta mucho; tengo que poner unas trampas y a esperar la ocasión.

—Tienes que intentarlo, Juan; el invierno es muy largo y hay que disponer de suficiente comida para no tener problemas después —le animó ella.

—Si mañana logro traer lo que necesitamos, junto a lo que ya tenemos de conejos y ansarones, podremos mirar con optimismo la llegada del invierno. Mi intención es disponer de suficientes provisiones para no tener necesidad de salir durante todo ese tiempo; me refiero a los pueblos de alrededor. —Dijo Juan.

—¿Qué te parece todo esto? —le preguntó su mujer.

—¿A qué te refieres?

—A todo eso que te llaman, ¿te preocupa? —le dijo María.

—Pueden decir lo que quieran, a mí no me preocupa en absoluto; eso me demuestra que les duele que nos quedemos aquí. Si todos dicen que en este lugar la gente se muere, ¿por qué pretenden insultarme? Si nos considerasen amigos, vendrían a decirnos el peligro que encierra vivir aquí y no huirían de nosotros como lo hacen. Esto está clarísimo, María queda libre, y eso no va a ocurrir. Hay que hacer que vengan más pobladores y obligarles a que devuelvan las tierras que un día fueron patrimonio de este pueblo, de las que ellos se han ido adueñando poco a poco. Antes de que vengan los días fríos iré a ver a los tíos y les contaré lo que aquí ocurre, así correrán la voz de que hay muchos terrenos para ocupar. Dijo Juan a su esposa con voz muy suave, llena de ilusión y de esperanza.

—No cabe duda que tienes toda la razón. Nos quedaremos aquí pase lo que pase, y tanto tus hijos como yo te apoyaremos y ayudaremos hasta que tu sueño sea una realidad —dijo María con sus ojos clavados en los de su esposo.

—Ten por seguro que no tardando mucho «El pueblo olvidado» dejará de serlo para siempre. Aquí hay terrenos para mucha gente y cuando se cultive, producirá suficientes productos para crear un joven y poderoso pueblo del que todos nos sentiremos orgullosos. Posiblemente alguien nos recordará después y sólo pretendo que lo hagan con el mismo cariño con el que nosotros iniciamos la tarea de reconstrucción y repoblación, pues no perseguimos otra cosa sino la de continuar con la tarea que un día iniciaron nuestros antepasados y que por circunstancias de la vida no pudieron terminar —les dijo Juan con emoción y ternura.

—Ya veras cómo Dios nos da fuerzas para conseguir nuestro propósito, Juan. Procura salir pronto y a ver si regresáis antes de que se haga de noche. Miguel y yo cogemos bellotas para los gorrinos que traigáis. También cogemos anea para preparar unas esteras para este invierno; nos vendrán muy bien para ponerlas en el suelo, así quitaremos mucho frío a la casa y también haremos algún asiento —le dijo María.

—De acuerdo; procurad que sea buena y esté bien seca; después la prepararé yo, hay que mojarla bien y luego apalearla. Después os enseñaré a hacer pleita y durante el invierno todos haremos esteras y otras cosas. Bueno, pienso que es hora de irse a la cama, así que vamos; mañana quiero salir antes de que amanezca y tienes que echarnos comida para todo el día —le dijo su marido.

—Está casi preparada —contestó María. Tú siempre estás pendiente de todo; no sé qué haría yo sin ti, eres mi ángel de la guarda —le dijo cariñosamente Juan.

—No digas tonterías, Juan, tú sí que eres nuestro protector. Todo lo hacemos confiando en ti, sabiendo que nunca haces nada sin haberlo meditado antes, y ahora tenemos más confianza en ti que nunca. Nada de lo que dijiste te has equivocado hasta ahora y estamos seguros de terminar felizmente esta obra de hacer resurgir a un pueblo olvidado por todos, menos nosotros que en todo momento nos ha iluminado tu visión de futuro —comentó su esposa.

—Ya está bien. No hago nada fuera de lo corriente; sólo pretendo ser un buen esposo, un buen padre y un normal ciudadano. Simplemente eso, así me lo inculcó mi padre y así espero transmitirlo a mis hijos y a mis vecinos y convecinos. Tú mejor que nadie sabes que el intentar ser así fue el motivo de tener que abandonar aquel pueblo cuyo nombre deseo no acordarme. La injusticia y el no cumplimiento de sus obligaciones es congénito en un sector de los humanos, y contra eso hay que luchar —dijo Juan en tono cariñoso, pero muy serio.

—Sabes bien que tus tres hijos y yo estamos orgullosos de que seas como eres, y ocurra lo que ocurra estaremos siempre a tu lado —dijo María acercándose más a su marido.

—Lo sé, María, lo sé. Eso me llena de satisfacción y me obliga a seguir esa línea que me tracé desde que tengo uso de razón y de manera especial desde que te conocí a ti. No sé si lo conseguiré, pero así nací y así he de morir.

—Yo sé que lo conseguirás y un día la historia de este pueblo hablará de ti.

—Me conformo con sacar adelante a nuestros hijos, que tú te sientas feliz y que este pueblo vuelva a la vida; si consigo eso moriré feliz.

—Por lo que a mi respecta lo conseguiste hace mucho tiempo —le contestó su mujer.



—¡Qué buena eres, María!, tú si que me haces feliz —dijo su esposo al tiempo que ambos pasaban al interior de la casa.

La noche transcurrió normalmente y muy de mañana, pues apenas si se divisaba un leve resplandor por el saliente, Juan y su hijo mayor preparaban el carro y la borriquilla, así como varios conejos y dos ansarones que tenían que llevarse. Los habían introducido en unos sacos bastos en donde era fácil la respiración de estos animales y luego los colocaron en las bolsas del carro. Cuando tenían casi todo a punto, se abrió la puerta y apareció María llevando colgado de una mano el saquillo con la comida.

—Hasta la tarde, María, cierra bien la puerta y acuéstate un rato, todavía es muy pronto. Si alguien viene, no digáis donde estamos, debéis dar la impresión de que nos encontramos trabajando cerca y nos estáis esperando de un momento a otro. Como es tan temprano será difícil que nos vean marchar —le dijo su esposo.

—Me echaré un rato hasta que se haga bien de día. Contestó María, viendo cómo su marido subía al carro e iniciaban el camino.

María cerró la puerta y antes de irse de nuevo a la cama comprobó que sus hijos dormían plácidamente; después echó unos palos en la lumbre para que no se apagase, pues ella se levantaría pronto.

Juan padre y Juan hijo débilmente veían el camino que les conducía al pueblo de La Mota, iban subidos en el carro y tapados con una manta, ya que la temperatura que estaba haciendo en esos momentos era más bien baja; según iba viniendo el día hacía más frío, cosa normal en aquella época del año en los amaneceres de la dura tierra castellana.

El sol lucía en todo su esplendor cuando llevaban ya recorrido algo más de una legua; hasta ese momento no se ha-

bían encontrado con nadie; con un poco de suerte llegaban a su destino sin tropezar con persona alguna.

Tuvieron necesidad de detenerse, puesto que los ansarones organizaron un revuelo tan grande que hubieron de sacarlos del saco y dejarlos sueltos en las bolsas del carro; taparon estas con los tableros y padre e hijo se sentaron sobre los mismos, pues no hacía temperatura para ir andando.

Antes de llegar al pueblo de los molinos (llamaban a La Mota); pues así se le conocía por allí, se encontraron en varias ocasiones con labradores a los cuales Juan siempre saludaba. La mayoría se les quedaban mirando y aunque correspondían al saludo, permanecían hablando entre ellos; Juan pensó que quizá comentasen que no lo conocían o posiblemente porque sabían de quién se trataba lo miraban con curiosidad.

En la misma entrada del pueblo había un pozo de agua buena para beber, allí le decían «el pocillo» según oyeron comentar. Juan ya se había bajado del carro quedando su hijo subido en él, quien llevaba los ramales de la borriquilla; detuvieron el carro muy cerca del «pocillo» y se acercaron para beber agua, pues había en ese momento dos gañanes llenando sus «cantarillas». Uno estaba sacando agua con un caldero y el otro, sentado en el brocal del pozo, sostenía estas vasijas de barro cocido para que las llenase el primero con el agua extraída con el caldero.

—Buenos días, amigos— saludó Juan el padre.

—«Buos» días traigáis, ¿querís agua?

—Si es buena y se puede beber, si nos gustaría tomar una poca —dijo Juan el padre.

—La más güena de toas las daqui; nusotros tos los días llenamos nuestras cantarás y tenemos pa to el día en el campo; luego, cuando golvemos al anocheo, las llenamos otra

vez pa llevas a nuestra casa —contestó el otro que se le veía muy hablanchín.

—Entonces echaremos un buen trago.

—Espera un menuto y te dejo el caldero, así no bebís a motro en el pilón, pos así es pa los borruchos y mulas —le ofrecía el que llenaba las cantarillas con el caldero.

—Gracias, amigo; mientras terminas voy a acercar más el carro y así bebe también la botriquilla.

Juan acercó el carro cerca de un pilón que estaba adosado al brocal del pozo, el cual estaba lleno a rebosar de un agua cristalina. Mientras tanto, su hijo se aproximó al brocal para asomarse y ver cómo era el pozo. El que sujetaba las cantarillas, al ver su intención, le dijo:

—Aquí el agua está muy somera y hay poco que ver, un caldero atao con un ataero vale pa sacar el agua; aluego pa el invietno la pues coger con un boto alargando la mano. Hay mucha y güena, to el pueblo la tié pa abrevaeo.

—¿No tenéis nada más que este pozo para todo el pueblo? —le preguntó Juan hijo.

—Vosotros venís po aquí, ¿de aonde venís? por si fuérais daquí saberíais que po allí arriba al lao de los molinos tenemos otre, también de agua güena y otre en el camino a la laguna. Pero de toas las maneras ésta es la más güena de toas —le contestó el mismo.

—Vivimos aquí cerca desde hace unas semanas, parece que le llaman el pueblo olvidado; ahí estamos mi madre, mis hermanos y nosotros —dijo Juan hijo.

—Pos arreglaos estáis, vosotros no sabís lo que hacís; por esos andurriales no quie ir nadie, se mueren hasta los bichos —dijo el que tenía el caldero.

Toda esta conversación la estuvo oyendo el padre y acercándose a ellos, preguntó:

—¿Conocéis ese lugar bien? ¿Qué ocurre por allí para que no viva nadie?

—Nusotros sabemos lo que icen por ahí, que se murieron tos los que vivían por picauras de bichos que salían en la laguna. También que cuando llueve muchísimo, las aguas de la laguna tapan las casas y se mueren hasta las ratas —comentó el otro.

—¿Habéis ido alguna vez por allí a trabajar? —preguntó nuevamente Juan padre.

—Yo no salgo del lugar, pero éste sí estuvo po allí y dice que ascape terminaba de trabajar agarraba su par y aprísica pa el pueblo.

—¿Por qué todos hablan cosas y nadie ha visto nada? Tú que estuviste allí trabajando, ¿qué viste? —le preguntó rápidamente Juan padre.

—No vi na, pos allí no hay más que barda, carrizo y bellotas. No se oye na de na, hasta los pájaros paicen mudos; to está tristón —contestó el de las cantarillas.

—Entonces, ¿quién ha visto algo raro en ese pueblo? —Insistió Juan.

—Mi amo me ice siempre que me lleve de to y no pruebe na de po allí; hasta el agua tié sanijuelas que te chupan la sangre y te queas más seco cun esparrago —volvió a contestar de nuevo el de las cantarillas, haciendo un gesto como de ignorancia.

—Por lo que se ve, aquí en esta zona se dice lo que los amos dicen; la cuestión es bien sencilla y así todos coinciden. De acuerdo, amigo, ¿me dejas el caldero para que saque un poco de agua para beber mi hijo y yo? —solicitó Juan el padre.

—No tiés que sacala, te lo doy lleno de agua, ya verís que

güena está —le dijo el que había sacado agua antes, entregándole el caldero casi lleno.

—Muchas gracias, esperamos sea tan buena como decías —dijo Juan padre.

Padre e hijo bebiéron un buen trago cada uno, entregando el caldero a uno de ellos.

—Sí que es verdad, está muy buena y fresquita; os estamos muy agradecidos. ¿Sabéis si hay alguien que compre conejos y ansarones? —les preguntó Juan el padre.

—Pos aquí el que compra y vende es «el molinero», cría gorrinos, palomas, gallinas, cabras y muchísimas cosas más. Pa eso tenís que subir a la sierra; cogís esta calle pa arriba y aluego el camino «la alcantarilla». Está en aquel molino que vis desde aquí y que cae en la mitá la calle tie un aspa esca-charrá —dijo el que más hablaba.

—Gracias de nuevo, amigos, iremos a ver si cambiamos o compramos algunas cosas —les dijo Juan el padre en el momento de ir juntamente con su hijo hacia el carro; recogieron éste y emprendieron el camino hacia el lugar que les habían indicado.

Cuando ya se habían alejado Juan y su hijo, uno de los gañanes dijo al otro:

—Esté es el chaliao ese que po aquí le icen «el Serrano», y ende luego que hay que está gillao pa vivir aonde están; haiga lo que haiga allí no se ven más que bellotas y carrizo.

—Tamién le icen «el forastero» y paice que ha hecho un chamizo aonde vive toa la familia; yo lo sabía por mi primo, pos mi primo «el churrero» va po allí y me lo ha contao to —dijo el segundo.

Mientras todo esto ocurría en el pueblo de los molinos, a unas dos leguas y media María y su hijo Miguel estaban recogiendo bellotas al objeto de que cuando llegasen su es-

poso y el otro hijo se encontrasen con comida abundante para los animales que debían de traer; habían hecho un gran montón debajo de una carrasca. Poco a poco las fueron transportando al lugar en que serían almacenadas hasta su consumo; el pequeño Francisco se entretenía en lanzar las situadas en la parte de abajo a lo alto del montón.

Regresaban a la casa con una buena carga, cuando observaron que tres hombres se acercaban hacia ellos. Dos presentaban aspecto de gañanes, fornidos y de no mucha edad, iban detrás de otro con apariencia diferente; debía de tratarse del «amo», pues vestía con cierta elegancia, aunque con ropas corrientes. Los dos primeros no llevaban nada en las manos, en cambio el segundo portaba un pequeño bastón con el cual se golpeaba sincrónicamente su pierna derecha cuando adelantaba ésta.

María descargó su saco junto a la puerta de la estancia destinada a almacén, como así hizo Miguel con el que transportaba. Ignoraban el motivo de aquella visita inesperada y era conveniente estar los tres juntos. Francisco, al ver a aquellos tres hombres desconocidos, acudió rápidamente a la llamada de su madre, en el momento que los mismos se detenían a una distancia de varios metros.

—Buenos días, señora —saludó el que parecía el «amo».

—Buenos días tengan ustedes —respondió ella.

—No está su esposo?

—En este momento, no; pero está muy cerca de aquí con mi hijo Juan, pues estamos recogiendo bellotas y mientras ellos las cogen nosotros las traemos —respondió.

—Pero esa bellota no es muy buena para comer, ¿para qué la utilizan? —le preguntó el mismo, interesado en saber para qué querían tanta bellota.

—La queremos como alimento de los cerdos, para comer

tenemos una muy buena —le respondió María dándole a entender que sabían lo que estaban haciendo.

—Eso quiero decir que se van a quedar a vivir aquí, según veo lo que han construido y los preparativos que están haciendo, ¿no?

—Exactamente esa es nuestra intención.

—¿Saben ustedes lo que fue este pueblo y lo que le ocurrió a todos sus habitantes? Todo esto está sin poblar desde hace más de cien años, y casi todas sus tierras han pasado a propiedad de quienes las cultivan ya muchos años. Por este motivo, instalarse aquí poco les puede proporcionar, lo único es coger alguna enfermedad como le ocurrió a sus antiguos habitantes —les advirtió el mismo interlocutor.

—Lo ocurrido aquí lo sabemos muy bien, puesto que la única familia que no murió fue precisamente unos antepasados nuestros, los cuales regresaron al lugar de donde habían venido. Por lo tanto nosotros tenemos unos derechos que nadie puede quitarnos y que mi marido está dispuesto a ejercer. Y con respecto a que podemos coger una grave enfermedad es algo a lo que todos estamos expuestos, tanto ustedes como nosotros, ¿o ustedes no?

—No me refería a eso, sino a que podían vivir en algún pueblo y venir a cultivar sus terrenos desde allí; eso sería distinto. A su marido le llaman «el forastero» y «el serrano», pensando que viene a apropiarse de unas tierras que corresponden a los pueblos de alrededor. Casi todas estas tierras son cultivadas ya por labradores de los pueblos de la comarca, sólo quedan estas pocas que están próximas a la laguna porque cuando llueve mucho se inundan, aparte de las que llevan muchísimos años sin cultivar, que aún quedan bastantes, pero que poco a poco se van labrando. Y ese es el motivo por el que a su esposo le llaman así; esto es de todos y

no vamos a consentir que nos la quiten después de tanto tiempo; el pueblo que había está olvidado y nadie va a venir ahora reclamando derechos, y si vienen que vengan —sentenció con fuerza el amo.

—Usted da unas razones y nosotros tenemos las nuestras, olvidar no es perder y esto ha estado olvidado, no perdido; nuestros antepasados olvidaron unas tierras que hoy venimos nosotros a cuidar, simplemente eso. Referente a que estos terrenos corresponden a los pueblos cercanos, pienso que ha querido decir a varios labradores fuertes entre los cuales estará usted, ¿me equivoco? —dijo María con voz suave pero dura.

—Es posible que no se equivoque, pero eso es lo mismo, es igual que pertenezcan a unos cuantos que a todos, puesto que sólo unos pocos podemos cultivarlas y además damos trabajo a mucha gente en el pueblo. ¿Qué sería de estos pueblos si no estuviésemos un grupo de fuertes agricultores? Hay trabajo porque lo damos nosotros.

—Pero eso no les da derecho a apoderarse de unas tierras que pertenecen a un pueblo que quiere volver a serlo —dijo secamente María.

—¿Quiere decir que pretenden ustedes cinco volver a fundar el pueblo? permítame que le diga que eso es una misión de locos. Yo me volvería a mi pueblo, aquí van a tener muchos problemas y sólo van a conseguir enemistarse con todos nosotros, eso podría ser peligroso, somos muchos y ustedes pocos —advirtió duramente el amo.

—No se preocupe por nosotros, pues solamente intentamos vivir aquí, quizá algún día vengan nuevas gentes a poblar lo que queda inculto y poco a poco vuelva a renacer aquel pueblo que nunca debió desaparecer —le dijo María.

—Ustedes verán lo que hacen, pero creo que están hacien-

do una locura; adviértale a su marido lo que hay y luego hagan lo que crean más conveniente. Yo lo único que podía hacer es darle trabajo, abandonaban este lugar y vivían en un pueblo ya hecho, olvidando la locura de volver a levantar éste. Dígaselo a su marido, pues ya está tarde y veo que no llega; quizá le pueda interesar mi oferta —le dijo aquel agricultor.

—Le diré todo tal y como ha sucedido —respondió María.

—Ya me pasaré yo por aquí otro día y hablaremos del asunto, y por favor no sean locos y hagan lo que les digo, saldrán ganando —le aconsejó el «amo».

—De acuerdo, ¡hasta luego! —dijo María amablemente.

—¡Hasta luego! —contestó el mismo dando la vuelta, y con él sus acompañantes.

Nada más desaparecer estos tres individuos, Miguel le dijo a su madre:

—Madre, ese hombre no quiere que nos quedemos aquí; ha dicho algunas cosas que no comprendo y a padre no le van a gustar. ¿Las has entendido tú?

—Dices bien, hijo, a tu padre no le van a gustar cuando se lo diga; yo sí las he entendido, Miguel, las entiendo perfectamente —le dijo su madre.

—Madre, quiero que venga padre —dijo el pequeño Francisco agarrándose fuertemente a las sayas de su madre, sintiendo miedo.

—¿Para qué quieres a tu padre? —le preguntó María.

—Tengo miedo de la vara del hombre malo —dijo pausadamente con su cabecita baja el pequeño Francisco.

—Cuando esté aquí tu padre no traerá vara ese hombre, así que queda tranquilo. Y ahora vete a jugar al montón de bellotas —le dijo su madre.

El pequeño, tranquilizado por su madre, se marchó corriendo a la habitación en donde estaban llevando las bellotas, pues le gustaba jugar con ellas.

—¿Qué hacemos, madre? —le preguntó a María su hijo Miguel.

—Descarguemos estos sacos y continuemos la tarea, hay que traerlas todas hasta la hora de comer. Por la tarde tenemos que ir a costar anea, no vaya a empezar a llover y no podamos pasar después —le contestó la madre.

Hay que cortarla bien, ¿es verdad que se pueden hacer tantas cosas con ella? —le preguntó Miguel con mucho interés.

—Ya lo veas, hijo. Como tú has visto, alcanza una altura de dos metros y cuando está seca se hacen con estas hojas asientos, serijos y sirven de relleno para otras cosas —le dijo su madre, al tiempo de darle unas palmaditas en el hombro con gesto de que cogiese el saco que tenía a sus pies.

—Sí, madre, ya voy.

Se pasaron toda la mañana para allá y para acá hasta que terminaron de transportar la totalidad de bellotas que habían cogido entre los dos. Bien se habían ganado la comida.

Comieron los tres junto al fuego y mientras la madre recogió y limpió lo que habían utilizado, sus dos hijos estuvieron asando bellotas en la lumbre. Al pequeño Francisco le divertía ver cómo algunas saltaban con el consiguiente chisporroteo; cuando esto ocurría, daba palmadas con sus minúsculas manos. Intentó coger una de éstas en una ocasión y lanzó un grito al sentir el contacto en una de sus manitas. No le ocurrió nada, pero armó tal revuelto que su hermano primero y la madre después, tuvieron que echarle agua durante un buen rato para que se callase; de sus ojos cayeron lágrimas que poco a poco se volvieron en sonrisas y simpáticas muecas.

Se pasaron toda la tarde contando anea, la cual se encontraba muy bien; segaron gran cantidad. La fueron transportando poco a poco, consiguiendo formar un enorme montón.

Cuando el día iba tocando a su fin y las sombras de la noche empezaban a hacer acto de presencia, divisaron a lo lejos el carro en el que padre e hijo regresaban del viaje que habían iniciado antes de la salida del sol. Se encontraban junto al camino esperándoles ya un buen rato, creyendo que no llegarían nunca. Su estado de ánimo era de impaciencia y de gran nerviosismo, ya que el tiempo iba pasando y temían que les hubiese podido pasar algo, sabiendo cómo se estaban poniendo las cosas.

De igual forma, los del carro se habían percatado de su presencia, por lo que Juan el hijo levantó el brazo haciendo señales de saludo.

Según se iban acercando, María observó que en la parte trasera del carro se movía algo que daba la sensación de llevarlo atado a éste y andaba detrás. A su marido lo vio andando junto a la borriquilla y a su hijo sentado en el interior del carro.

María, no pudiendo esperar allí pacientemente, echó a andar camino adelante; aunque sus hijos Miguel y Francisco se le habían adelantado y corrían alegremente en busca de su padre y de su hermano. Juan y su hijo, que había descendido del carro al ver a su madre y sus hermanos, se adelantaron igualmente y los cuatro se fundieron en un fuerte abrazo, uniéndose después a ellos la madre que venía más lentamente, la cual abrazó y besó a su marido y a su hijo.

—Ya nos teníais intranquilos, Juan —pudo decirle su esposa.

—El camino es muy pesado y además queríamos traernos

todo lo que necesitamos, esos han sido los motivos de regresar con el tiempo tan ajustado —dijo su marido.

—Madre, ya verás las cosas que traemos, seguro que te gustarán —le dijo su hijo Juan.

—¿Qué traéis, Juan? —preguntó ella.

—Ahora lo verás, espero que no falte nada; pero ya te contaré todo lo que ha ocurrido. Vamos a tener problemas con labradores de los pueblos de los alrededores, ya te explicaré. Y vosotros aquí ¿habéis tenido algún problema? —le preguntó su marido.

—Luego hablaremos, tengo que explicarte tranquilamente la visita que hemos tenido; pienso como tú que vamos a tener muchos problemas, no quieren que nos quedemos en este lugar, hoy nos lo han demostrado —contestó María a su esposo.

Como llegaban ya a la puerta de la casa, Juan detuvo el carro sujetando los ramales de la borriquilla, al mismo tiempo que le decía a sus hijos y a su mujer:

—Juan, desata la cabra y pásala al corral: tú, Miguel, ayúdame a bajar los sacos de harina, las judías y los garbanzos. María, tú coge las cinco gallinas que hay en la parte de atrás; cuidado no se vaya a escapar alguna, es casi de noche y no sería fácil encontrarlas. Después pasaremos el carro hasta la gorrinera y descargaremos la gorrina y el gorrino, con estos si que hay que tener un cuidado especial, pues si alguno se nos escapase los perderíamos para siempre y me han costado mucho.

Todo se hizo tal y como el padre había ordenado, luego desengancharon la borriquilla y le pusieron una buena pastura de cebada y paja, pues bien ganada se la tenía. Finalizadas todas las tareas pasaron a la casa en donde María tenía

preparada la cena a base de sopa de pan y carne de ansarón en salsa y para postre buenos higos.

Durante la cena, Juan explicó a su mujer y a su hijo Miguel las incidencias del viaje, de cómo lograron vender los conejos y los ansarones, y cómo pudieron hacerse con lo que habían traído; se habían gastado casi todo el dinero de que disponían. María por su parte relató lo ocurrido en la visita de aquellos tres hombres.

—Mañana por la mañana ordeñaré la cabra y así tendrás leche para darle a tus hijos; también se puede cuajar, resulta un postre muy bueno. Como las gallinas son buenas, todos los días tendrás huevos frescos. Y si tenemos suerte y el gorrino «coge» a la gorrina, después tendremos lechones. Si resulta así, mataríamos el gorrino, obteniendo jamones, tocino, chorizos y morcillas; sería un buen arreglo —dijo su marido.

—Con lo que disponemos ahora podemos pasar el invierno, lo que hace falta es que no tengamos enfermedades; es lo que más miedo me da, Juan —dijo su esposa.

—También me preocupa a mí; esperemos que Dios nos ayude. A partir de mañana voy a recorrer los alrededores y aprovecharemos la ocasión para coger toda clase de plantas que puedan servirnos de ayuda en enfermedades corrientes —le dijo Juan.

Como era ya tarde, sus tres hijos se fueron a dormir; estaban muy cansados, de modo que a los pocos minutos todos ellos dormían profundamente. Juan y María seguían sentados junto al fogón; de pronto se volvió a oír el ulular triston de una lechuza. Juan se levantó rápidamente y salió a la calle, su cántico le ponía nervioso. María salió tras él y vio como se alejaba hacia unos troncos de viejos árboles; de donde

parecía provenir aquel lastimero ulular; en poco tiempo lo habían oído tres veces.

Después de unos minutos de silencio, Juan regresó muy nervioso y dijo a su esposa:

—Ese cántico me saca de quicio, está visto que la ha tomado conmigo; para mí encierra un maleficio y temo que alguna vez acierte. Bueno, vamos a dormir, yo también me siento cansado hoy —dijo a su mujer, agarrándola amablemente de un brazo.

—Sí, Juan, todos lo estamos hoy —contestó María. Ambos pasaron al interior de la casa, cerrando la puerta tras de sí. Hasta hoy todo iba bien, el mañana lo ignoraban.



#### CAPITULO IV

### LA NOTICIA

Serían las tres de la madrugada cuando un lloriqueo despertó a Juan y a María; se trataba del pequeño Francisco. Se levantaron rápidamente y mientras María atendía al niño, Juan encendía un candil que había colgado de un clavo junto al fogón. El pequeño se tocaba su tripita indicando el lugar en donde le dolía y no cesaba de llorar; María, preocupada, le dijo a su marido:

—Juan, toma al niño y pásale la mano suavemente sobre su tripa, yo voy a hacerle un poco de anís; es posible que le haya sentado mal la carne que ha tomado, es un tragón y quizá haya comido de más. También puede ser que haya comido bellotas de las que hemos cogido para los gorrinos y le hayan sentado mal.

—Pienso que se le juntan las dos cosas y no puede hacer bien la digestión; parece que desde el momento de darle masajes apenas si llora. Puede que tenga aite en la tripa y es lo que le molesta —le decía Juan a su esposa, sin dejar de



pasar sus manos sobre la tripita del pequeño, quien había dejado de llorar.

María ya le había preparado un tazón de anís y se disponía a dárselo con una cuchara al objeto de que lo tomase pausadamente y se enfriase al mismo tiempo. Cogió la mano al niño y empezó a darle cucharada tras cucharada; se lo tomó casi todo.

Juan y Miguel se despertaron a consecuencia de los ruidos que se originaron y de los lloros de su hermanito; el primero de ellos preguntó:

—¿Qué le ocurre a Francisco?

—No es nada, hijos, sólo es un dolor de tripa de vuestro hermano; ya se le ha pasado casi. Continúa durmiendo y no preocuparos, esto no tiene importancia; ha cenado mucho y le ha sentado mal —le dijo su padre.

Ambos, al ver que su hermano se había calmado, se fueron a sus respectivos camastros; todo había vuelto a su ser y a ellos les quedaban aún muchas horas para descansar, por lo que decidieron aprovecharlas.

Medio hora más tarde el pequeño Francisco sonreía como si nada le hubiese ocurrido, en cambio quien no se sentía bien era Juan el padre; había pasado el día muy acatarrado y ahora empezó a sentir de pronto un fuerte dolor de cabeza. No quiso decirle nada a su mujer, pues no quería asustarla; bastante fue ya con lo ocurrido al pequeño. No obstante le dijo a María, dirigiéndose a su habitación:

—Voy a echarme, pues me pesa mucho la cabeza y estoy medio mareado.

—Te he notado con un fuerte catarro y has tosido varias veces; es mejor que te acuestes. ¿Quieres que te prepare algo? —Le preguntó su esposa acercándose a él con el niño en brazos.

—No, ahora no, mañana cogeré un poco de malvarisco y me cocerás un poco; eso ha sido siempre muy bueno para el catarro —le contestó su marido.

—Vete a la cama, yo voy a ver si puedo dormir al niño; parece que ya no le duele la tripa. Pienso que se va a dormir enseguida; luego me acuesto yo.

Y así fue; muy pocos minutos después, Francisco se quedó dormido, por lo que su madre le acostó en la cama que tenía junto a las de sus hermanos. Como María no había dejado de oír de toser a Juan, apagó el candil y se fue junto a él; parecía que dormía.

Al haber sido una noche muy movida, cuando se levantaron, el sol ya llevaba mucho tiempo fuera, pues la altura que éste tenía lo delataba. Parece que Juan se encontraba bastante mejor; le dolía muy poco la cabeza y apenas si tosía; por lo que decidió ir al río a dar una vuelta, ya que nunca lo había hecho por estar a casi legua y media de donde vivían.

—María, me encuentro bien y hace un buen día, voy a recorrer las riberas del río, quizá haya cosas interesantes que ver. Se vendrá conmigo Miguel y nos llevaremos el carro, podríamos necesitarlo.

—Bien, Juan, pero procurar venir a comer aunque sea tarde; además es conveniente que tomes algo para tu catarro. Yo te prepararé un buen puchero de jarabe de malvarisco; eso te curará del todo, ¿ya no te duele la cabeza?

—Casi nada, aunque hay momentos que me dan unos pinchazos en las sienes pero la tos casi me ha desaparecido; he sudado mucho esta noche —contestó Juan.

—No vayas a coger frío ahora y recaigas; eso sería peor.

—Procuraré que no sea así; bueno, mientras preparas la lumbre voy a ordeñar la cabra y tomaremos leche fresca —le

dijo a su esposa mientras se alejaba, llevándose un puchero para echar en él la leche.

Desayunaron los cuatro un buen tazón de leche y sopas de pan; el pequeño Francisco aún continuaba durmiendo, aunque parecía estar un poco caliente. Este detalle preocupaba a Juan, por lo que dijo a su esposa:

—Vigila de cuando en cuando al pequeño y comprueba si continúa caliente, eso puede ser consecuencia de la tripa; ahí hay balsamillo, cuécelo y lo filtras; luego se lo das.

—Se lo prepararé y cuando se levante intentaré dárselo, ya veremos si se lo quiere tomar. Si hoy tiene todo el día calentura, ¿qué haremos, Juan? —preguntó su mujer.

—Habría que ver como pasa la noche y si continuase caliente lo llevaríamos a algún pueblo de los de alrededor. Prepárale lo que te dicho y le das un par de veces, hay que arreglarle su tripilla.

—Aunque no lo creas, tengo miedo, Juan; de buenas a primeras os sentís indispuestos el pequeño y tú. A ver si lo que dicen de aquí es cierto y vamos a enfermar todos; de verdad que me encuentro nerviosa y un poco aturdida —le dijo María a su esposo, mirándole con un gesto expectante y cargado de miedo.

—¡Pero María, sólo falta que tú también creas en esas historias; lo ocurrido a tu hijo y a mí es normal. En esta época es corriente coger un catarro, ya has visto que durante el día suele hacer buena temperatura pero por la noche hace frío; esos contrastes son los causantes de catarros y resfriados. Y lo ocurrido a Francisco es normal después de comer bellotas muy verdes y carne abundante. Cálmate y sé optimista, María; ya verás como mañana estamos perfectamente —le dijo su esposo intentando animarla.

—Perdona, Juan, me gustaría ser como tú —le dijo María.

—Vamos, vamos, no hay por qué pensar tonterías; hay que ser fuertes y no desmayar pase lo que pase. Nuestra vida aquí va a ser muy dura y hay que acostumbrarse —le dijo a su esposa cogiéndole cariñosamente sus manos.

—No volverá a ocurrir, Juan, te lo prometo —le dijo su mujer levantándose.

Juan también se levantó y se dirigió a su hijo Miguel:

—Miguel, vamos a enganchar la borrica al carro, nos lo llevaremos por si lo pudiéramos necesitar; quizá tengamos que traer algo.

—Sí, padre, voy a por la borriquilla y tú prepara el carro —le contestó su hijo al dirigirse al lugar destinado a cuadra.

El padre sacó el carro y le dejó situado para enganchar, ya que su hijo traía la borrica con los arreos, dispuesto para su aparejo. En escasos minutos dejaron todo a punto, por lo que decidieron iniciar la marcha.

María, nos vamos; tened cuidado, y si viene alguien recibíble con educación, hay que demostrar que somos personas civilizadas —dijo Juan como despedida.

—Vosotros sois los que debéis tenerlo, los ríos son siempre peligrosos; no vayais a hacer alguna tontería; vigila a Miguel.

—Padre, yo ayudaré a madre a cuidar de todo esto hasta que vuelvas; otro día que se quede Miguel y yo me voy contigo —le dijo su hijo Juan.

—De acuerdo, te prometo que la próxima vez vendrás tú; ayuda a tu madre y no te apartes de ella en ningún momento. ¡Hasta la vuelta!

—¡Hasta la vuelta! —contestaron madre e hijo.

Como no había caminos trazados, llevaron el carro de vez en cuando, por una especie de sendas. Lo que más abunda-

ba era la encima, se podrían contar en millares el número de ellas; unas producían bellotas de excelente calidad, en cambio otras sólo proporcionaban frutos para comida de animales. La leña era abundantísima, acompañada de mucho matorral, por lo que había lugares por los cuales era muy difícil pasar. Según se iban acercando al río vieron que abundaba el ballico, una planta parecida al trigo que se utiliza para alimento de animales. También se apreciaba otra planta que llamaban bastón, era utilizada para hacer escobas. Se veía mucha grama, espliego, tomillo, romero, malvasisco, manzanilla, hierbabuena, diversos tipos de cardos, anís, alia-ga, etc., etc. Juan se asombró de ver en tan poco espacio aquella variedad de flora. Le sorprendió el toronjil, por sus bonitas flores blancas; las hojas de esta planta las cocían y el jatabe que producía lo tomaban porque daba fuerza, según decían por allí los gañanes.

Al fin llegaron al río. Bajaba con un caudal más bien bajo ya que las lluvias habían sido poco abundantes en aquel largo y caluroso verano; no obstante llevaría una altura de metro y medio de agua; más en algunas partes. Se apreciaban peces de dos tipos: cachuelos y tencas, según supieron después; también eran abundantes los cangrejos, aunque ahora no era su tiempo.

Una cosa que les sorprendió fue la abundancia de paloduz; cortaron bastante e hicieron una «gavilla» de aquellas raíces dulzonas y la echaron en el carro. Juan pensó que le sería muy útil, no sólo en su aspecto medicinal sino como pequeña golosina, puesto que en pequeños trozos simulando un cigarrillo, se puede llevar en los labios. Muchos gañanes llevaban la mayor parte del día pendiente de sus labios uno de estos cigarrillos dulzones; parece que aquello era costumbre en la zona.

Vieron indicios de que por allí había bastantes jabalíes, puesto que el rastro que dejaban era claro y terminante. Este detalle alegró a Juan, pues ya se encargaría él de cazar algún que otro de estos gorrinos salvajes, ya que su carne les vendría muy bien. La abundancia de bellotas y cereales, junto a la existencia del río que les servía de abrevadero y muchas veces de refugio entre la maleza de su ribera, hacía posible y fácil la vida de aquel paquidermo de orejas tiesas y colmillos grandes.

Decidieron subir un poco más. Apareció ante ellos una pequeña ermita de construcción rudimentaria; sus paredes eran de tierras con un poco de piedra en sus cimientos. Esta cubierta con unos troncos de árboles, sobre los cuales había una especie de barda y barro que sujetaba a las tejas. Daba la impresión de haber sido retocada, pues su aspecto no era malo; no pudieron pasar a ella por encontrarse cerrada, motivo por el que ignoraban a quien venerarían allí; ya se enterarían.

Junto a la ermita había un pequeño puente, quizá el único de aquella zona; sería sin duda el paso obligado de innumerables ganados en busca de los pastos de invierno. Su construcción era resistente, aunque es posible que fuese un poco estrecho, pero suficiente para el paso de ganado, que en definitiva sería el motivo de su existencia.

Como se iba haciendo tarde decidieron regresar, había prometido a su esposa que estaría de vuelta a la hora de comer y estaba dispuesto a cumplir su palabra. Además tenía un pequeño malestar en el pecho y no se encontraba con ganas de alejarse más; necesitaba saber el estado de su pequeño.

Llevaban las bolsas del carro casi ocupadas por la diversidad de plantas que habían cogido; taparon estas con los tableros y sobre éstos pusieron el paloduz, en la parte trasera.

Miguel se sentó en la parte de delante y Juan sobre la vara del carro, así veían perfectamente los lugares que atravesaban y descansaban al mismo tiempo.

No regresaron por el mismo sitio, Juan quería aprovechar la vuelta para atravesar aquel inmenso encinar que ocupaba kilómetros y kilómetros. La fauna que iban viendo era diversa y abundante; conejos, liebres, palomas torcaces, perdices, gorriones, cuervos, tordos, urracas y un etcétera muy largo de animales.

Hubo momentos en que tenían que dar un pequeño rodeo, pues la maleza era tan abundante que resultaba imposible pasar con el carro. Juan pensó que en el momento que lloviese y después el sol mandase sus rayos sobre aquel terreno, saldrían hongos en grandes cantidades; recordó que en su tierra natal así ocurría.

Se orientaban con el sol debido a la frondosidad del lugar, pues a esa distancia y en una llanura de la magnitud de aquella, sería fácil orientarse, puesto que las ruinas existentes en el montículo junto al lado servirían de punto de referencia.

Finalmente salieron de aquel mar de encinas viendo con gran alegría que se encontraban cerca de su casa. Pasaron muy cerca de aquel pozo de agua que vieron junto a un grupo de olivos el primer día; observaron que no muy lejos había dos enormes nogales, cuyos frutos de gran tamaño estaban en el suelo casi amontonados. Partieron una y les pareció un manjar exquisito; era carnosa, blanca y muy sabrosa.

En ese momento le vinieron recuerdos de su juventud; recordaba un nogal que tenían en el huerto allá en el pueblo; su padre solía hacer una infusión de hojas para cuando a él le salían sabañones en los inviernos, tan crudos en aquel pueblo de la serranía. Un invierno fue tan frío que le llegaron

a salir sabañones hasta en las orejas, en las manos y pies. Y su padre, pacientemente, rociaba éstos con aquella infusión haciéndoles desaparecer; jamás podría olvidar la paciencia de aquel gran hombre.

Detuvieron el carro y llenaron de nueces un saquillo; otro día volverían para recoger todas las que estuviesen bien; irían a engrosar el número de alimentos que tenían guardados en la habitación destinada a almacén.

Reanudaron su camino sin más pérdida de tiempo al ver la altura que en esos momentos tenía el sol; serían las tres de la tarde.

Cuando Juan y su hijo Miguel se marcharon bien temprano, María y su hijo Juan le prepararon el «amasado» al gorrino a base de bellotas, y limpiaron la gorrinera echándole paja limpia. Luego barrieron el gallinero y pusieron comida a las gallinas, despojos de comida y cebada. Sacaron la cabra cerca de la casa y la ataron a un fuerte arbusto; era un lugar que disponía de suficiente alimento para todo el día. De igual forma limpiaron las dependencias destinadas a los ansarones y conejos, proporcionándose la comida que estos necesitaban durante toda la jornada.

Regresaban de estos menesteres cuando oyeron llorar a Francisco, María pasó al interior de la casa inmediatamente, encontrándose al pequeño sentado sobre su camastro y envuelto en lágrimas.

—¿Por qué lloras, nene? —le preguntó amorosamente su madre.

—Estaba solo y tenía miedo —contestó el niño con su dulce vocecita.

—No estabas solo, tú hermano Juan y yo nos encontramos ahí fuera; ¿te duele la tripa? —le preguntó su madre cogiéndole en brazos.

—Un poquito aquí —señalando el bajo vientre con una de sus manitas.

—Ahora te daré un tazón de anís y se te pasará, ya lo verás; luego te prepararé un buen tazón de sopas de leche fresca —le advirtió esto último para que se tomase antes el anís, ya que era muy tragón.

—Sí, madre; muchas sopas —contestó el pequeño; en su mirada y en la manera de agarrarse a su madre se notaba el hambre.

En este momento apareció su hijo Juan.

—Madre, ¿cómo está Francisco?; parece que está mejor, ¿no?

—Sí, hijo, ya se encuentra mejor; ahora lo que tiene es hambre. Tiene aún molestias, pero no es nada. Primero le daré el anís y dentro de media hora le daré de comer unas sopas de leche para que se calle —contestó la madre.

—¿Cómo estás tragoncete? —le preguntó su hermano cogiéndole cariñosamente la cara.

—Chache, me duele aquí —le contestó el pequeño señalando con la mano su vientrecillo al tiempo que hacía con sus labios una simpática mueca.

—No le hagas carantoñas ni le digas nada, que nos toma el pelo; para lo pequeño que es sabe demasiado —le dijo la madre a su hijo Juan.

—¿Qué hago ahora, madre? —le preguntó.

—Mira, hijo, mientras yo atiendo a Francisco, puedes ir llevando bellotas al horno, puesto que hay que tostar una poca. Tu padre dice que una vez tostada la dejará para que se endurezca, con objeto de triturarla lo más finamente posible y conseguir así una especie de café. Yo ignoraba que esto se pudiese hacer, pero si tu padre lo dice será así —le dijo su madre.

—Está bien, madre; ¿dónde las dejo? —preguntó su hijo.

—Coges de las gordas y más negras, pues deben ser buenas; luego las vas dejando junto al horno, primero hay que prepararle —le indicó su madre.

Sin más comentario, Juan salió para hacer lo que se le había ordenado, ya que debería preparar antes el tipo de leña ideal para calentar bien el horno.

Había transcurrido casi una hora desde que inició su trabajo Juan, cuando apareció su madre y tras de ella su hermano Francisco.

—¿Tienes todo preparado, Juan? —le preguntó su madre.

—Ahí están las bellotas y aquí tienes la leña, espero que sea suficiente. He limpiado el horno, así que sólo hay que colocar la leña y prenderle fuego. ¿Cómo hay que tostarla, partida o sin partir? —preguntó.

—No es necesario partirla, lo importante es tostarla bien; hay que tener mucho cuidado no vayamos a quemarlas —advirtió la madre.

—Tú me indicarás lo que debemos hacer, madre; yo no sé nada de esto. Partiré más la leña para que arda mejor y tome temperatura el horno —contestó su hijo.

—No creas que yo sé mucho, lo que hay que hacer es tostarlas bien para conseguir un buen aroma. Tu padre asegura que se hace un café especial —dijo la madre.

Nada más decir estas palabras, María casi se cayó al suelo, se apoyó en el horno evitando su caída. No pasó desapercibido este detalle para su hijo Juan, quien rápidamente fue a su lado cogiéndose amorosamente a ella.

—¿Qué te pasa, madre? ¿Te duele algo?

—No te preocupes, hijo, sólo ha sido un mareo, pero ya se me ha pasado. He dormido poco esta noche y además me encuentro cansada.

—Quédate sentada y descansa, como ya sé lo que tengo que hacer no debes preocuparte de nada, madre; te acompaño a casa, allí estarás mejor. Voy a prender el horno y cuando esté a punto te lo digo. Y la llevó cogida del brazo hacia el interior de la casa.

Durante el tiempo que la madre reposó en la casa, él quemó toda la leña y retiró del horno la ceniza que no era necesaria. Introdujo todas las bellotas en él y lo tapó cuidadosamente para que el tueste resultase perfecto, manteniendo una temperatura constante en el interior.

El tueste estaba a punto en el momento que apareció María llevando de la mano al pequeño Francisco, que corrió junto a su hermano Juan. Este al verlo correr hacia él le recibió con los brazos abiertos.

—Ven, Paquito, te voy a dar unas bellotas tostadas; verás cómo te gustan.

—Sí, chache, dame bellotas —dijole enseguida el pequeño.

—No se te ocurra, Juan, aún no ha salido de una y quieres que entre en otra; las bellotas tostadas no suelen ser muy digestivas y Francisco no tiene aún bien el vientre. No vayamos a complicar más las cosas, que bastante se están complicando ya —le dijo su madre con gesto de enfado.

—Perdona, madre, no me había dado cuenta.

El pequeño al ver el cambio experimentado en su hermano y la actitud de su madre, pensó que no le darían bellotas para comer y empezó a llorar, incluso pateó con rabia.

—Ahora no puedes comer nada, además las bellotas aún no están; mañana yo te daré las que quieras, pero hoy no —dijo cariñosamente la madre al pequeño.

—Madre, mira a ver si están ya y yo me quedo aquí para sacarlas; tú puedes llevarte a Francisco a ver los conejos y las gallinas —dijo Juan.

—Sí, creo que será lo mejor.

Como Juan había dejado medio abierto el horno unos minutos antes, a su madre le fue suficiente echar una mirada al interior para comprobar que estaban en su punto para sacarlas.

—Cuando quieras puedes sacarlas y las extiendes ahí en el patio, así se enfriarán bien; no se te ocurra amontonarlas, eso evitaría su secado total.

—Vete tranquila, madre, que lo haré tal y como me has dicho; procuraré que se queden totalmente separadas unas de otras, aunque para ello necesite todo el patio. Después te llamaré para que vengas a ver qué te parece.

Su madre ya se alejada con Francisco que oponía resistencia manifestando su descontento con una rabieta de lloros y pataleo.

Habrían transcurrido unos veinticinco minutos cuando aparecieron el padre y Miguel con el carro, cuando Juan iba en busca de su madre.

Padre e hijo descendieron del carro, al tiempo que Juan se dirigía hacia ellos.

—¿Qué tal, padre? ¿Habéis visto muchas cosas? ¿Cómo te encuentras? —preguntó éste con ganas de que le contasen todo lo que habían visto en su recorrido.

—Hemos visto cosas muy interesantes, después os contaremos, y yo no me encuentro muy mal; pero tengo algunas molestias aún —le contestó su padre.

—Pues madre se ha mareado y casi se cae el suelo, iba a llamarla para que viese cómo he dejado las bellotas.

—¿Cuándo le ha ocurrido eso? —se interesó el padre.

—Cuando estaba conmigo junto al horno, pero se le ha pasado enseguida; por ese motivo le dije que se quedase en casa con Francisco.

En ese momento apareció María llevando de la mano al pequeño, que al ver a su padre salió corriendo haciendo gestos con sus manos. Juan se agachó y le esperó con los brazos abiertos; a los pocos segundos quedaron fundidos en un fuerte abrazo, besando repetidas veces a su padre, quién besó a su vez a su hijo en la frente.

— ¿Cómo te encuentras, Juan? —le preguntó su mujer besándole en una mejilla.

—Con algunas molestias en el pecho, pero bien, ¿qué te ha ocurrido a ti? Me ha dicho Juan que has llegado a marrearte.

—Sí, algo de eso ha sido, pero ya te explicaré —le contestó su esposa.

—El canto de la lechuza ya lo anunciaba, te lo dije, ese bicho presagia siempre algo con su ulular; tarde o temprano tenía que ocurrir algo. Espero que lo tuyo sea una cosa pasajera, ¿de verdad te encuentras bien?

—Es una enfermedad que dura nueve meses, Juan —le dijo su mujer al oído.

—¿Qué dices, María? —le preguntó Juan con cara de asombro.

María se cogió de un brazo de su esposo dejando al pequeño con sus dos hermanos, mientras el matrimonio se alejaba de ellos. María quería hablar a solas con Juan y explicarle con todo detalle lo que le venía ocurriendo últimamente.

—A ver, explícame lo que has querido decir antes, ¿es verdad que estás preñada? ¿Estás segura de lo que dices?

—Ahora sí estoy segura, pues llevo más de una semana teniendo unos mareos y unas cosas raras propias de ese estado; además ya tengo una falta y eso en mí es señal muy clara. No he querido decirte nada hasta estar segura de ello; así que tu lechuza se ha equivocado conmigo.

—Me da mucha alegría, pero me preocupa, pues el hecho de vivir aquí solos puede ser peligroso en estos casos. Pero, no te preocupes, María, lo mismo es un chico y eso nos llenaría de felicidad; será un juguete para los chicos y un entretenimiento para nosotros. Hay que decírselo a nuestros hijos; se alegrarán de esta feliz noticia; el único que no lo entenderá es Francisco y luego sentirá celos —le dijo su esposo.

—Estoy muy contento, Juan, pero comprendo nuestra situación y sé que nos la puede complicar aún más. Había que ir a ver a la familia y explicarles como está todo esto para que cortiesen la voz por aquellos pueblos, seguramente que alguien se decidiría a venir al saber que hay buenas tierras y que hay gente que vivimos aquí.

—Así pienso yo también. Dentro de unos días cogeré la borriquilla y el carro e iré a ver a los tíos. El tiempo está revuelto y es fácil que empiece a llover pronto, ¿te parece bien que vaya ahora?

—Creo que es el tiempo ideal para hacer ese viaje, después lloverá y nevará; si no se hace ahora hay que dejarlo para después del invierno.

—Entonces no hay que hablar más, decidido, prepararé lo que necesite llevar y adelante, no hay que pensarlo más veces.

—Vamos a ver a nuestros hijos y a comer, que se nos ha hecho muy tarde, Francisco parece que ya está mejor; de todas formas sigue muy tonto y por nada llotiquea. Comerá algo y continuaré dándole anís, le gusta y es lo que le ha arreglado el cuerpo. ¿Qué te preparo a ti?

—Ahí en el carro traemos muchas clases de plantas, te daré para que me prepares un puchero de malvaisco; me molesta el pecho y toso de vez en cuando. Si tienes sopa, tomaré un plato y luego un poco de carne.

—¿Qué vas a hacer con tantas hierbas?

—Yo os diré para qué es cada una de ellas, son a cual más interesante. También hemos cogido paloduz, es muy bueno para el pecho; se puede llevar sujeto con los dientes, su aroma se mete en los pulmones. Es muy dulzón.

Llegaron a la casa, en donde se encontraban sus tres hijos. Juan y Miguel habían desenganchado la borriquilla y estaban pasando a la casa todo lo que trajeron en el carro; después su padre diría lo que se debía hacer con todo aquello.

María estuvo viendo la diversidad de hierbas que habían traído, luego chupó un pedazo de paloduz que su marido le dio, comprobando su sabor agradable; Juan le dijo las propiedades medicinales que tenía. Al ver el saquillo que contenía nueces que no se veían, preguntó:

—¿Qué teneis en ese saquillo? ¿Es alguna sorpresa que nos queréis dar?

—Son nueces de buen tamaño y muy sabrosas, las encontramos a última hora; mañana hay que ir a ese mismo lugar con el carro y traerse todas las que podamos. Es un buen alimento y allí hay muchas; luego aquí se les quita la corteza y se dejan secar. Pueden ser el mejor postre que tomemos a lo largo del invierno y quizá el único.

—Bueno, ahora a sentarse; la comida está preparada y mientras comemos contadnos todo lo que habéis visto —dijo María mirando a su esposo y a su hijo Miguel.

Durante un buen rato, Juan y Miguel explicaron con todo detalle lo que vieron en su largo recorrido, llegando a la conclusión de que toda aquella zona guardaba en sus entrañas una gran riqueza. Allí lo que hacía falta eran brazos para trabajar todos los terrenos liegos; así que llegaron a la determinación de que era urgente la llegada de pobladores. Para ello era necesario el viaje proyectado hacia el pueblo de sus

familiares, con objeto de hablarles con toda claridad de la situación del lugar.

El padre explicó a su mujer y a sus hijos que iría él solo con la borriquilla, ya que si llevase el carro tardaría más; se arroparía bien y en dos días haría viaje de ida y vuelta. Saldría de madrugada, dentro de dos días, pasaría la noche en casa de su familia y regresaría al día siguiente, saliendo de allí al amanecer para llegar con los suyos antes de que anocheciese.

—Nos parece bien, Juan, lo que más nos preocupa es que vayáis solo o que haga mucho frío; aquí nosotros nos arreglaremos como podamos —le dijo su esposa.

—Me preocupa mucho más a mí que os quedéis solos.

—Padre, Miguel y yo cuidaremos de madre; no te preocupes, no la dejaremos que trabaje en nada hasta que esté bien —dijo Juan.

—Pues entonces ya sabéis lo que os corresponde hacer durante un año, por lo menos; vais a tener un nuevo hermano, así que vuestra madre va a necesitar la ayuda de todos —dijo el padre a sus hijos.

—¿De verdad, madre? —preguntaron a la vez sus hijos.

—Sí, hijos, si Dios quiere así será; quién sabe, a lo mejor es una chica. ¿Qué preferís vosotros, chico o chica? —les preguntó la madre.

—Yo quisiera que fuese chica —dijo rápidamente Juan.

—A mí me es igual, lo que quiero es que no os pase nada a ninguno de los dos; si es chico me parece bien y si es chica también —contestó Miguel.

—Y tú, Francisco, ¿qué quieres, nene o nena? —le preguntó su padre.

—Un nene para jugar —dijo secamente el pequeño mirando a su madre.



—Juan, tu no has dicho nada; ¿qué te gustaría? —le preguntó su mujer.

—Si soy sincero debo decirte que prefiero sea una chica, así siempre tendrías la compañía asegurada y una gran ayuda para cuando seas mayor —contestó su esposo.

—También me gustaría a mí que fuese chica, pienso que una mujer siempre es necesaria en una casa y si me pasase algo alguna vez tendrías a alguien para que os atendiese —añadió María.

—No se te ocurra pensar en una tontería de esas; tú serás abuela y si mi aprietas un poco, hasta bisabuela; eres fuerte y vivirás muchos años.

—Dios te oiga, Juan, mi mayor ilusión es llegar a ver casados a todos nuestros hijos y viviendo en este pueblo, nuestro pueblo —dijo María con voz cargada de cariño.

—Estoy convencido que así será. De lo que nosotros hagamos ahora dependerá que el día de mañana esté poblado este pedazo de tierra o pase a la historia como el pueblo olvidado. Si somos trabajadores llegaremos a conseguir nuestro propósito; pero no lo podemos hacer solos, necesitamos que vengan pobladores lo antes posible. Hay que poblar esto antes que unos cuantos agricultores poderosos de los pueblos de alrededor se adueñen de lo que queda aún —dijo Juan.

—Sería conveniente tener preparada alguna habitación para cuando venga alguien por aquí, si no hay nada pueden desanimarse, ¿qué te parece, Juan? —le dijo su mujer. \*

—Tú siempre tienes buenas ideas. Podíamos preparar una junto a la nuestra y así podría valer la chimenea para los dos. De esta forma nos costaría menos trabajo cubrirla.

—Padre, ahora mismo limpiamos la casa que hay al lado

y poco a poco podemos ir preparándola, ¿os parece bien? —preguntó su hijo Juan.

—De acuerdo, mientras vosotros limpiáis voy yo a cortar carrizo y barda no vaya a llover; adobes nos quedaron algunos y piedra tenemos toda la que necesitemos, pues hay que reforzar algunas paredes —dijo el padre.

—Tú, padre, puedes quedarte aquí; debes cuidar tu tos. Iremos Juan y yo a la laguna y cortaremos el carrizo y la barda —le dijo su hijo Miguel.

—Creo que tu hijo lleva razón, Juan; debes curar tus molestias del pecho pues dentro de unos días tienes que hacer un largo viaje y es conveniente que te encuentres perfectamente. Esta tarde no sales de aquí, te he preparado un puchero de malvasisco para que te tomes de cuando en cuando tu razón, y a sudar —le dijo su esposa.

—Bueno, admitiré lo que me decís, pero con una condición, no iréis vosotros a cortar carrizo. Eso no es fácil y prefiero hacerlo yo mañana; vosotros me ayudaréis a formar gavillas y a traerlo hasta aquí.

—Y hoy, ¿qué hacemos, padre? —preguntó Juan, su hijo mayor.

—Como Miguel sabe el lugar donde están los nogales os vais los dos, os lleváis el carro y la borriquilla, y recogéis todas las nueces que podáis. Como habeis visto, son grandes y buenas de comer, pueden ser un buen alimento durante el invierno y un postre nutritivo. Utilizaremos también la cáscara para calentarnos, arde muy bien y proporciona mucho calor —les dijo a los mayores.

—Bien, así lo haremos; ¿qué tal te parece, madre?

—No me parece mal, así tu padre y yo trituraremos las bellotas tostadas y probaremos ese café que dicen es tan bueno, ¿te parece bien, Juan?

—Desde luego, así no me aburriré, pues toda una tarde sin hacer nada se haría muy larga. Bueno, no perdáis tiempo, preparad el carro y hacet lo que hemos quedado; regresad antes de que anochezca —les dijo su padre.

Ambos hermanos salieron de la casa para llevar a cabo el trabajo que se les había asignado; María, Juan y el pequeño quedaron en el interior.

—Mientras tú le das a Francisco estas sopas de leche y te tomas un tazón de malvavisco, yo voy a recoger las bellotas tostadas que Juan ha dejado en el patio, ¿crees que estarán bien para triturar? —le preguntó María.

—Quizá sea pronto; sería mejor dejarlas aquí dentro, pues como ya estarán secas, si las dejamos aquí amontonadas durante la noche se endurecerán y mañana estarán mucho mejor, ya que hay que triturarlas muy bien, conviene dejarlas casi hechas polvo, así es como me lo indicaron a mí —contestó Juan.

—Sí, creo que sería mejor. Bueno, pues haremos eso —dijo María.

Esta salió de la casa y poco a poco fue amontonando todas las bellotas tostadas que su hijo Juan había dejado en el patio. Las iba echando en un rincón junto al fogón, ya que por las noches hacía ya mucho frío y no era conveniente dejarlas al raso. Como Juan ya había terminado su tarea con el pequeño, se entretuvo en ir recogiendo aquellas bellotas que veía estaban más duras, pues quería triturar unas cuantas para hacer una prueba esa misma noche. Deseaba comprobar que realmente aquello sustituía al «café», aunque naturalmente como sucedáneo. Es que si así fuese no tendría que usar cebada, ya que ésta le costaba más conseguirla; allí las bellotas eran muy abundantes.

Cogió un mortero de metal y en él fue colocando varias

bellotas ya endurecidas, a las que previamente había quitado su caparazón, ya a punto de desprenderse al haber sido tostado. Con la mano del almírez las trituró hasta llegar a dejarlas como polvo. Cuando creyó que tenía suficiente para hacer un puchero, llenó éste de agua y lo puso junto a las ascuas con el fin de que casi hirviese el agua; esperó un rato y cuando el agua iba a hervir le echó todo el polvo preparado. Si no hubiese estado atento se le hubiese salido, ya que al echarlo sobre el agua subió como si fuese efervescente; tuvo necesidad de apartar el puchero de las ascuas y dejarlo separado de ellas para que no fuese tan tumultosa la fusión entre agua y polvo de bellota tostada.

María, una vez que había finalizado su trabajo, salió de la casa.

—Juan, voy al gallinero a ver los huevos que han puesto las gallinas y a ordeñar la cabra, así que cuando vuelva nos tomamos un café con leche y comprobamos la calidad de tu café.

—Me parece bien. Ya estoy de malvavisco hasta el cogote; te puedo asegurar que tomarás el mejor café con leche de tu vida hasta hoy —le contestó su esposo.

Según iba transcurriendo la tarde, Juan se encontraba mejor; dejó incluso de toser y su respiración era normal, hasta le había desaparecido el pequeño pitido que a veces le salía de su pecho durante la mañana. Estaba contento del resultado de aquella hierba.

La tarde iba tocando a su fin cuando María apareció con cinco huevos y una especie de tartera llena de leche; al pasar dijo alegremente a su marido:

—Mira, Juan, cinco gallinas, cinco huevos, ¡buena raza te han dado! Y la leche ya ves, abundante y rica; animales así da gusto tenerlos, aunque den quehacer.

—Desde luego que es una suerte, lo que hace falta es que sigan así. Dame la leche que la hierva y deja tú los huevos sobre la mesa.

—No se te olvide lo que decían en nuestro pueblo: «Leche cocía, tres veces subía». La leche mal «cocía» puede ser la causante de enfermedades —le advirtió María.

—La coceré bien. Mi abuela siempre que se ponía a cocer leche, decía que había que matar los bichos, pues el abuelo había tenido fiebres muy altas por haber bebido leche sin cocer. Y terminaba diciendo: «Era muy cabezón» —dijo Juan.

Estaban enzarzados en esta conversación y no se dieron cuenta de que sus dos hijos habían regresado y se encontraban allí mismo, a su lado. Hasta que éstos no se sentaron junto al fogón, no advirtieron su presencia.

—¿Cuándo habéis llegado? —les preguntó su padre.

—Hace un rato, ya tenemos descargadas las nueces y desenganchado la borriquilla; también le hemos puesto una pasturilla y agua —le dijo el mayor.

—¿Habéis traído muchas nueces?

—Casi todas las que había; hemos llenado las bolsas del carro y aún tuvimos que llenar dos sacos que iban en el carro; tenemos para todo el año. Dejamos algunas en los nogales y bastantes en el suelo, ya teníamos suficientes —dijo Miguel.

—¿Cómo te encuentras, padre? ¿Estás mejor? —le preguntó su hijo Juan.

—Ya estoy bien, mañana iniciaremos las obras, pues me temo que muy pronto va a llover; cuando tengo molestias en las piernas, agua segura.

—Bueno, como la cena está a punto, vamos a cenar; después tomaremos un tazón de leche —dijo la madre.

—¿Es el nuevo café? ¿Cuándo lo probaremos nosotros? —preguntó su hijo Juan.

—Sí, es el nuevo y creo que bueno, pues despide un aroma apetitoso; vosotros lo tomaréis por las mañanas, no vaya a ser fuerte y no podáis dormir —les dijo su madre.

Durante la cena hablaron de muchas cosas, pero sobre todo de las obras de construcción de una habitación para los primeros pobladores que apareciesen; como tenían largos troncos de árbol y maderas abundantes, pensaban que en un par de días la dejarían cubierta. Los tres jóvenes se fueron inmediatamente a dormir; la madre recogió las cosas y alimentó el fuego para la larga y fresca noche. El padre, como siempre, dio una vuelta por todas las dependencias, asegurándose de que todo estaba normal.

Los dos días siguientes fueron de intenso trabajo; limpiaron de escombros y suciedad la casa contigua y colocaron el emparrillado de troncos y maderas, cubriendo con carrizo y barda; finalmente pusieron las tejas perfectamente ajustadas con barro y paja. Hicieron un fogón con piedras, abrieron un boquete para comunicarse con la chimenea de ellos, así evitaban hacer otra. Luego le hicieron una tosca puerta con maderas y una especie de ventana rústica.

Como lo más importante quedaba hecho, Juan decidió hacer el viaje previsto, por lo que preparó lo que debería llevarse, que no era mucho: unos «aguarones» para llevar el haró y dos mantas para arroparse; iría en la incansable borriquilla.



## CAPITULO V

### LOS DEPREDADORES

Pocas horas durmieron esa noche. Se habían retirado a su habitación muy tarde y aún era de noche cuando ya alimentaban el fuego y preparaban un buen puchero de leche con café. El día parecía presentarse muy frío y era conveniente tomar un buen desayuno a fin de que el cuerpo adquiriese buena temperatura, contrarrestando la que soportaría a lo largo de toda la jornada en aquella tremenda llanura que debía atravesar.

Sobre las ascuas chisporroteaba un trozo de tocino, despidiendo un olor apetitoso; a un lado se tostaba un buen pedazo de pan. María deseaba que su esposo tomase fuerzas suficientes para aguantar sin problemas la prueba que estaba a punto de iniciar. Junto al fogón, María y Juan miraban como ensimismados en sus propios pensamientos las ardientes ascuas; a la postre eran los mismos: el viaje y el peligro que éste podría encerrar.

María colocó sobre el pan tostado aquella tajada de tocino humeante y se la ofreció a su marido.

—Cómetelo ahora que está caliente y después te tomas el tazón de leche y café lleno de sopas; hoy tendrás que soportar viento y frío; con la tripa llena se aguanta mejor. Y al salir te tapas las piernas con una manta y el resto con la otra, así notarás mucho menos el frío y el viento.

—Con un almuerzo como éste se aguanta lo que le echen a uno; ahora me atropo encima de la borriquilla y luego cuando abra el día me bajaré e iré andando, así combatiré mejor las bajas temperaturas. Lo que más me preocupará es si llega a llover; espero que no ocurra; aunque ya sabes el refrán: «Cielo de lana, si no llueve hoy, lloverá mañana», y ayer por la tarde el cielo era de lana. Mejor que me equivoque.

—Dios te oiga; recuerda las cosas que debes traer: un azadón, una azada y un arado pequeño sobre todo. También unos cándiles y todas aquellas cosas que veas que nos hacen más falta.

—No te preocupes, que los tíos me cargarán de cosas, por eso me llevo los «aguarones», aunque pronto se llenan; me traeré las cosas más urgentes, ya que no puedo cargar mucho en la borriquilla.

—Di a los tíos y a los primos que nos acordamos mucho de ellos; también les dices lo bien que estamos. A ver si se anima alguno y se viene para acá; que corran la voz de que aquí hay mucho terreno y que ayudaremos a todo el que venga. No se te olvide llevarte el saquillo de bellotas y de nueces que les he preparado, pues por allí hay poco de esto —le dijo su esposa.

—Procuraré que no se me olvide nada, María, y hablaré con toda la gente que me encuentre ofreciéndole lo que aquí hay; alguien vendrá, ya lo verás.

—Yo rezaré a nuestra Señora de los Angeles para que así

sea y también para que te proteja a ti. No descansaré hasta que no te vea de nuevo aquí.

—Dios nos ha ayudado siempre y lo seguirá haciendo, no lo dudes; sabe que no hacemos esto sólo por nosotros, sino por los demás. Sólo pretendemos que un pueblo vuelva a la vida, no quitamos nada a nadie; todo lo contrario, queremos devolver algo a quien le pertenece —dijo Juan, levantándose.

—¿Te vas ya, Juan? ¿No te parece pronto? —le preguntó su esposa.

—Dentro de muy poco se hará de día y cuando esto ocurra, prefiero estar retirado de aquí; el camino ya lo conozco y aunque hay poca luz aún se ve perfectamente. Estareis atentos en todo momento y no os separareis nunca; si alguien viene por aquí, recibidle como a un amigo, no déis nunca mala impresión.

—Veré tranquilo, Juan, intentaremos hacer todas las cosas como si tú estuvieses; de todas formas prefiero que no venga nadie —contestó su mujer.

—Echame la comida en las alforjas mientras voy a preparar a la borriquilla, ¿dónde has dejado las nueces y las bellotas?

—Los dos saquillos los tienes ahí junto a la puerta, ya te los sacaré para que no se te olviden; las mantas las tienes sobre esos sacos.

—Ni se te ocurra, yo los cogeré; no quiero que hagas esfuerzos y hasta que yo venga límitate a preparar la comida a tus hijos y atender las necesidades de la casa; con eso ya es suficiente. Te recuerdo que debes cuidarte, ¿de acuerdo?

—Te lo prometo, Juan; haré lo que me dices.

Juan ya salía a la calle, pues necesitaba poner los arreos a la borriquilla. Al poco regresó, dejando a su compañera

de viaje en la puerta; cogió los «aguarones», poniendo los dos saquillos uno a cada lado, y salió nuevamente para colocarlos sobre el fiel jumento. Volvió a entrar.

—Voy a dar un beso a los chicos, no quisiera despertarlos; aún es muy temprano.

—No lo creo, duermen como troncos; los pobres trabajan demasiado para la edad que tienen. Los días que tú faltes procuraremos descansar.

—Me parece buena idea, podéis dar una vuelta a los alimentos que tenemos en el «almacén» y atender a los animales, así os entretenéis mientras.

—Procura venir lo antes posible. Tus hijos y yo estaremos todo el día pensando en ti; te zurrarán los oídos todo el día.

—Tampoco os olvidaré yo ni un segundo. Bueno, dame un beso, que se me está haciendo tarde y el camino es muy largo.

—Uno es poco, te voy a dar un montón —se dieron varios besos en las mejillas y un fuerte abrazo que parecía interminable.

Mientras Juan cogía las mantas y se dirigía hacia el exterior, María se limpiaba las lágrimas que brotaban de sus ojos.

Una vez fuera, Juan se subió a la borriquilla, sentándose sobre los «aguarones»; luego se envolvió las piernas con una manta y con la otra se rodeó el cuerpo, incluida la cabeza. Terminaba su tarea protectora, cogió los «ramales» y dijo a su esposa con voz tamizada por la manta que tapaba su boca:

—Hasta la vuelta, María; cuídate y cuida a los chicos. ¡Adiós!

—Que Dios te acompañe; pediremos para que tengas buen viaje. Cuídate tú también y vuelve pronto —le deseó su mujer desde la puerta.

Ya se apreciaba en el horizonte un leve resplandor cuando

la borriquilla iniciaba su alegre caminar, llevando a su grupa a un hombre lleno de ilusión y de esperanza; la ilusión de poder transmitir a las gentes lo que era el Pueblo olvidado y la esperanza de que algunos de ellos fuesen los pobladores que aquella bendita tierra estaba pidiendo a gritos.

Aunque su cuerpo iba percibiendo poco a poco el frescor de la escarcha que blanqueaba el terreno circundante, su cerebro no perdía ni una de sus cálidas ideas de repoblación. En su mente bullían constantemente las imágenes de gentes que llegaban a aquellas tierras con sus hijos, aperos y animales; no sabía distinguir si aquellas visiones eran una predicción, una locura o un sueño.

Pasó muy cerca de las edificaciones, totalmente destruidas, que se hallaban en un promontorio cercano; eran restos de la existencia de un pueblo que él deseaba revivir. Las vio con poca claridad, pero su imaginación se las hizo ver restablecidas y rodeadas de terrenos cultivados, cuyo verdor contrastaba con el azul de las lagunas repletas de agua. Quizá fuese sueño o fantasía, visión o desvarío, pero ese era su objetivo, ver todo aquel espacio poblado por gentes trabajadoras y con ansias de superación, con ansias de conquista. Con esto no quería decir que todas las que por allí roturaban tierras no eran trabajadoras, no; eran asalariados de personajillos con ansias de monopolización y ellos mismos les estaban haciendo el juego diciendo fantasías, historias funestas y cuentos macabros para que nadie se acercase y aún menos se estableciese.

El quería formar un pueblo honesto y trabajador, trabajar todos para todos, ayudarse los unos a los otros; en resumen, formar una familia grande en donde no hubiese convidados ni zánganos. Para todos las mismas obligaciones y los mismos derechos; soñaba con conseguir un pueblo libre, pero

responsable. Preconizaría la igualdad, aunque premiaría al trabajador, y no permitiría la vagancia ni el pillaje. Allí necesitaba hombres dispuestos a darse a los demás y que no tuviesen miedo de enfrentarse a un sin número de problemas que había que superar.

Procuraría dar ejemplo con su comportamiento, por lo que estaba dando los primeros pasos; había sido el primero en romper el tabú y lo fantasmagórico del lugar exponiendo a su propia familia a enfermar e incluso morir. Rota la quimérica superstición, iba a ofrecer a los demás lo que él y su familia habían conseguido. Su visita no era para pedir, sino para dar, para repartir.

Este viaje que iniciaba ahora era un viaje de ilusión, pero también de temor; la experiencia que tuvo en su pueblo natal le entristecía. Quiso luchar contra la injusticia de un Señor y sólo consiguió el destierro, pues había dos opciones: acatamiento o destierro. Y él eligió el destierro. Siempre pensó que había nacido libre y solamente se sometería a la ley de Dios y a la de su rey; pero nunca lo haría ante los caprichos impuestos de un Señor que ultrajaba la libertad natural que conlleva un ser racional, honrado y trabajador. Aquel caballerete que hacía las veces de Señor en cierto Marquesado, sometió a los vecinos de su pueblo al pago de unos impuestos desproporcionados, injustos y elevados; nadie opuso resistencia alguna, pasando la mayoría hambre y miseria, a excepción de él, motivo por el que tuvo que emigrar a otro pueblo que no estuviese en su jurisdicción. Allí imperaba la ley del más fuerte, no se tenía en cuenta al pobre ni al desgraciado; se practicaba mucho la ley del estacazo, la de calla y paga.

Esto le inducía a intentar conseguir hacer un pueblo totalmente distinto a aquél, en donde cada vecino tuviese li-

bertad de acción y contribuyese con arreglo a sus posibilidades, ayudando en todo momento al más débil y necesitado.

Ensimismado en estos pensamientos, su mirada puesta fijamente en el camino que debía seguir, apenas se dio cuenta de que el sol estaba oculto detrás de unos negruzcos nubarrones que no presagiaban nada que pudiese alegrarle. El día se estaba presentando más crudo de lo que en un principio parecía; lo peor no era el viento frío que soplabá, sino que aquello se tornase en lluvia, poniéndole en un verdadero apuro, pues no llevaba nada con que protegerse. Si así ocurriese, se vería obligado a desviarse del camino y buscar refugio en alguna de las casas de campo por allí existentes.

La borriquilla, inteligente y fiel, parecía darse cuenta de la situación; redobló su alegre caminar acelerando su paso e incluso en algunos momentos efectuaba un trotecillo armonioso y suave.

También pensó Juan que aquella pollina estaba colaborando eficazmente en los trabajos más duros, en las tareas más desagradables; gracias a ella podía llevar a cabo aquel viaje, sin ella no lo hubiese hecho. Le permitía transportar algunos útiles de trabajo y otras cosas más que así podía llevar y traer. Aquel animal era ejemplo de trabajo, de sumisión, de constancia, de obediencia; de cuando en cuando, Juan le pasaba la mano por su peludo cuello, suavemente, como señal de agradecimiento. Este detalle no pasaba desapercibido para el dócil animal que estiraba sus orejas y levantaba la cabeza como queriendo decirle que comprendía, que también «ella» sabía corresponder.

Quando Juan volvió a darse cuenta de su situación real, pudo apreciar que había recorrido una buena parte del camino; había dejado a su derecha los molinos sobre aquella sierra, que para unos eran los vigilantes perpetuos de La Man-

cha y para otros los puntos claves de referencia a fin de no perderse en ese mar inmenso de tierra llana, árida y polvorienta.

Había eludido pasar por el pueblo con objeto de evitar tener que hablar con alguien que pudiese reconocerle y crearle algún problema; sabía demasiado bien que no era muy apreciado por un determinado número de personas que podría aprovechar una ocasión como aquella para amedrentarle o al saber de su ausencia, jugarle una mala pasada a su mujer y a sus hijos.

Por tales circunstancias había elegido un camino que sorteaba el pueblo y se adentraba en un extenso pinar, situado a media legua. Se encontró a dos leñadores que estaban cortando leña a unos doscientos metros; les hizo una señal con el brazo siendo contestado de idéntica forma por uno de ellos. Siguió su camino con toda normalidad, lo que hizo creer a estos se trataba de alguien conocido que debido al día tan desagradable no quería detenerse.

Cuando salió del pinar ya se encontraba alejado del lugar donde podía ser reconocido, ya que había estado allí en dos ocasiones. Se dirigió al camino que un tiempo atrás había andado en sentido contrario y ahora le servía para llegar al punto de partida, donde daría una sorpresa a sus familiares; los tíos les apreciaban de veras.

Hasta ahora había tenido suerte con el tiempo. Aunque el cielo continuaba con nubarrones, el viento fuerte que soplabla los hacía desaparecer y aparecer de nuevo. El sabía que como se calmase podría verse envuelto en chaparrones continuos o en fuertes lluvias generalizadas. En este momento era lo que más preocupaba, pues si a partir de ahora se encontraba con alguien, serían sin duda de otros pueblos al que ya había pasado y no sería difícil pasar desapercibido; no obs-

tante estaba decidido a seguir adelante, era lo suficientemente inteligente para saber que se estaba jugando no sólo algo crucial para él y su familia, sino el restablecimiento definitivo de un pueblo.

María permaneció en la puerta hasta que su esposo y la borriquilla desaparecieron de su vista; la abundancia de matrocrales les ocultó pronto. Estaba bien arropado, pero aún así sentía cómo el frío iba apoderándose de ella. Entró cerrando suavemente la puerta, con objeto de no despertar a ninguno de sus hijos que dormían con toda tranquilidad en sus camas.

Sentóse junto al fuego y lo alimentó, pues el frío reinante en el exterior hacía que la casa se destemplase y no era conveniente que perdiese su temperatura, ya que sus hijos se despertarían cuando la luz inundase la habitación.

Cogiendo la badila removía y jugueteaba con las ascuas como queriendo decirles que a través de esa luz que proporcionaban iluminasen a su esposo en esos caminos de Dios para que volviese pronto y trajese noticias de los nuevos pobladores que vendrían a sacar del olvido a aquel pueblo que ellos ya querían como suyo.

Ahora que se encontraba sola y en medio de aquel silencio, decidió hacer un repaso objetivo de aquella epopeya que estaba viviendo. Reconocía que desde el primer momento sintió miedo. Pero según iban pasando los días y aquel mito de muerte y desolación era sólo un espejismo, el miedo se iba tornando valentía. Y ahora no sólo se sentía fuerte ante los problemas que tenían planteados, sino que estaba dispuesta a permanecer allí costase lo que costase. Su esposo tenía razón, aquella tierra era dura, pero hermosa; era brava, pero noble; ahora se sentía tan agusto en ella que si tu-



viere que renunciar a quedarse, sufrirá el mayor disgusto de su vida.

Tan sumida estaba en sus pensamientos que no se dio cuenta que uno de sus hijos, Miguel, se había levantado de su camastro, quien dirigiéndose donde se encontraba su madre, le tocó con su mano derecha en el hombro.

—Buenos días, madre; ¿te ocurre algo o es que te has dormido?

—¡Qué susto me has dado! te he visto durmiendo y no esperaba que te hubieses levantado. No pasa nada, hijo, sólo estaba repasando nuestra situación y la del lugar que hemos elegido para residir, sólo eso —le dijo su madre.

—¿Y qué te parece a ti? ¿Crees que vale la pena? —le preguntó su hijo.

—En un principio pensé que no; vine por padre, pues lo vi muy ilusionado. Ahora estoy convencida de que esto es realidad y mi esperanza de quedarnos aquí es enorme; me siento como en mi propio pueblo, y lo que es aún más, me siento como una conquistadora de una tierra virgen.

—Yo no comprendo muy bien qué está ocurriendo, pero estoy muy contento al ver a padre y a ti con tanta ilusión —dijo Miguel.

—Quizás ahora no llegues a comprender la importancia de lo que pretendemos hacer; cuando pase el tiempo y este lugar tenga vida, cuando vosotros viváis con vuestros hijos junto a otras familias en un pueblo hecho, donde no tengáis el temor de que cualquiera pueda quitarte tu propiedad y no impere la ley del más fuerte, quizá entonces comprendas la razón de nuestro empeño.

—Espero que consigáis lo que queréis; nosotros estaremos orgullosos de vosotros siempre.

—Así lo esperamos, hijo; y pensad que lo que nosotros em-

pezamos os corresponderá a vosotros continuarlo; un pueblo no sólo es importante hacerlo, sino también saberlo mantener.

Juan, el mayor, se desesperaba sentado sobre su camastro; miraba hacia el lugar donde se encontraban su madre y su hermano.

—¿Ocurre algo? ¿Cómo no me habéis despertado? ¿Es ya muy tarde?

—No ocurre nada, hijo. Como aún es muy temprano y hay pocas cosas que hacer, no he querido despertarte. Miguel se despertó hace un rato y hemos estado hablando desde entonces; aquí, junto a la lumbre.

—¿Cuándo se marchó padre?

—Salió muy temprano, apenas si se veía; ya debe estar lejos, a no ser que esté lloviendo por ahí y se haya visto obligado a refugiarse en alguna casa del campo. El día está muy nublado, gracias a que hace mucho aire, si no, ya hubiese llovido.

—Debíamos haber ido alguno con él, son muchas leguas de viaje y muchos los montes que tiene que atravesar; podrían intentar robarle —dijo Miguel.

—Ya sabéis como es padre, a él no le importaba el viaje; prefería que madre se quedase acompañada aunque tuviese que ir solo —dijo Juan.

—¿Qué haremos hasta que vuelva? —preguntó Miguel.

—Atender a los animales, limpiar el gallinero y la gorrinera; había que almacenar comida para todos. Ya hace mucho frío y como llueva, tenemos la nieve encima. También hay que preparar leña y traerla a la otra casa, así si viene alguien, que se encuentre con algunas cosas —dijo la madre.

—Bueno, de todo eso nos encargaremos Miguel y yo, tú ya sabes lo que dijo padre, debes dedicarte a hacer las comidas y atender la casa y a Francisco. Tienes que cuidarte, a

ver si nos trates una hermana; así te podría ayudar; y todo esto es muy grande para atenderlo tú sola —dijo Juan.

—Si no me dejáis hacer nada me aburriré; pero bueno haré lo que queráis. Seguro que esta vez es una chica, me lo da el corazón.

—Si fuese una chica, ¿cómo se llamaría? —preguntó Miguel.

—A mí me gustaría que se llamase María de los Angeles, como yo.

—¿Y si fuese niño? —preguntó Juan.

—No pasaría nada, lo que ocurre es que una chica sería novedad y nos vendría bien —le contestó su madre.

—Vamos a tomar un tazón de leche con café y comenzamos a trabajar; tú Miguel elijé, o arreglas a los animales o recoges leña —dijo Juan.

—Me da igual, pero como sé que a ti te gusta más partir leña, limpiaré yo los corrales y daré de comer a los «bichos».

—De acuerdo, pues manos a la obra —dijo Juan a su hermano.

—Luego os haré una visita a ver que tal va vuestro trabajo; ahora prepararé unas cosas para comer mientras se despierta Francisco. Si necesito algo os lo diré.

Salieron juntos a la calle.

—Si algunos tenemos cualquier problema silbamos dos veces con silbido largo; ya sabes lo que dijo padre, hay que estar atentos en todo momento —dijo Juan a Miguel.

—Tendré los oídos bien abiertos —le contestó su hermano.

—Hasta la hora de comer entonces —dijo Juan como despedida.

Miguel se dirigió hacia los corrales en donde ya se oían ruidos de animales con hambre.

Juan se fue hacia el bosque de encinas, que estaba a me-

nos de quinientos pasos, provisto de una sierra rústica para cortar ramas.

La mañana transcurrió con toda normalidad. Trabajaron hasta la hora de comer sin que nada turbase sus cometidos.

A mediodía volvieron a casa.

—¿Qué tal, hijos? Perdonad que no haya ido a ver como estabais; tanto Francisco como yo no estamos muy bien. El pequeño lleva toda la mañana muy caliente y yo me encuentro desde hace unas horas con muchos mareos.

—¿Le has dado algo? Ahora parece que no tiene mucho calor —dijo Juan colocando una de sus manos sobre la frente de su hermano pequeño.

—Le llevé dando toda la mañana un poco de manzanilla y parece que le ha hecho efecto. Se levantó muy tontillo y ahora tiene ganas de jugar —dijo la madre.

—Es que se atiborra a comer y no hace la digestión bien, es un tragón —dijo Miguel.

—¿Y tú no has tomado nada, madre? —le preguntó su hijo Juan.

—También he tomado un poco de manzanilla, pero estos mareos son normales en mi estado y no se pueden evitar.

—Bueno, hijos, vamos a comer.

—Dios quiera que no llueva hasta dentro de unos días, así le dará tiempo a vuestro padre a volver.

Hablaron durante la comida de la lluvia, del viaje del padre y de otras cosas. Francisco se había quedado dormido junto al fogón en brazos de su hermano Miguel; la temperatura parecía normal y su sueño era tranquilo.

—Se ha quedado roque el pobre; se despertará cuando tenga hambre, seguro —dijo Miguel.

—Nos vamos a cortar leña, madre; de cuando en cuando

uno de nosotros se dará una vuelta por aquí, por si necesitas algo —le dijo Juan.

Se disponían a salir cuando oyeron una fuerte voz que procedía del exterior, voz desagradable, mal timbrada; después fuertes risas de varios de los acompañantes abrieron la puerta y salieron a la calle. Les sorprendió ver a cuatro gañanes, algo bebidos, que estaban colocados juntos con objeto de sostenerse y no caer al suelo; la visión de aquella estampa era grotesca.

María salió tras sus hijos y al ver aquel espectáculo cogió a ambos con intención de hacerles pasar a la casa; su cuerpo temblaba y sus ojos llameaban aquel momento triste y desolador.

—Eh, vosotros! ¿dónde está el «forastero» que ha venido a quitarnos el pan? —dijo uno de ellos, frente a la puerta.

—Mi padre no ha venido a quitar a nadie nada; ahora no está aquí, dentro de un rato llegará; se fue a cortar leña —se atrevió a decirle Juan, al ver que no podía sostenerse en pie ninguno de ellos.

—Pos le vais a icir caqui no hacís falta y que si no sus vais pronto, nusotros veniremos y os ponemos en la vereda a patás; tamién le icís que le vamos a erramar toa la laguna en sus hocicos —dijo otro balbuciente.

—No le hagáis caso, hijos míos; que digan lo que quieran —dijo María nerviosa ante la presencia de semejantes peleles.

—Y también le icís que mañana veniremos aposta y le estriparemos el burrico. Le icís que es un bollagas y un cagatria, pos nunca da la jeta —le dijo otro, que parecía menos borracho.

—Mi padre no es cobarde, cuando venga os lo demostrará —les dijo Miguel.

—Por favor, no digáis ni hagáis nada; están borrachos y pueden ser peligrosos —les dijo María a sus hijos, empujándoles al interior de la casa.

—Vosotros sois unos melindres de mala follá que ya podís empecipiar a bajase los calzones, pos entoavía no hemos escomenzao a espachar a naide. Nusotros semos unos belillotas que jugamos con lo que nos paice y si os ponís tonticos os esollamos —dijo el cuarto de rodillas en el suelo, casi sin fuerzas.

—De acuerdo, ya sabemos lo que queréis; luego pasáis por aquí dentro de unos días y habláis con mi marido —dijo María valientemente, intentando hacerles ver que estaban de acuerdo con lo que decían.

—Mu bien, ya golveremos, a lo mejor tenemos que enchorrillaros a tos; no os pideremos que sus vayáis más, porque pueque os cisqueis antes —dijo el más «uerdos».

—Ahora nos vamos palante. Tú sajatrás o no saliremos —dijo otro.

María y sus hijos vieron cómo a duras penas aquellos cuatro fantasmas, agarrados como payasos, se alejaban lentamente pronunciando una sarta de insultos y de palabras soeces.

La familia entró en casa.

—No asustaros, hijos, ya habéis visto cómo venían y damos gracias a Dios que estaban borrachos y no podían mantenerse en pie, que si hubiesen estado menos, quizá habría sido peor; esto ya no me gusta nada.

—Querían asustarnos aprovechando que padre no estaba aquí —dijo Juan.

—Claro que querían asustarnos y a mí, al principio me asustaron. Pero ignoraban que padre no estuviese aquí y quizá haya sido mejor así; pues eran cuatro —dijo María.

—Sí, madre, ha sido mejor así; esos hombres no son buenos —dijo Miguel.

—Ni malos, ni buenos, hijo, venían borrachos y mandados por alguien; ellos son trabajadores y poco les puede importar que nos quedemos aquí.

—Voy a preparar un poco de manzanilla para todos. Gracias a Dios que Francisco no se ha enterado.

—Juan, ¿vamos a cortar leña o qué hacemos? —le preguntó su hermano Miguel.

—Ni se os ocurra, no vayan a estar por ahí esos mamarrachos. Ahora, cuando os toméis la manzanilla, saldréis a ver cómo están todos los animales y a ordeñar la cabra. Cerráis todo bien y nos quedaremos aquí los cuatro hasta mañana por la mañana; hoy ya hemos hecho todo lo que había que hacer —les ordenó la madre.

Miguel y Juan hicieron lo que había ordenado su madre, regresando después a la casa. Allí el pequeño Francisco corroteaba de un lado para otro, ignorante de lo que estaba ocurriendo. Cerraron la puerta. Mientras ellos jugueteaban con Francisco, la madre preparaba la cena.

Serían sobre las tres de la madrugada cuando María se despertó sobresaltada al oír ruidos extraños en los corrales y un cacareo escandaloso. Sin pensarlo se arrojó rápidamente y al abrir la puerta que conducía a los corrales oyó con más intensidad los golpes y voces agrias de varios hombres que como locos golpeaban a ansarones y conejos. Las gallinas alborotaban en un quiririgay bullicioso que enfurecía más a aquellos dos hombres que a la luz de la luna no dejaban de golpear de un lado y a otro.

—¡Juan, Miguel, Francisco, coged los palos, que padre y yo vamos por este lado; que no se espape ninguno, pegadles fuerte! —dijo la mujer.

Aquellas palabras fueron lo suficientemente eficaces como para que aquel par de energúmenos saltasen como pudieron la tapia que daba a la parte de atrás.

—¡Que se escapan, que se escapan; venid todos a esta parte de la tapia! Los gritos despertaron a Juan y a Miguel, los cuales aparecieron medio vestidos. El mayor de los dos dijo a su madre:

—Pero, madre, ¿qué ha pasado? ¿Quiénes eran los que había ahí?

—No lo sé, hijos, sólo he visto a dos hombres dando golpes y vocando. Hay que traer enseguida una luz y ver lo que han hecho —les dijo su madre.

Confeccionaron una antorcha de barda y anea, le prendieron fuego y corrieron al lado de su madre. Cuando la luz iluminó el lugar del siniestro, los tres dieron un grito de rabia al contemplar varios ansarones y seis o siete conejos totalmente desrozados. Los animales habían sido apaleados con varas fuertes de encina, las cuales pudieron ver allí junto a ellos. Sin duda las tiraron al huir aquellos desaprensivos maleantes que aprovechaban la noche para ocultar su villanía, su desvergüenza. Sólo quedaron dos ansarones y tres conejos vivos y gracias que tanto las gallinas como la cabra y los gorrinos no sufrieron daño. El cacareo de las gallinas y sobre todo los gritos de María fueron decisivos; los delincuentes pensaron que allí había mucha gente y ante el temor de ser cogidos huyeron sin haber podido terminar su labor; allí dejaron muestra de lo que pretendían hacer con todos los animales.

Recogieron los animales muertos, algunos a trozos y los dejaron a la salida del corral; cuando fuese de día, harían un hoyo frente a la casa y los enterrarían. Poco a poco, las gallinas se fueron calmando, así como el nerviosismo de Ma-

ría y sus dos hijos. Tuvieron que echar cubos de agua para que las manchas de sangre desapareciesen, ya que había salpicado en muchas partes.

—Haced un montón de aliagas enseguida en el corral y prendedle fuego, es necesario que vean mucha luz y movimiento por si nos estuviesen observando; así no se les ocurrirá acercarse otra vez por aquí. Luego le echaremos unas ramas de encina y mantendremos el fuego hasta que se haga de día —dijo la mayor.

Procuraban hacer el mayor ruido posible, se gritaban entre ellos y no dejaban de ir de un lado para otro. Cuando amanecía estaban totalmente agotados, se reflejaban en el cansancio de sus caras.

—Madre, debes echarme y descansar, esto no es bueno para ti; nosotros estaremos atentos por si volviesen por aquí —le dijo Juan.

—Sí, voy a echarme; estoy cansadísima y a punto de marearme. No creo que vengan ahora, pero si lo hiciesen me llamáis.

—Ahí en la lumbre hay un puchero de café y otro de manzanilla, tomad lo que más os apetezca y descansad también vosotros.

Tostaron un poco pan y se prepararon un tazón de café con leche, tomándose ambos un pequeño desayuno a fin de animarse un poco, ya que llevaban desde las tres de la madrugada sin pegar un ojo.

El día transcurrió sin nada anormal puesto que nadie se presentó por aquel lugar, y tanto María como sus dos hijos mayores permanecieron atentos a cualquier visita de personas que pretendiesen intimidarles. Cuando la tarde estaba llegando a su fin, esperaban que de un momento a otro apareciese la borriquilla y su padre. Nunca desearon verle con

tanta ilusión; los momentos vividos sin estar él allí no los olvidarían jamás; aquellas imágenes quedarían grabadas en sus mentes de forma que nadie las podría borrar ya. La llegada de su padre la esperaban casi con desesperación; ellos eran demasiado jóvenes para mantenerse fuertes ante unos monstruos como habían demostrado ser aquellos hombres.

A María le ocurría otro tanto. La noche hizo acto de presencia y su esposo no daba señales de vida. Necesitaba hablar con sus hijos.

—Padre ha debido quedarse hoy con los tíos, pues si no ya hubiese llegado, es posible que quiera traerse muchas cosas y ha dejado la vuelta para mañana. Dijo que procuraría regresar hoy, pero no lo aseguró; así que hagamos una fogata en el corral, eso nos puede ayudar a ahuyentar «alimañas» y a otra clase de animales.

—Vamos ahora mismo, madre —dijole su hijo Juan.

Los hijos salieron al corral e hicieron un montón de aliagas y ramas de encina, prendiéndoles fuego. Pronto las llamas inundaron de luz la zona, que era realmente lo que perseguían; esta noche no les cogetían desprevenidos si alguien intentaba atacarles. Tenían que hacer una demostración del poder que no poseían, nadie pensaría que todo aquello podía llevarse a cabo una mujer y tres niños. María pensó que si esta estratagema daba resultado, estarían a salvo; debían aguantar a toda costa hasta que llegase su marido, cuyo retraso les iba a originar otra noche interminable.

María se encontraba con Juan en el corral alimentando el fuego, ya que no interesaba perdiese su fuerza y luminosidad. Llegó Miguel, que se había quedado vigilante en la casa, y acompañado de Francisco.

—Madre, parece que alguna persona se acerca, pues se oyen voces como llamando a alguien. Al principio creí que eran

de padre, pero son unas voces muy debilitadas; ven a ver si tú entiendes algo, yo estoy muy nervioso.

Corrió hacia la ventana, pero desde allí no veía ni oía nada y decidió abrir la puerta y ver qué ocurría. Su corazón latía a gran velocidad, pues aquello podría ser una añagaza; no quería ni imaginarse que se trataba de su marido.

Nada más abrir la puerta llegaron a sus oídos unos sonidos lastimeros que apenas pudo captar; pero fueron suficientes.

—¡Es padre, es padre! Y salió corriendo hacia el camino.

—Pero, ¿qué dices, madre? No se ve nada, no se ve nada —le dijo Miguel.

—¡Juan, Juan! ¿Dónde estás? ¿Qué te ocurre? —gritaba María.

—¡Madre! ¿dónde vas? ¡ten cuidado, por favor! —volvió a decirle Miguel.

María no dejaba de gritar y llamar a su marido; estaba convencida de que se trataba de su Juan; algo le decía que era él.

De pronto, un grito desgarrador:

—¡Juan, Miguel, venid rápidamente, padre está herido! —gritó ella.

Cuando Miguel iba a llamar a su hermano, éste ya salía; pues había oído los gritos de su madre. Ambos corrieron hacia el lugar de donde procedían.

—¿Qué le ocurre a padre, madre? —gritaba Juan a su madre.

—¡Venid, hijos, venid rápidamente!

—¡Aquí estamos, madre! ¿Qué le ha ocurrido, qué le ha ocurrido? —preguntaba Miguel.

—¡Llévemose a la casa, le han golpeado! ¡Coged los ramales y tirad de la borriquilla, hay que mirarlo a la luz! —decía María a gritos.

Miguel cogió los ramales y Juan ayudaba a su madre, ya que el padre venía subido en la borriquilla y echado sobre el cuello de ésta. María le sostenía la cabeza y él se agarraba al cuello de la borriquilla al tiempo que decía palabras sueltas apenas comprensibles; alguien le había golpeado en la cabeza y sangraba.

Como pudieron le bajaron de la borriquilla y lo pasaron a la casa, dejándolo sobre uno de los camastros.

—¡Juan, trae agua y tú Miguel echa leña al fuego! ¿Me oyes, Juan? —preguntó a su marido.

Este, mareado por los golpes recibidos, estaba como ausente; aunque no dejaba de hablar entre dientes, pronunciando palabras sueltas intentado contar la lucha que había tenido que sostener con varios hombres. Pensaban que se trataba de varios porque todo cuando decía lo manifestaba en plural.

—¡Cobardes! ¡Dad la cara y no huyáis! ¡Aunque estoy solo, no podréis!

Frases así no dejaba de pronunciar, con cara descompuesta, en una especie de delirio continuo.

La mujer le limpió el rostro lleno de sangre, en algunas partes coagulada, observando que sólo presentaba un hematoma en la mejilla derecha y en la nariz un fuerte golpe, que fue el que le hizo sangrar abundantemente. También tenía una pequeña brecha casi en el mismo codo; echaba sangre, pero poca. Tuvo que ser golpeado con una vara o algo por el estilo, ya que presentaba varios golpes en el brazo izquierdo y en la espalda. Esto le apreciaron cuando le quitaron la ropa y contemplaron las señales, amoratadas, que daban fe de ello; en el resto del cuerpo no le vieron ninguna señal, excepto en la pierna derecha.

Poco a poco, Juan se fue reponiendo y al cabo de un buen

rato abrió los sentidos a este mundo, pues hasta ahora no se daba cuenta de dónde se encontraba. Al comprender su situación, se incorporó angustiado.

—¡María, hijos míos! Me duele mucho la espalda y este brazo, pero sobre todo la cabeza. Cuando me di cuenta, tenía delante de la borriquilla a dos hombres; se lanzaron contra mí como energúmenos; cada uno llevaba una vara en la mano.

—¿Dónde estaban escondidos? ¿No pudiste verlos antes? —le preguntó su esposa.

—No me había dado cuenta, pues como era tarde me orienté por las ruinas del cerro y al pasar junto a ellas fue cuando me atacaron —le contestó.

—¿Te decían algo? ¿Pudiste ver quiénes fueron?

—Me dijeron muchas cosas, insultos, debían ir un poco bebidos, pues de lo contrario me hubiesen matado a golpes. Primero me dieron un varazo en el brazo que me hizo caer y allí en el suelo me dieron en la espalda. Tuve la suerte de que uno se cayese al tropezar con mis piernas; aproveché para apoderarme de su vara, y cuando fue a quitármela le di un varazo en la cara. Tuve que hacerle mucho daño; gritaba como un animal y salió huyendo; después recibí otro golpe en la cabeza, que me hizo volver a caer. En el suelo recibí más en la espalda, menos fuertes; me recuperé gracias a que la borriquilla golpeó con los aguarones al que quedaba frente a mí, haciéndole caer. Entonces me lancé a él y nos propinamos varios golpes; menos mal que pude coger la vara de nuevo, pero sólo logré darle un golpe en el culo que le hizo salir corriendo —dijo con voz muy débil.

—Descansa, Juan, ya nos contarás después —le dijo su mujer al verlo tan cansado.

—Es que me duele todo el cuerpo y se me cierran los ojos;

me da miedo quedarme dormido; intentaré seguir hablando —les dijo intentando levantarse.

—Bien, Juan, pero no te esfuerces; no puedes levantarte ahora, continúa hablando si quieres pero sin levantarte. Ahora necesitas descansar, ya te levantarás —le dijo su esposa.

—Está bien. Pues cuando salió corriendo, me levanté como pude y al intentar subirme a la borriquilla me caí de cabeza y me golpeé la nariz con las patas. Empecé a sangrar, por lo que me taponé como pude con el pañuelo; no sé ni cómo volví a subir otra vez y cómo pudo traerme la borriquilla. Después ya no recuerdo nada; sólo sentía un gran dolor de cabeza y en todo el cuerpo.

—Es posible que el fuego que hicimos en el corral sirviese de orientación a la borriquilla; Miguel oyó tus lamentos y luego los oí yo —le dijo María.

Como estaba en un camastro, pensaron que era mejor que se quedase allí por lo que el pequeño Francisco dormiría con su madre. María llamó aparte a sus hijos; salieron al corral al ver las señales que con tanta insistencia les hacía su madre.

—Hay que estar muy atentos esta noche, hijos; podrían venir por aquí. Esto ha complicado la situación y podrían ocurrir cosas muy desagradables en los próximos días. Nosotros somos muy pocos y ellos son muchos —les dijo.

No me encargaré de vigilar el corral —dijo Juan, el hijo.

Yo vigilaré desde una de las ventanas de la casa, desde allí puedo ver bastante bien si alguien se acerca o viene por el camino —dijo Miguel.

—Hay que procurar por todos los medios que padre no se entere todavía de lo que aquí ocurre, mañana si hay que decírselo se le dirá. En estos momentos necesita de nuestros cuidados y esa noticia sería fatal para él —les recomendó la madre.

—Pero, si vuelven a venir, ¿qué haremos madre? — preguntó Miguel.

—Ya lo veríamos; yo espero que con un poco de suerte no vengan esta noche por aquí. Es posible que la demostración de vuestro padre les sirva de lección y lo piensen bien antes de venir otra vez; de ahora en adelante será otra cosa.

—Si no pasamos, padre pensará que ocurre algo — dijo Juan.

—De eso me encargo yo; tú Juan al corral y tú Miguel ven conmigo — dijo la madre.

María pasó a la casa con Miguel:

—¿Qué ocurre? ¿Pasa algo en el corral? ¿Qué me estáis ocultando?

—No queríamos decirte nada; pero los ansarones y los conejos se están muriendo. Por eso hemos hecho lumbre y estamos pendientes de ellos —le contestó María.

—Me lo podías haber dicho, eso importa poco ahora — dijo Juan.

—Duérmete y descansa. Mañana estarás mejor y hablaremos de tu viaje y de todo lo demás —le dijo María.

Juan, más conforme, cerró los ojos; estaba deshecho. Poco a poco se fue adormeciendo hasta que se durmió profundamente. Necesitaba descansar y reponerse y cuando llegase el nuevo día se enteraría de la situación en que se encontraban.

Los depredadores habían iniciado su tarea de saqueo y devastación; ya verían hasta dónde serían capaces de llegar. Juan y su familia estaban muy solos para aguantar sus embestidas, sólo la llegada de nuevos pobladores les detendría; pero, ¿vendrían? Y si así fuese, ¿qué ocurriría? ¿Habría luchas, saqueos? El tiempo lo diría.

## CAPITULO VI

### LOS POBLADORES

María, una vez que su esposo se durmió, iba de un lado para otro; tan pronto estaba con su hijo Juan en el corral vigilando, como mirando por la ventana con Miguel. Casi de madrugada decidieron irse a la cama, ya que el sueño y el cansancio los tenía agotados. María había estado vigilando a cada momento el sueño de su esposo y pudo observar que se encontraba molesto; decía algo entre sueños, se movía con mucha frecuencia, debido a su estado de ánimo.

Juan se acostó en su camastro y Miguel en el de Francisco, ya que su padre ocupaba el suyo; María fué a dormir a su habitación en donde el pequeño dormía con toda tranquilidad, ignorante del peligro que se cernía sobre la familia.

En el momento de retirarse estaba comenzando a llover; el día había sido fresco y nublado, presagiando lluvia, pero hasta esas horas se había mantenido seco. Así continuó el resto de lo que quedaba de noche, hasta que al amanecer comenzó a llover con más intensidad y el ruido de los cana-



les fue lo que hizo despertarse a María de manera repentina, creyendo que estaba sucediendo algo.

Se levantó rápidamente, aunque apenas había dormido dos o tres horas; fue a ver a su marido, que continuaba como adormecido, quejándose con unos gemidos casi imperceptibles. Alimentó el fuego, el cual estaba a punto de apagarse, se apreciaba cierto frescor en la casa. Preparó un puchero de café y otro de manzanilla, para que cuando se levantasen pudiesen tomar todos un buen tazón, ya que el día parecía presentarse lluvioso y frío.

Para los dolores de su marido se acordó de una especie de emplasto que su madre le hacía a su padre, cuando ella era joven. Cogería retama, cáscaras de raíces de nogal y espartaguera; lo machacaría todo y lo mezclaría con dos claras de huevo. Después, esta mezcla la extendería en estopas de anea y se las aplicaría en aquellos lugares donde sintiese dolores, pero que no tuviese herida. Y para las heridas, cocería «Hierbajes» con el cual limpiaría éstas; le daría de cuando en cuando medio tazón de grama, le ayudaría a recuperar fuerzas. Estas hechicerías las había aprendido de su abuela y su madre, pues ambas habían sido, allá en su pueblo natal, curanderas.

Cuando Juan se despertó vio a María sentada a su lado, que le estaba observando.

—¿Qué tal, estás mejor? —le preguntó su esposa poniéndole la mano en la frente.

—He descansado y me encuentro mejor, pero me duele todo el cuerpo; aunque lo que más me molesta es la herida de la cabeza y la nariz —contestó, cogiéndole la mano a su esposa.

—Ahora te voy a lavar la herida con «Hierbajes» y ya verás cómo se te curará pronto; la nariz la tienes hinchada y bas-

tante amoratada. ¿Puedes moverte bien?, quiero verte los golpes de la espalda y del brazo.

—Te voy a poner un «emplasto» y así se te quitarán todos los dolores musculares.

—¿Desde cuándo está lloviendo? ¿Qué ha ocurrido con los ansarones y conejos? —le preguntó Juan.

—Llueve desde anoche y ahora parece que lo hace con más intensidad. Y referente a los ansarones y conejos piensa que se han perdido casi todos; pero eso no importa, prefiero que te repongas tú. Ansarones y conejos cogemos más, esas pérdidas no me preocupan —le dijo su esposa.

—Llevas razón, María; mañana o pasado, cuando esté repuesto, cogemos conejos y ansarones suficientes para todo el invierno. Nos dedicaremos a criar estos animales y más cuando empiecen a llegar los pobladores, necesitarán carne para alimentarse y nosotros se la podremos proporcionar al principio —le dijo su marido un poco más animado.

—¿De verdad van a venir? ¿Cómo está la familia? ¿Se alegraron al saber cómo estábamos? ¿Les dijiste algo de nuestro nuevo hijo? Cuéntame, estoy impaciente.

—El tío me dijo que un tal Asensio, de un pueblo de Cuenca, estaba interesado en saber cómo nos iba por aquí; así que le mandaría razón comunicándole todo lo que yo le dije. En cualquier momento puede aparecer por aquí con su familia, parece que dispone de un buen carro y dos mulas. Los tíos se alegraron mucho, pues les conté como era esto y lo que habíamos hecho. Pero su mayor alegría fue el saber que nuestra familia iba a aumentar, sobre todo la tía, lloraba de alegría.

—¿Te dieron algo? No sé ni lo que has traído.

—En los aguarones tiene que haber un tonelete de vino, una ristra de ajos, un saquillo con titos; también un arado

pequeño y un azadón. Luego me dieron dos calabazas, unas cebollas, unas pocas judías y lentejas. La borriquilla venía bien cargada, pero se ha portado estupendamente; ha andado deprisa y mucho.

—Todo esto nos vendrá bien; podemos sembrar un poco de cada cosa y si tenemos suerte haremos buenas cosechas. El agua que está cayendo es muy buena para sembrar —dijo María.

—Naturalmente que lo haremos; pero he visto que no me has dicho aún nada de cómo os ha ido a vosotros estos dos días. Hay cosas que no las comprendo; me da la impresión que intetáis ocultarme algo, ¿me equivoco? —le preguntó a su mujer.

María permaneció mirando fijamente a su esposo, sin parpadear, pensado que sería absurdo ocultar por más tiempo aquello que tarde o temprano tendría que decirle; así que acercándose al camastro en donde se encontraba su marido, se sentó a la cabecera y cogiéndole fuerte, pero con cariño, una mano, le dijo:

—No te equivocas, Juan, han ocurrido cosas muy desagradables; ayer no te lo quise decir porque bastante había con lo que te había ocurrido a ti —le dijo María.

—Lo comprendo y te agradezco tu intención, pero hay que ser lo suficientemente fuertes para aguantar todo lo que venga. Desde el primer momento observé que aquí había ocurrido algo, pues no era normal el fuego en el corral y sobre todo el ajetreo que teníais todos vosotros entrando y saliendo. Aunque creíais que yo dormía no era así, entre sueños, quejidos y dolores, percibía algo en el ambiente. Así que cuéntame lo ocurrido y no demos más rodeos; ya ha ocurrido y lo que hay que buscar ahora son soluciones —le pidió su esposo.

María le fue explicando todo lo que había ocurrido desde su marcha, tal y como había sucedido; según la iba escuchando su marido, el rostro de éste se contraía. Manifestaba la rabia y desesperación que le estaban causando el relato de las escenas pasadas por su esposa y sus tres hijos; hubo un momento que ya no pudo contenerse y exclamó:

—¡Cobardes, canallas! ¡No son hombres, son bestias; no tienen corazón. Y no me refiero a los que han venido, ellos son unos «mandaos»; los que no tienen entrañas son los amos, que se escudan en gente baja a los cuales emborrachan para que hagan sus felonías. Quieren que estas tierras sean para ellos y están dispuestos a todo para conseguirlo; ya lo ves, María!

—¿Qué vamos a hacer ahora? Juan. Estoy asustada.

—Lo más difícil, pienso que lo hemos hecho ya; ahora lo que debemos hacer es aguantar, pues yo espero que en cualquier momento lleguen pobladores. Si eso es así, creo que sería un paso definitivo para volver a fundar este pueblo —le contestó su marido.

En ese momento, Juan, el hijo mayor, se despertaba y al ver a sus padres, se levantó rápidamente, dirigiéndose hacia el camastro en donde se encontraban.

—¿Qué tal estás, padre? Parece que tienes buen aspecto. ¿Tienes aún molestias?

—Estoy mejor, pero aún me duele todo el cuerpo; y tú, ¿cómo estás, hijo?

—Yo me encuentro muy bien. ¡Vaya día que va a hacer hoy!

—dijo mirando por la ventana.

—Es lo mejor que puede hacer, la tierra necesita agua; ahora labraremos el terreno que podamos para sembrar enseguida. Lo que hace falta es que llueva unos días, la tierra está dura y tiene que mojarse bien; aun que creo que no va a

llover mucho por ahora. A ver si mañana estoy recuperado y empezamos la tarea —le dijo su padre.

Observó un gesto en su hijo muy significativo, así como la mirada que dirigió a su madre; por lo cual decidió hablar con él, pues lo consideraba muy sensato.

—No, no te preocupes, hijo; tu madre ya me lo ha contado todo. Estoy al corriente de lo que ha ocurrido y me encuentro muy orgulloso de tener una mujer y unos hijos como vosotros. Me habéis demostrado que puedo confiar en todos y que sabéis defenderos como lo deben hacer los hombres —le dijo su padre muy emocionado.

—Nosotros, Miguel y yo, hemos hecho poca cosa; madre es la que ha sabido defendernos. Me hubiera gustado que la hubieses visto ante aquellos borrachos, sobre todo la noche que mataron a los animales, hizo como si hubiese mucha gente; daba gritos y llamaba con nombres. Creo que eso fue lo que desconcertó a aquellos hombres que huyeron llenos de miedo —le dijo a su padre.

—Tu madre tiene una entereza como pocas, no es la primera vez que lo ha demostrado ni será la última; ella es la que nos sabe dar fuerza a todos en cualquier momento, tenemos que aprender mucho de ella —le dijo su padre mirando a su mujer.

—Lo que hice fue más por miedo, en esos momentos solamente pensaba en defender a nuestros hijos y me sobrepuje al miedo confiando en Dios. Tuvimos suerte de que se fuesen —contestó María con esa dulzura que la caracterizaba, sin darle importancia a lo que había hecho.

—Sobreponerse al miedo equivale a valor y no me digas que no hay que tenerlo al enfrentarse a cuatro borrachos; un hombre en esa situación puede ser muy peligroso y tú fuiste

capaz de hacerles marchar —le dijo cariñosamente su esposo.

—¿Qué piensas ahora de todo esto, padre? ¿Podremos defendernos? —le preguntó su hijo.

—Ya le he dicho a tu madre y ahora te lo digo a ti, seguiremos aquí mientras podamos; si no vienen otros pobladores creo que tendremos que marcharnos, pues no nos dejarían en paz ni un segundo y para evitar males mayores habría que abandonarlo todo. Pero yo estoy convencido de que pronto empezarán a llegar; los tíos me dijeron que hablarían con personas de otros pueblos y correrían la voz de la situación de este lugar —le dijo su padre.

En ese momento empezó a caer mucha agua, hasta tal punto que el ruido producido por ésta despertó a Miguel e incluso al pequeño Francisco. Miguel se levantó dando un salto y fue a asomarse a la ventana.

—¿Qué barbaridad, nunca vi caer tanta agua! La laguna se llenará a este paso.

El pequeño, asustado por el ruido en el tejado y las canales, lloraba en la habitación y llamaba a gritos a su madre.

María fue hacia allí y al poco salió con Francisco en brazos.

—Mira, aún está aquí padre en la cama, dale un beso y acuéstate con él; está malo y quiere que tú lo cures. Dejo al pequeño junto a la cabecera del camastro; se abrazó a su padre, besándole las dos mejillas, al tiempo que le decía:

—¿Tienes mucha pupa, papá? ¿Te han pegado esos hombres malos?

No cabe duda que por las palabras que decía el pequeño, la presencia de aquellos hombres borrachos y demás escenas ocurridas, demostraba que habían dejado huella en él, algo

que quedaría grabado en su subconsciente para toda su vida.

—¿Cómo estás, padre? —le preguntó su hijo Miguel acercándose.

—Muy bien, Miguel, ya me encuentro bastante mejor; todavía siento muchas molestias, pero creo que entre hoy y mañana me recuperaré —le contestó.

María, que estaba junto a la ventana, dio un pequeño grito.

—¡Ahí tenemos un par de ellos! Los he visto venir hacia aquí, ¿qué hacemos, Juan?

¡Miguel, Juan! estad preparados, colocaos uno a cada lado de la puerta y tú María, ábrela. Hay que saber quienes son y qué quieren, pues si viniesen con malas intenciones no se acercarían así. A ver si es alguien que necesita ayuda —dijo el padre.

—Podría ser, ya que está lloviendo mucho; voy a abrir la puerta —dijo María.

Unos segundos antes de que María abriese la puerta, oyeron varios golpes sobre la misma; los daban con la mano abierta, al mismo tiempo de preguntar con voz potente:

—¿Vive alguien aquí? «Semos» gente de paz, abrínos por amor de Dios.

Al decir la última palabra ya estaba la puerta abierta de par en par. Los dos hombres que estaban en el mismo umbral de la puerta les sorprendió la rapidez con que se abrió, así como las palabras de bienvenida que les dijo María:

—Pasen, pasen; no se queden así, que bien mojadicos están ya.

—Muchismas gracias mujer, pos güeña mojá tenemos; parecía un nulo de na, pero ha emprecipiao a sabudir y venimos como polletes —dijo uno de ellos, el más bajo de los dos.

—Aina si llegamos y eso que la vide venir; pa mas inri tengo un bujero en la manta y memojao hasta las telillas —dijo a su vez el otro, con el pelo chorrando.

—Póngase allí junto a la lumbré y se secan —les dijo María invitándoles a pasar rápidamente, pues aún estaban en la misma puerta sin atreverse a entrar, ya que venían con mucho barro en su calzado y mojados hasta los huesos.

—Vamos, no se queden ahí —les volvió a invitar esta vez Juan desde lecho.

—Con cudiao, pasemos con cudiao, pos si no te vamos a dejar to esto como si fuera una rastrojera; tú Celipe te arregangas y no trompieces —dijo el más bajo.

Los dos pasaron como temiendo manchar el suelo y se colocaron junto a la lumbré, que María había alimentado con bastantes ramas secas, con objeto de que pudiesen secarse sus ropas.

—No ma vía dao cuenta questás en la piltra entoavía —dijo el más espigado, dirigiéndose a Juan, puesto que habían pasado allí ignorando quien había dentro.

—Es que no se encuentra bien y no se ha levantado —contestó María rápidamente.

—Pos no te se ocurra vantate, que nusotros bien repisos estamos daber salio de nuestro puebro; pos semos aquí mesmo —dijo el más pequeño retirándose del fuego al ver que salía mucho humo de la manta que llevaba encima.

—Gumisindo, ten cuidao que te bas a churrascar, te ties que rimangar la manta; tu poblema son las patas tan cortas, pos to tarrastra —le dijo el que se llamaba Felipe.

—Eso no es nada, es señal de que se está secando. ¿De qué pueblo sois?, no os hemos visto por aquí nunca —les preguntó Juan desde su lecho.

—Nusotros semos daquí al lao, le hícen po aquí «El Tomi-

llar», y ninguno de nosotros conocía to esto. Salimos temprano a cazar y entoavía cacemos na; ya lo barrunté, pero como no llovía casi na, nos animemos y dimpués emprecipió a caer a chorros. Al arrodear nos deseparamos del camino y echemos a correr al guipar el humo de la chimenea —contestó el llamado Gumersindo.

—Nosotros llevamos aquí poco tiempo y vivimos nosotros solos, pero están a punto de llegar muchos más; así que dentro de poco será pueblo formado —les dijo Juan.

—Po allí nos icían muchas cosas daquí y pensemos siempre que no había na más que burracas; me parece que le icen algo así como «El pueblo olvidao» —comentó Felipe.

—También nos han decío siempre caquí se mueren tos, que no hay más que bicharracos y lagunas con pozos que se tra-jelan a tos los que las pisan; po eso naide viene aquí paná —dijo Gumersindo separándose aún más de la lumbre, pues ya se había secado.

—Sí, de todo esto dicen muchas cosas, pero nosotros vivimos aquí muy bien y esperamos que ves la gente que todo eso fue hace muchos años —les dijo Juan.

—¿Ya os habéis secado bien? —les preguntó María al ver que los dos se retiraban lejos de la lumbre —ahora os preparé un tazón de café bien caliente.

—Mu bien, secaos y calienticos, muchismas gracias por to; aunque paizca mal tomaremos un miaja de café, aséntate Celipe que ascape arrancamos —le dijo Gumersindo.

—Se lo decimos de corazón y nos alegrase tomen un café, ya saben en donde tienen a unos amigos para lo que necesitan de nosotros —les ofreció Juan.

—Lo mismo le icimos nosotros, si hubiera necesidad de algo nos llaman, que enque hubiera que venir aquí mesmo nos estampamos pa cá —igualmente les ofreció Felipe.

María les dio a cada uno un buen tazón de café de bellota bien caliente. Estos se lo tomaron en varias veces, con sorbos que parecían huracanes. Entregaron los tazones a María, levantándose de las sillas, al tiempo que el llamado Felipe decía:

—Mu rico y güeno pa la panza, agora trotaremos comun borrucho; a ninguno de nosotros se le vair a la molondra esta invitación. Cuando necesitís alguna cosa del Tomillar, sus vais pallá y na más tenís que preguntar por Celipe y Gumersindo —les ofreció Gumersindo.

—Muchas gracias y es posible que vayamos por allí más de una vez —contestó Juan.

—Pos a lo dicho, muchismas gracias y hasta otro rato —se despidió Felipe.

—Igual digo, abajaros pallá un día y os envitaremos a to lo caiga —les dijo Gumersindo.

—Si llueve podéis quedaros aquí el tiempo que queráis —les invitó Juan.

—Sagradaece, pera ya ascampiao y a un par de leguas tenemos un chamizo del amo —le contestó Felipe, al tiempo que se dirigía hacia la salida con su compañero Gumersindo.

—Siento no poder salir, mi mujer y mis hijos os acompañan, hasta otro día! —les dijo Juan.

—Caiga suerte y se mejora presto, amigo, ya golveremos a vernos —le despidió Felipe.

Quando estaban ya en la calle, en compañía de María y de sus dos hijos mayores, victon venir a tres gañanes, quienes parece se sorprendieron al ver aquella escena. Entonces, María aprovechó el momento para gritarles con voz potente y bien timbrada:

—¡Venir ahora que hay hombres; ahora ya no estamos solos!

Los tres, al oír los gritos de María, no sólo se detuvieron rápidamente sino que se volvieron y desaparecieron del camino en dirección a la laguna, casi a todo correr.

—¿Pos quién son esos guarros? —preguntó enseguida Felipe a María.

—Son unos borrachos que vienen cuando no está mi marido y nos insultan y amenazan a mis hijos y a mí; el otro día nos mataron unos ansarones y unos conejos. Y la otra noche le pegaron a mi esposo, se escondieron y se lanzaron sobre él; quieren que nos vayamos de aquí y no nos dejan en paz.

—Gumisindo, vamos a despellejar a esos galafates; agarrá un par de ripios y los espachamos ascape —le dijo Felipe corriendo hacia el lugar donde desaparecieron.

María y sus hijos vieron cómo estos dos buenos hombres cogían dos enormes guijarros cada uno y gritaban a los que huían. Aún después de desaparecer de su vista continuaron oyendo las voces que les daban.

Al rato vieron aparecer a los dos, los cuales reían a grandes carcajadas, comentando cómo corrían aquellos valientes que asustaban a mujeres y chicos.

—Sasustan como chicotes, coroque no van a golver puaquí, pos san ido temORIZAOS. Pueque no queden arrecostaos esas sanijuelas a pisar este piazó tierra —dijo Felipe.

—Muchas gracias, amigos, a ver si así ya nos dejan tranquilos —les agradeció María.

—Vusotros sabudiles en el cocote con un ripio, son unos cagarrias y cuanti más les casquis más mierda erraman. Agora nos vamos puaquí y los acoquinamos pallí; y pacencia que no guelven más —les dijo Gumersindo.

—¡Hasta luego!, y gracias otra vez; volved por aquí cuando queráis —dijo María.

—Golveremos mu pronto, así poderemos cascar con tos vusotros; ya semos amigos y de cuando en cuando asomaremos la jeta, ¡dista luego! —se despidió Felipe.

Se dieron la vuelta los dos y nuevamente tomaron la dirección de antes; cuando iban a desaparecer de su vista volvieron la cabeza y levantaron los brazos.

María y sus hijos pasaron a la casa enseguida, pues Juan les había llamado varias veces; quería saber lo que estaba ocurriendo fuera. Nada más ver aparecer a su mujer, le preguntó:

—Pero, ¿qué ha pasado ahí fuera? He oído gritos y voces, ¿qué ha sido?

—Pues que cuando estábamos en la puerta todos, han aparecido tres de esos hombres en el camino y he aprovechado la ocasión para decirles que viniesen ahora que estaban los hombres. Mi intención era que vieses que no estamos solos y para colmo, Felipe y Gumersindo, han salido detrás de ellos haciéndoles huir. Y ahora cuando se han marchado nos han dicho que darán una vuelta por si estuviesen por aquí cerca. Hemos tenido suerte con la visita, yo creo que no vuelven por aquí, pues corrían como conejos —le explicó María a su marido.

—¿Qué inteligente eres, María!, sabes sacar provecho de todo —le dijo su esposo.

No pude contenerme y hablé, no sé si hice bien o mal, contra la fuerza hay que utilizar la inteligencia y la presencia de Felipe y Gumersindo me animó a ello. Y resultó mejor de lo que yo esperaba, puesto que estos fueron a buscarles con ánimo de zurrarles; por eso te digo que antes de volver otra vez por aquí, lo pensarán —dijo María.

—Padre, ¿quieres que hagamos algún trabajo? —le preguntó su hijo Juan.

—No hace día de trabajos, así que arreglad a los animales y traed aquí más leña; hoy hace más frío y hay que echar buena lumbre —le dijo su padre.

—Ahora vamos a almorzar y después mientras vosotros dos hacéis lo que padre os ha dicho, yo le pondré el emplasto que voy hacer donde le duelen los golpes. Juan, ¿qué quieres tú, manzanilla o café? —le preguntó su esposa.

—Tomaré un poco de café con leche y unas sopas de pan tostado, luego tomaré durante el día la manzanilla y la grama; a ver si hoy me repongo del todo. De todas formas, después de comer me levantaré y andaré.

—Como tú quieras; también te lavaré las heridas, ya las tienes muy bien —le dijo María después de mirarle las heridas de la cabeza y la que tenía en la pierna derecha.

—Almorzaron todos, Juan semincorporado en el camastro y el resto junto al fogón, pues aunque allí dentro no hacía frío, apetecía ponerse junto a la lumbre.

El día transcurrió sin ninguna novedad. Por la tarde mejoró el tiempo, llegando incluso a aparecer el sol. Pero cuando éste desapareció, la temperatura bajó mucho; la noche se presumía fría, quizá muy fría, puesto que las heladas nocturnas ya habían hecho acto de presencia en la zona. Por ese motivo, cuando estaban cenando, María preguntó a sus hijos:

—¿Habéis echado paja a todos los animales y habéis cerrado bien todas las puertas? Estas noches ya son muy frías y hay que proteger a los animales.

—Sí, madre, hemos revisado todo bien; les hemos puesto mucha paja y quitado la que tenían; puesto que estaba mezclada con suciedad. La tiramos al corral, pues esto hace una

basura muy buena para echarle a la tierras después —le contestó su hijo Juan.

—¿Qué tal tus paseos, padre? —le preguntó su hijo Miguel, puesto que supo que su padre había estado andando, de cuando en cuando, durante la tarde.

—Bastante bien, hijo; aún me molesta mucho al moverme, pero he andado a ratos y no me he cansado. Yo espero que mañana ya pueda hacerlo casi normal —contestó su padre.

—Como verás, mi emplasto te ha ido como mano de santo; las heridas las tienes mejor, y lo más importante es que tú te encuentras muchísimo más animado —dijo su esposa.

—Y que lo digas, mujer, se ve que aún recuerdas las enseñanzas de tu madre y tu abuela. Las curanderas y hechiceras son útiles en los pueblos, pues la mayor parte de los enfermos no tenemos enfermedades físicas, sino del alma. Llevar el optimismo y la confianza a una persona es muy importante, y las curanderas saben hacerlo con humildad, con cariño —comentó su marido.

—Y tú, madre, ¿cómo te encuentras?, ¿qué tomas para tu estado? —le preguntó su hijo Juan.

—Ya me encuentro tranquila, pero he tenido mucho miedo de perder lo que llevo en mis entrañas. Sea chico o chica no está teniendo suerte —le contestó su madre.

—No sé por qué dices eso, María, luego se criará sana y fuerte como sus hermanos; ya verás cómo después es la alegría de todos nosotros —animó su marido.

—O sea que estás convencido que será una chica ¿no? —le preguntó su esposa.

—Eso está clarísimo, ¿es que tú no deseas una chica?

—Claro que me gustaría que fuese una chica, pero vengo

teniendo unos sueños que no me gustan; no son muy agradables —comentó María con cara triste.

—Lo que te ocurre es que estás viviendo escenas muy desagradables y eso influye en tu estado de ánimo. Necesitas descansar y olvidarte de todo; te ayudaremos a olvidar —le dijo cariñosamente Juan.

—Sí, madre, estás loca todo el día para allá y para acá; ahora no debes preocuparte de nada, descansa y tranquilízate. Le dijo con cariño Miguel.

—Si lo sé, hijo, lo sé; pero hay algo en mi interior que me preocupa —contestó su madre.

—Bueno, ya está bien, dejemos esto y veamos lo que hay que hacer. Como yo no tengo sueño, me prepararé buena leña y abundante leña; así desde lejos se verá mucha luz y si alguien curiosa observará que estamos preparados esperando —dijo el padre.

Preparad lo que he dicho, de lo demás me encargo yo —les dijo el padre.

En pocos minutos todo quedó a punto, Juan y Miguel se acostaron en sus camastros, María y Francisco en la otra habitación, y el padre se quedó sentado en una silla algo alejada del fuego que ardía con grandes llamas.

Serían las tres de la madrugada cuando María se levantó, pues vio desde la puerta que su marido se había quedado dormido sentado en la silla; verá desde allí las cabezadas que estaba dando.

—Juan, márchate a la cama, por favor. ¿Por qué no me has llamado? Ven, yo te ayudo; aunque tú digas lo que quieras no estás aún en condiciones de hacer estas cosas. Acuéstate y duerme, yo vigilaré —le dijo su mujer.

—Me he quedado un poco trastornado, pues hace muy poco que me senté; no creas que estoy cansado, lo que pasa es

que con el calorillo y este silencio te adormeces y no te das cuenta. No he notado nada raro, ni he oído ningún ruido extraño.

Juan se levantó, aún con cierta dificultad, de la silla antes de que su mujer le ayudase a hacerlo; quería valerse por sí mismo lo antes posible. Se pasó a la habitación y se acostó medio vestido, junto a su hijo pequeño; a los pocos minutos se quedó dormido.

Cuando Juan se despertó ya era completamente de día, se incorporó en la cama y se puso la poca ropa que se había quitado al acostarse. Al levantarse pudo comprobar que se sentía mucho más seguro y las molestias eran menos.

Junto al fuego vio sentados a su mujer y su hijo Juan, que estaban hablando del tiempo; aquella noche había caído una gran escarcha. Al advertir éstos su presencia, su hijo Juan se levantó y se dirigió hacia él.

—Buenos días, padre, ¿te encuentras mejor hoy? —le preguntó ayudándole a caminar.

—Me encuentro mucho mejor, hijo; ya estoy casi bien del todo y prefiero que no me ayudes. Lo que ocurre es que la herida de la pierna me molesta al andar, pues el golpe lo tengo casi en la rodilla.

—Me alegra que así sea, padre, el golpe de la cara ya no se te nota —le dijo su hijo.

—Tu padre es como un toble y se recupera rápidamente, tiene una salud de hierro; Dios quiera que os parezcáis a él —dijo María, levantándose de su silla.

—Gracias a Dios. Cuando pase un tiempo se lo agradeceremos reconstruyendo la ermita que hay a la entrada y haciendo una nueva por esta parte. Espero traer un cura para que nos diga misa y bautice, case y entierre a la gente —dijo



Juan, mirando a su mujer y a su hijo, con ojos en donde se reflejaba la luz de la esperanza.

—Dios te oiga, Juan, Dios te oiga; esa sería mi mayor alegría —contestó María.

Se sentaron los tres juntos a la lumbre, pues aunque allí hacia buena temperatura, apetecía acercarse de cuando en cuando al calor que les brindaba aquel montón de ascuas cuyo resplandor iluminaba casi toda la estancia.

Durante todo el día permanecieron en el interior de la vivienda, ya que ni un rayo de sol pudo hacer acto de presencia durante la jornada, pues la niebla se fue apoderando poco a poco de toda la zona. Las temperaturas bajaron aún más y no era agradable salir si no fuese por algo que necesitasen con urgencia; sólo se cruzaron a los corrales con objeto de atender a los animales y ordeñar la cabra y recoger del gallinero los huevos que habían puesto las gallinas.

Se presentó la noche sin que el manto de niebla desapareciese, no solamente no desapareció sino que se acentuó aún mucho más, siendo imposible ver más allá de un par de metros. Por ese motivo pensaron que la vigilancia aquella noche se doblase la harían por parejas; Juan el padre con Miguel y Juan hijo con su madre. Pero como cenaron muy temprano, pensaron iniciar los turnos pronto y luego a partir de las cinco de la mañana vigilarían los cuatro, llamándose por sus nombres de una parte a otra, y de cuando en cuando intercalando otros nombres aparte. Esta estrategia serviría para ahuyentar a posibles atacantes al oír esa diversidad de nombres y hacerles ver que estaban preparados. Lo que no sabían era si esa parodia daría resultado o no.

Todo fue bien hasta el amanecer, cuando la niebla era como una cortina impenetrable. Se oyó un ruido en una pared, la más baja del corral. La vigilancia de aquella zona co-

rrespondía a Juan hijo, quien rápidamente avisó al resto de la familia, que acudieron inmediatamente al lugar. Todos pudieron oír como si alguien arañase en la pared o diese golpes raros; al acercarse a dicha pared para mirar al otro lado sigilosamente, vieron algo que en principio les asustó. Se trataba de dos enormes zorros los cuales estaban intentando saltar la pared y al no conseguirlo se golpeaban contra esta y la arañaban. Su fino olfato les decía que allí detrás había buena comida y es desesperaba no poder saltar aquella tapia.

Pasado el primer momento de sorpresa, Juan y Miguel cogieron dos varas enormes, dando con ellas en la parte interna de la pared al tiempo que les gritaban, lo que hizo huir a aquellos dos tremendos carnívoros que resoplaban de forma salvaje y feroz.

Finalizado este pequeño percance nada vino a romper la monotonía del lugar y de sus escasos habitantes; la única novedad destacable fue que sobre el medio día el sol pudo atravesar aquella pared densa de niebla y hacerla desaparecer, por el momento.

El día fue agotándose lentamente y cuando ya sólo en el horizonte quedaba una pequeña franja de luz, Miguel pasó corriendo al interior de la vivienda, gritando:

—¡Padre, madre; por el camino viene un carro grande tirado por dos burros. ¡Salid todos, a lo mejor son pobladores que vienen aquí a vivir con nosotros!

María cogió a su marido por un brazo para ir más rápido y Juan agarró a su hermano Francisco de la mano, saliendo a todo correr a la puerta de la vivienda.

Cuando Juan y María aparecieron fuera, sus tres hijos ya iban corriendo hacia aquel carruaje que se acercaba hacia la casa, por lo que el padre les gritó enseguida:

—¡Hijos, no seáis imprudentes, no sabemos quienes pueden ser! ¡Volved aquí!

Los gritos de aviso del padre no surtieron efecto, pues sus hijos continuaron corriendo en busca de las personas que venían hacia ellos. Tenían tantos deseos de ver a otras personas que no fuesen como aquellos borrachos groseros, que no atendía la llamada de su padre al que en todo momento obedecían, respetaban y querían.

Vieron cómo sus hijos llegaban al lugar en donde el carro se había detenido y un hombre descendía de él, acercándose a ellos; esto les tranquilizó.

Y así fue, puesto que los ocupantes del carro al ver que tres chicos corrían hacia ellos, detuvieron para ver quienes eran; pues era ya tarde y necesitaban saber si habían llegado al lugar que venían buscando hacía más de una hora.

—¿Sois vosotros los hijos de Juan y María? ¿Es aquella la casa donde vivís? ¿En dónde están vuestros padres? —les preguntó el hombre que se habían bajado del carro.

—Sí, somos nosotros; éste es mi hermano Miguel, este pequeño es mi hermano Francisco, y yo me llamo Juan, como mi padre. Vivimos en aquella casa y mis padres están en la puerta, pues mi padre no puede andar todavía bien.

—¿No puede andar, qué le ha ocurrido? —le preguntó aquel hombre.

—Unos hombres que vienen a asustarnos, nos mataron conejos y ansarones, y pegaron a mi padre; casi siempre vienen borrachos —le contestó Juan.

—Ahora estamos nosotros y os ayudaremos; dentro de pocos días vendrán más y entonces ya no se atreverán a venir por aquí, ya lo veréis. Bueno ahora os presento yo a mi familia: ésta es mi mujer y éste es mi hijo Tomás; yo me llamo

Asensio. Vuestros familiares nos dijeron dónde podíamos encontraros —les dijo Asensio cariñosamente.

—Pues, bienvenidos todos; vamos para la casa, que mis padres estarán nerviosos y querrán saber quienes sois. Se van a alegrar mucho, vamos —dijo esta vez Miguel.

—Subid al carro si queréis, llevamos sitio y buenas mulas —les invitó Asensio.

—Gracias, vamos corriendo y así les damos la noticia antes —le contestó Juan, al mismo tiempo que los tres hermanos echaban a correr hacia su casa, levantando los brazos en señal de alegría.

Asensio cogió los ramales de las mulas y se los entregó a su mujer para que los llevase ella, pues él iría andando junto a las mismas, iniciando el camino hacia la casa.

Cuando Asensio detuvo el carro frente a la casa, les estaban esperando el matrimonio y los tres hijos, con ojos en donde brillaba la alegría y sobre todo la esperanza, ya que tenían la convicción de que aquella escena se repetiría muchísimas veces más en poco tiempo.

De los ojos de Juan brotaron unas lágrimas de emoción, unas lágrimas de hombre feliz, unas lágrimas de hombre de fe, puesto que aquello que un día fue un sueño hoy era una realidad y la tenía allí delante de él, la podía palpar.

No pudo contener su emoción al ver cómo una mujer y un chico joven descendían del carruaje y uniéndose al hombre que había llegado andando junto a las mulas, se dirigían hacia ellos con una amplia sonrisa en sus labios. Como si aquello hubiese sido una invitación, Juan, María y sus tres hijos se adelantaron para recibirlos fundiéndose en un apretado abrazo los dos hombres, las dos mujeres y todos los chicos. Fue una escena realmente emotiva, entrañable, maravi-

llosa; era el abrazo de bienvenida, de la concordia, de la amistad, de la esperanza, de la fe.

—¡Así que tú eres el célebre Juan! —le dijo efusivamente Asensio.

—Y tú eres el esperado Asensio! —le contestó Juan, dándole varias palmadas en la espalda.

—Tenía muchas ganas de conocerte!, mi nombre es María —le saludó ésta a la mujer de Asensio.

—Yo también me alegro de conocerte!, me llamo Rosa —le dijo ésta.

Asensio era un hombre alto, fuerte y de carácter bonachón, muy trabajador; debía tener una edad similar a la de Juan. Era amante de la justicia y de la verdad, muy social; siempre decía que el hombre debía ser libre para así apreciar su valía y capacidad. Repetía muchas veces un refrán que tenía como lema y que decía, según él, siempre su abuelo: «El hombre y la mujer, por lo que valga, no por lo que traiga». Prefirió dejar su pueblo allá en la serranía conquense y correr aquella aventura junto a Juan del que había oído hablar a su familia catalogándolo de hombre justo y cabal, y que pretendía formar allí un pueblo honesto y sobre todo libre.

Rosa también era espigada, de fuerte constitución, amable y cordial; sobre sus labios había una amplia sonrisa siempre y su mirada era agradable y franca. Su edad era muy inferior a la de Asensio, aunque no lo aparentaba pues había llevado una vida demasiado dura, y desde muy joven estaba habituada a las duras tareas del campo. De carácter alegre, muy limpia y ordenada; siempre decía que tenía dos razones para vivir, una era su marido y la otra su hijo Tomás. Le alegró que su marido hubiese decidido emprender aquella aventura, la consideraba fascinante y más al saber las circunstancias que rodeaban a aquel lugar, según le había contado

su esposo durante el camino. Aunque sabía el peligro que encerraba vivir allí, le ilusionaba la idea de colaborar en el resurgimiento de aquel pueblo olvidado.

Tomás, el hijo, tenía doce años, alto y fuerte; había heredado el carácter bonachón de su padre y la sonrisa generosa y amplia de su madre. Su constitución y fortaleza le hacían apto para las rudas tareas del campo en las que ayudaba ya a su padre desde hacía dos años. Era de mente ágil, despierto, vivaracho; desde muy pequeño, su madre, le había enseñado a leer y expresarse correctamente. Aunque era hijo único, había sido educado sin blandenguerías ni caprichos; su padre le había educado en la idea de que los hombres deben ser libres, pero responsables, respetando las ideas de los demás si quería que los demás respetasen las suyas, aunque intentase que prevaleciesen las propias, cosa humana y natural. Por lo cual tenía un trato correcto y nunca se manifestaba grosero o malhumorado.

Una vez llevadas a cabo las presentaciones, saludos y abrazos entre ambas familias, Juan, dirigiéndose a sus dos hijos y al hijo del Asensio, le pidió:

—Vosotros tres encargaos de llevar el carro junto al nuestro y las mulas donde está nuestra botriquilla, después se descargará todo lo que traéis, pues hasta mañana no se puede pasar a la casa que os tenemos preparada; esta noche y las que sean necesarias seréis nuestros invitados, así que adelante amigos —terminó diciendo Juan, invitándoles a pasar a la casa; fuera hacía mucho frío.

—Gracias, Juan, no sabes lo que os lo agradecemos; llevamos casi dos días de viaje y aunque no hemos pasado mucho frío, estamos cansados —le dijo Asensio.

—Pues sentaos ahí en el fuego y al mismo tiempo que os calentáis podéis descansar tranquilamente; yo voy a preparar

la cena enseguida y temprano podéis iros a la cama, ahora lo preparamos todo —les dijo María ofreciéndoles unas sillas.

—Apenas si he pegado un ojo en dos días, pues anoche dentro del carro y con el frío que hacía, era imposible dormir. Y la noche anterior me pasé todo el tiempo preparando las cosas y repasando para que no se me olvidase nada —dijo Rosa con rostro de cansancio.

—¿Dónde os quedásteis a pasar la noche? —preguntó Juan.

—Como fue un día muy frío y llegábamos a la Orden a punto de ponerse el sol, decidimos quedarnos a la salida de este pueblo, pues a la izquierda del camino, a unos cincuenta pasos, hay unas tapias con un pequeño «corrido». Es un buen sitio para protegerse del aire y del frío y hay un trozo cubierto para el carro y las mulas; además allí cerca había un buen pozo de agua muy buena —le contestó Asensio.

—Menos mal que Tomás cogió leña que encontró allí mismo, puesto que está todo aquello repleto de carrascas y formó una lumbre en un instante, si no, yo creo que hubiese fenecido; nunca en mi vida he pasado tanto frío como ese día —dijo Rosa.

—Es que habéis elegido los dos días más fríos que ha hecho hasta ahora —dijo Juan.

—Desde luego, pero Asensio pensó que si no nos veníamos ahora, cada día que pasase sería peor, y si hubiese llegado a nevar ya habría sido imposible venir, hasta después del invierno. Vuestros tíos le dijeron que viniésemos lo antes posible para que no estuviésemos más tiempo solos —contestó Rosa.

—Y no sabéis como os lo agradecemos, quizá nosotros hubiésemos tenido que habernos marchado de aquí. Ya os contaré cómo está —les dijo Juan.

—No creo que tarden en venir muchos más; tus tíos han corrido la voz por todos aquellos pueblos y hay gente que está animada; un vecino de ellos, ese que se llama Juan, es fácil que aparezca en cualquier momento. Se quería haber venido con nosotros, pero luego me dijo que vendría unos días después. No tiene trabajo ni ninguno de sus dos hijos —comentó Asensio.

—¿Habéis tenido problemas para llegar aquí? —les preguntó Juan.

—Ninguno, lo único que observamos fue que a una legua de aquí tres labradores que sembraban unas tierras nos hicieron unas señales raras y daban grandes carcajadas —dijo Asensio.

—Es posible que se tratase de alguno de los que habían venido por aquí; algunos son rudos y de mala uva —dijo Juan.

—Nosotros continuamos el camino y no le dimos importancia, además veníamos mal de tiempo y no le presté atención; después no vimos a nadie —comentó Asensio.

—Bueno, amigos, a ver si vienen los chicos y cenamos; ahora distribuiremos a las personas para dormir y así podéis iros a la cama enseguida —dijo María.

—No hay necesidad de que os molestéis más, podemos sacar los colchones del carro y dormir en otra parte; son demasiadas molestias, ¿no te parece, Asensio? —dijo Rosa.

—Sí, pienso que no hay por qué complicarnos la vida de esta manera; si tenéis otra casa podemos utilizarla hasta que hagamos una para nosotros —dijo Asensio.

—Tenemos una casa preparada aquí junto a la nuestra para vosotros, así que no tendréis que hacer ninguna. Pero esta noche os quedaréis aquí y mañana ya lo haréis en vuestra casa —dijo Juan.

—Bueno, bueno, esta noche ya nos arreglamos aquí —dijo Asensio a Rosa.

En ese momento entraron todos los chicos, habián dejado cada cosa en su lugar; sólo les faltó sacar todo lo que traían en el carro, lo harían al día siguiente.

—Tomás, tienes que ir al carro y traer los colchones, esta noche nos vamos a quedar aquí y los necesitaremos —le dijo Rosa a su hijo al verlo entrar.

—Con uno que traigas es suficiente, pues vosotros dormiréis en nuestra cama; nosotros lo haremos aquí en los camastros de los chicos —la dijo María.

—No, eso no, Juan; ya es demasiado. Por favor, nosotros podemos dormir en esta habitación; una noche se pasa como sea; además aquí estaremos bien —pidió Rosa.

—Vosotros dormiréis los tres en nuestra habitación y todos nosotros aquí fuera; os pido por favor que hagás lo que os digo, sois nuestros invitados —les dijo Juan.

—Si no hay otro remedio, así se hará, no discutamos, Rosa —dijo Asensio a su esposa.

Tomás, ayudado por Juan y Miguel, trajo el colchón, dejándolo en la habitación interior; sería para él que dormita con sus padres allí esa noche.

Cenaron y comentaron todo lo que les había ocurrido a Juan y a su familia desde que llegaron. Después, todos se fueron a la cama; no obstante Juan y sus hijos tenían montada una guardia, ya que no podían confiarse de aquellos sanguinarios visitantes nocturnos que sabrían aprovechar el menor fallo.

## CAPITULO VII

### «EL AMO»

Había sido una noche tranquila. Nada anormal ocurrió, a excepción de unos aullidos estridentes y a veces lastimeros de varios lobos que no andarían muy lejos buscando algún conejo u otro animal con que aplacar su hambre. Era la primera vez que ocurría, nunca en el tiempo que llevaban allí habían oído o visto a uno de estos animales «carniceros». A partir de ahora debían tener mucho cuidado y tampoco olvidarse de los zorros, los cuales ya les habían hecho antes una demostración de lo que serían capaces de hacer al más mínimo descuido. Debían proteger bien las puertas de los corrales en donde tenían encerrados a todos sus animales, pues la pérdida de éstos podría representarles serios problemas en ese tiempo.

La noche fue muy fría, revestida de ese manto blanco que proporcionaba la niebla en aquellas llanuras inacabables; las zonas húmedas atraían como un poderoso imán a aquellas nubes rasiteras, llegando en algunos momentos a ser tan com-

pacta que era imposible ver más allá de un par de pasos. Por tales circunstancias, el encargado de la vigilancia no dejaba que el fuego se apagase, haciendo que la temperatura en el interior fuese reconfortante y más en esa ocasión que tenían invitados.

La última guardia la había hecho Juan el padre, pues se encontraba casi totalmente restablecido de sus heridas y dolencias; andaba aún con mucha precaución, pero podía permanecer bastante tiempo sin sentarse y no sentía el cansancio. Prefirió hacer esa guardia porque suele ser la más peligrosa, pues la llegada del alba y el calorillo tan acogedor como el que allí había, adormecía al más pintado.

Mucho antes de que apareciese el primer vestigio de luz en el horizonte, María se había levantado, ya que descaba tener todas las cosas a punto cuando Rosa y Asensio se levantasen. Eran sus invitados y les debía hospitalidad.

—¿Qué tal te encuentras, Juan? ¿Notas mejoría en tus molestias? —le preguntó su esposa.

—Estoy muy bien; y tú ¿cómo estás? No debías haberte levantado aún, ya sabes que debes cuidarte y el descanso es lo mejor —le dijo cariñosamente su marido.

—He dormido toda la noche y me siento bien, además quiero preparar algunas cosas para el almuerzo.

—Tus mejunges me han dejado nuevo. Espero que transmitas a alguno de tus hijos ese don, pues yo para esas cosas no valgo mucho; con la variedad de plantas que hay por aquí puedes hacer grandes cosas —le dijo Juan.

—¿Lo dices de verdad o me estás tomando el pelo? —preguntó ella.

—Te lo digo de verdad, es algo en lo que siempre he creído, tú lo sabes.

—Lo único que hago es hacer aquello que la abuela y mi

madre me enseñaron desde pequeña, ¡ellas sí que tenían gracia!

—Tú haces bien todo lo que tocas, María; precisamente es eso lo que me animó a emprender esta aventura. Si me hubieses puesto pegas o inconvenientes quizá no hubiera intentado nada, pero a ti te ilusionó —le dijo su esposo.

—Lo que ocurre es que eres tan bueno que todo lo que yo hago o digo te parece único.

En ese momento oyeron hablar en el interior de su cuarto, eran las voces de Asensio y Rosa. Ya el sol intentaba penetrar con sus rayos la intensa niebla que aún persistía en todo el lugar y hablaban sobre ello.

—¡Buenos días! vaya niebla que tenéis por aquí —le dijo Asensio saliendo del cuarto.

—¡Buenos días, Asensio! esto es muy corriente por toda esa zona; las lagunas y el río están cerca y son los causantes de esta túnica blanca —contestó Juan.

—¡Buenos días! hemos dormido toda la noche de un tirón, ¡qué diferencia de anoche! la temperatura que tenéis en la casa es muy buena, aquí no se nota el frío —les dijo Rosa.

—Hola, Rosa, buenos días! me alegro —dijo María.

—Es que tenéis una casa muy acogedora; ya tengo ganas de ver la nuestra —dijo Rosa.

—Cuando almorcemos la conocerás; es casi igual que éstas, lo que ocurre es que hay que hacer más obra para dejarla igual. Te va a gustar, ya verás —le dijo María.

—Yo creo que si vamos a hacer un pueblo, debemos empezar por construir casas nuevas, bien orientadas y amplias; pero habrá que hacerlas en otro sitio —dijo Asensio.

—María y yo pensamos que el lugar más apropiado es en una colina que hay no muy lejos de aquí; es un terreno fir-

me, de buena roca y muy cerca tiene un pozo de agua. Estas casas servirían después de bien arregladas para futuros habitantes de nuestro pueblo; estoy convencido que llegará a ser un gran pueblo —les dijo Juan.

—¿Hay buena tierra para hacer tapia? piedra parece que sí hay —preguntó Asensio.

—Disponemos de buena tierra para tapiar y piedra la que necesitamos, también fabricaremos tejas y adobes. Luego daremos una vuelta y te lo enseñaré todo. Aquí hay terreno para mucha gente y se puede cultivar de todo. Sembraremos trigo, cebada, ajos y demás; también probaremos a poner viña, esta zona es muy buena, ya que dispone de terrenos arenosos; cuando veas toda la zona comprobarás que es un lugar privilegiado para el cultivo —le dijo Juan.

—Aquí debe haber también muchas clases de animales, ¿no? —preguntó de nuevo Asensio.

—Ya lo verás; sobre todo conejos los hay en abundancia y en esta época hay ansarones; son las crías de una clase de ave acuática que viene por aquí en Otoño y se va cuando cría; eso han dicho las gentes que conocen todo esto. Por eso hay que cogernos ahora y criarlos después nosotros; en el corral tenemos aún dos ansarones, ahora los verás, son tremendos y tienen buena carne —les dijo Juan.

—Vamos a verlos si os parece, tengo curiosidad por conocer esos patos —dijo Asensio.

—Yo iré luego, ahora voy a ayudar a María, los chicos están ya todos despiertos y querrán almorzar antes de ponerse a trabajar; después os veré —les dijo Rosa.

—No tardéis en regresar que hoy hay que hacer muchas cosas —les dijo María.

Asensio y Juan salieron a ver los corrales. Juan iba algo len-

to, ya que la pierna herida le molestaba todavía cuando se movía.

Cuando María y Rosa quedaron solas, prepararon los pucheros de café y manzanilla, calentaron leche y tostaron unas lonchas de pan que estaban duras.

—A ver si se levantan los chicos y sacan lo que traemos en el carro; tengo un buen tarro de miel de allí de nuestra serranía. También te he traído unas especies que me dio tu tía, pues dijo que las necesitarías para cuando hagas la «manzanilla»; hay otras muchas cosas, ya las verás —le dijo Rosa en voz baja, pues no quería molestar a los niños.

—No te importe que se despierten, ya es hora; además tienen que echarnos una mano. Me alegro de que hayas traído especies, pues me preocupaba no poder hacer unos chorizos; con la miel podré hacer un buen potingue si alguien coge un enfriamiento —contestó María.

—¿Sabes de esas cosas?, me gustaría aprender.

—Soy una simple aficionada. Aprendí algunas recetas caseras que me enseñó mi pobre madre; ella sí fue curandera como mi abuela —le contestó María con nostalgia.

—Vaya, vaya, esto me gusta; a ver, cuéntame —le dijo Rosa.

—Pues mira, hay una medicina casera que se hace machacando un par de dientes de ajo, mezclándolos con dos cucharadas de miel. Si el enfriamiento es fuerte, se debe tomar cada ocho horas una cucharada de esa mezcla y al cabo de cuarenta y ocho horas ha desaparecido. Hay otras muchas. Cuando tengas acidez de estómago, coges unos cominos y los cueces con agua, el líquido resultante lo tomas y te desaparecen las molestias; lo puedes tomar caliente o frío.

—A lo mejor podías darme un remedio para el reuma de Asensio, cuando le da, lo pasa muy mal —le preguntó Rosa

muy interesada, ya que el invierno anterior su esposo estuvo varios meses casi imposibilitado.

—Un remedio no te voy a dar, sino dos; cualquiera de ellos es mano de santo. Estos ungüentos ya los mandaba mi abuela y siempre dieron resultado.

Rosa oyó un ruido y se dirigió hacia el cuarto donde aún estaba su hijo Tomás.

—¿Ocurre algo, Rosa? —preguntó María.

—Nada, María, es que había oído ruido en el cuarto y quería ver si Tomás ya estaba despierto. Se está terminando de vestir —contestó Rosa desde la puerta.

—Nosotros también lo estamos desde hace un buen rato; no dejáis de hablar y así despertáis a cualquiera —dijo Juan desde su camastro levantándose.

—¡Buenos días! me podías haber despertado antes, madre —dijo Tomás—. Aún salía aborchándose los botones de la camisa.

—Necesitabas descansar. No te preocupes que aún es muy temprano y me parece que con el frío que hace fuera no se puede hacer nada todavía —dijo su madre.

—Primero vais a almorzar, que ya está preparado; después vosotros tres vais a ir al carro tuyo, Tomás, y traéis aquí todo a salvo de los útiles de trabajo —dijo María.

—Tenéis que tener mucho cuidado para sacarlo, viene todo junto y podríais romper algo; hay un tarro grande de miel y otros de aceite; aunque están bien protegidos, si les dais un golpe se romperán y perderíamos su contenido —advirtió Rosa.

—Procuraremos que nada se rompa, madre —dijo Tomás. En ese momento entraban Juan y Asensio.

—¿Qué tal te parece cómo está distribuido todo? ¿Te gusta nuestro almacén? —decía Juan.

—Lo tenéis todo muy bien, sobre todo la cantidad de provisiones que tenéis almacenadas, habéis calculado hasta el más mínimo detalle —contestó Asensio.

—Bueno, ya podéis tomar asiento; ahí tenéis café, leche y manzanilla; cada uno que se ponga lo que más le guste. También tenéis pan tostado —dijo María.

—Asensio, le he estado diciendo a María el reuma que pasaste el invierno pasado —dijo Rosa.

—Una cosa es decirlo y otra pasarlo; estuve un par de meses que no era persona; ni podía andar ni mover los brazos, nunca pensé que podría estar tan mal. Ahora tengo miedo de que vuelva a repetirse la historia —les dijo Asensio con gesto preocupado.

—María va a prepararte un ungüento para darte en el momento que empieces a notar molestias —le dijo Rosa a su marido.

—No te preocupes que te quitará tus males; a mí me dio uno de esos potingues que ella hace y ha conseguido quitarme todas las molestias —dijo Juan.

—Es muy fácil, tenéis que conseguirme una culebra, un poco de aceite, alcohol y romero; con eso os preparo dos tipos de ungüentos —les dijo María.

—Lo conseguiremos. Habrá que buscar la culebra debajo de una gran piedra o en alguna grieta de roca, porque ya estarán aletargadas pero la encontraremos. El alcohol va a ser más difícil —dijo Asensio.

—¿Cómo preparas esos ungüentos? ¿Nos lo puedes decir o es un secreto? —preguntó Rosa.

—Aquí no hay secretos; al primero le llamaba mi abuela «aceite de retil». Consiste en coger una culebra y ponerla dentro de una olla con un poco de aceite; la tapa se coloca bien hasta que se cueza la culebra. Esta se deshace formando un



líquido semipastoso que es con el que se frota la parte afectada con un suave masaje; esto hay que hacerlo dos o tres veces al día y desaparecen las molestias pronto —dijo María.

—¿Y el otro? —preguntó Asensio.

—Este es más simple aún. Se pone un recipiente con alcohol y romero; cuando pasen unos días así se forma un líquido oscuro, ese es el momento de dar unos masajes en las partes afectadas con ese líquido; te proporciona calor en la zona y a los dos o tres días te hace desaparecer los dolores.

—Pronto tendrás la culebra. Ahora que apenas tengo molestias es el momento de prevenirlo —dijo Asensio.

—Seguro que si María lo dice te curará, así que tranquilo —le dijo Juan a Asensio.

Estaban tan enfrascados en la conservación que no se dieron cuenta de que llegaban a la misma puerta tres hombres, uno de ellos de distinto aspecto a los otros dos. Como Miguel iba a salir a recoger leña para el fuego por orden de su madre, pues ya no había allí para alimentar la lumbre, fue quien, nada más aparecer en la puerta, vio con sorpresa a aquellos visitantes extraños. Al verlos, Miguel quiso pasar a decírselo a su padre, pero el de mejor aspecto le dijo con dureza:

—Dile a tu padre que salga o pasamos nosotros dentro, necesito hablar enseguida con él.

Miguel, sin hacer comentario alguno, se volvió y pasó con la mayor rapidez a la casa.

—¡Padre, ahí fuera hay tres hombres que dicen que si no sales a hablar con ellos, pasan aquí! Dos de ellos son los que vinieron uno de los días que tú no estabas aquí.

—¿Qué quieren estos elementos, Juan? salimos contigo —le dijo Asensio.

—De acuerdo, vamos a salir todos. Hay que demostrarles

que no les tenemos miedo; seguro que pretenden meternos miedo para que abandonemos esto —les dijo Juan a todos.

—¿Salís o entramos? Oyeron una voz muy fuerte procedente de la calle Juan y Asensio se dirigieron hacia la puerta, desde la cual, el primero dijo con voz firme:

—Podéis hacer lo que mejor os parezca, pero debéis saber que cuando entra uno a la fuerza en una casa que no es suya, se puede encontrar con una sorpresa desagradable y además va en contra de la ley.

Aparecieron todos juntos lo que impresionó un poco a aquellos tres hombres que no pensaban encontrar nada más que a Juan y familia.

—Todo esto es nuestro y tú te has apoderado de ello en contra de esa ley que dices —dijo el que llevaba la voz cantante.

—Esto fue y sigue siendo de los que colonizaron y fundaron este pueblo, y nosotros somos descendientes de ellos, por lo que tenemos más derechos que nadie a ocuparlos —dijo Juan.

—Aquí los derechos los tiene el primero que llega y nosotros fuimos los primeros, por lo tanto te voy a dar de plazo dos días para que dejéis este lugar, pasados los cuales si no os habéis ido, os echaremos aunque tengamos que utilizar la fuerza —les dijo el mismo en actitud arrogante y provocativa.

—Cuando llegamos aquí toda esta zona estaba abandonada y tomamos posesión de ella por unos derechos ya adquiridos, en primer lugar, y por un derecho natural de repoblación, en segundo lugar. Por lo cual no solamente no nos iremos, sino que reclamamos los terrenos de los que de una manera alegre os habéis apoderado muchos de vosotros —le contestó tajante Juan.

—Somos más que vosotros y os echaremos a patadas si es preciso; ya sabéis cuál es el plazo, podéis elegir —sentenció aquél que por su forma de expresarse debía ser el amo; los otros dos, con aspecto de gañanes, no se separaban de su lado y le protegían hasta con la mirada.

—Lo pensaremos y dentro de dos días sabrás nuestra decisión —replicó Juan.

—Espero que llevéis buen viaje —les insinuó de nuevo.

—Gracias, hombre, muchas gracias —le contestó Juan sarcástico.

El amo dio media vuelta y a continuación sus dos guardaespaldas se alejaron por el camino que baja a la laguna.

Ellos se quedaron mirándolos hasta que desaparecieron de su vista.

—Vamos dentro y ya hablaremos esta noche de este tema, ahora tenemos cosas que hacer. Disponemos de dos días para plantearnos nuestra defensa para quedarnos aquí.

—Estoy de acuerdo contigo. Si piensas que nos va a asustar con sus cacareos, está arreglado; no sabe lo cabezones que somos —habló Asensio.

—Bueno, creo que debíamos terminar de almorzar, ¿no os parece? —les dijo María.

Pasaron al interior de la casa y terminaron de tomarse lo que habían dejado al aparecer aquellos hombres; charlaron sobre ello indignados.

Durante toda la mañana y tarde prepararon la casa en donde vivirían Rosa, Asensio y Tomás; trasladaron todo aquello que habían traído, colocando cada cosa en el lugar adecuado. Los colchones los dispusieron en camastros hasta que preparasen otro cuarto más. Las mulas fueron instaladas; por ahora, en la cuadra de Juan, pues allí con la borriquilla estaban perfectamente guarnecidas y con alimento asegurado. El ca-

rrito y los arados los dejaron en el porche en donde Juan guardaba lo suyo. También les proporcionaron abundante leña; en esa época la lumbre era algo importante. Por la tarde la nueva casa parecía otra cosa, por lo que Rosa había pensado que la cena se hiciese allí para estrenarla.

Prepararon una buena cena: una sabrosa sopa de ajo, asado de fofro de cabeza de gorrino y unos chorizos.

—Mañana tenemos que traer un carro de aliagas, pues dentro de unos días mataremos el gorrino —dijo Juan.

—De eso nos ocuparemos nosotros, puede ayudarnos Tomás —dijo Miguel.

—Desde luego que irá; yo iré con tu padre a cazar ansarones y conejos, necesitamos coger suficientes para pasar el invierno y tomar en serio su crianza, ¿no te parece, Juan? —le dijo Asensio.

—Me parece una buena idea —contestó Juan.

Rosa y yo prepararemos todas las cosas para hacer la «mantanza». Tenemos que hacer tocino, chorizos y «pringue» para hacer jabón —dijo María.

—De acuerdo, ¿y el agua es buena para lavar, María? —le preguntó Rosa.

—No está mal, y si le echas un ramo de una planta de tallos rojizos que hay en un salitral cercano a la laguna, verás lo bien que lavas —le contestó María.

—¿Y qué planta es? —volvió a preguntar Rosa.

—No lo sé, lo único que sé es que se cría en salitrales; tiene flores pequeñas. Mañana te daré —contestó María.

—A partir de esta noche haremos turnos de guardia. Las primeras horas que las hagan los chicos y tú y yo haremos desde las tres de la madrugada que son siempre las peores, ¿te parece bien, Asensio? —le preguntó Juan.

—Me parece bien.

—Ahora os prepararé un buen puchero de café y así podéis tomar uno de cuando en cuando para que os mantengáis más despiertos —les dijo María.

—Gracias María, pues nos vendrá muy bien —dijo Asensio levantándose de su asiento.

Juan, María y sus hijos salieron de la casa.

—¡Ah! Cuando llegue mi turno me llamas, pienso dormir vestido por si las moscas —vocóles Tomás.

—Duerme tranquilo que te despertaré cuando llegue tu hora —le contestó Juan.

Ambas familias decidieron irse a descansar; sólo quedó a la espectral Miguel, al que correspondía la primera guardia. Las puertas y ventanas quedaron perfectamente cerradas, a excepción de la que sería de vigia permanente.

La noche pasó rápidamente y no tuvieron que lamentar nada que hubiese complicado la situación; las dos familias madrugaron y se prepararon para desempeñar cada cual la tarea asignada.

Juan, Miguel y Tomás engancharon el carro y la borriquilla y emprendieron el camino hacia el lugar en el cual había abundantes aliagas; querían traer muchas para «churrascar» el gorrino y encender la lumbre en sus casas.

Asensio y Juan, por su parte, salieron a preparar las trampas para cazar conejos y ansarones, regresando al cabo de una hora. De cuando en cuando se daban una vuelta para comprobar el resultado. Mientras tanto, decidieron limpiar dos de las casas que había casi en ruinas junto a las suyas; en unos días las podrían limpiar y reconstruir.

Aunque el día era soleado hacía bastante frío, por lo que María y Rosa prepararon una buena lumbre en sus respectivas casas, ya que a la vuelta del trabajo ellos agradecerían el reconfortante calor del hogar.

Llegó la hora de comer y aparecieron los tres jóvenes con el carro lleno de enormes aliagas; también traían dos conejos de gran tamaño; Juan los había cazado en su madriguera, les puso un lazo que había aprendido de su padre. Los traía colgados en una de las varas del carro y era motivo de satisfacción para él, por eso venía gritando alegremente, era la primera vez.

—¿Qué ocurre para dar esos gritos? —salió preguntando de su casa María.

—Nada, madre, nada; que he cazado dos conejos! —dijo su hijo.

—Pues mira, ya tenemos cena para esta noche, los prepararé y cenaremos todos juntos en nuestra casa.

—¿Dónde descargaremos las aliagas? —dijo Tomás.

—Descargadlas debajo del corrido que allí se terminarán de secar —le contestó María.

—María, vamos a preparar la comida mientras descargan el carro, pues nuestros hombres están a punto de llegar y vendrán con hambre y mucho frío —le dijo Rosa.

Pasaron a casa de María en donde tenían los ingredientes para hacer «gachas», comida apropiada para esa época del año que aprovechaba el tocino y especias traídas por Rosa del pueblo.

Sólo habían transcurrido unos minutos cuando Asensio y Juan aparecieron con ocho conejos, seis vivos y dos que tuvieron que matar.

—Asensio, pásale a las mujeres dos conejos y vamos a dejar estos en las jaulas del corral; después de comer iremos a ver cuántos ansarones nos traemos —le dijo Juan.

Pasó Asensio al interior de la casa haciendo lo indicado por Juan, luego los dos juntos fueron al corral en donde dejaron los conejos restantes. Prepararon las jaulas destinadas

a encerrar los ansarones; eran muy rudimentarias pero bastante amplias. Con un poco de suerte, en unos días podrían llenarlas.

Según iba avanzando el día el frío aumentaba, así que fueron a ver las trampas de los Ansarones y comprobaron con alegría que la caza había resultado fructífera, regresaron con cuatro. Después, todos los hombres se pusieron a colocar maderas y carrizo en una de las casas que empezaron a limpiar por la mañana, ya que pensaron que era mejor adelantar trabajos antes de que empezase a nevar. Las mujeres, de las que el pequeño Francisco no se separaba casi nunca, se quedaron en la casa de María en donde estuvieron preparando los cuatro conejos que les habían entregado por la mañana. Era conveniente no tenerlos mucho tiempo con la piel, limpiarlos y trocearlos, puesto que dos de ellos se los comerían en la cena.

La tarde fue pasando lentamente; no así el frío que minuto a minuto se iba acentuando hasta el extremo de decidir dejar de trabajar y pasar todos a la casa de Juan, donde una enorme lumbre, a base de carrasca seca, les reconfortó en pocos segundos. Sentados alrededor del fuego hablaban de todas aquellas cosas que pensaban hacer, aunque no se les olvidaba que al día siguiente tendrían la visita de aquel hombre dispuesto a no dejarles en paz hasta que decidiesen abandonar aquel lugar. Tenían verdadera necesidad de buscar una salida urgente, puesto que su situación era muy comprometida.

En ese momento oyeron voces de varios hombres y de mujer. Todos dieron un salto y sin darse cuenta del frío que hacía en el exterior, salieron a la calle viéndose sorprendidos por la presencia de dos carros tirados por mulas de buena planta. En el primero de ellos vieron a un matrimonio y dos

jóvenes muchachos, y en el segundo otra pareja, una muchacha y un muchacho, también jóvenes.

Juan fue andando hacia ellos, aunque aún le costaba trabajo hacerlo con rapidez, pero la alegría que le embargaba era superior a cualquier otra cosa. Los carros estaban juntos y delante sus ocupantes; todos descendieron rápidamente al ver que habían llegado a su destino. El que iba al frente del primero de los carros, hombre corpulento vestido con ropas de buen corte, fue al encuentro de Juan con rostro risueño.

—¿Eres tú Juan? —le preguntó abriendo sus enormes brazos.

—Sí, soy Juan, ¿quién eres tú? —le dijo Juan abrazándole con una alegría infinita.

—Yo soy Juan Ortiz y éstos mi mujer Ana y mis hijos Antonio y Julián —le contestó dándole unas palmadas en la espalda de Juan, al que le parecieron fuertes estacazos, de acuerdo con el tamaño de sus manos.

—¿Quiénes son los del otro carro? —le preguntó Juan cuando saludaba a la mujer y a los hijos, una vez que se pudo zafar del abrazo de éste.

—Son Pedro Delgado, su mujer Alicia, su hijo Manuel y su hija Matilde —le contestó Juan Ortiz dirigiéndose hacia donde se encontraban estos.

Juan se abrazó a Pedro y saludó a la familia.

—No sabéis la alegría que nos dáis; habéis llegado a vuestra casa, acercaos para que os presente a mi familia y a unos compañeros que ya viven aquí con nosotros.

Todos se dirigieron hacia la casa de Juan en cuya puerta les esperaban. Se saludaron.

—Mientras mis hijos y Tomás pasan los carros al corrido, vosotros pasad a calentaros; hace demasiado frío para estar

aquí. Después desengancharemos las mulas y preparemos todo para pasar la noche.

Pasaron al interior de la casa salvo Tomás, Juan y Miguel, que llevaron los carros al lugar designado y desengancharon los animales al objeto de guarecer del intenso frío a las mulas, las cuales al resoplar emitían largas columnas de vapor por la nariz que inmediatamente quedaban en el aire como estelas de intenso color blanco.

Una vez terminada su misión, los tres jóvenes se unieron a los demás que ya presentaban rostros coloridos debido al calor reinante en el interior.

Juan, observador nato, no desaprovechó la ocasión e hizo un estudio superficial de cada uno de los nuevos pobladores en el poco tiempo que les había visto hablar; a simple vista le causaron grata impresión. La familia Ortiz fue la que más le impresionó, no sólo por la fuerte constitución de los cuatro componentes sino por la recia personalidad que mostraban. El padre era una mole, muy alto y fuerte; aún recordaba Juan el tremendo abrazo que tuvo que soportar. De rostro moreno, endurecido por las muchas horas de trabajo en el campo, frente amplia sobre unos ojos de mirada penetrante, el abundante pelo no daba muestras de edad alguna, aunque andaría por los cincuenta. Su forma de hablar era correcta y agradable, junto a unos modales que demostraban su buena educación. A Juan le pareció una buena adquisición, pues hombres así eran los que necesitaba en esos momentos.

La madre, también era de fuerte constitución, morena de ojos grandes y sonrisa casi permanente; de modales correctos, no muy habladora, pero sí oportuna. Se le veía muy interesada por la situación, pues cuando hablaba siempre se

refería al mismo tema; parecía observadora, recorrió la dependencia y a todos ellos varias veces con su amplia mirada.

Antonio y Julián eran dos fornidos muchachotes de 18 y 17 años respectivamente, altos, de buena presencia; daban la impresión de ser poco habladores, pues apenas habían abierto la boca, sólo habían hablado en el momento de las presentaciones. De rostros bonachones, ojos vivarachos y grandes, muy morenos, de pelo ensortijado y abundante, como su padre.

En cambio, la familia Delgado eran todos de tez blanca, el padre y el hijo eran jatos, como les decían en su pueblo; la madre y la hija eran rubias, más la hija.

Pedro Delgado era de fuerte aspecto, de altura normal, jovial y dicharachero; siempre tenía en sus labios la frase oportuna; aventurero y atrevido, pues según había dicho le gustaban las dificultades, motivo por el que había venido allí. Su pelo jato, sedoso y liso le daba un aspecto de hombre nórdico, de ojos pequeños pero mirada dura y punzante; hablaba bastante y con mucha corrección, era dado a los dichos y refranes, pues en el poco tiempo que llevaba allí ya había hecho gala de ello. Sería de edad semejante a la de Juan Ortiz, ya que sus hijos tenían edades paralelas.

La mujer, Alicia, era más bien alta, de pelo castaño, ojos verdes que le hacían tener una mirada cálida y atrevida. Su forma de hablar era dulce y amable, contrastando con su suave personalidad que hacían de ella una mujer agradable y especialmente simpática. De ideas claras y gran visión de futuro, presentía que allí se formaría un gran pueblo y ella quería aportar su granito de arena.

Manuel, el hijo, daba la impresión de gozar de gran vitalidad dada la robustez de su cuerpo; era «jato» como su padre, y de fácil palabra. De recio carácter y personalidad defi-

nida a sus dieciocho años; sus ojos vivarachos le daban gracia a su rostro.

La hija, Matilde, de unos 16 años, era alta y muy rubia; sus ojos picarones y su graciosa forma de hablar hacían de ella una joven agradable. Vestía con desenvoltura, hablaba con corrección y modales educados.

Juan se sintió totalmente satisfecho de las impresiones que le causaron todos los miembros de las dos familias, quizá a la hora de la verdad no fuesen así, pero estaba convencido de que era la mejor semilla que podría plantar si quería que aquel pueblo germinase con fuerza y produjese los mejores frutos.

Dieciséis era un buen principio. A partir de ese momento podrían aguantar las embestidas de aquel «cacique» y las de cualquier otro que pudiese surgir con intenciones de hacerles abandonar aquellas tierras. Dios había escuchado sus plegarias y sentía una alegría inmensa en lo más profundo de su corazón.

Después de casi una hora de animada charla fueron a recoger algunas cosas de los carros, pues habían decidido que las dos familias se quedarían una en casa de Juan y otra en casa de Asensio hasta que tuviesen disponibles las suyas. Aquella noche cenarían todos juntos allí mismo, pues María dijo que prepararía rápidamente la cena; que parte de ella estaba ya hecha.

Prepararon varias mesas y en poco más de una hora se encontraban todos cenando en medio de una gran alegría. La cena fue a base de un gran plato de sopa, después con ceño frito y tocino; de postre habían preparado nueces con miel.

Durante la cena, Juan le explicó la situación en la que se encontraban; y les narró todo cuanto había ocurrido desde su llegada. Les habló del peligro que encerraba continuar allí,

que ya les habían amenazado y precisamente al día siguiente cumplía el plazo. Le contestaron que si Juan y Asensio se quedaban, ellos también lo harían, pues antes de venir ya sabían algo de lo que allí ocurría; el tío de Juan les había advertido.

Aclarada la situación, se prepararon los turnos de vigilancia durante la noche, pues no era caso de que les pudiesen coger desprevenidos.

La noche se presentaba muy fría; prepararon suficiente leña junto al fuego, para que el vigilante se sintiese a gusto y que las cosas tuviesen buena temperatura a lo largo de la gélida noche que se preveía. Decidieron que la familia de Juan Ortiz se fuese a casa de Asensio y la de Pedro Delgado se quedase allí en casa de Juan.

No había amanecido aún cuando ya Juan y Asensio se tomaban un buen tazón de café junto a una enorme lumbre que habían hecho en una de las casas que estaban preparando; quedaban a la espera de la llegada de los demás, puesto que la noche anterior habían decidido reunirse allí a la salida del sol. Quería tener preparada la distribución de todos ellos y el lugar que debería ocupar cada cual para el momento en que se presentasen los hombres que intentaban echarles.

Quedaron en que cuando llegase, en principio, saldrían a recibirles Juan y Asensio con sus hijos; Pedro y Juan Ortiz permanecerían en una de las casas y aparecerían en el momento más oportuno. Había que aprovechar aquella circunstancia para hacerles una demostración de fuerza.

La mañana se iba agotando y nadie aparecía por allí; no obstante Juan estaba convencido de que aparecerían en el momento que menos lo esperasen, a no ser que hubiesen visto llegar los carros y no se atreviesen a aparecer hasta no saber con cuánta gente contaban. Pero no se hicieron espe-

rar, de pronto oyeron unos gritos insultantes y a continuación aparecieron en el recodo del camino un grupo de hombres. Al frente de ellos venía otro que aún no distinguían; pero al acercarse vieron que el grupo estaba formado por seis gañanes provistos de varas que enarbolaban al tiempo que emitían frases groseras; delante de ellos venía el que decía ser el amo. Llevaba en su mano derecha un verduguillo con el que se golpeaba la pierna derecha cuando la adelantaba al andar, de forma rítmica.

Al verlos venir, Juan y Asensio con sus tres hijos, se colocaron a unos metros de la entrada de sus casas, esperando que estos se acetasen a ellos; estaban serenos y tranquilos, pues sabían que sus amigos aparecerían en cualquier momento.

El grupo encabezado por su jefe se detuvo a unos cuatro metros de ellos y nada más hacerlo el silencio fue total. Al poco el amo dijo:

—Como quedamos la última vez, he vuelto y ahora ya no es para hablar, ahora daré rienda suelta a mis hombres y no se marcharán de aquí hasta que no quede ni el más leve vestigio de vosotros y de vuestras casas. Pero no obstante, os voy a permitir que recojáis inmediatamente las cosas y os marchéis al lugar de donde habéis venido.

—Ya te advertí que el amo de todo esto soy yo y no consentiré que un forastero como tú me lo quite, así que os voy a dar un par de horas para recoger todo y que os marchéis.

—Todo esto de lo que dices tú ser el amo tiene dueños, sucesores de aquellos que lo poblaron por vez primera; yo soy uno de ellos y con esos derechos me he asentado aquí, ya te lo dije la vez anterior y lo demostraré ante quien sea —le dijo Juan.

—Pocas fuerzas tienes para reclamar esos derechos, ¿quién

crees que va a venir por aquí? ya nadie se acuerda de esto, es un pueblo olvidado —dijo con voz fuerte el amo.

En ese momento, de las dos casas más próximas que estaban en ruinas salieron Juan Ortiz con sus dos hijos y Pedro con el suyo. Cada uno llevaba en sus manos una enorme «estaca», que agarraban con su mano derecha y la dejaban descansar sobre su brazo izquierdo. La presencia de estos cinco hombres, y su corpulencia, especialmente de Juan Ortiz, dejaron al amo y a sus seis secuaces totalmente perplejos, hasta el punto que retrocedieron unos cuantos pasos.

—Como puedes ver, este lugar no está olvidado; ahora estamos unos cuantos, pero dentro de unos días toda esta tierra se llenará de nuevos pobladores y volverá a resurgir aquel gran pueblo que tú y algunos como tú pretenden silenciar y aniquilar para apropiaros de todo utilizando la fantasía y el terror —le dijo Juan dirigiéndose hacia él.

—Algún día te demostraré que el amo de aquí soy yo, ¡te lo juro! —le contestó el jefe con la tabia reflejada en los ojos—. Retrocedió haciendo señales a sus hombres para que volvieran por el lugar que habían venido.

Pero esta vez no volvían dando gritos o insultando, regresaban casi corriendo al ver que aquellos cinco robustos hombres se acercaban a ellos con sus enormes estacas.

—Si alguna vez os veo por aquí, os trituraré —les dijo Juan Ortiz rechinando sus dientes.

Quizá no les diese tiempo a oírle, ya que perdían el culo corriendo por aquel camino que se ocultaba en un recodo próximo a la última casa derruida.

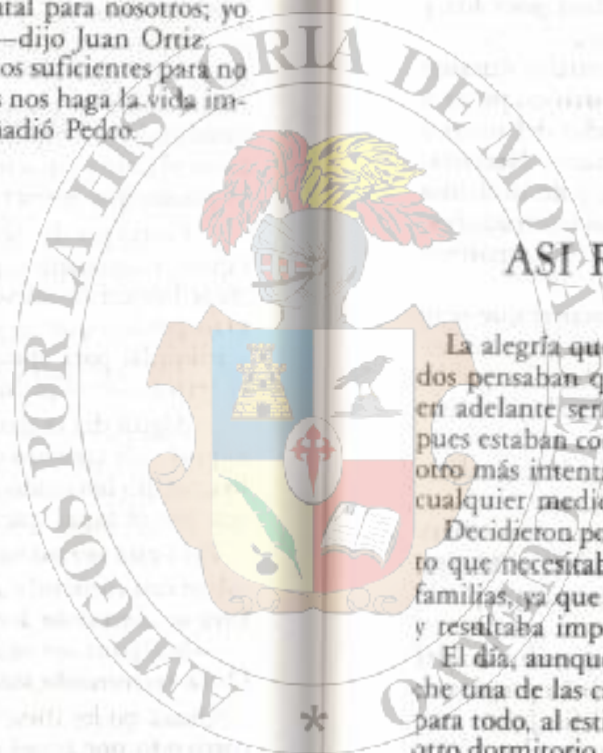
—Espero que le sirva de lección y no aparezca por aquí más —dijo Asensio sonriendo.

—No debemos fiarnos, es necesario hacer vigilancia cons-

tante; estoy seguro de que intentará complicarnos la vida en el momento menos esperado —dijo a su vez Juan.

—Es posible, las «ratas» como éstas suelen morder en la oscuridad y su mordedura podía ser fatal para nosotros; yo también creo que no hay que fiarse —dijo Juan Ortiz.

—Haremos lo que sea necesario, somos suficientes para no permitir que un grupo de delincuentes nos haga la vida imposible; lucharemos si es preciso —añadió Pedro.



## CAPITULO VIII

### ASI RENACE UN PUEBLO

La alegría que reinaba en la casa de Juan era grande, todos pensaban que la situación había cambiado y de ahora en adelante sería distinto; aunque siempre estarían alerta, pues estaban convencidos de que aquel depredador y algún otro más intentarían echarles de aquellas tierras utilizando cualquier medio.

Decidieron ponerse todos a trabajar inmediatamente puesto que necesitaban urgentemente instalarse las dos últimas familias, ya que las casas de Juan y Asensio no eran grandes y resultaba imposible vivir todos juntos.

El día, aunque frío, fue muy movido y cuando llegó la noche una de las casas ya disponía de una cocina y habitación para todo, al estilo de las de Juan y Asensio; sólo necesitaba otro dormitorio. De igual forma harían la otra, pues sólo las utilizarían el tiempo que les llevase hacer otras nuevas en el lugar que ocuparía el pueblo; harían de momento, común para los dos, una cuadra y un corrido para guarecer las mulas y los carros.



Una vez que hubieron terminado de cenar todos juntos, hicieron un enorme corro junto al fogón en el que una alegre lumbre calentaba el ambiente y lo iluminaba, ya que los dos candiles que había en la habitación daban poca luz y se veía poco.

—Deberíamos ir haciendo acopio de materiales durante estos meses de invierno y a primeros de marzo empezar a construir el nuevo pueblo; haremos un estudio del terreno y después determinaremos el lugar más adecuado. Necesitamos yeso y teja, pues piedra, carrizo, barda y de lo demás tenemos en abundancia; también necesitamos hacer adobes, buenas puertas y ventanas de madera. Así que nos repartiremos el trabajo —les dijo Juan.

—Mis hijos y yo haremos las puertas y ventanas que sean necesarias, nos hemos traído herramientas para ello, pues nosotros nos hemos dedicado siempre a esta labor; lo que ha ocurrido es que últimamente estábamos sin trabajo —dijo Juan Ortiz.

—Mi hijo y yo fabricaremos el yeso y la teja, hay que buscar arcilla y albariza —dijo Pedro a su vez.

—Nosotros, mi hijo y yo, preparemos las tierras que haya que sembrar y las sembraremos lo antes posible; el tiempo está bueno para ello, ha llovido y es el momento apropiado —dijoles Asensio.

—Entonces nosotros iremos a cazar a ratos y el resto del tiempo os ayudaremos a unos y a otros; también preparemos la tierra para hacer las tapias —dijo al fin Juan.

—Nosotras nos ocuparemos de ir preparando el carrizo y la barda para hacer los tejados; también podemos ayudar hacer adobes, traer piedra y demás cosas —dijo María en nombre de las mujeres.

Tratando de estos y otros temas relacionados con el traba-

jo que les esperaba, se pasaron todo el tiempo hasta la hora de irse a descansar; montaron los turnos de vigilancia y al poco rato sólo se percibía algún que otro ruido de animales nocturnos. Una de estas aves rapaces que hacían acto de presencia asiduamente era la lechuza; al principio, Juan pensó que era mal presagio, pero al oírla todos los días llegó al convencimiento de que era un animal habitual en toda la zona.

Los tres días siguientes fueron de mucho trabajo para todos. Los trabajos en las dos casas finalizaron y ya la última noche cada familia se había instalado en su domicilio. El tiempo les había ayudado; ya que hizo días de un sol espléndido.

Habían hecho los cuatro cabezas de familia un estudio de toda la zona, para ello dedicaron una tarde a recorrerla minuciosamente y llegaron hasta una vega en la que vieron unas lomas y unos sitios de tierra blanquecina junto a una laguna. Igualmente descubrieron en unos cerros y todo su alrededor gran cantidad de arcilla de inmejorable calidad. Vieron las clases de árboles que tenían que cortar para sacar de ellos la madera que necesitarían para hacer puertas, ventanas, mesas, sillas y otras cosas más. Lo más curioso de todo fue la caza de dos enormes jabalíes; Juan había preparado la tarde anterior unos lazos y unas trampas en un lugar por donde pasaban con frecuencia estos cerdos salvajes seguidos de un grupo de jabatos. Los dos que cayeron pesaba cada uno más de noventa kilos, medían algo más de un metro, su color era pardo negruzco; en sus enormes bocas destacaban los tremendos caninos; eran dos machos. Hasta que pudieron matarlos pasaron momentos de apuro; sus gruñidos se oyeron a gran distancia. Una vez en el carro, no dejaban de resoplar y dar enormes patadas.

Como tenían que matar el cerdo, pensaron que de madrugada matarían también a los jabalíes: una buena ma-

tanza». Estos últimos los picarían, a excepción de los jamones y la cabeza, para hacer buenos chorizos; no pasarían necesidad durante el invierno, amén de los ansarones y conejos que habían conseguido cazar los últimos días.

Antes de salir el sol estaban preparando agua caliente y montoncitos de aliagas; estas servirían para churrascarlos y aquella para lavarlos con la ayuda de unos trozos de teja, con las cuales dejarían la piel perfectamente limpia. Una vez churrascados y lavados los abrieron en canal, les sacaron los intestinos y se los dejaron a las mujeres para que limpiasen las tripas, que servirían después para embutir en ellas las carnes de chorizos y morcillas. Horas después descuartizaron a los tres cerdos dejando los jamones en una especie de artesa hecha de madera para luego por la tarde salarlos y prensarlos después con grandes piedras.

La comida fue a base de «gachas» y tocino fresco. Por la noche asaron la cabeza del cerdo, el forro de cabeza y «somatros»; una cena propia de matanza.

Habían madrugado mucho, el día resultó movido y se fueron pronto a descansar, solamente uno quedó de vigía; el primer turno le correspondió esta vez a Tomás, pues cada día cambiaban el orden para que no resultase muy pesado.

Muy de mañana ya se encontraban todos los hombres dispuestos para iniciar las tareas que a cada cual correspondían y que de antemano se habían asignado. Aunque hacía frío no perdían un segundo en el trabajo, por lo que Juan pensaba que a ese ritmo podrían conseguir muchas cosas en un corto espacio de tiempo.

Asensio con su hijo Tomás y Miguel roturaban los terrenos que habían elegido para sembrar ese año de cebada y trigo; las tierras que se estaban preparando eran de primera calidad y si el tiempo les fuese favorable podrían recoger una

importante cosecha. Habían señalado los terrenos que sembrarían de titos y ajos; cuando terminasen de sembrar roturarían éstos y los dejarían preparados. Después continuarían con otras tierras, pues en abril sembrarían garbanzos, en mayo ya tendrían que escardar los ajos y sembrar los melones; finalmente en junio terminarían de sembrar las judías y patatas. Y a partir de esas fechas se iniciaría el período de recolección que no terminaría hasta los meses de agosto y septiembre con los melones chinos y de agua, a excepción de las judías y patatas que las cogían en noviembre.

Por su parte Juan Ortiz con sus hijos Antonio y Julián se dedicaban a cortar y transportar los árboles que pensaban los más indios para ir poco a poco haciendo todas las puertas, ventanas y demás utensilios necesarios en las casas. Para ello contaban con acacias, apropiada madera para hacer muebles y vigas; almendros, que aunque la madera era muy dura era buena para puertas y ventanas; chopos para hacer sillas, mesas, puertas y demás cosas, pues es madera poco dura y blanca; encinas, cuya madera dura servía para puertas y ventanas; nogales, para muebles o cualquier otra obra de carpintería. Habían preparado un corrido grande en donde armontaban la madera y junto a él una habitación destinada a trabajar en la que guardaban las herramientas.

Mientras tanto Pedro Delgado, su hijo Manuel y Juan, el hijo de María, estaban construyendo un horno en un patio grande que habían elegido; ya que necesitaban espacio, además de un corrido para almacenamiento del yeso y las tejas a fabricar. Unas horas las dedicaban a transportar la albariza desde aquella vega en donde abundaba, la troceaban y la traían en uno de los carros, ya que querían tener almacenada en el patio buena cantidad. De igual forma hacían con la arcilla, recogida con azadas y picos; una vez troceada la

llevaban al patio para su almacenamiento y posterior preparación. Y una buena parte del día se afanaban en construir el horno en el cual se cocería la albariza para el yeso y la arcilla. Para ello hicieron en su base unos arcos de piedra, separados a una distancia prudencial, con objeto de que a través de ellos pasase el aire y el calor del fuego que se colocaría debajo de estos arcos. Desde esa base fueron construyendo el horno, en forma de tronco de cono, dejándole una boca lo suficientemente amplia para introducir y sacar los objetos allí conocidos. Todo él era a base de piedra perfectamente unidas por una mezcla de arena, agua y cal, que ya habían utilizado en el momento de reconstruir las casas donde vivían.

Sólo Juan quedaba libre para planificar todas las cosas y ayudar a aquel grupo que necesitase su presencia; también era el encargado de la caza, pues era un experto lacero y genial trampero, ya que sabía cuál era el momento y el lugar ideal para realizar su misión.

Las mujeres, capitaneadas por María, desarrollaban una labor importante, no sólo en las tareas de la casa, sino que en las horas menos frías se acercaban a las lagunas y al río en busca de carrizo, barda y anea; con esto preparaban después unos hacecitos o manojos que servirían de cielo raso para los tejados, así como con la anea para hacer asientos y serijos. También hacían acopio de mijo y lastón, pues ambos eran muy buenos para hacer escobas.

A los jóvenes les salieron sabañones como consecuencia del excesivo frío reinante en aquellas gélidas mañanas. Para combatirlos, María, como buena curandera, les hizo tomar unas infusiones de hojas de nogal, que les hicieron desaparecer en poco menos de una semana.

También Asensio empezó a sentir molestias en sus brazos

y en la espalda; María le preparó su «aceite de retils» gracias a una enorme culebra que cogieron los jóvenes después de una gran batida por los pedregales. A los cuatro días de darse masajes con aquel ungüento le desapareció el malestar.

Dos semanas después Asensio y su grupo habían terminado de sembrar, por lo que se unieron al de Pedro, Juan Ortiz y sus hijos ya habían hecho una puerta y varias ventanas, además de un par de mesas para las casas de todos ellos. Ahora estaban haciendo el armazón de sillas para que en las largas traspachadas pudiesen hacer los asientos de anea, más cómodas que con madera sola.

Ya fabricaban, el grupo de Pedro, yeso y tejas; el horno estaba completamente terminado, sus paredes perfectamente compactadas y endurecidas; ya se podía cocer.

La albariza se troceaba y se iba colocando sobre los arcos de piedra de una manera desordenada con objeto de que a través de esos huecos pasase el calor del fuego preparado en la base del horno. Para alimentar el fuego utilizaban broza del río y barda, que proporcionaban abundante calor que era lo que requería un buen conocimiento de la albariza, produciendo así un excelente yeso. En esta operación empleaban doce horas, pasadas las cuales se machacaba todo el contenido del horno, y se lo dejaba toda la noche sin sacar. Al día siguiente se le hacía pasar todo a través de las aberturas de los arcos, cayendo al espacio donde se quemaba la barda y la broza, pues allí no había quedado ni el más leve vestigio de residuos, ya que al quemarse desaparecía completamente; en aquel lugar se le retenía otras doce horas. Transcurrido ese tiempo se sacaba y lo cribaban en una especie de «zaranda» que previamente les había preparado Juan Ortiz, toda ella de madera; de esta manera obtenían un yeso de gran calidad al impedir que las granzas pasasen por aquellos agu-

jeros practicados en la madera. Finalmente lo guardaban en una «cámara» que habían hecho a propósito, resguardándolo del agua y de las humedades, pues esto le destruiría.

Para hacer las tejas primero machacaban la arcilla, cribándola después; así quitaban todo tipo de granzas que perjudicaban la calidad y pureza de la teja. La arcilla resultante se echaba en unos pilones con agua; generalmente se ponía por la tarde y la sacaban a la mañana siguiente, hecha ya un barro compacto, le llevaban al patio en donde hacían un montón cónico. Tenían preparadas unas «gradillas» de madera en forma de trapecio, echaban en el suelo que ocupaba ésta un poco de ceniza y después se extendía el barro hasta llenarla. Luego la pasaban al «galápago», hecho de madera muy alisada, sobre el que tomaba la forma de teja, sacando después éste. Tardaban en secarse dos días por lo que procuraban dejarlas en sitio cubierto en previsión de lluvias o mal tiempo. Pasado ese tiempo las llevaban al horno, las colocadas sobre los arcos de piedra en las que previamente habían colocado ladrillos crudos que, además de cocerse, servían de soporte a las tejas. Estas las colocaban de pie procurando dejar huecos para que a través de ellos pasase el calor por todas partes y la cocción fuese lo más perfecta posible, ya que las tejas y ladrillos mal cocidos se rompían con mucha facilidad. Cuando el horno estaba lleno hasta la boca, se tapaba con cascotes quedando a punto para prender el fuego y cocer el contenido.

En el hueco que había debajo de los arcos, destinado a fuego, se llenaba de broza, carrizo, leña o paja, y se le prendía fuego, procurando que no se apagase en ningún momento. La cocción duraba unas treinta horas, al término de las cuales se dejaban enfriar unos cuatro o cinco días, ya que así la calidad del género cocido era mejor. A partir de entonces

se sacaban y se almacenaban en uno de los corridos que había en el patio.

El tipo de ladrillo que fabricaban era a base de buena arcilla y lo hacían al tiempo que la teja, cociéndolo en el mismo horno.

Todo marchaba sobre ruedas, cada grupo estaba desempeñando su función admirablemente; cuando uno terminaba una cosa, ayudaba a los demás. Juan, que era el encargado de coordinar todos los trabajos, estaba muy contento al ver la labor, hasta el momento todos trabajaban para todos, nadie allí era ni más ni menos que otro. Pero Juan era lo suficientemente inteligente para saber que aquello no podría ser así siempre, por eso después de haberlo meditado y hablado con su mujer los reunió a todos una noche en su casa. Les dijo que los citaba porque tenían que tomar decisiones importantes, puesto que la situación en la que se encontraban no estaba aún legalizada y era necesario hacerlo cuanto antes, ya que construir un nuevo pueblo debía tener el apoyo oficial y consentimiento legal.

Se encontraban Juan y María en la puerta de su casa una mañana, cuando vieron aparecer por el recodo del camino a dos hombres subidos cada cual sobre una mula. Como había bastante frío venían muy tapados con una manta y era difícil determinar de quiénes se trataba; según se iba acercando, María creyó reconocer a Felipe y Gumersindo.

—No les reconoces, Juan? son nuestros amigos de El Tomillar —le dijo María a su esposo.

—Pues es verdad, ¿qué tal amigos? —les saludó Juan cuando llegaron ante ellos.

—¡Buos días! nosotros estamos mu bien, ya guipamos que to esto va parriba; entoavía nos arrecordamos de los bollagas aquellos, ¡cómo perdían el culo! —dijo Gumersindo riendo.

—No sus creáis que no nos arrecordamos de vusottos, pos tos los días, me icía Gumisindo a ver cuándo viníamos hacertos una vesita —les dijo a su vez Felipe.

—Naturalmente que recuerdo cómo corrían; hace poco estuvieron aquí con su amo y al vernos a tantos se marcharon y no han vuelto más por aquí —les dijo María.

—De toas las maneras no fiase, esas comadrejas sa revuelven y ascondías te rajan en canal; vusotros con mucho cuidado y si sacercan un estacazo en el molondro —les aconsejó Gumersindo.

—Esperamos no vuelvan más, no obstante siempre vigilantes. Bueno ¿vais de paso o venís a hacernos una visita y a comer con nosotros? —les preguntó Juan.

—Nosos imposible, pos Gumisindo y yo vamos al Campo a pagar los diemos al Comendador, pos nuestro amo sa dao un trancazo y safaratao un brazo. Nos manda a nusotros y hay que golver pronto; entoavía hay que ir y golver, así que otro día veniremos —le contestó Felipe.

—Me dan ideas de irme con vosotros y plantearle nuestra situación al Comendador, así sabremos a qué atenernos, ¿no te parece, María? —le preguntó Juan a su esposa.

—Sería lo mejor, de todas formas tienes que ir algún día y cuanto antes lo hagas mejor; la ocasión que tienes ahora es buena, te vas con ellos y así te enteras de lo que debemos hacer —le contestó María.

—No te preocupes de na y vente, llevamos avío pa los tres, a media tarde golveremos; nusotros habemos de estar anga el amo antes del anohecho —le animó Gumersindo.

—Pues entonces me voy con vosotros —les dijo Juan.

—Pos arreando, que agora los días so mu cortos; nusotros dos vamos en la torda y tú en esta ques mansica, así llegamos presto, ¿te paice? —le preguntó Felipe.

—Esperad unos segundos; me cambio de ropa y nos vamos rápidamente; cuando vengan los demás se lo cuentas y esta noche os diré a todos lo que hay —dijo Juan.

—No hace falta ponese majo pa ir arrastrando el culo sobre la mula, al tío ese lo que le gusta es la «tela»; es más agarrao cun piejo al rabo un borrucho —le dijo Gumersindo con sorna.

—Es que llevo sucios los pantalones y por algunos sitios rotos, los utilizo solamente para trabajar; al tiempo me lavo un poco, vuelvo enseguida —les pidió Juan.

Mientras Juan pasó a su casa, María continuó hablando con aquellos buenos amigos explicándoles lo que habían hecho y lo que querían hacer aún. Le dijeron que desde la otra vez apreciaban una gran diferencia en todo aquel lugar.

En unos minutos Juan estuvo dispuesto, por lo que Felipe y Gumersindo subieron a la mula torda, cuyo largo pelo mezclado de negro y blanco la hacía de estampa salvaje, dejándole la mula parda cuyo color gris tirando a tierra, la hacía contrastar con la tranquilidad de su ceremonioso paso; aunque las cos tenían en común un paso alegre y rítmico. Subidos los tres a la grupa tomaron el camino que conducía a la laguna, el cual la bordeaba y seguía en dirección al poniente; tra amplio, pero pedregoso.

Cuando llegó la hora de la comida, María informó a todos del viaje de Juan; estaría de vuelta a la tarde. A todos ellos le pareció una buena idea y esperaban que trajese buenas noticias, ya que la intención de legalizar su situación fue acogida favorablemente por unanimidad.

Serían las cinco de la tarde cuando regresó Juan con Gumersindo y Felipe, los cuales fueron presentados a aquellos que no les conocían. Les hicieron tomar un vaso de vino y unos trozos de lomo asado; pero se marcharon rápidamente,

pues decían que aún les quedaba más de una hora de camino y a partir de las seis de la tarde ya se veía muy poco. Prometieron pasar por allí más a menudo, reiterándoles su amistad y deseos de ayuda.

Una vez que estos amigos se hubieron marchado, Juan les dijo a todos que, como esa noche cenarían en su casa, después hablarían sobre el asunto que él había tratado esa tarde con el Comendador; era conveniente tomar decisiones rápidas sobre lo que pretendían llevar a cabo, aunque ya él había solicitado algo en nombre de todos ellos.

Durante la cena se tocaron muchos temas, pues se hablaba de las tierras sembradas; de las puertas, ventanas y demás cosas que ya tenían preparadas; del yeso, teja y ladrillo que habían dispuesto, de la cantidad de carrizo, barda y anea conseguido por las mujeres.

Terminada la cena, María había preparado un buen café y abundantes nueces para tomar; aquella cena podía ser el principio de algo muy importante, ya que las decisiones que tomasen podrían ser algún día históricas para el resurgimiento de aquel pueblo olvidado.

Juan pidió que nadie se fuese, ya que deseaba saber la opinión de todos y cada uno de ellos, tanto de los hombres como de las mujeres, aunque él ya se las suponía dado que el hecho de ir a vivir allí en aquellas condiciones lo decía todo.

—Pues bien, amigos y debo comunicaros lo que he hecho y hablado con el Comendador. En principio le he explicado las razones de nuestra venida aquí, le he hablado de aquella última familia que abandonó el pueblo en el año dramático de su desaparición y que puedo demostrar ser un descendiente de los mismos. También le he dicho lo que nos ha ocurrido con el amo y sus secuaces; me ha dicho que nadie tiene autoridad para decir eso, sólo el rey puede hacerlo. Por aho-

ra podemos labrar las tierras incultas y abandonadas, debiendo comunicar al Comendador la extensión y situación, debiendo pagar los diezmos correspondientes.

—Luego podemos quedarnos aquí, ¿no es eso, Juan? —le preguntó Asensio.

Naturalmente, lo único que debemos hacer es medir todos los terrenos que estaban abandonados y presentar una relación de los mismos indicando si son de cultivo, si es monte o de otro tipo, su extensión y a quien corresponden. Esto hay que hacerlo rápidamente con objeto de acudir a los Tribunales de Ocaña y Toledo solicitando la concesión del título de villa y la facultad de poblar. No obstante ya he dejado ya firmada esa solicitud a fin de ganar tiempo. También debemos constituirnos como Concejo, para lo cual hay que nombrar un Alcalde y dos Regidores. Si lo hacemos así, estaremos dentro de la ley y tendremos apoyo oficial.

—Pues entonces no perdamos tiempo, Juan —le dijo Juan Ortiz frotándose las manos.

—¿Os parece a todos bien? me gustaría que dijeseis cada uno vuestro parecer, esto hay que conseguirlo entre todos y lo antes posible, así nadie podrá llamarnos forasteros o decirnos que hemos venido a quitarle lo suyo —les dijo Juan mirándoles uno a uno.

—Ya sabes que nos tienes a tu disposición, así que di lo que hay que hacer —dijo Pedro.

—En nombre de todas las mujeres te digo que adelante —le dijo a su vez María.

—Entonces no se hable más, mañana a la salida del sol estaremos todos los hombres dispuestos. Mediremos todas las tierras de labor, los montes y demás terrenos; también designaremos el lugar en donde construiremos el nuevo pueblo. Haremos después un plano de todo el término que te-

nemos medido, explicando aquellos que ya tienen dueño, dejando el resto como propiedad del Concejo para distribuirlo luego a futuros pobladores; de esta manera quedará todo bien claro, ¿de acuerdo? —preguntó Juan.

—De acuerdo, Juan, me parece muy bien y es lo más correcto —dijo Asensio.

—Sabes que nos tienes siempre a tu disposición —dijo también Juan Ortiz.

—Pienso que es una buena decisión; estoy completamente de acuerdo —dijo Pedro.

Sin más comentario cada familia se dirigió a su casa, deseándose todos las buenas noches; sólo quedó el encargado de la vigilancia, esa noche le correspondía hacer la primera guardia a Julián, el más joven de los hijos de Juan Ortiz. Tenían como norma hacerla en casa de Juan porque era la mejor preparada y disponía de dos buenas ventanas sobre las cuales se divisaba la calle en ambas direcciones. Además allí estaban todos los corrales, el almacén de alimentos, las cuerdas y donde dejaban los carros y aperos.

Al alba ya se encontraban todos los hombres en casa de Juan, se tomaron un buen tazón de café con unas rebanadas de pan tostado; decidieron se quedase alguno por si las mujeres necesitaban algo, acordando que fuese Miguel, con gran disgusto de éste.

Cuando regresaron a la hora de comer ya habían medido todas las tierras que tenían sembradas, las que aún tenían que sembrar más adelante y uno de los grandes montes; además habían señalado el lugar de los pozos, los caminos y medido el terreno en donde se haría el pueblo. El sitio elegido no estaba muy lejos del lugar en donde vivían ahora, era un espacio semirrocoso situado entre dos promontorios próximos; tenía parte llana y parte en la falda de uno de los pro-

montorios. Uno de los pozos quedaba muy cerca y el otro a poca distancia, en cambio la laguna les quedaba ahora más lejos, pues temían que si alguna vez llovía mucho llegase a inundar la población. También huían de las posibles emanaciones que en cualquier momento pudiese producir ésta, así como de los mosquitos y demás insectos que atraería el verano.

Habían señalado nuevos caminos, puesto que los existentes no estaban en concordancia con la distribución de las tierras, además estos los habían trazado con vistas a lo que pensaban hacer en toda la zona y ahora era el mejor momento.

Llegaron completamente helados, pues el día se había vuelto frío y gris, además daba la impresión de que en cualquier momento podía comenzar a llover. Junto a la lumbre se recuperaron mientras las mujeres preparaban la comida; hoy comerían un buen cocido, a base de un gran plato de sopa de pan, garbanzos, tocino, carne y morcilla. De postre un buen tazón de café con leche bien caliente, ya que la tarde que les esperaba se presentaba muy fría y debían hacer acopio de energías.

A pesar de la tarde tan desapacible continuaron la tarea regresando a sus casas cuando la luz del día empezaba a declinar. Se había levantado un viento muy fuerte que junto al frío existente hicieron entre ambos una tarde de perros.

Regresaron contentos, pues habían medido lo que creían más importante; el resto ya lo harían al día siguiente, ya que se trataba de lagunas, montes y terrenos baldíos.

Después de la cena, Juan hizo sobre una tabla una especie de plano dibujando la forma de las tierras e indicando su extensión aproximada, así como su actuación. Terminada esta tarea la mostró a los demás quienes dijeron que aquello era una obra de arte. Entonces Juan dijo que había llegado

la hora de repartir los terrenos puesto que para ser vecino de un Concejo se exige generalmente tener propiedades en él además de fijar su residencia; son requisitos fundamentales, además de otros que ya explicará él. La proposición que hacía Juan de sortear las tierras no les pareció a los demás justa, pues todos decían que si él había sido el primero allí, en justicia le correspondía elegir el primero; además ellos habían llegado cuando todo estaba a punto para vivir en aquel lugar, así que no estaban dispuestos a consentir semejante injusticia. Al ver que nadie cedía se vio en la necesidad de elegir sus tierras y así lo hizo, pero con tanta honradez que sorprendió su elección; cogió tierras diversas despreciando otras mejores. Cuando llegó el turno a los demás hicieron lo mismo, siguiendo el ejemplo de Juan, por lo que el reparto vino a ser como deseó él en principio.

—Bueno, ahora que todos somos vecinos de este Concejo hay que nombrar un Alcalde y un Regidor para defender sus derechos; también un Juez para que haga justicia en su momento. Aunque nuestra vida estará organizada y dirigida por la asamblea de todos los vecinos. Así que nos corresponde a todos nosotros hacerlo y cuanto antes mejor —les dijo Juan.

—Tú dirás lo que hay que hacer y hagámoslo ahora mismo —contestó Asensio.

—Primero pondremos nuestros nombres en un papel, lo dejaremos en el interior de este saquillo y así efectuaremos la insaculación de esos cargos; así se debe hacer —dijo Juan.

—De acuerdo Juan, pero lo mismo que tú antes has decidido la suerte de las tierras, nosotros ahora también estamos totalmente decididos a que el Alcalde seas tú. Si quieres sacamos al Juez y al Regidor por votación, pero el de Alcalde es para ti —dijo seriamente Juan Ortiz.

Juan miró uno por uno a los allí reunidos observando por

sus gestos y palabras que la decisión era por unanimidad, incluso su mujer; por lo que les dijo:

—Si es esa vuestra voluntad, así se hará; pero os aseguro que seré muy exigente, espero que no tengáis que arrepentiros después. Hagamos pues las otras votaciones —les dijo Juan.

Sacaron el papel en donde figuraba su nombre y procedieron a la insaculación de los otros dos cargos, quedando de la siguiente forma: Juez, correspondió a Juan Ortiz y Regidor a Asensio García, quedando Pedro Delgado como Regidor suplente. Por lo tanto, a partir de ese momento ya había Concejo y sus cargos principales estaban nombrados con arreglo a derecho.

Como Alcalde, Juan les dio unas normas y les recordó que la misión fundamental que debía realizar aquel Concejo recién fundado era defender el territorio que les correspondía y cultivarlo. Recurrirían al Tribunal Real solicitando facultad para poblar y la concesión del privilegio de villa al que legalmente tenían derecho.

En el momento que Juan tuviese terminado el plano de la zona con los datos reales, se presentarían los tres ante el Comendador para entregarlos y los nombramientos que habían llevado a cabo. También para recibir las órdenes oportunas y regir el Concejo dentro de unas normas legales, ya que al estar abandonado aquello durante más de cien años, podría existir algún problema con algunos propietarios de los pueblos circundantes que se habían apoderado de tierras que con toda legalidad correspondían a aquel Concejo.

El siguiente día estuvo lloviendo de forma intermitente la mayor parte del tiempo, por lo que Juan pudo aprovecharlo; cuando aquel día se retiraba a descansar, tenía todo a punto, quedando con Juan Ortiz y Asensio en ir a El Campo por



la mañana, caso de que no lloviese mucho. Le presentarían al Comendador la documentación que había solicitado durante la visita que Juan le hizo días anteriores.

Como el día amaneció soleado y agradable, decidieron enganchar el carro de Juan Ortiz y dos de las mulas, pues era más amplio y estaba protegido por un fuerte toldo. Corría un vientecillo que poco a poco se iba haciendo más frío; el cielo se empezaba a cubrir de nubes de aspecto amenazante. Cada uno cogió una manta y cubriéndose con ellas se subieron al carro e iniciaron su camino inmediatamente, pues querían regresar lo antes posible.

El Comendador les recibió tan pronto como llegaron; la visita se desarrolló en un ambiente de cordialidad y fijaron, incluso, el pago de los impuestos concejiles, que no eran otros sino las célebres alcabalas.

Cuando ya regresaban, arreció la lluvia hasta el punto de que tuvieron que detenerse durante unos minutos; sobre las pobres mulas caía el agua en abundancia. Tuvieron que inclinar el carro hacia un lado para evitar que la lluvia pasase al interior, ya que el fuerte viento les daba de cara.

Iniciaron de nuevo el camino; presentaba abundantes charcos repletos de agua y barro, por lo que no podían ir deprisa, pues los animales se empozaban y el carro podría volcar con tantos charcos.

Al fin pudieron llegar con más de una hora de retraso sobre el tiempo que habían calculado; sus familias estaban ya algo nerviosas.

Nada más llegar, mientras los tres viajeros pasaban a casa de Juan a calentar y secarse, los hijos introdujeron el carro bajo el porche en donde se encontraban los otros dos carros. Las mulas, una vez que fueron despojadas de sus arreos, las pasaron a la cuadra después de ponerlas una manta, para que

no se enfriasen. Después se reunieron todas las familias en la casa de Juan y explicaron a todos lo que habían hablado con el Comendador, lo que habían solicitado. Ahora se podía decir que renacía aquel pueblo y querían que lo hiciese centro de las normas legales para que nadie les pudiese echar e llamarles forasteros.

Aquella noche continuó lloviendo y los dos días siguientes, de forma que la laguna más próxima se estaba desbordando y ocupaba grandes espacios en los terrenos circundantes.

Durante todos estos días las familias ocupaban su tiempo en poner asientos de anea a las sillas que tenían preparadas de madera, en hacer esteras y serijos de esparto, albardín y anea. Juan y Asensio eran expertos en ello, por lo que enseñaron a los demás y ahora todos, menos Juan Ortiz y sus hijos que durante el día hacían puertas, ventanas, sillas, mesas y otras cosas, se dedicaban a hacer pleita todo el día y en las largas traspachadas.

Cuando dejó de llover salieron a dar una vuelta por todo el término. Volvieron contentos al comprobar que el agua caída no había encharcado ninguna de las tierras que estaban sembradas; sólo se habían inundado los terrenos próximos a las lagunas. Pudieron comprobar que los terrenos elegidos para la construcción del nuevo pueblo eran los mejores situados para aguantar las grandes lluvias; ello les alegró, pues allí era fácil que en más de una ocasión las lagunas se desbordasen.

El agua vino a dar vida a las tierras sembradas recientemente; pronto la siembra estuvo a salvo.

En los aldeaños de la laguna vieron varios ansarones destrozados y buen número de conejos muertos; los primeros mostraban señales de haber sido atacados por lobos o zorros,

muy comunes en la zona en esa época; los segundos debieron perecer ahogados en su madriguera. Cuidadosamente los fueron recogiendo y los enterraron en una pequeña fosa que hicieron al otro lado de una loma por donde la laguna terminaba; querían evitar los malos olores.

Las acequias iban llenas de agua y los pozos subieron de nivel; en la casa de Pedro se hizo una buena gotera y tuvieron que arreglar un trozo de tejado.

Los animales que criaban en el corral de Juan no tuvieron problemas, puesto que estaban bien protegidos y los vigilaban continuamente. Ya contaban con gran número de conejos, gallinas y otros animales, pues las familias de Juan y Pedro habían traído algunos también



## CAPITULO IX

### UN JUDAS Y... MAS POBLADORES

Habían pasado ya tres semanas desde las últimas lluvias y el campo daba síntomas de cambio; en algunos momentos parecía verse cierto verdor, la siembra estaba naciendo. La laguna se iba rodeando de una hierba menuda y tupida que cubría grandes zonas; la Navidad estaba cerca.

En una de las múltiples salidas detectaron la existencia, al otro lado de la ermita del río, de un aprisco en donde los pastores recogían las ovejas para resguardarlas de las inclemencias del tiempo. Las tinadas o cobertizos estaban cubiertos hasta la mitad, para evitar el fuerte frío y asegurar la ventilación con pared rústica, hasta una altura de metro y medio.

Los pastores se estaban preparando para hacer queso, por lo que se quedaron a ver cómo lo hacían. La leche extraída a las ovejas en una especie de tinajilla de barro la ponían junto al fuego para que no perdiese la temperatura mientras ellos



preparaban el «entremiso», mesa alargada de madera con un pequeño desnivel para que el suero se deslizase. Uno de ellos metió un dedo en la tinajilla para comprobar la temperatura de la leche. Creyó que era la idónea, le echó el «cuajo» y en poco más de media hora se convirtió en cuajada; para ver si estaba en su punto, de nuevo el dedo del pastor se introdujo, y al comprobar que caía una goteja, se pusieron a hacerlo. Sacaron unas pleitas hechas de esparto y las pusieron anchas; después en un plato echaron la cuajada; cada pastor colocó sus manos sobre ésta como queriéndoles dar calor, hasta que no se veía salir suero. Luego cortaron la cuajada en trozos con un toscó cuchillo y la espiacaron con sus manos, apareció el «suero de la gotilla». Después la colocaron encima de una tablas con dibujos, que se quedaban grabados; colocaron entre ellos otra madera y encima de ésta una enorme piedra para que presiónase. Transcurrida una hora, voltearon y apretaron nuevamente la pleita, con objeto de que fuese lo más compacto posible; ellos decían que esto era lo que le daba vida al queso y evitaba que saliesen «focos».

Así los tenían de doce a catorce horas, luego los salaban, los colocaban sobre unas tablas para que se endureciesen, pues ya «curados» estaban mucho mejor; cada diez o doce horas había que darles la vuelta los seis primeros días.

—¿Cuántos litros de leche necesitan para hacer un kilo de queso? —les preguntó Juan.

—Por unos cinco litros, «pizca más o menos», pa comelo endureció o guardar, y alrededor de cuatro litros pa comelo fresco —le contestó el que se hacía llamar «Barrulo».

—Allí en mi pueblo teníamos buen queso, pero al partirlo unas veces se pegaba al cuchillo, en cambio otras veces no era así, ¿por qué podía ser eso? —preguntó Asensio.

—Por sencillismo, amigo, ese queso era pa comelo presto,

el queso que se apegue al cuchillo no te se ocurra guardarlo, hay que hincale el diente ya mesmo —dijo el otro pastor.

—¿Cómo está mejor el queso, tierno, curado o en aceite? —preguntó Juan.

—En conciencia debo icite que tos son güenos, to esto va en gustos; pero si pones queso en azaito no te se ocurra ponelo tierno. Arrodealo bien de azaito, pos ponelo a cachos o enteto; luego lo rapas con un trapo recio pa que respire y cuando aigan pasao cuatro semanas ya lo ties a punto pa comer. Yo me zampo tos los años media ocena así —le dijo el Barrulo.

Hablaron con ellos para que les vendiesen unos quesos, y media docena de ovejas y un carnero; llegaron a un acuerdo y les compraron cuatro quesos, cinco ovejas y un carnero; el carnero de medio metro con cuernos arrugados en espiral; su lana era blanca, muy espesa. Dijeron que era de buena casta y cubría a las ovejas desde hacía un año.

Pensaron que era conveniente ir preparando un pequeño rebaño, puesto que disponían de pasto abundante; podía ser una buena fuente de ingresos: carne, queso y lana. También querían hacerse con más cabras, ya que sólo disponían de la que tenía Juan; formarían una «dula» que más adelante interesaría a los futuros habitantes del pueblo y produciría la suficiente leche para el consumo.

Como responsables de aquel Concejo tenían la obligación de iniciar todas aquellas cosas que se consideraban mínimas para que un pueblo tuviese razón de ser; por este motivo querían disponer de grano, carne, leche, agua y otras materias de prima necesidad por cubrir lo más urgente. Después harían un horno mayor que el que ya tenían; reconstruirían la ermita cercana y pedirían un cura para que les atendiese, al

menos una vez por semana. Y así, poco a poco, iban logrando lo más imprescindible.

Lo que más preocupaba era la aparición de enfermedades, pues mientras sólo fuesen cosas de poca importancia María se encargaría de eliminarlas con sus hierbas y su mágico buen hacer como curandera. Por cierto, que llevaba unos días con mareos muy frecuentes y se vio en la necesidad de guardar cama, pues el embarazo estaba resultando muy distinto a los tres anteriores; precisamente aquello les hacía concebir la esperanza de que fuese varón.

Pensando en que llegarían más pobladores, no dejaron de seguir construyendo otras casas que había juntó a las de ellos, pues las paredes estaban muy bien; todas disponían de las mismas dependencias y estaban dispuestas para ser utilizadas ya. Pedro Delgado tenía la esperanza de ver aparecer en cualquier momento a familias de conocidos suyos; al menos cuatro familias de distintos pueblos le aseguraron que irían; eran gentes con ánimos de superación y aventuras. Vivían en lugares de tierras pobres y escasas, por eso cuando se enteraron de que por aquella zona había donde escoger, empezaron a preparar los útiles necesarios, animales, herramientas y demás cosas que serían fundamentales para la colonización de nuevas tierras. Según sus cálculos debería de haber llegado alguna de ellas ya, puesto que incluso la familia de Alonso Galán estuvo a punto de acompañarles; no lo hicieron porque estaban esperando a una familia conocida de su hermano que era de uno de los pueblos cercanos y les habían prometido que irían juntos aunque tuviesen que esperarles algún tiempo.

Una tarde ocurrió algo que a todos les llamó la atención; muy próximo el anochecer, vieron aparecer un hombre sobre una mula; traía unos «aguarones» en donde llevaba algo

de comida, herramientas de trabajo para el campo y un poco de ropa. Venía cubierto con una manta y apenas si se le podían ver los ojos.

Llegó diciendo que le habían comentado que allí encontraría trabajo ya que le hablaron de hacer un pueblo nuevo y necesitaban ayuda; también les dijo una serie de cosas que no era lógico que las conociese, puesto que estaban relacionadas con los hechos ocurridos desde que Juan y María llegaron allí con sus hijos. Además su forma de hablar y de comportarse no era propio del personaje que representaba, hablaba con bastante corrección aunque se esforzaba en hacerlo mal; sus modales no eran de gañán, ni tampoco su porte. Por eso, Juan comentó con Asensio que no le gustaba aquel hombre más bien joven; entre los dos vigilarían continuamente a este sujeto, de día y de noche. Era una corazonada justificada para Juan, ya que este individuo tenía interés por saber cualquier cosa relacionada con las ideas de lo que iban a hacer allí, si vendría más gente, cuántos eran ahora, si disponían de alimentos y mil cosas más que preguntó en las pocas horas que llevaba en aquel lugar.

—Asensio, esto no me gusta. Tengo la impresión de que éste sabe más de la cuenta, si de verdad estuviese de paso no sabría lo que sabe. Lo vamos a mandar a dormir al camastro de la cuadra y nos turnaremos tú y yo en su vigilancia; no hay que dejarlo olvidado ni un momento. Este busca algo y cree que nos ha engañado, así que los ojos bien abiertos no nos vaya a liar algún tinglado —le dijo Juan al oído.

—Yo pienso como tú, Juan, éste tiene más conchas que un galápagos; mira todas las cosas y pregunta demasiado —contestó Asensio.

Durante la cena insistió varias veces, dirigiéndose a las mujeres, que no comprendía cómo ellas y sus hijas se exponían

a vivir en un lugar como aquél, lleno de peligros y en donde las enfermedades podrían ser mortales, pues allí se comentaban muchas cosas y ninguna buena; decía que le habían contado muchas historias y leyendas. Dijo que era una persona que buscaba un lugar para vivir y aquello no le gustaba mucho; decía llamarse José Manuel.

—Todo lo que dicen son cosas inventadas, aquí se puede vivir como en cualquier otra parte; lo que ocurre es que hay personas interesadas en desprestigiar este lugar e inventan cosas increíbles. A nosotros eso no nos gusta, el «bu» es para los niños y los aquí presentes somos ya mayorcitos y sabemos lo que queremos —le dijo con coraje María.

—¿Quién puede tener interés en que aquí no viva nadie? —preguntó él.

—Al parecer más de uno, pero nos da igual; ahora somos pocos, pero ya vendrán más y entre todos haremos un gran pueblo, aunque haya que luchar —le contestó Ana.

—Si caen enfermos, ¿quién los cura? eso aquí puede ser peligroso —insistió nuevamente José Manuel.

—Para eso tenemos a la mejor curandera que existe, cualquier cosa en sus manos tiene solución; con sus hierbas y sus potingues tiene siempre un remedio —le contestó Asensio.

—Bueno, gracias por todo, pero no sé si podré estar aquí, a lo mejor pasados unos días me encuentro a gusto y decido quedarme, me quedaré a dormir en la cuadra si os parece bien —dijo José Manuel levantándose.

—Te acompañamos y te diremos lo que de allí puedes utilizar; no te preocupes que las mulas no te molestarán, son muy dóciles todas —dijeron Tomás y Miguel levantándose.

Cuando salieron acompañando a José Manuel, dijo Juan:

—Todos los vigilantes estaremos pendientes de él, no me gusta un pelo su actitud; hay que estar atentos a todos sus

móvimientos. Como ignora los turnos de vigilancia no se dará cuenta. No sé, pero pregunta demasiado y habla de cosas que ni incluso vosotros sabéis.

—Si le cogemos en algo se acordará de nosotros, queda tranquilo, Juan —dijo Juan Ortiz.

—No le perderemos de vista en ningún momento y si es así, tarde o temprano le agarraremos; si viene a por lana, saldrá trasquilao —dijo Pedro.

—Muy listo tiene que ser si nos engaña a todos; habrá que verlo —dijo Asensio.

Yo diría que es un loco; si es por su manera de hablar, se manifiesta como patán sin serlo; así que si se comporta como un depredador, nosotros lo haremos como cazadores; dijo Juan.

Siguieron haciendo comentarios mientras se asignaban los turnos de guardia.

La noche transcurrió y nada anormal hubo que lamentar, no obstante había que vigilar constantemente a José Manuel; lo hacían por turnos, evitando que éste se apercibiese.

Todo el día le tuvieron cortando leña y almacenándola, ya que todos los hombres estaban en esta tarea, unos cortando árboles y otros acarreándolos hasta el patio donde José Manuel, ayudado por Antonio y Julián, eran los encargados de hacerlos trozos.

Los dos hermanos fueron, pues, los encargados de su vigilancia durante toda la jornada; observando que la conversación que mantenía con ellos en ningún momento versó sobre aquel lugar; en cambio, sí habló en varias ocasiones con alguna de las mujeres. Las mujeres comunicaron este detalle a Juan.

Así pasaron varios días durante los cuales José Manuel no cambió de táctica, sólo advirtieron en él pocas ganas de ha-

blar y cuando lo hacía era con monosílabos; pero en la madrugada del cuarto día, el encargado de la vigilancia comprobó algo que le hizo ir a despertar a Juan. Quien hacía ese turno era Manuel, el hijo de Asensio.

—¡Juan, Juan, levántese que ha ocurrido algo que debe usted saber! —le decía llamando a la puerta.

—¿Qué ocurre, Manuel? —preguntó Juan, abriendo la puerta de su cuarto.

—Pues que José Manuel no está en la cuadra, ni están las mantas que tenía en el camastro, ni está su manta; ha debido marcharse hace muy poco.

—¿Cómo no lo has visto tú? ¿Estaba en el turno de Tomás?

—Claro que estaba; estuvimos observándole en el momento de hacer el relevo y nosotros creímos que dormía; quizá tenía pensado irse hoy y simulaba —contestó Manuel.

—Es posible que los vigilados fuéis vosotros; si su intención era marcharse no ha dormido y ha estado pendiente de vosotros esperando el momento más oportuno —dijo Juan.

—¿Qué hacemos ahora? ¿Despierto a mi padre y a los demás?

—Sí, es conveniente convencernos de que ha huido, llámalos a todos.

Manuel salió a la calle abrigándose, pues hacía bastante frío, serían alrededor de las seis de la madrugada. Mientras tanto Juan terminaba de vestirse, despertaba a sus dos hijos; a María no tuvo necesidad de decirle nada, ya que al ir a recoger su ropa estaba ella poniéndose las suyas y preguntándole:

—¿Qué es lo que ocurre, Juan? ¿Qué hablabas con Manuel? Dime algo, por favor; no me ocultes nada.

—Parece ser que José Manuel se ha marchado sin decir na-

da, pero vamos a salir a dar una vuelta no nos haya hecho alguna cosa por ahí —le contestó su marido.

—Buena razón tenías cuando nos decías a todos que no te gustaba, seguramente era un mandao y ha estado enterándose de todo; ahora veremos lo que pasa —comentó María.

—No hay por qué preocuparse, habrá visto que estamos decididos a quedarnos y que no somos pocos. Ahora no me importa que vengan e intenten echarnos, lo que realmente me preocupa es que no den la cara y nos destruyan lo poco que tenemos —contestó Juan.

En ese momento llegaron el resto de las hombres; algunos de ellos terminándose de vestir; al frente de ellos venía Manuel, quien encendió los candiles que había colgados a ambos lados de la chimenea y echó leña al fuego que estaba medio apagado.

Todos se pusieron alrededor del fuego, quedaron a la espera de que Manuel les contase lo ocurrido y Juan ordenase lo que debían hacer. Al verlos, Juan se unió a ellos y dijo a Manuel:

—Explica lo ocurrido para que todos sepan la verdad de la desaparición de José Manuel, si es que ha desaparecido.

Manuel narró cómo José Manuel dormía en el momento de hacer el relevo de turno en la vigilancia, así como lo acaeció hasta que echó de menos su presencia.

Como habréis podido observar, se trataba de alguien que habían mandado para espiarlos, de no ser así hubiese continuado con nosotros; ignoro lo que buscaba aquí, pero no cabe duda de que algo les interesaba saber y es posible que ya lo sepan. Nosotros, como nada sabemos de lo que les interesa, nos veremos obligados a redoblar la vigilancia tanto de noche como de día; así que ahora los turnos se harán de dos

horas y en cada turno dos personas. Al menor síntoma de alarma se llamará a todos con la mayor rapidez posible; nadie saldrá del pueblo y trabajaremos unos cerca de los otros para evitar cualquier sorpresa. Lo que más vigilaremos será el almacén de provisiones, los corrales donde tenemos a todos los animales y la cuadra; en esta última dormiremos cada noche dos, pues es un buen lugar porque está cerca del almacén y de los corrales. Las puertas de las casas y las ventanas se atrancarán al anochecer y las mujeres no saldrán a la calle solas. Aquí en mi casa habrá siempre un puchero de café para el que lo necesite —les dijo Juan.

—Mis hijos y yo, aunque sigamos trabajando en el taller durante el día, estaremos pendientes de cualquier llamada. Tenemos preparados unos buenos garrotos por si hubiese necesidad de echar mano de ellos —comentó Juan Ruiz socarronamente.

—Tanto mi hijo como yo estamos a tu disposición, Juan, ya que ahora poca cosa tenemos que hacer en el campo; nosotros estamos dispuestos a cualquier hora del día o de la noche —le dijo Pedro.

—Y nosotros, igual que los demás —dijo Asensio.

—Pues escuchad con atención lo que os voy a decir; mi plan es el siguiente...

Juan estuvo hablando con todos y dando instrucciones para que cada cual supiese la misión que debía de empeñar.

Pasó aquel día y aunque rastrearón por los alrededores no encontraron señal alguna de José Manuel, como tampoco ocurrió nada que viniese a alterar la monotonía del lugar. Por la noche se hicieron los turnos de vigilancia extremando ésta y tampoco ocurrió nada, aunque en el ambiente se palpaba cierta tensión.

El siguiente día se presentó soleado y temperatura fría, por

lo que desde tempranas horas se encontraban todos almacenando la madera que durante los días anteriores habían cortado.

Aunque la tranquilidad era la nota predominante, cualquiera de los allí presentes estaba a la expectativa del más leve movimiento o del ruido más insignificante. El día fue transcurriendo, más lentamente que otras veces, y el silencio a su alrededor era total y absoluto; sólo se rompía por el vuelo de las aves acuáticas ahora bastante abundantes en las lagunas, y el trinar constante de los pájaros.

Estaban a punto de finalizar la tarea de aquella jornada; el día iba declinando, haciéndose cada vez más frío, cuando Tomás, que era el que estaba de vigilancia en la última de las casas, se dirigía corriendo hacia el lugar donde estaban hacinando la madera cortada. Venía haciendo señales y dando gritos anunciando que alguien se acercaba por el camino de la ermita en ruinas, y parece que debían ser muchos dados los gestos y sus gritos. Manuel, que se encontraba en la puerta de la casa en donde estaban todos trabajando, dio la voz de alarma y en pocos segundos se reunieron en la calle, momento en el que Tomás llegaba tomando aire por la boca por la carrera.

—¿Qué ocurre, Tomás? ¿Quién viene por el camino? ¿Son ellos? —le preguntó Juan.

—No sé, Juan, pero parece que vienen varios carros y gente andando —contestó Tomás con voz embarullada.

—Vamos para allá y comprobemos de quién se trata, a lo mejor son los amigos que esperamos. Es fácil que sean ellos, vamos a ver —les dijo Juan invitándoles a ir a su encuentro.

Formaron un grupo de diez, jóvenes y mayores, tomaron el camino de la salida del pueblo, al frente Juan. Al llegar a las últimas casas que había junto al recodo del camino di-

visaron, ya muy cerca, tres carros tirados cada uno por dos mulas; delante de cada cual, un hombre cogido a las bridas de los animales, y subidos en los carros hombres y mujeres. De pronto, Pedro conoció a uno de ellos y dijo:

—¡Son ellos, son ellos; el primero es mi amigo Alonso! —y salió corriendo hacia él.

Aún estarían a quinientos pasos; el que conducía el primer carro soltó los ramales de las mulas y salió también corriendo al encuentro de Pedro; también había conocido a su amigo. Se fundieron en un apretado abrazo, palmeándose las espaldas.

—¿Cómo estás, Alonso? ¿Vienes con la familia? —preguntó alegremente Pedro.

—¡Qué alegría verte, Pedro! Vengo con toda la familia y además nos acompañan Pedro Ortiz, su mujer y sus dos hijos, y Andrés Calleja con su mujer y su hijo. Todos estamos bien, pero venimos cansados; no hemos tenido problemas en el viaje, salimos ayer de madrugada. Como puedes ver hemos tardado día y medio; dormimos anoche a mitad de camino. Lo peor ha sido el frío que pasamos ayer, en cambio hoy ha hecho una buena temperatura. ¡Qué alegría haberos encontrado! Tenía miedo de haber equivocado el camino y estaba un poco nervioso —le contestó Alonso plétórico de alegría.

Mientras tanto los otros carros llegaron a su altura, y Juan y los demás; se cruzaron saludos abrazándose todos entre sonrisas y bromas. Allí, al final del camino, junto a las últimas casas, se veía a las mujeres que alzaban los brazos en señal de bienvenida.

Como la oscuridad iba poco a poco difuminando el lugar, emprendieron el camino hacia las casas, en donde a su llegada se volvieron a repetir los saludos y los gritos de alegría.

Llevaron los carros al corral grande y quedaron bajo cubierto de uno de los porches, pues se preveía una noche muy fría y lluviosa; las mulas, una vez liberadas de los «arteos», fueron pasadas al interior de la cuadra. De los carros bajaron lo imprescindible para pasar la noche; al día siguiente y con buena luz sacarían todas aquellas cosas que casi llenaban los tres vehículos.

Aunque ya se juntaban muchos, decidieron cenar todos juntos a petición de Juan y María. Para ellos suponía una inmensa alegría tener en su casa a todos los habitantes del nuevo pueblo; especialmente Juan quería ver de cerca a todos los nuevos pobladores y hablar con cada uno para sacar él su conclusión particular. No podía disimular su contento al contemplar allí, sentados a su alrededor, a tanta gente que había ido allí por él; no sabía cómo agradecerles su valiente acción al abandonar sus pueblos e ir a vivir una aventura cambiando su vida.

La cena transcurrió en un ambiente de gran alegría; los nuevos pobladores contaron las anécdotas más notables que les ocurrieron en el camino, algunas curiosísimas y otras de juerga y pasatiempo.

Cenaron una sabrosísima sopa de ajo, después asaron chorizos, morcillas, tocino vetado, forro de cabeza y migas de matanza; para postre tomaron nueces con miel. Algunas de estas cosas las habían traído los nuevos inquilinos, pues venían bien provistos de alimentos y otras cosas, además de las herramientas propias de cada uno para desarrollar su trabajo. Durante la cena comentaron con los demás que traían cuatro cabras, dos corderos, un perro pastor, dos cerdos pequeños, tres búcaros de miel, harina de trigo sin cerner, harina de centeno. También traían todo lo proporcionado por la matanza de tres grandes «gorrinos»: jamones, lomos, chorizos,



morcillas, etc. Igualmente venían provistos de unas cubas de arroba de vino, ajos, titos, cebada, centeno, trigo, garbanzos, lentejas, judías, etc.

Juan le puso poca atención a estos comentarios; para él era más importante las personas. Observó a cada uno de ellos y habló con todos, quedando realmente muy satisfecho.

Acordaron dormir tres en cada casa y dos en casa de Juan; para ello se llevaron los colchones y las mantas, colocándose no muy lejos del fogón.

La familia de Alonso Galán la formaban su mujer Juan, sus hijos José y Carmen y él. José era un chico moreno de unos dieciocho años; era fuerte y sus ojos negros de mirada profunda le proporcionaban un algo especial. Se mostraba alegre y dicharechero; cuando hablaba lo hacía con sentido.

Carmen, la hija, era más bien rubia como su madre, ojos azules y pelo largo; dieciséis años, bulliciosa y alegre; su sonrisa era casi permanente. Al hablar lo hacía con una voz timbrada y dulce.

Juana no tendría más de cuarenta años, era rubia y pelo corto; alta, no muy gruesa. Su voz era cálida, ojos vivarachos; vestía con cierta elegancia y era muy amable.

Alonso, aunque no tenía aspecto de hombre de campo, destacaba por su jovialidad; siempre tenía a mano un gracioso chiste o un refrán adecuado para el momento. De carácter bonachón, casi siempre que hablaba lo hacía con una sonrisa.

La familia Ortiz de Zarate estaba formada por el matrimonio, Mariana y Pedro, y sus hijos Ramón y Juliana. El padre contaría unos cuarenta y cinco años y el hijo veinticuatro, ambos eran calcados, morenos y fornidos, bonachones, poco habladores; destacaba en ellos su voz potente y sobre todo su pelo, muy negro y abundante.

En cambio la madre, de unos cuarenta y tres años y la hija de veinticinco, tenían poco en común quizá su manera de hablar; la madre era burda en su forma de vestir y no así la hija que lo hacía con desenvoltura, la una castaña y la otra morena.

Y la familia Calleja la constituían la mujer, Teresa, el hijo, Martín, y el padre, Andrés. Teresa, de unos cuarenta y cuatro años, era muy morena, de pelo ensortijado, de ojos color azabache, alta y bien formada; hablaba lentamente, pero agradaba oír la por su cálida voz. Martín, de veintidós años, alto, moreno, de fuerte constitución; algo retraído, por lo que hablaba muy poco. No obstante, su aspecto era jovial y lo poco que decía se entendía perfectamente.

Andrés, el padre, con una edad de cuarenta y seis años, era el más bajo de los tres; campechano, alegre, bullicioso. Quizá hablase demasiado, pues a veces decía cosas sin fundamento alguno; se trataba de una de esas personas que se meten en todas las conversaciones y no saben de qué va ninguna; a veces decía sí cuando debía decir no y a la inversa.

Todo esto repasaba Juan despierto en la cama, por eso María le dijo:

—¿No tienes sueño, Juan? ¿Qué te ocurre? Estás despierto y muy callado. ¿Qué pasa?

—Pues que es tan grande la alegría que tengo en estos momentos que no puedo conciliar el sueño, y estaba repasando a cada uno de los nuevos vecinos. Parecen iguales y son todos diferentes, cada uno tiene algo en común y mucho distinto de los demás. Si yo fuese capaz de conseguir de cada cual aquello que lo diferencia del resto, lograría formar un gran pueblo; a partir de ahora esa va a ser mi misión —le contestó su marido.

—Deberías dormirte y dejar eso para luego, dentro de unas

horas te toca vigilancia y sería conveniente que descansases un poco; ahora que sois más libraréis alguna noche, ¿no? —le dijo María.

—Sí, María, a partir de mañana será otra cosa; además ahora ya somos suficientes para imponer respeto. Ya verás qué cara se les va a quedar a esos desalmados que querían echarnos de aquí cuando vean que cada día aumenta el número de personas. Cuando pase el invierno empezaremos a construir el nuevo pueblo y eso hará que vengan muchos más pobladores; ahora lo que interesa es cultivar los campos y recoger buenas cosechas —le contestó Juan.

De pronto se oyó ruido como si estuviesen echando agua sobre las ventanas; un viento huracanado parecía silbar por cualquier abertura que diese al exterior.

—¿Qué es eso, Juan? Parece como si estuviese lloviendo mucho —le preguntó María en el momento de levantarse de la cama y salir hacia donde dormían sus hijos.

—Hace un viento muy fuerte y llueve. No te preocupes, que por mucho que llueva no entrará agua, así que nuestros hijos están seguros; además ahí fuera están mejor que aquí. Acuéstate y saldré yo por si alguno de nuestros invitados se despierta; al tiempo echaré leña al fuego y veré a nuestros hijos —le contestó su esposo.

Juan salió a la habitación en la que se encontraban sus hijos y los dos invitados, Ramón y José; todos dormían profundamente. Alimentó el fuego y abrió una ventana para ver cómo llovía; pudo observar que la lluvia era intensa y el viento soplaba rabiosamente. El frío se estaba acentuando cada segundo y podía ser que aquel agua se fuese tornando nieve si continuaba bajando la temperatura, por eso volvió al fuego para añadir más leña e intentar hacer frente a aquella tromba de agua que estaba encima.

Cuando amanecía se podía contemplar cómo un manto de nieve cubría la tierra; no era mucha pero sí la suficiente como para producir un intenso frío. Juan era el que junto con Manuel estaban de vigilancia, ya que era el último turno; salieron a la calle para comprobar si la nevada había sido fuerte. Vieron que había caído muy poca y estaba helada. Dieron una vuelta por los corrales y la cuadra; todo estaba tranquilo y regresaron a casa de Juan con mucho cuidado para no resbalar. Se sentaron junto al fuego que ardía vivamente; junto a las ascuas había dos enormes pucheros resoplando por las tapas. Uno era de café y otro de manzanilla, pues era norma tener a disposición de todas aquellas bebidas. Aprovecharon el momento y se tomaron un tazón de café con un poco de leche.

Al cabo de una hora se fueron levantando todos; la mayoría jugueteó con la nieve tirándose bolas; alguno de ellos rodó por el suelo acompañado de las risas de los demás. Poco a poco se fueron reuniendo en casa de Juan en donde ya las mujeres estaban preparando el desayuno; unos preferían comer tocino asado, chorizo o morcilla, otros tomaban café con leche y «picatostés» o sopas de pan.

Los nuevos vecinos se fueron instalando en tres de las casas que aún estaban deshabitadas; aún quedó una libre, la última de todas, que era la más húmeda por encontrarse en la parte más baja, junto al recodo del camino.

Lo primero que hicieron fue encender una gran lumbre a fin de que las casas fuesen tomando buena temperatura. Luego transportaron todo lo que habían llevado cada cual y al llegar al mediodía estaban perfectamente instalados. Lo único que se notaba aún en esas tres casas era un pequeño refrión en los cuartos interiores.

Las mujeres, una vez terminadas sus tareas, prepararon todo

lo necesario para nada más terminar de comer, ponerse a cocer pan, pues era fácil que les faltase a mediodía; dejaron dispuesta la harina y demás ingredientes.

Esta vez harían tres clases de pan, el que venían haciendo normalmente con harina cernida y otros dos nuevos, pues los últimos pobladores traían otras clases de harina y querían probar si valía la pena hacerlo, pues ellos los comían muchas veces. Una forma era hacer el llamado Pan de perro, con harina sin cerner; ellos decían que era más nutritivo que cerniendo la harina. Y el otro lo harían con pan de centeno, pan moreno, igualmente nutritivo y digestivo, con la ventaja que se conservaba tierno mucho más tiempo que cualquier otra clase de pan y aguantaba más.

Juana, mujer de Alonso, al ver como María molía bellotas tostadas haciéndolas harina gruesa para café, le dijo que hiciese harina con bellotas secas y ella le enseñaría a hacer una clase de pan especial. Decía que este pan de harina de bellota lo recomendaba una curandera en su pueblo para aquellas personas que estaban débiles.

—¿Tú también eres de las personas que creen en esas cosas de brujerías? —le preguntó María.

—Totalmente, María, siempre he creído porque lo he visto, no sólo eso sino muchas cosas más; en mi pueblo había una curandera que curaba enfermedades increíbles, a mí me curó las almotranas haciéndome llevar siempre en el bolsillo una especie de bola de jugo de resina de los pinos endurecida. Hice lo que me ordenó y jamás he vuelto a sentir ni la más mínima molestia; mira, todavía la llevo —le contestó Juana.

—Pues, vas a tener suerte, aquí tenemos otra curandera como aquella. —le dijo Ana.

—¡No me digas que eres curandera, María! ¿De verdad? —le preguntó sorprendida Juana.

—Sólo soy aficionada; aprendí algunas cosas de mi abuela y de mi madre —contestó María.

—Sabe mucho de esto, pregúntale a mi marido y te dirá si sabe —dijo Rosario.

—Yo conozco una planta que quizá no la conozcas, por allí la llaman asperón, es silvestre y sus hojas se cuecen con agua. En mi pueblo le mandaba tomárselo a las personas que estaban débiles, ella decía que era para darle fuerza a la sangre —le dijo de nuevo Juana.

—Tengo algo parecido, pero te agradeceré que me la des; quizá haya también por aquí, así que luego me la enseñas y miraremos algún día por estos campos —le pidió María.

—Hay temporadas que tengo al tres por dos diarreas y ahora llevo unos días que empiezo a notar la tripa suelta. ¿Me puedes dar algo para quitármelo? —le preguntó Juana.

—Para eso, yo siempre he mandado cocer cortezas tiernas de carrasca en un pucheto; todas las mañanas una taza antes de comer y si continúan las molestias, te tomas una taza cada ocho horas. Antes de las cuarenta y ocho horas se te corta, pero luego debes seguir tomando por la mañana tres o cuatro días más —le dijo María.

—Tienes para proporcionarme unas cortezas ahora mismo? —le pidió Juana.

—Sí, tengo muchas, además aquí abundan; ahora te preparo un puchero y cuando esté hecho te tomas una taza, ya verás el alivio que sientes —le dijo María.

—Es que no te puedes dar una idea lo malo que es; no solamente te duele el estómago sino que sientes molestias por todo tu cuerpo; yo lo paso muy mal —comentó Juana.

En este momento llegaban todos los hombres frotándose

las manos, ya que el día empeoraba por momentos; el cielo se estaba quedando blanco y era fácil que empezase a nevar de nuevo. Eran fechas propicias para ello, la Navidad estaba muy próxima y la nieve para entonces se podía considerar obligatoria y necesaria, pues el año había sido uno de los más secos de los últimos tiempos.

No era algo que pudiese preocuparles, puesto que las tierras estaban sembradas, tenían alimentos suficientes para todo el invierno y leña seca y abundante para todas las casas.

Decidieron que hasta que llegase el buen tiempo comerían en una casa y cenarían en otra, al objeto de quitarle trabajo a María que cada día que pasaba se sentía más incómoda y pesada. Vivirían así hasta que hiciesen el nuevo pueblo, esto había sido una decisión de Juan Ortiz a la que se unieron los demás; así intentarían pagar algo de lo mucho que Juan y María habían hecho y seguían haciendo por todos ellos.

Estaban comiendo cuando empezó de nuevo a nevar y ahora con intensidad; si continuase mucho tiempo a ese ritmo llegaría a alcanzar una buena altura.

—Debemos enganchar dos carros y llenar todos los recipientes que tengamos de agua para beber, no vaya a caer una buena nevada. También hay que poner fuera losas de piedra a lo largo de las casas, así podremos pasar de un sitio a otro sin necesidad de pisar barro. Y si alguien tiene algún problema de goteras o de otra cosa debe comunicarlo para darle una solución. Si el tiempo se pone así nos dedicaremos a trabajar por el día en el taller de Juan haciendo puertas, ventanas, mesas, sillas y demás muebles. Por la noche nos dedicaremos a hacer esteras, serijos y demás cosas de anea, carrizo, esparto y albardín.

—También habíamos pensado mis hijos y yo hacer una banca, pues así las plumas de los ansarones las utilizamos, jun-

tamente con barda, para rellenar colchones y almohadas; es un mueble que en mi pueblo tienen todas las casas —dijo Juan Ortiz.

—¡Ah, pues sí! Es lo más bonito para una cocina; necesitamos la «banca», una mesa grande para comer y unas sillas. Así en estas noches frías ponemos lumbre en cualquier cacharro debajo de la mesa y no necesitamos estar todos «pegados» al fuego —dijo María.

—Yo he traído muchos trozos de lata y haré unos braseros, será un buen complemento para la mesa de la banca; también haré para todos unos candiles nuevos —dijo Andrés.

—Mi familia y yo haremos vasijas de barro, pues hemos hecho de alfareros en el pueblo y aquí, que supongo habrá buena tierra arcillosa, intentaremos fabricar tinajas, cántaros y otras más cosas; cuando deje de nevar empezaremos —les dijo Alonso.

—Pues nosotros, poca cosa podremos hacer, ya que toda nuestra vida la hemos dedicado al campo, a la huerta; pero si vamos a procurar conseguir una buena huerta en la que cultivaremos todo aquello que sea necesario para alimento de nuestras casas —dijo a su vez Pedro Ortiz.

—Haremos el mejor pueblo de toda esta zona, ya lo veréis. Hay que hacer ver a las gentes que lo más importante es colaborar y ayudar a los demás —les dijo a todos Pedro Delgado.

Reconstruiremos un pueblo en donde nadie sea más que otro y ninguno se sienta «forastero». El forasterismo es cosa de cavernícolas, débiles mentales e incapaces. Y digo esto porque todos nosotros no hemos nacido aquí, pero como ya somos vecinos no se nos puede tachar de eso —dijo Juan.

—Nos hemos repartido las tierras que creíamos necesarias para cada uno y el resto se han dejado para el Concejo, así

ahora vosotros recibiréis las que os correspondan —dijo Asensio refiriéndose a los nuevos.

—Cuando deje de nevar elegiréis vuestras tierras y se sembrarán como las nuestras; sabed que ahora vivimos en comunidad de bienes, pero pronto dejará de existir ese compromiso y cada cual luchará por su cuenta ya que tenemos hijos y podría haber problemas después —les dijo Juan.

—Dejamos que nos las asignéis vosotros, para eso sois los dirigentes del Consejo; tenemos plena confianza en vuestra justicia y honradez; si no fuese por eso nunca hubiésemos venido. Venimos a servir y nos encontramos ya con propiedades; figuraros la alegría que eso supone; estamos de acuerdo en lo que decís y en lo que hagáis —dijo Alonso.

—Se os entregará lo mismo que tenemos los demás, así está acordado y así se hará; los terrenos restantes se irán entregando a los que vayan viniendo —les dijo esta vez Juan Ortiz.

—¡Así es como se levanta un pueblo, sí señores! Nosotros sabremos corresponder a vuestra generosidad colaborando y ayudando en todo aquello que sea preciso —les contestó Pedro Ortiz.

—Nosotros solos hubiésemos caído en las garras de los «depredadores» que sabéis están a nuestro acecho. Al contar con vuestra presencia esto ha cambiado y esos aguiluchos de mal agüero tendrán que buscar otra carnaza —contestó Juan.

Como arreciaba la nevada engancharon dos de los carros para llevar todos los recipientes que tenían disponibles, regresando al cabo de una hora con agua suficiente para un par de semanas. Después, unos fueron a los corrales a echarles de comer a los animales y comprobar si estaban bien protegidos contra la nieve y el frío; otros ordeñaron las cabras, limpiaron a los gorrinos y pusieron una pastura a las mulas

en los pesebres que disponían; y otros, finalmente prepararon madera para poder hacer todo tipo de cosas en aquella época de nieve, lluvia y frío que se avecinaba, así como poner en remojo anea, esparto, carrizo y albardín para hacer en las largas tardes y trasnochadas aquel sin número de trabajos manuales.

Negó intensamente durante toda la tarde y cuando la oscuridad de la noche se apoderó del lugar, todo permanecía cubierto con una capa de nieve de una cuarta en algunos lugares. El silencio era impresionante, sólo roto por aullidos de lobos, los cuales en la oscuridad parecían adivinar que allí cerca tenían un corral repleto de apetecible comida; el fino olfato de estas fieras les llevó a la ronda que hicieron durante toda la noche, pues llegó un momento que parecía estaban dispuestos a saltar la tapia que daba al campo. No llegaron a hacerlo porque los encargados de la vigilancia les hacían huir con sus voces.

Juan, en la cama, pensó que ahora, contando con veintiseis vecinos, aquel incipiente pueblo había pasado a la mayoría de edad. Lo comunicaría al Comendador para tenerlo en cuenta a la hora de pagar los diezmos y en la solicitud para poblar y la concesión del Título de Villa. Daba a Dios gracias por haber conseguido llevar allí gente, cosa que parecía imposible dada la fama de que gozaba aquel trozo de terreno, ya procuraría él elevarlo al rango que le correspondía, y para ello contaba con aquellas seis familias de intrépidos como la suya. Dios siempre lo había guiado y ahora esperaba lo hiciese una vez más.

ahora vosotros recibiréis las que os correspondan —dijo Asensio refiriéndose a los nuevos.

—Cuando deje de nevar elegiréis vuestras tierras y se sembrarán como las nuestras; sabed que ahora vivimos en comunidad de bienes, pero pronto dejará de existir ese compromiso y cada cual luchará por su cuenta ya que tenemos hijos y podría haber problemas después —les dijo Juan.

—Dejamos que nos las asignéis vosotros, para eso sois los dirigentes del Consejo; tenemos plena confianza en vuestra justicia y honradez; si no fuese por eso nunca habiésemos venido. Venimos a servir y nos encontramos ya con propiedades; figuraros la alegría que eso supone; estamos de acuerdo en lo que decís y en lo que hagáis —dijo Alonso.

—Se os entregará lo mismo que tenemos los demás, así está acordado y así se hará; los terrenos restantes se irán entregando a los que vayan viniendo —les dijo esta vez Juan Ortiz.

—¡Así es como se levanta un pueblo, sí señores! Nosotros sabremos corresponder a vuestra generosidad colaborando y ayudando en todo aquello que sea preciso —les contestó Pedro Ortiz.

—Nosotros solos hubiésemos caído en las garras de los «depredadores» que sabéis están a nuestro acecho. Al contar con vuestra presencia esto ha cambiado y esos aguiluchos de mal agüero tendrán que buscar otra carnaza —contestó Juan.

Como arreciaba la nevada engancharon dos de los carros para llevar todos los recipientes que tenían disponibles, regresando al cabo de una hora con agua suficiente para un par de semanas. Después, unos fueron a los corrales a echarles de comer a los animales y comprobar si estaban bien protegidos contra la nieve y el frío; otros ordeñaron las cabras, limpiaron a los gorrinos y pusieron una pastura a las mulas

en los pesebres que disponían; y otros, finalmente prepararon madera para poder hacer todo tipo de cosas en aquella época de nieve, lluvia y frío que se avecinaba, así como poner en remojo anea, esparto, carrizo y albardín para hacer en las largas tardes y tramosochadas aquel sin número de trabajos manuales.

Negó intensamente durante toda la tarde y cuando la oscuridad de la noche se apoderó del lugar, todo permanecía cubierto con una capa de nieve de una cuarta en algunos lugares. El silencio era impresionante, sólo roto por aullidos de lobos, los cuales en la oscuridad parecían adivinar que allí cerca tenían un corral repleto de apetecible comida; el fino olfato de estas fieras les llevó a la ronda que hicieron durante toda la noche, pues llegó un momento que parecía estaban dispuestos a saltar la tapia que daba al campo. No llegaron a hacerlo porque los encargados de la vigilancia les hacían huir con sus voces.

Juan, en la cama, pensó que ahora, contando con veintiséis vecinos, aquel incipiente pueblo había pasado a la mayoría de edad. Lo comunicaría al Comendador para tenerlo en cuenta a la hora de pagar los diezmos y en la solicitud para poblar y la concesión del Título de Villa. Daba a Dios gracias por haber conseguido llevar allí gente, cosa que parecía imposible dada la fama de que gozaba aquel trozo de terreno; ya procuraría él elevarlo al rango que le correspondía, y para ello contaba con aquellas seis familias de intrépidos como la suya. Dios siempre lo había guiado y ahora esperaba lo hiciese una vez más.



## CAPITULO X

### SER O NO SER

Habían transcurrido muchos días desde la llegada de las tres últimas familias. Llovió y nevó en abundancia; la Navidad transcurrió en medio de un ambiente de amistad, trabajo y esperanzas. Mucho trabajo fue el desarrollado por los habitantes de aquel Concejo; puertas, ventanas, mesas, sillas y demás cosas estaban almacenadas a la espera de poder colocarlas en las nuevas edificaciones. Abundaba el yeso, ladrillos y teja; todo estaba a punto, muchas horas de trabajo sumaban unas y otras cosas. Sólo esperaban que las fuertes heladas remitiesen para iniciar aquello que era el sueño de todos y cada uno de ellos; la construcción del nuevo pueblo.

La ausencia de enfermedades fue un factor importante; sólo alguna que otra afección catarral, fiebres, dolores de oídos y algún que otro problema de riñón. Las dos primeras fueron salvadas simplemente tomando infusiones de malvaisco y manzanilla; para las otras, María las trató con unos preparados muy personales que fueron efectivos. Por ejemplo, para tratar los problemas de oídos que tuvieron varios jóve-

nes, les fue poniendo una especie de tampón con esencia de ajo. Y otros que presentaron síntomas de mal funcionamiento de los riñones los normalizó dando a cada uno durante seis días tres tazas diarias de un preparado que hizo cociendo grama. Para aquéllos que el reuma solía castigar les alivió haciéndoles comer ajos crudos todas las mañanas.

La presencia reiterada de fiebre y dolores de vientre en el pequeño Francisco hizo temer en un principio que se tratase de las fiebres provocadas por la leche de cabra y que duraban unos tres meses: fiebres maltas. Pero no fue así; María, a base de infusiones de manzanilla, de romero y de paños de agua fría, la hizo desaparecer; también pudo hacerle desaparecer el dolor de vientre.

Andrés tuvo unos días molestísimos debido a que sus almorranas no le dejaban ni sentarse ni dormir; para ello, María le daba mucha calabaza cocida y las hizo desaparecer.

Y para aquéllos que sentían molestias en el estómago, ardores y demás, les hacía chupar paloduz buena parte del día; a los pocos días consiguió hacerlas desaparecer.

En fin, María estaba llevando a cabo una misión primordial; hasta ahora había conseguido calmar de sus molestias a la mayoría de los habitantes de aquel concejo. Sus brebajes y potingues, a base siempre de aquellas plantas de que disponía, estaban haciendo verdaderos milagros; no hacía sino poner en práctica las enseñanzas que a lo largo de su vida había recibido de sus antepasados; siempre hablaba de su abuela y de su madre con reverencia.

El aspecto que presentaba el lugar era muy saludable, especialmente cuando amanecía un día de sol; las edificaciones cuidadas, aunque eran provisionales, las mimaban. La calle a la que daban éstas estaba limpia; la habían rellenado con piedras, tierra y arena. Después la apisonaron bien, que-

dando el suelo perfectamente compacto y allanado. También habían hecho una especie de acera a lo largo de las casas a base de grandes losas de piedra, así no tenían necesidad de pisar sobre el barro que indefectiblemente se formaba después de aquellas nevadas o los largos días de lluvia.

Juan, como principal responsable, había celebrado reuniones con el resto de los hombres y entre todos habían programado las tareas a llevar a cabo por cada uno de ellos a nivel Concejo, pues los trabajos particulares se venían realizando desde el principio; organizados éstos, ahora había que desarrollar y organizar las primeras.

Sembraron más tierras para las tres últimas familias llegadas; también aprovecharon para efectuar la siembra de ajos, ya que disponían de buenos terrenos para esa clase de cultivos. Dejaron varias tierras preparadas para sembrar titos y lentejas, dos productos muy necesarios para su alimentación y de fácil cultivo allí.

Prepararon un pequeño ganado con las ovejas y las cabras que cada cual había llevado, pues éstas les proporcionaban leche y carne; en lo sucesivo, además de esto podrían obtener lana y pieles, cosa de verdadera necesidad para ellos. Esperaban que en el espacio de unos años se incrementase el número de cabezas por multiplicación de éstas.

Tuvieron que vigilar con mucha frecuencia los corrales en donde guardaban los ansarones, gallinas y conejos, ya que habían advertido la presencia de mamíferos carnívoros como el turón, la comadreja y la garduña.

Pero en esos momentos ignoraban que aquellos pequeños depredadores eran inofensivos si los comparasen con otra clase de depredadores que durante un par de semanas les venían vigilando a cualquier hora del día o de la noche. Al menos cuatro ojos les estaban observando continuamente, cosa que



había pasado desapercibida para cualquiera de los habitantes del Concejo, ya que con gran habilidad estudiaban todos sus movimientos.

No obstante, un día, María tuvo necesidad de levantarse a media noche por encontrarse molesta en la cama; como hacía frío en la calle, se quedó junto a una de las ventanas en el interior de la casa, en donde permaneció casi dos horas. Por no molestar a sus hijos que dormían allí, estaba casi a oscuras; sólo la luz que proporcionaban las ascuas encendidas que había en el fuego iluminaban la estancia. Como su marido estaba de guardia a esas horas y hacía ya más de una hora que había salido a dar una vuelta, María observaba pacientemente desde aquella ventana el exterior. Y hubo un momento en que a aquellos ojos, acostumbrados a escrutar las oscuridades les parecieron haber visto a alguien esconderse tras unos árboles que había al otro lado de la calle. En principio creyó que podía tratarse de su esposo, o del que le acompañaba en la vigilancia, pero su sorpresa fue grande al ver aparecer en ese momento a Juan y a Martín en la entrada de su casa.

—¿Hay alguien por aquellos árboles, Juan? —señalando el lugar desde la ventana.

—¿Por qué lo preguntas? Ahí fuera sólo estábamos Martín y yo —le dijo su esposo.

—Porque aseguraría haber visto a un hombre esconderse tras ellos; miraba yo desde aquí hacia ya un buen rato cuando me pareció ver a un hombre. De pronto pensé en ti, ya que ignoraba el lugar donde te encontrabas, pero en ese momento aparecisteis en la puerta.

—¿Estás segura de lo que dices?

—Llevo observando bastante tiempo desde aquí y no he notado nada anormal hasta ese momento. ¿No habéis visto

vosotros nada? ¿No será que intentan hacernos algo de nuevo? —le preguntó su mujer.

—Nosotros no hemos advertido nada. Hay que dar la voz de alarma a todos y estar preparados; así que tú vigila aquí; Martín y yo iremos a despertar a los demás —le dijo a María su esposo.

Juan y Martín salieron de la casa y simulando que revisaban las puertas de las otras casas hicieron la señal convenida para casos de alarma; en el plazo de diez minutos se encontraron los hombres en casa de Juan. Cada cual llevaba en sus manos una estaca que habían preparado para estos casos y que no dudarían en emplear contra aquéllos que intentasen hacer algo contra sus propiedades.

—Parece ser que nos vigilan, María dice haber visto a un hombre esconderse tras los árboles de ahí enfrente; nosotros no hemos observado nada, quizá porque están muy pendientes de nuestros movimientos. Esperaremos aquí hasta que se haga de día, repartiéndonos en los corrales y en la cuadra. Dos vigilaréis desde estas ventanas y el resto, la mitad con Asensio a la cuadra y los otros conmigo a los corrales —les dijo Juan.

Rápidamente, pero de manera sigilosa, fueron a ocupar sus puestos; las horas fueron transcurriendo sin que se advirtiese ni el más leve ruido. Y al hacerse de día, Juan volvió a reunirlos para decidir lo que harían a partir de ese momento.

—Ante la posibilidad de que continúen observándonos desde alguna parte, nuestro comportamiento debe ser como el de todos los días. Así que saldremos por parejas con útiles de trabajo como si nada ocurriese, pero guardando una distancia prudencial entre nosotros; estaremos atentos a la señal de alerta y si llegase el caso, a juntarse todos —les dijo Juan.

De la misma forma que se reunieron volvieron a separarse, pues todas las casas se unían unas con otras por una pequeña puerta que premeditadamente habían hecho al reconstruirlas, pensando que podrían ser útiles en momentos como el presente y también para comunicarse entre ellos sin necesidad de salir a la calle.

Al momento fueron apareciendo de dos en dos, dirigiéndose en forma radial hacia los alrededores, así ocupaban un círculo amplio alrededor de las casas y difícil de localizar a todos si había alguien vigilando desde un mismo punto.

Juan, que había elegido a Antonio como acompañante, se dirigió precisamente hacia el lugar en el que María dijo haber visto esconderse un hombre. Disimuladamente revisaron el espacio ocupado por los árboles, dando la impresión de que buscaban leña, y pudieron ver pisadas recientes, ya que allí estaba el terreno muy blanco después de las nevadas y lluvias caídas. Recogieron ramas secas e hicieron dos haces; dejándolos junto a uno de los árboles en donde se apreciaban las huellas que denunciaban que lo dicho por María era cierto. Para que siguiese siendo normal se adentraron un poco más, observando que a su derecha e izquierda otras parejas de compañitos batían el terreno con normalidad.

Pasada una hora, como nadie había hecho señal alguna, fueron regresando poco a poco, cargados con haces de leña o cualquier otra cosa para no levantar sospechas.

Una vez reunidos en casa de Juan, utilizando el mismo sistema de comunicación, éste les puso en su conocimiento que todo coincidía con lo dicho por su mujer, pues las señales de las pisadas estaban allí y eran recientes; luego era verdad que estaban siendo vigilados. Ahora correspondía a ellos sacar producto a este hallazgo, para ello había que montar una estrecha vigilancia en torno a las casas, pues ignoraban

el lugar desde donde podían ser vigilados. Decidieron servirse del mismo sistema empleado por la mañana; estarían preparados por parejas y cuando la noche se echase encima saldrían a hacer una nueva batida por los alrededores. Quedaron en cuál sería la señal para pedir ayuda o para reunirse; se arrojaron bien y además cada uno tapado con su manta; así evitaban el frío y se ocultaban mejor. Salieron cuatro parejas y el resto se quedó con las mujeres en casa de María. La vigilancia aquella noche iba a ser total, había que ganarse la partida y a ello estaban decididos.

Fue pasando el tiempo y no había señales de ningún tipo; parecía como si se los hubiese tragado la tierra; incluso ya cundía el temor de que les hubiese ocurrido algo, la noche era muy oscura y bastante fría. Ya hacía seis horas que se habían ido y el nerviosismo empezó a adueñarse de todos los presentes. Pero de pronto Ana, que en ese momento estaba en una de las ventanas, dijo:

—Me parece que alguien se acerca. ¿Serán ellos? Mirad vosotros.

Tomás y Manuel miraron por la otra ventana.

—Son los nuestros, pero es raro que vengan juntos; ya dirán qué ocurre. Vamos a abrirles.

Miguel y Tomás fueron hacia la puerta para abrirla, pues ya se oía el murmullo de la conversación entre ellos.

Pasaron a la casa, dirigiéndose todos hacia el fuego; debían venir medio congelados, las mantas bastante húmedas del relente de esas horas.

Alimentaron el fuego con ramas secas y en un momento entraron en calor, pues María y Ana les prepararon unos buenos tazones de café o manzanilla bien calientes.

—¿Habéis visto algo? ¿Cómo veníais todos juntos? —les preguntó María.

—Porque hemos descubierto una casa de campo en la que hay cinco o seis hombres, deben ser gañanes de algún «amo»; Asensio y Julián han seguido unas pisadas, y Pedro y Andrés las han seguido, coincidiendo todas en el mismo lugar. Han seguido el rastro y tanto unas como otras vienen hacia aquí y van hacia allí; hemos oído la contraseña y nos hemos juntado —le contestó Juan.

—¿Y habéis estado en esa casa o lo habéis visto desde largo? —volvió a preguntar María.

—Al principio la observamos desde largo y luego nos fuimos aproximando, siguiendo las pisadas; entonces Alonso se acercó y vio por una ventanilla a cinco o seis. Unos estaban tumbados en unos camastros y otro sentado junto a la lumbre, medio dormido. Nosotros estábamos cerca por si necesitaba ayuda; como ya era tarde y habíamos descubierto lo que nos interesaba, nos hemos venido todos —le contestó Juan.

—¿Qué váis a hacer ahora, Juan? —preguntó esta vez Ana, mujer de Juan Ortiz.

—Ahora nada, mañana volveremos a ir, pero ya directamente, pues sabemos donde se encuentran y si alguno sale iremos tras de él a ver si lo pudiésemos coger con las manos en la masa; si no es así, nada podemos hacer —le contestó Juan.

Como ya faltaba poco para que se hiciese de día, los ocho que habían pasado casi toda la noche en el campo, se retiraron a dormir, quedando los otros de vigilancia. Debían descansar y tomar fuerzas, pues no sabían las noches que les tocaría pasar así, aunque ellos estaban decididos a cortar por lo sano y dar una solución definitiva a aquel problema que ya parecía ser crónico y empalagoso.

El día siguiente lo dedicaron a descansar, ya que la mayo-

ría de los hombres tendrían que pasarse la noche en vela; sólo se les veía de un lado para otro a los encargados de la vigilancia, pues las mujeres también hicieron lo mismo, ya que ninguna quería dejar de colaborar en la tarea que entre todos se habían asignado.

Llegó la noche y los ocho encargados de llevar a cabo la misión salieron sigilosamente y por separado por la parte de atrás; habían quedado en juntarse en un lugar determinado después de hacer una batida por los alrededores. Media hora después se reunían en un lugar del monte en donde había tres encarnes carrasacas muy juntas; el último en llegar fue Asensio, pues se había dado un golpe en una de las piernas, había tropezado en una raíz y dio con todos sus huesos en el suelo.

Decidieron avanzar hacia la casa en forma de punta de lanza, así llevarían protegidos los flancos de manera escalonada y se veían ellos mejor. Al no encontrar dificultad, en menos de una hora divisaron su objetivo y a partir de ese momento se fueron acercando lentamente.

Habían pensado llegar hasta la casa por tres puntos diferentes, quedando una pareja vigilando la entrada a la casa, pero sin acercarse. Así lo hicieron, consiguiendo llegar hasta muy cerca de las paredes de la misma; pero de pronto oyeron ruidos como si varios animales se acercasen. Permanecieron ocultos y vieron cómo al poco llegaban a la puerta de la casa cuatro mulas llevando cada una a su grupa un hombre, los cuales descendieron de un salto. Cuando se descubrieron la cabeza antes de entrar, a Juan, que estaba vigilando la entrada, le dio un vuelco el corazón; pues le había parecido que el primero que pasó a la casa era José Manuel, aquél que vivió junto a ellos unos días y desapareció una no-

che sin decir nada. Entonces había pensando en él y ahora demostraba que se había comportado como un Judas.

Las tres parejas restantes se habían percatado de la llegada de aquellos hombres y permanecieron agazapados hasta que uno de los cuatro visitantes encerró las caballerías en un cobertizo contiguo, pasando poco después a la casa con el resto de sus amigos.

Unos minutos después, la pareja encargada de llegar a la casa era la formada por Asensio y Juan Ortiz; se había pensando en ellos porque en caso de que fuesen sorprendidos, eran lo suficientemente fuertes como para aguantar hasta la llegada de sus seis compañeros. Se deslizaron con cautela hasta una ventaja que daba al lateral derecho, ya que la que había a un lado de la puerta de entrada podía resultar muy peligrosa.

Así permanecieron largo rato hasta que un ruido en la puerta de entrada les hizo esconderse tras unos montones de piedra cercanos; allí quedaron hasta que comprobaron la marcha de los cuatro viajeros. Aún esperaron unos minutos para regresar sobre sus pasos; pero antes, Juan Ortiz simuló el ulular de la lechuza, que era la señal convenida para retirarse.

Volvieron al lugar de reunión y allí Asensio les dijo algunas cosas que pudo oír, en voz baja y en tono enfadado.

—Como la ventana estaba cerrada pude oír poco de lo que decían, palabras entrecortadas; lo que sí oí fue a ese Judas decir algo de los corrales, pues para que lo sepáis nuestro amigo José Manuel parecer ser el cabecilla o uno de los más importantes. Su voz es inconfundible. Tarde o temprano lo agarraré.

—Ya lo vi cuando llegaron; qué poco nos equivocamos. Quizá nos veamos antes de que se piense y entonces le diré unas cuantas cosas en su cara. —le dijo Juan a Asensio.

—Dijo algo de las mujeres, de las cuadras y lo que os he dicho de los corrales, pero no sé a qué se refería. El único dato que puede sernos útil es que al despedirse en la puerta pude oír que les decía: «Hasta el viernes a las diez de la noche» —contestó Asensio.

—Sí, es posible; quizá pueda ser ese el día elegido para intentar hacernos una mala jugada. Por lo menos tenemos algo concreto —dijo esta vez Juan Ortiz.

—También podía tratarse de una nueva reunión —argumentó a su vez Andrés.

—Todo es posible, no obstante debemos tenerles preparados un buen recibimiento por si de ese día se tratase; disponemos de dos días para dejarlo todo a punto. Hay que tenderles una encerrona, ya lo pensaremos detenidamente —les dijo Juan.

Como la temperatura era fría decidieron regresar a sus casas lo antes posible; enfundados en las mantas pensaron separarse y andar con cautela no fuesen a empezar como gatos y terminasen como ratones. Además los familiares estaban esperándoles y no quedarían tranquilos hasta verlos aparecer; iban separados, pero a poca distancia.

Al llegar se reunieron todos en casa de Juan y cuando se estaban tomando un buen tazón de café, leche o manzanilla, para reaccionar del frío soportado, Juan les dijo:

—Mañana y pasado seguiremos haciendo lo que habitualmente hacemos, incluso las guardias de la noche; si somos vigilados debemos dar la impresión de que no nos preocupa nada. Mientras tanto iremos planeando nuestra defensa y nuestro ataque; pienso que somos suficientes para hacerles ver que aquí no tienen nada que hacer. En este momento sí que cuadra esa expresión de: «Ahora o nunca» —les dijo Juan poniéndose de pie junto al fuego.

Durante un buen rato continuaron hablando del tema dando cada uno su opinión, luego fueron marchándose cada cual a su casa utilizando el sistema de la puertecilla; al principio no le dieron importancia a aquel detalle, pero ahora estaban muy contentos de haberlo hecho. Podían reunirse y separarse en escasos segundos pasando desapercibidos ante gente extraña; había sido una idea estupenda.

En el transcurso del primer día nada ocurrió que alterase la vida rutinaria de los vecinos de aquel Concejo. En cambio durante la noche fue visto, en dos ocasiones, un hombre que se ocultaba en unos árboles cercanos una vez, y detrás de un montón de piedras que había no muy lejos de la última casa, otra vez. Los encargados de la vigilancia en aquellos momentos dieron la impresión de no haber visto nada, incluso querían darle a entender que lo más vigilado era la casa de Juan.

Estos hechos fueron comunicados a Juan, ya que había dicho que le informasen de cualquier cosa que ocurriese en ese tiempo, pues estaba preparando la táctica a seguir. Había quedado con todos en reunirse en su casa al medio día del viernes para decir su plan, para oír el de cada uno de los demás; luego elegirían el que mejor les pareciese o en ese momento prepararían entre todos el que iban a llevar a cabo.

Fueron pasando las horas y la naturalidad fue la nota predominante; todo parecía tranquilo, pero una simple señal podía convertir aquello en un fortín o en un campo de batalla, depende. Habían concretado hasta el más mínimo detalle, la estrategia; ellos sabían que al hacerlo por la noche no avisarían sino que atacarían confiando en la sorpresa. Precisamente ahí estaba la clave, hacer que los sorprendidos fuesen ellos; era preciso desbordarles desde el primer momento y por eso acordaron distribuirse de manera que no dejasen

nada abandonado. Podrían presentarse en bloque, quizá lo hiciesen unos cuantos para llamar la atención por una parte mientras el resto atacaba los lugares más importantes, o también hacerlo por tres o cuatro sitios a la vez.

Presintiendo esto se reunieron después de la comida en casa de Juan y allí concretaron presentar tres frentes: uno, donde la casa de Andrés, que era la primera al llegar a aquel lugar; desde ella se veía el camino y todo el campo, era un sitio clave. Allí estarían Juan Ortiz, sus hijos Antonio y Julián, Andrés y su hijo Martín, así como también Tomás, el hijo de Asensio. El otro, en casa de Juan; allí estarían todas las mujeres y el pequeño Francisco, Asensio y Juan con sus hijos Juan y Miguel. Y el tercer lugar, la casa de Alonso, que era la última; en ella estarían Alonso y su hijo José, Pedro Delgado y su hijo Manuel, y Pedro Ortiz con su hijo Ramón. De esta manera cubrían todas las casas y sobre todo protegían por todas partes los corrales en donde guardaban los animales, la cuadra y el almacén de los alimentos. Ahora es cuando veían lo útiles que eran las puertecillas que comunicaban unas casas con otras, ya que a través de las mismas podían trasladarse de una punta a otra sin que los de fuera pudiesen verlo. Así se daba la impresión de que aún eran más de los que aparentaban; por lo tanto estaban satisfechos de ver que no les podrían sorprender y que podrían agruparse o separarse en pocos segundos, con total seguridad.

A media tarde cada grupo se fue reuniendo en el lugar asignado, Juan fue hacia un lado y otro dejando las puertecillas abiertas con objeto de que el trasiego de una parte a otra fuese facilitado al máximo. Hicieron simulacros de reunirse en cualquiera de los tres sitios y quedaron plenamente satisfechos de la celeridad con que todos ellos se llevaron a cabo. También decidieron las señales de alarma, aunque ha-

bría enlaces entre las tres partes para que los hechos se supiesen rapidísimamente.

Mucho antes de que apareciesen las primeras sombras de la noche, tomaron los alimentos que unas horas antes habían preparado las mujeres; creyeron conveniente coger fuerzas para afrontar aquella situación; ya que ignoraban el tiempo que tendrían que permanecer a la espera y se podría prolongar toda la noche.

Encendieron los candiles y en los fuegos de las casas echaron lumbre, pues era conveniente que desde el exterior se creyese que cada cual se encontraba en su casa; necesitaban que los atacantes fuesen confiados.

Juan iba de un lado a otro; tenía que comprobar si los corrales, la cuadra y el almacén estaban protegidos y el personal en su puesto; las mujeres servían de enlaces, ya que en cada puertecilla había una y las demás estaban alimentando los fuegos para que no se apagasen. La única que permanecía sentada era Matía, pues dada su situación no estaba en condiciones de sufrir el estado de tensión y movilidad que el resto de las mujeres.

Quedaron en que a partir de una orden de Juan se fuesen apagando los candiles de las casas, dejando solo el de la suya, pues siempre se había hecho así, ya que allí se había tomado como el lugar permanente de vigía. La naturalidad con que se estaban realizando todos los detalles debían hacer ver a los observadores que allí nadie se podía esperar una emboscada. Muchos ojos escrutaban el exterior y no había ni un palmo de terreno de los alrededores que no fuese visto por alguno de ellos; la vigilancia era tan extremada que el menor movimiento que surgiese a unos quince o veinte metros a su alrededor sería captado inmediatamente, pues esa noche tenían una luna que había venido a aliarse con ellos.

El tiempo iba transcurriendo lentamente, como si estuviese agarrotado, igual que los nervios de aquella veintena de personas que llevaban ya muchas horas agazapadas tras puertas y ventanas a la espera de una señal que los pusiese en movimiento.

Sería más de la media noche cuando Alicia, que estaba en la primera de las ventanas de la casa de Juan, dijo a éste que se acercase sigilosamente hacia ella.

—Juan, ven rápidamente; tengo la impresión que de aquellos árboles han salido varios hombres y vienen tranquilamente hacia esta puerta. ¿Los ves?

—Sí, los veo perfectamente y sólo son cuatro; es muy raro, pasad la noticia a los demás y decidles que estén muy atentos, esto no me gusta —les dijo Juan.

A los pocos segundos ya sabían los otros lo que estaba ocurriendo, por lo que se pusieron cada cual a la espera de acontecimientos; eran momentos de no perder la cabeza, pero la tensión subió a su más alto grado.

Poco a poco se fueron acercando a la puerta de Juan y éste, que los venía observando desde que aparecieron de detrás de los árboles que había enfrente, les dijo a los demás:

—No hagáis ruido ni digáis nada, si dicen algo y hay que salir lo haré yo solo; deben creer que cada cual está en su casa. Que vengan así, a pecho descubierto me sorprende, estos traman algo; decid a los otros que no se muevan de donde están, procuraré entretenerles.

Cuando aquellos hombres se encontraban a unos cuatro metros de la puerta de Juan, se detuvieron de pronto, reanudando su camino uno de ellos, el cual con voz fuerte dijo:

—¡Forastero, da la cara como los hombres! Te dije que era el amo y te lo voy a demostrar.

Un absoluto silencio como respuesta, animó a aquél que

hablaba y se dirigió hacia la puerta, la cual golpeó con una vara que llevaba en su mano derecha.

—¡Vamos, levántate y diles a tus compañeros que vengan también, pues tengo muchas ganas de ver si son tan cobardes como tú; si no sales prenderemos fuego a todo esto!

De pronto, Juan abrió la puerta y con voz suave y muy templada le dijo:

—¿Qué le ocurre, amigo? ¿Qué voces son esas a estas horas? Ni mis amigos ni yo somos unos cobardes y te lo vamos a demostrar, pero poca cosa traes; no tenemos con vosotros ni para empezar. ¿En dónde te has dejado a tus hombres; no pensarás asustarnos con estos? —le intentó picar Juan a ver si se le iba la lengua y decía dónde estaban los demás, ya que al menos debían ser diez u once y allí estaba solamente tres y él.

—Ya los verás, no tengas tanta prisa, esta vez no nos iremos de aquí antes de que haya ardido todo y no queden ni piedras; pero, ¿y tus amigos, dónde están? —le dijo.

—También lo sabrás a su debido tiempo y te advierto que no tenemos ninguna prisa, es posible que vosotros si la tenéis dentro de muy poco; ahora ya formamos un pueblo y nadie nos puede echar de aquí, ya somos muchos y más que vienen para acá —contestó Juan.

—No me asustan tus palabras: pues sabemos lo que sois y nadie más vendrá por aquí cuando sepan lo que ha ocurrido con vosotros; así que no me hagáis reír —le volvió a decir.

—Sí, lo sabrás por ese «Judas» que nos mandaste; pero, perdiste el tiempo, lo tuvimos vigilado desde el primer momento y poco ha podido decirte. Ya lo cogeremos algún día y le daremos su merecido; los cobardes huyen, por eso él huyó por la noche para que nadie pudiese ver el color de sus pantalones por el trasero —le dijo Juan socarronamente.

En ese momento se oyeron fuertes gritos y ayes lastimeros al otro lado del corral, y a los pocos segundos vieron salir corriendo a varios campo a través; uno llevaba aún una especie de antorcha encendida. Tras de ellos corrían un buen grupo zurrándoles con largas varas de carrasca pelada, al tiempo que se oían frases como éstas:

—¡Socoro, ayudadnos, son muchos! ¡Ay, ay? —decían sin dejar de correr.

—¡Nos estaban esperando! ¡Corred todos hacia el monte! ¡Son muchos, son muchos! —decía otra voz, conocida por ellos.

—¿Son acaso esos tus hombres, «amo»? ¿No te parece que corren demasiado?, espero que vosotros hagáis lo mismo; mira, ya vienen mis amigos, ahora podremos hablar de ese incendio que queríais hacer —le dijo Juan viendo regresar a sus compañeros, también habían salido Asensio, las mujeres y los hijos, cosa que impresionó al «amo» y a sus tres hombres, los cuales querían retroceder al verse en aquella situación.

En un momento se vieron rodeados por doce hombres, quienes los cercaron sin hablar ni una palabra; quedaron a la espera de ver lo que haría Juan.

—Tú dirás lo que prefieres, ahora nos demostrarás lo valiente que eres; no creas que te digo eso porque vosotros sois cuatro y nosotros muchos. Yo cogeré tres de mis amigos y lucharemos solos, el resto se marchará de aquí; quien pierda abandonará estas tierras para siempre. ¿Te parece bien? Y si no te gusta, dime lo que quieres que hagamos —le dijo Juan.

El amo miró a su alrededor y al contemplar a tanta gente no articulaba palabra; nunca creyó que allí viviesen tantos, había sido mal informado. Al fin habló:

—Ni mis hombres ni yo veníamos a luchar con vosotros; sólo teníamos intención de prender fuego a una vivienda

abandonada para que os asustaseis y abandonaseis estas tierras; así que haced lo que queráis con nosotros, pues no lucharemos —dijo éste muy nervioso.

—Tampoco estamos nosotros dispuestos a luchar si no es necesario, somos gente de paz; lo que ocurre es que aquí vivieron nuestros antepasados y con esos derechos estamos aquí. Para ello hemos solicitado la facultad de poblar y la concesión del título de villa —le dijo Juan.

—Como ni mi padre ni yo hemos visto nunca a nadie por aquí, lo mismo les ha ocurrido a otros y por eso nos hemos ido quedando con tierras hace ya muchos años, es por lo que creo que tengamos los mismos derechos de poblar que vosotros —le contestó el «amos».

—Naturalmente, pero para ello hay que acudir al Comendador y solicitarlo, y pagar los diezmos correspondientes, pero lo que no se puede hacer es apoderarse por las buenas de las tierras que te apetezcan. Además, aquí hemos cogido los terrenos que estaban abandonados y que pertenecían al pueblo, reclamando unos derechos que pensamos nos corresponden y que se han solicitado legalmente. Después ya veremos a lo que tenemos opción a reclamar, acudiremos a los tribunales que corresponda, pues este pueblo tiene razón de existir y nosotros estamos dispuestos a ello —le dijo Juan.

—Tendréis muchos problemas, ya que todos los pueblos de alrededor tienen montes, dehesas y tierras que pertenecen aquí. Yo os prometo que no os molestaré más, pero sé que no os dejarán en paz nunca; se ha corrido la voz y tendréis muchos disgustos. Mi nombre es Artemio y tengo muchas tierras acerca de aquí, al otro lado del río; si me necesitáis, id a verme —le dijo éste tendiéndole su mano.

—Me alegra de que hayamos quedado así, pues nos gusta vivir en concordia; aunque aún somos pocos, pronto vendrán

muchos más y formaremos un gran pueblo. Poco podemos ofrecerte ahora, pero si en algo nos necesitas puedes contar con nuestra ayuda; me llamo Juan y estoy al frente de estos amigos y del Concejo —le dijo Juan estrechando su mano.

—Gracias y me alegra también de que seáis así —le contestó Artemio.

Se saludaron efusivamente los dos, pero Artemio le dijo inmediatamente:

—Tengo que marcharme, pues no sé dónde estarán mis hombres ni cómo; quiero reunirme con ellos y hablarles para que no vuelvan a molestaros. Pero recuerda que tenéis más enemigos de los que pensáis. ¡Hasta luego a todos! —dijo alejándose con sus tres hombres.

—No lo olvidaré. ¡Hasta luego! Volveremos a vernos —le contestó Juan.

Aquellos cuatro hombres se marcharon rápidamente, pues aunque hacía frío la noche era clara y se podía ver bastante bien a larga distancia. Entonces Juan dijo a todos que pasasen a su casa, ya que tenían que hablar sobre lo ocurrido y lo que deberían planear para el futuro dada aquella situación.

Una vez que estuvieron instalados en el interior, Juan preguntó:

—Bueno, contad qué ocurrió; ya os dije que no me gustaba cómo se presentaron. Cuando oímos los gritos y las carreras fue cuando pensé que querían entretenernos por delante para atacarnos por la parte de atrás.

—Fue muy sencillo y más cuando nos pasaron la noticia tuya de que se presentaban pocos y que aquello no te gustaba. Y así fue, pues desde donde estábamos vimos a siete hombres acercarse agazapados tras unas ramas muy siligosamente en dirección a la parte de atrás de los corrales y la cuadra.



Dos de ellos llevaban una antorcha y entonces pensamos que querían incendiar todo esto. Así que pasé la orden a Alonso para que saliesen por detrás y los cogéramos entre los dos grupos. Cuando prendieron las antorchas salimos gritando y dando palos, cosa que los desconcertó y salieron corriendo como conejos; más de uno se llevó un par de buenos estacazos. No te puedes figurar el susto que se llevaron, no se lo esperaban —le dijo Juan Ortiz sonriendo.

—Desde luego que no, cayeron en la trampa sin darse cuenta; de todas formas es que lo hicimos muy bien. Y ya habéis visto cómo ha reaccionado el «amo», nunca pensé que terminásemos así; ahora veo que sólo querían que nos fuésemos. A veces pienso que los que intentaron pegarme al principio no eran hombres de éste o de su padre, que sería el que vino la otra vez; luego es verdad que tenemos a varios o quizá muchos pendientes de nosotros, ya habéis oído lo que ha dicho. Por lo tanto la vigilancia debe continuar, hay que estar alerta en todo momento y nada más deje de llover hay que empezar a edificar el nuevo pueblo, hasta entonces no estaremos seguros ni protegidos —les dijo Juan.

Como aún faltaban muchas horas para que amaneciese, acordaron quiénes harían las guardias y el resto se retiraron a descansar, pues las horas de incertidumbre y desasosiego, el nerviosismo y la tensión sufrida, habían hecho mella en sus cuerpos.

No obstante, a primeras horas de la mañana cada cual se encontraba en su lugar de trabajo habitual; unos a la limpieza de corrales, a echarle comida a los animales, limpieza de la cuadra y llevar a dar agua a las mulas y a la borriquilla. Otros trabajaban en el taller de carpintería, ordeñaban las cabras, partían leña y cocían el pan, según les correspondía. Y sin olvidar nunca la vigilancia.

Juan los reunió a la hora de almorzar, pues el tiempo parecía que había cambiado y pensó en ir limpiando el terreno en donde iban a edificar el nuevo pueblo. El sol y el viento habían secado el lugar y no sería mala ocasión aprovechar los días buenos que fueran apareciendo, ya que cuando remitiesen los hielos iniciarían la construcción.

Así que al fin de aquella reunión quedaron en quitar las piedras que en él había y amontonarlas cerca, pues les servirían para hacer los cimientos y de relleno para los pisos de las casas. Cortar los árboles y arbustos, limpiando de raíces el lugar, ya que eran muy abundantes; también había romero y diversas plantas.

Aprovecharían el momento para ir haciendo zanjas, ahora el terreno estaba menos duro y querían construir sus casas con robusta base; harían un cimiento con buena piedra hasta una altura de algo más de un metro. La argamasa a utilizar la harían a base de fina arena sin cerner y cal apagada; de esto se encargaría Pedro Delgado, recogerían piedras calizas calentándolas en el horno para obtener cal y después la apagaría con agua. Conseguido esto, la dejaría que se endureciese y secase para luego desmenuzarla, con objeto de mezclarse con la arena; esta mezcla la amasaría con agua, obteniendo una argamasa ideal para unir las piedras y darle gran consistencia, ya que sobre los cimientos se harían tapias.

Para construir éstas ya Juan Ortiz y sus dos hijos habían hecho de madera dos pares de tapias; para ello hicieron cuatro tableros de madera fuerte y dos pequeños para los laterales; que se utilizarían, a veces los dos y otras sólo uno. Igualmente tenían preparados los «Costales», que son los gruesos listones que servirían para mantener los tapias en posición vertical; las «agujas», fuertes listones para mantener con agujeros y pasadores con objeto de mantener paralelos los table-

ros del tapial. Tampoco se les había olvidado hacer cuatro «mazos» que servirían para apisonar la tierra, listones muy gruesos que terminaban en su parte inferior en un buen trozo de pesada madera.

Trazarían las calles teniendo en cuenta su anchura, puesto que deseaban fuesen amplias y además anchas aceras, para lo que guardarían grandes piedras planas.

La tierra a emplear para hacer las tapias la traerían de no muy lejos, ya que habían hecho una cata en unos terrenos situados junto a la ermita y pudieron comprobar que se trataba de una tierra poco porosa y sobre todo compacta.

Como el buen tiempo se fue prolongando, dedicaron la mayor parte del día a las tareas de limpieza y preparación de materiales. Las zanjas les estaban resultando difíciles de hacer, pues aunque la época no era propicia para terrenos endurecidos, se encontraron con filones de piedra que tenían que doblegar a base de pico y muchas horas de duro trabajo. Pero aún así no se amilanaron y no cambiaron el trazado de las calles ni de las casas.

Hicieron un camino para ir a uno de los pozos de agua para beber, al cual le pusieron una especie de «brocal» sirviéndose de enormes bloques de piedras que pacientemente tuvieron que adosar unos a otros, con objeto de darle consistencia y seguridad. Dejaron otro bloque que tenía una gran concavidad para que les sirviese de pila, en la que constantemente querían tener agua; así las mujeres no tendrían necesidad de sacarla, pues podría encerrar algún peligro para ellas al tener que inclinarse subidas en aquellos bloques de piedra aún poco afianzados.

Finalizaba el mes de febrero y con él daba sus últimos coletazos aquel invierno, que aunque no había sido muy crudo sí resultó abundante en lluvias, algo de nieve y días de intenso frío. Pero como los días iban creciendo en su duración y el sol cada vez ofrecía mayor fuerza en sus rayos, la temperatura reinante se afianzaba de un día para otro.

## CAPITULO XI SE CONSTRUYE EL NUEVO PUEBLO

La vida en aquel incipiente pueblo no había cambiado en absoluto, nadie les había molestado; pero sí habían pasado muy cerca muchos gañanes que hacían sus labores y siempre por los terrenos circundantes. Tanto unos como otros se saludaban con gestos desde lejos y que todos eran considerados como de buena voluntad.

Las tierras sembradas presentaban un color verde intenso, todas habían nacido, por lo que se preveía una buena cosecha si el tiempo acompañase como hasta la fecha.

El lugar en donde se levantaría el nuevo pueblo estaba lim-

pio y se destacaba del resto de los terrenos; sólo se veía en él las zanjas hechas y abundante material, señal inequívoca de que el inicio de las obras era un hecho. Se apreciaban montones de piedra y arena por todas partes, pues querían dedicarle el mayor tiempo posible a la construcción. Menos María y el pequeño Francisco, todos trabajarían de lleno, de sol a sol. Así una mañana cuando el sol iluminaba con sus rayos aún débiles toda la zona un grupo de hombres iniciaba sus tareas; mientras unos preparaban las zanjas limpiándolas, otros hacían argamasa, y unos terceros acercaban las piedras que previamente habían seleccionado, dado que en la cimentación utilizarían piedra especial, la llamada *fundamental*.

Cuando llegó el momento de echar la primera palada de argamasa para poner sobre ella las primeras piedras, Juan llamó a todos para que presenciasen el momento más importante y sobre todo emocionante de los muchos que aún les tocarían vivir a todos.

—Pocos tienen la suerte de ver el inicio de la construcción de un pueblo, nosotros sí la vamos a tener; por eso os pido una oración y una súplica para que nos comprometamos a levantar un pueblo amante de Dios, honesto y trabajador. Y así nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos transmitirán a las generaciones futuras que la segunda fundación de este pueblo fue hecha por un grupo de hombres y mujeres que dieron su vida en aras del amor entre los hombres, la libertad y la convivencia.

A estas palabras siguió un impresionante silencio y cuando sobre aquella argamasa fueron colocando las primeras piedras, los ojos de todos los allí presentes afluyeron abundantes lágrimas, pero no lágrimas de compromiso o carnavalescas, sino lágrimas que procedían de lo más profundo de sus

corazones; especialmente hubo un corazón que lloró rabiosamente en su interior; no podría ser otro que el de Juan. Lloró como lo hacen los hombres, por amor a los demás y sobre todo porque estaba convencido de que ya nunca jamás la incuria de los hombres ocultaría la existencia de aquel pueblo que vivió aletargado, sumiso, fantaseado y vituperado por rapaces y amos de poca monta.

Juan, de nuevo, tuvo que romper el prolongado mutismo que siguió a esta impresionante escena; para lo cual con voz suave, clara y potente, según era habitual, les dijo:

—Espero que con el mismo amor e ilusión con que hacemos el pueblo, sepamos defenderlo y conservarlo, pues tan importante es el empezar como el terminar y no digamos el mantenerlo; pero yo os pido aún más, debemos marcar nos la meta de la superación.

—Sabemos que puedes contar con todos nosotros para lo que sea preciso y lucharemos siempre para conservarlo y superarnos día a día; esa es nuestra promesa —le dijo Asensio en nombre de todos.

—Así lo espero; bien, ahora cada cual a lo suyo —les dijo Juan al tiempo de agacharse para continuar trabajando, detalle que imitaron los demás, comenzando todos a trabajar.

Se pasaron la mayor parte del tiempo haciendo argamasas que servirían de asiento y unión para las piedras que poco a poco iban formando la cimentación de aquella primera casa. Se componía de una habitación que sería a la vez cocina, con un gran fogón, un camastro para dormir, un par de despensas a ambos lados de la chimenea; dos cuartos que servirían de dormitorios, una cuadra con pajera y camastro, y un corral en el que habría una gorrinera, gallineros y un porche para el carro y útiles de trabajo. También contaría con una cámara amplia que les serviría de granero y almacén.

Procuraron elegir piedras grandes para hacer los cimientos por dos motivos: porque se le daba más consistencia a la casa y por ser más rápida la construcción, ya que el muro que iban haciendo era bastante grueso, pues el que harían de tapia debía ser igualmente ancho y resistente; tenía que tener en cuenta que allí llovía mucho, nevaba y hacía mucho frío y muchísimo calor en los meses de verano. Además todas las casas que en esos momentos ocupaban tenían gruesas paredes, señal clara que les invitaba a hacer lo mismo; una construcción de esas características podía dar seguridad porque igual les privaba del frío que del calor de aquella zona, «invierno e invierno», como solían decir por allí sus gentes.

Los carros iban y venían trayendo grandes piedras, las cuales echaban en las «bolsas» para facilitar la carga y descarga de las mismas. Habían encontrado una buena cantera muy cerca de donde se encontraban, dos enormes pedregales en una de las laderas próximas al lugar en el que estaban trabajando. En cambio, la arena tenían que transportarla desde más lejos; desde luego era de buena calidad, aunque la más cercana la sacaban de unos terrenos que hallaron a una legua más o menos.

Cuatro de ellos estaban continuamente amasando, para ello echaban arena y sobre ésta cal apagada en una proporción determinada; después lo mezclaban pasándola de este montón a otro que iban haciendo, repitiéndolo otra vez. Era importante que la mezcla fuese lo más homogénea posible y una vez conseguida la argamasa que luego trasladaban al lugar donde se encontraban los encargados de construir los cimientos.

El ritmo de trabajo se elevaba por momentos, ya que en los primeros días fue muy lento, pues el relleno de aquella cantidad de zanjas parecía interminable. No obstante, como

las horas dedicadas eran muchas y la mano de obra numerosa, al término de una semana la cimentación sobresalía ya bastante del suelo. En un par de días más podrían terminar los cimientos de la primera casa; por ese motivo iban preparando las zanjas de la segunda, que al ir adosada a la otra uno de los laterales, servían los de la primera.

Ya iban haciendo algunos viajes de tierra; la traían de un paraje cercano a la ermita en ruinas, pues era la de mejor calidad de las que habían visto. Poco a poco fueron haciendo montones alrededor de la edificación, después la cernían con una zaranda dejándola apta para su empleo; hacían esto para impedir la presencia de piedras o algún que otro guijarro.

A la semana siguiente, cuatro de ellos se pusieron a construir tapia y el resto continuó haciendo cimientos; tenían que aprovechar aquel buen tiempo que ya duraba unas tres semanas.

Juan estaba al frente del grupo que continuaba abriendo zanjas y levantando cimientos; en el otro grupo estaba Pedro Delgado, pues era un experto en esa materia ya que allí en su pueblo se había dedicado algún tiempo a ese menester.

La construcción de tapias no era difícil, pero tenía un arte que había que dominar; la preparación de la tierra era importante, no convenía que estuviese seca, había que humedecerla. Antes de poner los tapiales se echaba un poco de yeso en toda la base, a continuación había que colocar éstos de tal manera que guardasen un paralelismo y una verticalidad; para ello eran necesarios los costales que se encargaban de mantener las fronteras de los tapiales en posición vertical, y las agujas que los mantenían paralelos.

Conseguida la colocación de estas hormas de encofrado, decidieron ponerse dos juntos, ya que así apisonaban la tie-

tra con el «mazo» y otros dos les servían ésta; lo más importante era apelmazarla bien para que no existiese porosidades, detalle que le daba mucha consistencia a la tapia. Era una labor dura, puesto que espuerta a espuerta y mazazo a mazazo había que hacer una mole de muro de toda seguridad.

Según iban sucediéndose los días, los hilos de tapia aumentaban haciendo que el aspecto de la construcción cambiase la fisonomía del lugar. Tanto los ángulos como el principio o final de una tapia eran protegidos, reforzados, con suficiente yeso, con objeto de asegurar ésta en aquellos lugares por donde podría erosionarse y al final quedar dañada la pared.

Pero una noche llovió bastante y tuvieron necesidad de dejar de trabajar, por lo que intentaron cubrir las partes más débiles con unas tejas, ya que el agua podría erosionar las tapias si continuase lloviendo. Como al día siguiente no llovió nada y el fuerte viento secó la mayor parte del lugar, decidieron reanudar los trabajos al otro día por la mañana.

Y cuál no sería su sorpresa cuando al llegar a la obra descubrieron dos tapias casi destrozadas y no por el agua sino por algún pico o algo parecido, ya que las señales dejadas no daban lugar a dudas. Asensio, que fue el primero que vio aquel espectáculo, más propio de un loco que de un cuerdo, llamó a todos:

—Juan, Alonso, Pedro; venid todos rápidamente! —maldecía y sentenciaba a aquel mal nacido autor de semejante salvajada, que utilizaba la oscuridad y la larga noche para destrozar aquello que tanto trabajo les estaba costando.

—¿Qué ocurre, Asensio? —le preguntó Juan acudiendo a su llamada inmediatamente.

Junto a él llegaron todos los demás, quienes pudieron con-

templar el destrozo originado a una de las paredes, en la cual estaban a punto de ser terminados los hilos de tapia.

—Pero, no es eso sólo, sino que han roto más de cien tejas y quemado el carrizo; esto ha sido obra de varios. Además han intentado picar otras paredes, pero como estaban duras lo han hecho en ésta que estaba más alta y menos protegida. Mirad éstas de aquí cómo están y veréis cómo lo intentaron —les dijo Asensio, señalándoles el lugar.

Vieron cómo varias paredes tenían picotazos, algunas muchas, pero se ve que estaban duras y desistieron. Detrás de la pared de entraba había muchas tejas totalmente destrozadas y en uno de los rincones todo manchado de humo, así como las paredes; allí es donde habían quemado un montón de carrizo, quedando sólo las cenizas.

—Está visto que no podemos vivir en paz, siempre hay alguien dispuesto a complicárnosla; ya no se atreven dando la cara y esperan a que llegue la noche para atacarnos. Antes había depredadores de animales y ahora también los tenemos de cosas; nunca pude pensar que llegasen al extremo de tirar nuestras casas y hacer lo que han hecho —les dijo Juan.

—Hay que ser un cobarde para hacer eso; pero os aseguro que si alguna vez cae alguno en mis manos les voy a dar más palos que a una estera —dijo Juan Ortiz, con rabia.

—Mientras dure la construcción de las casas nos veremos obligados a montar guardia, aquí, pues si no, algún día cuando vengamos a trabajar nos podemos volver a encontrar con una sorpresa como la de hoy o quizá mayor —dijo a su vez Pedro Delgado.

—¿Qué hacemos con estas tapias que están estropeadas a medias? —preguntó Andrés.

—Hay que romperlas todas y hacerlas de nuevo; sería pe-

ligroso no hacerlo así; hay que tirarlas y limpiar bien el lugar que ocupaban. Se les pondrá un poco yeso y encima hacerlas nuevas, no hay otro recurso; como si se hiciesen por primera vez —contestó en seguida Pedro.

—Pues, manos a la obra; mientras nosotros limpiamos todo esto, vosotros podéis continuar haciendo tapia. ¿Qué hacemos en los picotazos de las otras paredes? —preguntó Juan.

—Como son superficiales, los podéis tapar con yeso; aunque luego no se notarán, pues habrá que enlucir por dentro las paredes, sobre todo las de la cocina y los «cuartos». Para otras prepararemos cal y se blanquearán, así quedarán protegidas contra la lluvia —dijo Pedro.

Al término de aquel día se habían arreglado los detrozos de las paredes y retirado las tejas que dejaron sin romper, así como los ladrillos; los tapias se dejaban ya instalados y dispuestos para utilizar, pues era perder mucho tiempo el estar quitándolos, llevárselos a sus casas y volver a ponerlos al día siguiente. Además, a partir de aquella noche decidieron montar guardia en el lugar y dejar de hacerlo en el pueblo; sería más problemático para ellos, pero era la única solución si no querían ver toda su obra destruida.

Durante los días siguientes continuaron la tarea, unos haciendo tapia y otros construyendo cimientos, sin que nada viniese a turbar su trabajo; por las noches, la vigilancia no había observado ni la más leve anomalía; a nadie se le ocurrió volver por allí.

Los trabajos se llevaban a un buen ritmo por lo que ocho días después formaron un nuevo grupo constituido por cuatro de ellos, Juan Ortiz con uno de sus hijos y Andrés y su hijo Martín. Este grupo se encargaría de ir poniendo «techumbres», para lo que ya previamente tenían preparados largos «palos»; sobre éstos harían con maderas más cortas un empa-

rrillado y encima de éste pondrían el carrizo y la barda, que servirían de cielo raso, pues sobre éste tenían aún que echar barro para que hiciese las veces de argamasa en la colocación de las tejas.

Era muy importante para ellos cubrir al menos una habitación, pues las noches al sereno que tenían que pasar los vigilantes solían ser duras; al mismo tiempo les serviría para garantizar aún más su guardia, ya que vigilarían sin ser vistos. Así que unos días después pudieron disponer de aquella ayuda que a todos agradó.

Día tras día de intenso trabajo y noche tras noche de incansable vigilancia, el cansancio iba haciendo mella en algunos, especialmente en los más jóvenes; allí no había descanso en el trabajo y si a eso había que añadirle varias horas sin dormir, la mayoría de las noches, hizo que Miguel, Juan, Tomás y Julián, tuviesen necesidad de quedarse en la cama dos días. La encargada de su restablecimiento fue María, que a base de potingues, buena comida y mejores consejos logró recuperarlos en menos de cuarenta y ocho horas. A Miguel y a Juan les hizo tomar durante una semana unas tazas de toronjil en ayunas, para darles fuerza. A Tomás le recomendó tomarse varios días unas infusiones de grama, ya que debía vigilar el pequeño problema de riñón que de cuando en cuando tenía. Y a Julián le ordenó que tomase tres veces al día un tazón de bebida obtenida al cocer tomillo, pues venía teniendo desde hacía varias semanas unos dolores de estómago muy molestos y una acidez casi constante.

Incluso las mujeres les ayudaban, pues les preparaban el carrizo y la barda para las techumbres; llegaron hasta hacerles masas para la edificación de cimientos. También les llevaban espuertas de tierra y atena, transportaban yeso, teja

y piedra; allí nadie zanganeaba, todos aportaban lo que podían el tiempo que fuese necesario hacerlo.

Ellas tenían mucha ilusión por terminar cuanto antes sus casas en el nuevo pueblo y eso era lo que les llevaba a no desaprovechar ni un sólo segundo de su tiempo. Ayudaban a poner puertas y ventanas, así como a blanquear las paredes que daban al exterior y algunas del interior, ya que era una buena forma de impedir la erosión que producía el agua y el viento. Además las paredes blanqueadas daban un buen aspecto a la casa, de tal manera que cuando ellas las veían desde lejos se sentían muy orgullosas de su obra.

Las puertas y ventanas que ponían a aquella primera casa eran muy fuertes, así como los marcos que cogían con yeso y ladrillos en los huecos dejados al efecto. El sistema de seguridad tanto de ventanas como de puertas era muy efectivo: de marco a marco salían dos ángulos de madera gruesa y resistentes con una hendidura por las que se hacían pasar un resistente trozo de madera en forma de barra que unía ambos ángulos. Esto hacía que el cierre fuese hermético y de gran seguridad; el único inconveniente era que sólo se podía conseguir este hermetismo siempre que se cerrase por dentro, desde fuera no era posible hacerlo. Para conseguirlo, desde fuera tenían una aldaba de madera que sólo servía para que no estuviese siempre la puerta abierta.

Según estaba la situación no podían dejar las cosas a medias y ahora que todo lo estaban haciendo nuevo, era el mejor momento de dejarlo bien desde el principio.

Como lo más difícil para ellos era la construcción de las chimeneas, que originaban muchos problemas de goteras y demás, decidieron hacerlas por fuera de los tejados y en la parte más baja, así los tejados se hacían rápidamente al no tener aquel inconveniente. El cerramiento de los lados y la

parte superior los remataban con un caballete, cuyas tejas eran esta vez cogidas con yeso, pues allí el barro no resultaba efectivo.

La parte baja de la casa la emplearían toda ella, ya que allí se encontraban los lugares más utilizados, pues arriba sólo había cámaras destinadas a guardar toda clase de productos cultivados por ellos y otros dados por la madre naturaleza en los que no intervenían para nada, tales como bellotas, nueces y la gran diversidad de plantas aromáticas y medicinales.

En los corrales hacían un buen gallinero con muchos nidales amplios, contruidos con adobes; también conejeras, pero éstas estaban fuera del gallinero, así los conejos criarían más. Junto a estos una «gorrinera» y otro apartado para cabras y ovejas; todo esto con paredes de mediana altura para que los animales gozasen de buena ventilación. Unido a todas estas dependencias dispondrían de un amplio corral con un gran basurero, ya que luego la basura allí amontonada durante todo el año sería especial alimento para las tierras de labor, dado que a éstas les era necesaria una ayuda para reponer fuerzas.

El porche era lo suficientemente amplio como para admitir la estancia de un carruaje y las herramientas propias de la gente de campo. Y unido a éste una gran leñera para hacer todo tipo de leña que hiciese más llevadero aquellos inacabables inviernos. Al otro lado, la cuadra con capacidad suficiente para albergar un par de mulas, una pajera, un pequeño depósito para la cebada y un fuerte camastro; lugar apreciado en los fríos inviernos, puesto que el calor proporcionado por los animales resultaba confortable.

Aún dejaban un espacio a cielo descubierto para desahogo a la entrada y salida de animales y carruajes. Y finalmente la típica «portá», hecha de buena madera, de dos hojas,

a base de troncos y tableros más o menos rústicos pero que le daban seguridad.

A simple vista daba la impresión de que las casas eran grandes, pero no era así, lo que ocurría es que las habían distribuido muy bien y aprovechaban el terreno al máximo. Su construcción era rústica y humildes sus dependencias; a los interiores de algunas les daban yeso en las paredes y los suelos a base de grandes losas de piedra unidas con argamasa. Daban todos los cuartos a la habitación principal en donde el fogón era el rey, pues la lumbre que siempre albergaba proporcionaría el suficiente calor para poder aguantar con garantía el frío y la humedad reinante durante aquellos interminables inviernos. La cuadra también daba a ésta por una parte y al porche por la otra.

Transcurrieron tres semanas más y la primera de las casas estaba casi cubierta; la mayoría de sus tejados estaban terminados; le faltaban aún muchas cosas en su interior, pero ya se podía apreciar la buena disposición de la misma. Los marcos de las puertas y ventanas estaban puestos, al final se pondrían éstas; ahora era conveniente que hubiese mucha ventilación para que todo se secase bien, así se evitarían humedades.

Fueron pasando los días y las edificaciones nuevas iban apareciendo sin que hasta entonces nadie les hubiese vuelto a molestar, por lo que habían decidido suspender la vigilancia. Para ellos fue una verdadera liberación, pues no resultaba muy agradable pasarse todo el día trabajando y luego unas horas de vigilancia por las noches; los días eran ya muy largos y las noches se pasaban rápidas.

Ya habían terminado la casa de Juan que fue la primera, y ahora estaban casi terminando la segunda que correspondía a Asensio; les quedaba hacer el tejado, para lo que ha-

bían llevado todo el carrizo, la barda y las tejas. Querían dejarla terminada en esa semana y continuar con las restantes, ya que querían construir todo lo posible antes de que volviese el invierno; faltaban muchos meses y esto les animaba a continuar trabajando con ilusión, pues además tenían que atender los duros trabajos del campo que les rodeaban muchas horas en esa época.

Unas noches después, cuando ya nadie pensaba que volviesen a ser molestados, tuvieron que soportar una nueva acción salvaje; esta vez en la casa de Asensio. Al ir a trabajar pudieron ver aún una pequeña columna de humo que procedía del lugar en donde estaban trabajando. Al llegar allí la escena que presenciaron les encolerizó: habían prendido fuego al cañizo y la barda que quedaba en la misma puerta de la casa que estaban terminando; también habían roto todo el empanillado del tejado y parte de las tejas y se veían señales de haber intentado tirar las tapias que daban al corral, lo que no consiguieron debido al poco tiempo de que pudieron disponer.

Decidieron, indignados ir a presentar sus quejas al Comendador para que éste las presentase en los tribunales de Ocaña, Toledo, Avila y Madrid; al tiempo de reiterarles la concesión del título de villa, a ver si así les dejaban en paz y no les volvían a atacar de forma tan canallesca.

Al día siguiente, mientras los demás arreglaban los desperfectos ocasionados la noche anterior, Juan con Asensio y Alonso fueron a hablar con el Comendador. Le presentaron todas sus quejas, rogándole que tomase cartas en el asunto en representación de la justicia y poniendo en conocimiento de los pueblos de alrededor la legalidad de su situación y que estaban a la espera de que el rey les concediese el título de villa.



Regresaron muy contentos de la buena acogida de que fueron objeto por parte del Comendador, quien les dijo que pasaría un comunicado a las villas próximas advirtiéndoles a lo que se exponían si alguno de sus vecinos fuese sorprendido haciendo algo que dañase las propiedades de aquel grupo de vecinos legalmente establecidos y sólo quedaba recibir la autorización real y el título de concesión de villa. Este detalle les reconfortó, pues era precisamente lo que ellos deseaban que hiciese.

Les recordó que en el mes de mayo recibirían notificación de lo que debían entregarle en concepto de diezmos, para lo cual pasaría a comunicárselo un enviado suyo; este año pagarían por cría de ansarones y fabricación de tejas solamente, pero a partir del siguiente deberían hacerlo además de todos los productos por ellos cultivados.

Continuaron sus trabajos a gran ritmo y mientras unos terminaban con la segunda de las casas, el resto ya hacía tapias en la tercera. Cuando llegaba algún día de lluvia o de mucho viento lo aprovechaban para trabajar en el interior de las ya construidas, consiguiendo de esta manera no perder ni una sola jornada de trabajo.

Un día transportaron mucho carrizo y barda, cantidad de teja y ladrillo, dejándolo en el patio de la segunda casa; allí estaría más protegido y desde aquel lugar era más fácil pasarlo a la tercera de las casas en donde lo necesitaban ya.

Los encargados de la vigilancia lo harían cerca de este lugar, pues era en esos momentos lo más vulnerable, aunque sin descuidar el resto de lo allí existente. Como todos estaban muy cansados del trabajo desarrollado durante todo el día, se limitaban a dar unas vueltas y luego regresaban a la segunda casa en donde se guarecían y a veces hasta descabezaban un sueño.

José, hijo de Alonso y Ramón, hijo de Pedro Ortiz, se habían quedado dormidos y cuando despertaron a consecuencia de un fuerte ruido salieron al exterior con la mayor rapidez. Nada más aparecer por la puerta, José recibió un golpe en la cabeza que le dejó inconsciente y Ramón recibió otro en el brazo que le hizo caer también al suelo, aunque éste empezó a dar gritos, pues sentía mucho dolor en el lugar donde había recibido el brutal golpe. Los gritos asustaron a los fugitivos, quienes por miedo a que llegasen los demás salieron huyendo sin poder rematar su acción; solamente habían tirado una puerta y una ventana, cuyo ruido había despertado a los jóvenes. Ramón no dejaba de gritar y más aún cuando vio el estado en que se encontraba José que seguía inconsciente y sangraba por la herida que tenía en la cabeza. Como pudo se levantó, agarrándose el brazo golpeado, y salió corriendo hacia su casa sin dejar de dar gritos enormes. Mucho antes de llegar él ya venían corriendo su padre y el padre de José, quienes dormían poco cuando correspondía la vigilancia a sus hijos. Detrás de ellos salieron los demás a medio vestir.

—¿Qué ocurre, hijo, qué ocurre? —le preguntó su padre abrazándole.

—¿Dónde está mi hijo? ¿Le ha ocurrido algo? —preguntó angustiado el padre de José.

—Oímos un ruido muy grande y salimos a ver de qué se trataba; en ese momento recibimos un fuerte golpe; a José le dieron en la cabeza y está herido allí. No perdamos tiempo y vayamos a recogerlo, a mí me dieron en el brazo y me tiraron al suelo; me duele mucho pero he venido a dar la voz de alarma, pero José necesita ayuda —gritó Ramón.

Los padres corrieron hacia el lugar donde se encontraba José, seguía sangrando por la herida que tenía en la cabeza;

continuaba inconsciente, pues el golpe que le dieron tuvo que ser bastante fuerte.

—Aún está sin conocimiento, ayúdame a pasarlo a la casa, Alonso —le dijo Pedro.

—Vamos, Pedro, y no te preocupes que sólo está herido; ya está volviendo en sí —le contestó Alonso cuando José balbucía.

—José, hijo, no te preocupes que no tienes casi nada —le animó su padre.

—Me duele mucho la cabeza y todo me da vueltas —dijo con bastante trabajo José.

—No hables y mantén cerrados los ojos, sólo tienes una pequeña herida en la cabeza; pero ya no sangra. Enseguida te llevamos a casa, allí te curamos la herida y después a descansar; cuando te levantes mañana estarás bien —le dijo su padre.

Trasladaron a José a su casa en donde Mariana, su madre, les esperaba impaciente.

Al verlo con la cabeza llena de sangre se asustó.

—Mariana, no te asustes; viene un poco mareado del golpe, sólo tiene una pequeña herida en la cabeza. Lo que ocurre es que la sangre es muy escandalosa y da la impresión de que tiene algo importante; tranquila que en unos días se pondrá bien.

La madre estaba tan impresionada que no pudo hablar, se abrazó a su hijo y le besó repetidas veces sollozando.

—No llores madre, sólo ha sido un golpe y estoy un poco mareado; pero lo que no sé es lo que le puede haber pasado a Ramón, ¿qué ha sido? —preguntó José preocupado.

—Ramón está bien, solamente tiene un golpe en un brazo; él fue quien nos avisó diciéndonos lo que os había ocurrido a los dos. Ahora lo verás y comprobarás que se encuen-

tra perfectamente; estaba más preocupado por ti —le contestó su padre.

—¿Quiénes habrán sido estos cobardes? Son como los conejos, aparecen cuando no hay nadie y se esconden en su madriguera cuando se les busca —dijo José a su padre.

—Sí, hijo, son unos cobardes y si no hicieron más fue por que Ramón comenzó a dar gritos; aquello les tuvo que poner nerviosos y no pudieron hacer otra cosa —le contestó su padre mientras Mariana le lavaba la herida, que resultó ser aparatosa nada más.

—Es poca cosa, hijo; ya no te sangra —le habló su madre. En ese momento apareció un grupo encabezado por Juan.

—Perdonad que no hayamos venido antes, hemos estado recorriendo los alrededores y no hemos visto nada; han huido, como siempre. Ya sé que tanto José como Ramón no tienen nada importante, por eso preferí dar una vuelta antes. ¿Qué tal José? —le preguntó.

—Regular, me duele mucho la cabeza y a veces me mareo.

—Echate aquí, hijo, ahora te preparo un tazón de manzanilla —le dijo su madre.

Pasados unos minutos apareció María, acompañada de Alicia y Ana, quienes venían tapadas con una manta, pues a esas horas corría un vientecillo muy fresco.

—¿Cómo te encuentras, José? Ya veo que la herida es pequeña; no conviene ponerte nada en ella, cicatrizará pronto. Si te duele mucho la cabeza te prepararé un buen tazón de un brebaje que hago con cabezas de amapolas secas y luego cada ocho horas te tomas otro; ya verás qué pronto se te pasa —le dijo María observando la herida.

—Gracias, María. A veces me duele mucho.

—Buenos amigos, aquí lo que hay que hacer es tomar medidas definitivas y que nos dejen en paz. Dentro de una ho-

ra nos reuniremos en mi casa los cabezas de familia, las mujeres que ayuden a Mariana y a Juana; el resto de los jóvenes vigilarán hasta que terminemos de hablar ¿de acuerdo? — les dijo Juan.

—Bien, pasaré la noticia y allí nos reuniremos —contestó Asensio.

A partir de ese momento cada cual pasó a desempeñar su labor con arreglo a lo indicado por Juan. Las mujeres, capitaneadas por María, iban de casa de Juana a casa de Mariana ayudándola atendiendo a José y Ramón. María tuvo que hacer un nuevo brebaje para José a base de pulpa de nuez, ya que hubo momento que daba la impresión de perder la cabeza; después de un buen rato, José empezó a calmarse pero María no se apartó de él en toda la noche.

Los hombres habían acordado acudir a los Tribunales de Ocaña con objeto de plantear su situación actual y solicitar que se les concediese con la mayor urgencia posible el título de villa, ya solicitado a través del Comendador a ese Tribunal y a los de Toledo, Avila y Madrid. Pero sobre todo, mientras esto les fuese concedido, solicitaban ayuda para evitar que continuasen siendo objeto de la ira de unos cuantos a los cuales no les venía bien que se estableciesen allí. Decidieron ir en persona a presentar esta denuncia, siendo elegidos Juan y Asensio para tan importante misión. Pensaron que se debía hacer ya; por tanto quedaron en iniciar el viaje al día siguiente por la mañana en uno de los carros.

Cuando muy de mañana estaban haciendo los preparativos para el viaje, apareció Mariana buscando a Juan.

—¿Dónde está Juan? —preguntó ésta muy nerviosa y angustiada.

—Está ahí dentro, ¿ocurre algo, Mariana? —le preguntó Asensio.

—María no se encuentra bien y es necesario que lo sepa, pues sabemos que estáis preparando un viaje de varios días —le contestó.

—Espera que voy a llamarlo —dijo Asensio pasando al interior de la casa.

No había transcurrido ni un minuto cuando apareció Juan seguido de Asensio.

—¿Qué le ocurre a mi mujer, Mariana? —preguntó Juan con cara de preocupación.

—No lo sabemos, pero parece que le duele mucho en el bajo vientre —le contestó Mariana.

—Vamos, Mariana, ¿está en tu casa?

—¿Quiétes que vayamos contigo, o te esperamos aquí, Juan —le preguntó Asensio.

—No es necesario, podéis continuar; espero que sea cosa de poco —le contestó Juan alejándose.

Cuando llegó a casa de Mariana, oyó quejarse a su mujer; estaba acostada en uno de los camastros que había no muy lejos del fogón, junto a la pared. Junto a ella se encontraban el resto de las mujeres que al ver a Juan se apartaron a un lado.

—¿Qué te ocurre, María? —le preguntó Juan cogiendo a su esposa una de sus manos.

—Me duele en el bajo vientre mucho y tengo miedo de perder a nuestro hijo; me da la impresión de que voy a parir antes de tiempo; está visto que tenemos la negra —le contestó su esposa con un gesto mitad de dolor, mitad de desilusión, apretando la mano de su marido.

—Quizás hayas cogido frío durante la noche.

—Las mujeres sabemos bien de estos dolores, Juan; ya verás cómo no me equivoco, —comentó María.

—¿Quieres que te llevemos a casa? podemos trasladarte en un momento —le preguntó Juan.

—En estos casos es mejor no moverse, así que sea lo que Dios quiera —contestó su mujer.

—Creo que lleva razón María, y no te preocupes que ésta es vuestra casa; según están las cosas deberíamos preparar agua caliente —comentó Mariana.

—Entonces voy a decirle a Asensio que no podemos ir hoy; enseguida vuelvo —dijo Juan saliendo.

Contó a Asensio lo que ocurría y dejaron de preparar el viaje; ya irían cuando María estuviese bien; el viaje era importante, pero primero era su mujer.

María estuvo muy molesta toda la mañana; cada media hora sentía fuertes dolores y según iba pasando el día se iban acortando en el tiempo. Mientras tanto José y Ramón mejoraban de sus contusiones; de manera especial José, pues ya no le dolía la cabeza.

Serían las siete de la tarde cuando María empezó a sentir dolores de manera continuada. Estaría de unos cinco meses, por lo que el feto aunque nació vivo, murió a los pocos minutos. Se apreciaba que no estaba totalmente formado y se veía perfectamente que se trataba de una niña.

Fueron momentos muy tristes para todos, pero no hubo otra solución; gracias que a María no le ocurrió nada, pues después de todo no hubo complicaciones y parecía que se recobraba bien. Juan, después de enterrar el feto, no se apartaba ni un momento de María. Pensó que era el resultado de tantos y tantos sobresaltos; lo raro es que no hubiese ocurrido antes, pues María había aguantado situaciones críticas infinidad de veces que ahora le pasaban factura.

Y no terminaban ahí los males, pues al día siguiente sobre el mediodía se presentó el enviado del Comendador pa-

ra comunicarles que debían pagar los diezmos por cría de pollos, ansarones y por teja y tinaja. Esto molestó mucho a Juan ya que no se ajustaba a lo que el Comendador había dicho en su visita; era una injusticia que Juan no estaba dispuesto a dejar pasar e incluso llegaría a presentar pleito contra la autoridad real de no atender su ruego de que rectificase en la aplicación de los diezmos.

Restablecida María, Juan y Asensio realizaron el viaje presentándose ante el Tribunal de Ocaña en donde reclamaron sus derechos ante las salvajadas de que eran objeto, al tiempo de reiterar la concesión del título de villa y la facultad de poblar de manera oficial.

Regresaron muy contentos de las atenciones y promesas recibidas, por lo que decidieron hacerle una visita al Comendador para reclamar lo que consideraban era injusto. Pero éste no les quiso recibir, anunciándoles que si no estaban de acuerdo en el pago de los diezmos correspondientes presentasen pleito contra él cuando tuviesen que abonarlos en el mes de junio; los Tribunales reales fallarían el caso y habría que aceptar su decisión o abandonar aquellas tierras por incumplimiento del pago de impuestos.

Preferieron olvidar todo esto por ahora y continuar los trabajos en la concentración de las casas que aún faltaban; en ello emplearon algo más de tres meses, ya que necesitaban trasladar su residencia por motivos de seguridad, así como por los problemas que estaba presentando la laguna, no convenientes para su salud. Construyeron lo más necesario y luego irían haciendo lo demás, lo más importante ahora era abandonar las casas viejas.

También en esos meses habían sembrado garbanzos y melones y habían iniciado la recolección de la cebada y el trigo, que por cierto fue cosecha abundante.

Como el calor era grande en aquella época, trabajaban desde la salida del sol, resguardándose de sus rayos en las horas más críticas. Algo curioso en esas fechas era la abundancia de sanguijuelas en aquellos lugares en donde había agua encharcada, hasta tal punto que si alguno pretendía beber agua en alguno de estos sitios corría el peligro de que apareciese alguna en su boca si no tomaban las medidas necesarias. Con las mulas tuvieron varios casos y se vieron en la necesidad de tener que arrancárselas de la boca o de los mismos hocicos.

No sabían por qué pero ya nadie volvió a hacerles ninguna salvajada e incluso fueron al pueblo de Los Molinos a vender y comprar cosas que producían o necesitaban, y nadie les puso inconveniente alguno, aunque les miraban y comentaban entre ellos.

María se restableció totalmente y volvió a ser la mujer fuerte del grupo; José y Ramón se recuperaron fácilmente y todos miraban con optimismo el futuro de aquel pueblo que poco a poco se ensancharía en vecinos.

## CAPITULO XII CONCESION DEL TITULO DE VILLA

Y pasaron dos largos años de intenso trabajo, pues habían terminado las obras de la construcción del nuevo pueblo, cuyas viviendas, mitad casa de campo, mitad casa humilde. Eran bastante rústicas; un mismo cuarto se utilizaba para usos múltiples y en algunas el lugar destinado a refugio de los animales de trabajo estaba unido al de las personas por una simple puerta que a veces no era entera siquiera, sino media puerta. Se trataba de la típica cuadra, que no sólo servía de dormitorio a los animales, sino que era el lugar preferido para ganar, acomodándose en el sin par «camastro». Este era un armazón rústico de piedra y argamasa, sobre el que ponían un «blando» colchón, que no era otra cosa que un basto saco lleno de paja o barda. Completaba este confort la calefacción animal, haciendo de esa dependencia un sitio añorado en los largos y fríos inviernos para dormir, y para jugar las interesantes partidas de truco, juego de cartas que ellos mis-

mos fabricaban y pasaban largos ratos enfrascados en refi-  
das partidas en donde se oían continuamente los «truque,  
retruque, un par, la falta», etc.; siendo figuras estelares «el  
perro y la perra».

También eran amantes de practicar el lanzamiento de re-  
ja, herramienta en forma de cuña que se encuentra en la parte  
delantera del arado, especialmente los jóvenes. Lo importante  
no sólo era lanzarla lo más lejos posible, sino pinchar con  
la punta de la reja para que fuese válido el lanzamiento. Pa-  
ra el ganador era siempre motivo de satisfacción y orgullo  
ser el mejor lanzador; el vencedor era aquél que más lejos  
la llevaba bien quedando clavada o que hubiese pinchado.  
Si daba vueltas al ser lanzada o con la parte de atrás, la lla-  
mada «raberá», eran considerados nulos los lanzamientos.

Otro juego de habilidad que solían hacer era «la Calva»,  
lanzando unas enormes piedras largas y estrechas, llamadas  
«forrios», desde una distancia de unas veinte zancadas, con-  
tra una especie de hito de madera; formaban equipos de dos  
a dos, aunque lo normal era de cuatro.

Estos juegos los solían practicar en días de lluvia, bajo los  
porches en donde se guardaban los carros y herramientas de  
trabajo; así como en aquellos días dedicados al descanso, que  
a decir verdad eran muy pocos, pues la vida de la gente de  
campo era «mu atrastrá», como decían ellos.

Lo más importante es que ya era pueblo hecho, vivían de  
todo lo relacionado con los productos agrícolas, los cuales re-  
sultaban rentables en el cultivo, ya que disponían de buenas  
tierras. Comercian con los pueblos de alrededor, aunque  
con cierta tirantez, pues varios de ellos les habían presenta-  
do pleito por la ocupación de ciertas tierras y se oponían pa-  
ra que les concediesen el título de villa y la facultad de po-  
blar. No obstante ellos compraban y vendían en algunos pue-

blos, teniendo que soportar en más de una ocasión insultos  
y vejaciones que supieron afrontar con mucha paciencia.

También criaban diversidad de animales y ya contaban con  
un verdadero ganado de cabras y ovejas, consiguiendo sufi-  
ciente carne y excelente leche con la que hacían un buen que-  
so.

Estaban reconstruyendo la vieja ermita, casi derruida, pues-  
to que empezaron a hacer gestiones para que algún cura de  
un pueblo cercano pudiese ir por allí, al menos, dos veces  
al mes.

Todo era normal en el Concejo, exceptuando la nueva pre-  
ñez de María, a ver si en esta ocasión les acompañaba la suerte  
y llegaba arriba. Estaba a punto de parir, pues según ella le  
faltaban unos días para cumplir y ya tenía todo preparado.  
El pequeño Francisco era ya un hombrecillo, aunque parece  
que sentía pelusa por aquello que iba a nacer y no ponía muy  
buena cara cuando le decían que iba a tener una hermanita.

Las tierras se encontraban en plena producción proporcio-  
nándoles buenas cosechas; ahora querían plantar viñas, da-  
do que era un clima propicio para la uva de gran calidad:  
frío en invierno y mucho calor en verano. De ellas obtendrían  
un buen vino que sería fácil de vender o cambiar por otros  
productos que ellos necesitaban, pues varios pueblos de al-  
rededor carecían de este cultivo.

Como circundando a las lagunas había muchos terrenos  
salitrosos no aptos para el cultivo, formando costras de un  
color blancuzco y sabor salado, era curioso ver nacer allí gran  
cantidad de plantas de tallos ramosos de hojas muy vistosas,  
confundiendo el verde y el rojo, ya que su espiga era verde.  
Desde siempre sus mujeres cogían estas plantas y hacían unos  
manojillos para echarlos en el agua que utilizaban para la-

var; un día pensaron que podrían cultivarlo y ofrecerlo a los pueblos de alrededor. Y así lo hicieron, consiguiendo que ya se lo pidiesen muchas mujeres cuando éstos iban por las calles de los pueblos ofreciéndolos, puesto que habían comprobado que sus ropas quedaban mejor cuando lavaban con agua en la que habían echado la noche antes un manojo de aquella planta.

Era la primavera del año 1527 y la alegría de todos los componentes de aquel Concejo se podía ver en sus rostros, pues motivos había para ello; el campo presentaba un aspecto impresionante y los cultivos daban color y vida a la zona, vaticinando buenas cosechas. Otro motivo de alegría y esperanza era que María empezó a sentir muchas molestias y dolores, síntomas de que pariría de manera inminente, al tiempo de saber que llegarían pronto nuevos pobladores. Esta última noticia fue comunicada por un conocido de Andrés Calleja que había pasado por allí junto con otras que iban a pagar los diezmos al Comendador de El Campo. No obstante habían decidido pasar por allí con intención de dar la noticia y al mismo tiempo ver cómo estaba todo aquello, ya que se había corrido la voz y estaban interesados en verlo con sus propios ojos. Parece ser que se comentaba por muchos pueblos del Marquesado, así como por la Orden, tal circunstancia y había bastantes familias decididas a instalarse allí de manera definitiva. Todos sabían ya de los problemas surgidos, pero también conocían que era pueblo hecho y que no tardando mucho le sería concebido por el Rey el título de villa que ya había disfrutado hacía más de doscientos años y que por circunstancias había perdido. Lo curioso era que hubiese estado deshabitado, olvidado más de un siglo, disponiendo de tierras tan feraces; aunque ahora al saber el por qué de la ocultación del lugar y de las invenciones de aque-

lla sarta de embustes e historias maléficas, se explicaban el interés de algunos en propagar infundios.

A un pueblo supersticioso no es difícil hacerle tener vigentes las creencias en vanos presagios, sin que ninguno de ellos sea capaz de echar todo en saco roto y demostrar que realmente estos son producidos por acontecimientos puramente fortuitos. Allí hubo quien le sacó producto y cada día fueron multiplicando los hechos horribles que sólo eran producto de la imaginación de mentes calenturientas.

Y llegó el día treinta de abril, soleado, temperatura muy agradable desde primeras horas; el color verde de los campos y el canto alegre y bullicioso de los pájaros era el marco ideal para el magno acontecimiento que en pocas horas se iba a producir.

María, ya de mañana, empezó a notarse muy distinta; aquellos dolores suaves y no muy frecuentes pasaron a ser más fuertes y continuos. Al saberse la noticia, las mujeres fueron todas a su casa, aunque Rosa había pasado la noche allí, previniendo el acontecimiento. Rápidamente pusieron agua a calentar; prepararon todas aquellas cosas precisas y que en un momento así eran importantes tener a mano.

Los hombres continuaban en sus trabajos. Sólo Juan estaba en la casa pendiente de lo que le iban diciendo, pues tan pronto se encontraba sentado junto al fogón como dando vueltas por la casa. Las mujeres, que entraban y salían del cuarto en donde María se quejaba; le comunicaban si los dolores aumentaban o dejaba de sentirlos; los nervios se lo comían. Y así transcurrió todo el día; sólo a partir de las diez de la noche empezó a sentir María dolores más fuertes y menos distanciados en el tiempo; aquello parecía que iba en serio, por lo que todos, unos en sus casas y otros acompañando a Juan, no querían irse a la cama sin saber el resulta-

do de aquella larga situación que ya les empezaba a preocupar.

Pero no se hizo esperar mucho. Alrededor de la una de la madrugada, el uno de mayo, se oyó el lloriqueo del nuevo ser que había llegado al mundo en un lugar que aún no tenía nombre reconocido. De lo que sí podría jactarse algún día era de haber sido el primer nacimiento de la segunda fundación de aquella villa, antes de que la misma volviese a recibir el nombre con que se fundó.

Juan, que no paraba de dar vueltas al oír aquel llanto se dirigió inmediatamente a la puerta del cuarto en donde se encontraba su esposa. En ese mismo momento se abrió ésta apareciendo Alicia y Ana, reflejándose en sus rostros gran alegría. Estas, al ver a Juan, de pronto se sorprendieron, pero Ana le dijo rápidamente:

—¡Ya tienes lo que querías: es una chica muy hermosa y con mucho pelo.

—¿De verdad? ¿Cómo se encuentra María? —preguntó con un tono de nerviosismo, Juan.

—Está muy bien, un poco cansada, pues ha sido un parto muy largo; espera un poco y enseguida puedes pasar. Están terminando de lavarla y cambiarle la ropa —le dijo Alicia.

—Hoy será un día muy señalado para este pueblo, ya que ha nacido el primero de sus habitantes. Ahora es cuando se reanuda la historia de este lugar; a este primer nativo se irán sumando muchos más y un día formarán un gran pueblo. Quizá cuando pasen los años la madrugada del uno de mayo sea motivo de alegría para esta villa; intentaremos hacer algo para perpetuar su nombre —les dijo Juan realmente emocionado.

—Nosotras, todas las mujeres, habíamos pensado que si era chica se pusiese su nombre a la ermita nueva que estáis

haciendo, así quedará un recuerdo para siempre y elegiríamos como Patrona a Nuestra Señora de los Angeles. —dijo Ana igualmente emocionada.

—Haremos lo que vosotras queráis, hoy es para mí un día especial, quizá el más feliz de mi vida; no os podéis figurar lo que esto representa para mí —les dijo Juan con lágrimas en los ojos, que resbalaban por sus mejillas, como si tuviesen prisa por desaparecer.

En ese momento apareció Rosa que salía del cuarto. —Enhorabuena, Juan, al fin tienes una chica! Ya puedes pasar a verlas, se encuentran muy bien. No sabes la alegría que tengo dentro de mi cuerpo.

—Gracias, Rosa, gracias a todos vosotros que no nos habéis dejado en ningún momento; nunca podré pagaros lo que habéis hecho por mi mujer —les dijo Juan pasando al cuarto.

Al pasar, Juan se dirigió a la cama donde su esposa tenía a su lado un pequeño bulto del que asomaba una careja sonrosada (con una cabecilla poblada de pelo negro).

—¿Qué te parece, Juan? Ya tienes dos Matía de los Angeles —le dijo su mujer rebotante de alegría.

—En estos momentos soy el hombre más feliz de la tierra; siempre he deseado una chica por ti, para que te ayude y sea tu compañía toda tu vida —le contestó su esposo cogiéndole sus manos.

—Saben ya la noticia los chicos? Si se despiertan, déjales que vengan a ver a su hermana, les hará mucha ilusión; al pequeño déjale que duerma —le pidió su esposa.

Mientras tanto, las mujeres fueron a comunicar la noticia a todos los demás y en poco tiempo la casa de Juan se convirtió en algo parecido a una fiesta familiar.

Y fueron pasando los días, las semanas, los meses y los años



para aquellas familias cuya mayor ilusión era que se les concediese el título de villa. Por ello luchaban día a día reclamando este derecho que se iba retrasando más tiempo de lo que deseaban. No obstante el anuncio de la llegada de nuevos pobladores se fue cumpliendo en todo este tiempo y aquel Concejo se fue ensanchando hasta tal punto que ocuparon todas las tierras libres.

Desde que sostuvieron el pleito con el Comendador por el asunto de los diezmos, las relaciones se endurecieron y tuvieron que pasar momentos muy delicados a los cuales fueron sobreponiéndose gracias a las numerosas visitas que Juan llevó a cabo a los Tribunales de Avila, Ocaña, Toledo o Madrid. Unas veces era para anunciarle que los pueblos de alrededor habían presentado pleito para que no se les concediese el título alegando que no disponían de término suficiente o cualquier otra patraña, y otras para presentar él en nombre de su Concejo pleitos contra estos pueblos reclamando unos terrenos, dehesas, viñas, o ejidos, que legalmente les pertenecían y que aquéllos se apropiaron de los mismos sin solicitar la correspondiente autorización al rey, tomándolos por su cuenta y riesgo.

Como ni unos ni otros daban su brazo a torcer, en el transcurso de varios años llegaron a tener roces personales, hasta tal punto que nadie salía solo, normalmente en grupo. El desaliento cundía entre los acompañantes de Juan que veían pasar los años, algunos ya llevaban seis años, esperando la decisión real. Y precisamente esta tardanza hacía que los interesados de los pueblos limítrofes, que se habían adueñado sin más de tierras pertenecientes a aquel Concejo, se acrecentaban en la idea de que les fuese negado a éstos la facultad de poblar y por consiguiente la concesión de título de villa. No obstante, Juan, con esa enorme fuerza de voluntad

de la que ya en múltiples ocasiones había hecho gala, no cesó en su empeño y supo retener a todos a su lado venciendo toda clase de dificultades a base de tesón y cotaje. Incluso él, a veces llegó a pensar si no estaría trabajando allí inútilmente esperando una decisión que bien podría no llegar nunca; pero un sexto sentido le decía que no perdiese la confianza en Dios y en la justicia de los hombres, pues aunque esta última parecía muy deteriorada, tenía la seguridad de que la autorización real no tardaría mucho tiempo.

Cuando todo parecía estar en contra, ya que gentes de los pueblos cercanos les insultaban y desafiaban al tres por dos, así como la vuelta de espaldas del Comendador por cuestiones personales, Juan reunió a todos los vecinos de aquel Concejo que él presidía para decirles:

—Amigos, sé que nuestra situación no es lo buena que yo desearía, pero hay que tener confianza en el buen criterio de nuestro Emperador y esperar un poco más. En nuestra última visita a los Tribunales se nos garantizó que sólo faltaban la firma real, por lo que os vuelvo a pedir una vez más un poco de paciencia, puesto que el Emperador se encontraba ausente. Y caso de prolongarse ésta nos aseguraron que podría firmarlo la reina, por no retrasarlo más, ya que igual que estamos nosotros hay mucha gente en iguales o parecidas circunstancias, además de otras cuestiones de gran interés que están pendientes del regreso del rey.

Estas palabras fueron un sedante, un incentivo para todos y haciendo caso omiso de las sugerencias de Juan, se sometieron a la decisión de éste de continuar en aquel lugar, con la esperanza de que en un corto espacio de tiempo se les reconociesen sus derechos y no tuviesen que soportar por más tiempo toda aquella clase de vejaciones que procedían siempre de un reducido número de sujetos que nunca vieron con

buenos ojos la presencia en aquellas tierras de extraños, según les llamaban ellos, que poco a poco se fuesen apoderando de éstas privándoles a aquéllos de las mismas. Y Juan les demostró que ni eran extraños ni habían quitado nada a nadie nunca.

Así pudo contenerles hasta que llegó el día 28 de agosto de 1531 en el que alrededor del mediodía vieron aparecer a tres hombres montados sobre tres hermosos caballos, vestidos de manera no corriente en aquel lugar, que buscaban a Juan Mayordomo. Rápidamente fueron a buscarle, pues se encontraba en el monte próximo al pueblo cortando la madera que necesitaban para la ermita que ya llevaban tiempo construyendo y junto a él un grupo de vecinos ayudándole en la tarea de cortar y limpiar.

Aunque Juan era un hombre acostumbrado a soportar los vaivenes de su atribulada vida, que hasta la fecha le había proporcionado pocas satisfacciones, cuando le fue comunicada la noticia le entró un nerviosismo no habitual en él, y a su cabeza afluyeron infinidad de cábalas que le amartillaron en todo el trayecto; aunque una dominaba sobre las demás, aquella no era otra sino la de que aquellos hombres traían noticias de la Corte. Y si así era podría tratarse de la autorización real para poblar y la concesión del tan esperado título de aquel Concejo que venía funcionando como tal desde hacía seis años. Aunque también podría tratarse de una comunicación negándoles el derecho que ellos creían tener sobre aquellas tierras. Según se iba acercando a aquellas tres personas, su corazón aceleraba los latidos hasta llegar a un ritmo trepidante que le hizo detenerse mareado.

Por eso cuando llegó ante ellos, apenas sí podía hablar. No obstante, sacando fuerzas desde lo más profundo de su ser, saludando a los tres y con voz pausada les dijo:

—¿Qué tal, amigos? Yo soy Juan Mayordomo, pero pasad a mi casa y allí hablaremos; aquí hace mucho calor. Además podréis beber agua fresca y descansar, pues me supongo que estaréis cansados si venís de muy lejos, ya que estas llanuras son duras para cabalgar.

—Se lo agradeceremos, pues bien es verdad que no es muy agradable atravesar estas tierras en medio de este calor infernal —le dijo el que parecía llevar la voz cantante.

Juan les condujo a su casa y ya en el interior les ofreció unas sillas para sentarse y agua muy fresquita para que pudiesen paliar su sed.

—Bueno, me tenéis a vuestra disposición —les dijo al tiempo que se sentaba también.

Levantándose el que iba al frente de los tres, sacó un pergamino enrollado de una bolsa que llevaba colgada, en el que se apreciaba un sello lacrado en el centro del mismo.

—Soy un enviado de su Majestad la Reina para entregarle personalmente estos documentos que deberá presentar después al Comendador para conocimiento de éste, aunque oficialmente recibirá notificación desde Avila —le dijo el enviado, al tiempo de levantarse los otros dos.

—Espero que se trate de una buena noticia —dijo Juan recogiendo aquellos documentos.

—Pienso que no es mala, ya lo verá; nosotros debemos marcharnos, así que gracias por su hospitalidad y hasta otra vez —dijo como despedida el que decía ser el enviado, saliendo juntamente con los dos que le acompañaban.

—Dios te oiga, amigo, y ya sabéis donde encontraréis siempre una casa abierta y un buen amigo. ¿Necesitáis alguna cosa?, podéis contar con ella —le dijo Juan.

—No, gracias, aún nos quedan muchas leguas que recorrer; nos vamos —le contestaron alejándose.

Nada más verlos alejarse, Juan llamó a Asensio, Juan Ortiz y Pedro Delgado, quienes llegaron a su casa al momento, pues pensó que al abrir el pergamino debían estar éstos presentes.

—Os he llamado para que seáis testigos de lo que aquí nos envía nuestra reina, y si es lo que pienso, ya no tendremos que estar aquí como extraños —les dijo Juan.

Este rompió el sello real y extendió el pergamino; enrollado con él venía un escrito, el cual según iba leyendo su rostro cambiaba de mil colores distintos; sus manos temblaba y de sus ojos brotaban lágrimas.

—¿Es algo desagradable, Juan? ¿No nos conceden la facultad de poblar? —le preguntó Asensio.

—Lloro de alegría, amigos; ahí tenéis la autorización real para poblar y la concesión del Privilegio de Villa, con fecha de diez de agosto de 1531. Y según este escrito, viene firmado en Avila por la Emperatriz y la Reina, por encontrarse el Emperador Carlos V ausente, solucionando problemas de Estado. Igualmente indica que se llame a todos los vecinos de este Concejo a campana tañida y se le lea públicamente para general conocimiento. Así que cumplamos el mandato, salid a llamar a todos —les pidió a los tres Juan.

La alegría que embargaba a todos los vecinos fue tan grande que durante varios días celebraron tan feliz acontecimiento, llegando a saberse la noticia en todos los pueblos de la comarca en poco tiempo. Por cierto que, para un número determinado de sujetos no fue una noticia agradable, y no por que volviese a fundarse el pueblo desaparecido u olvidado, sino porque tarde o temprano tendrían que devolver aquellas tierras de las que se apropiaron indebidamente sin solicitar la autorización real.

Pero aquella alegría fue truncada de raíz por un hecho luc-

tuoso y triste, la única hija de Juan y María, la pequeña María de los Angeles, moría una madrugada de una forma casi repentina; era a la salida del sol del día dos de septiembre de 1531.

La niña había permanecido el día anterior sin salir de su casa porque al parecer le dolía la cabeza y el pecho; María le había hecho tomar unas tazas de manzanilla y una infusión de cabezas de amapola. Esa misma tarde se encontraba alegre e incluso jugó con su hermano Francisco; cenó tranquilamente y se fue con María a la cama después de dar un beso a su padre y a sus hermanos. Todo era normal, pero alrededor de las cuatro de la madrugada la niña se agarró con sus manitas al cuerpo de su madre con tanta fuerza que María asustada, se levantó. Juan, tapando a su hija, salió con ella del cuarto y se sentó en la banca junto a la luz de un candil, creyendo que se trataba de algún sueño que había tenido la pequeña; pero María observó que su hija cerraba y abría los ojos de cuando en cuando, movía mucho la cabeza y no decía una palabra, sólo miraba a sus padres con ojos de espanto como queriéndoles decir algo, como anunciándoles que algo malo le estaba ocurriendo y ella no tenía fuerzas suficientes para decirles qué.

Todo ocurrió tan rápido que no les dio tiempo a tomar ninguna determinación de llevarla a algún pueblo próximo en donde la pudiesen atender. Cuando se dieron cuenta, la niña había muerto en los brazos de su padre; expiró de manera brusca, con los dientes enclavijados.

La noticia conmocionó al pueblo, pues María de los Angeles era la niña mimada de todos y la alegría de la casa; para cualquiera de los vecinos fue un duro golpe, pero para María y Juan supuso perder muchos años de su vida, de aquella vida que una vez más le había mostrado la cara mala, la que

desde hacía muchos años les venía negando la paz y la esperanza. No obstante, Juan, haciendo gala de su condiciones, se sobreponía a aquella puñalada mortal que había recibido.

María, en cambio, ya no se recuperaría de aquel hecho desgraciado, el cual dejaría una huella perenne de dolor y tristeza hasta el momento de su muerte, pues aunque sus otros hijos le proporcionaron muchas alegrías, no pudieron borrar aquella mueca de desesperanza que hacía de ella una mujer triste, decaída, derrumbada ante los ojos de su familia. Lo que no perdió nunca fue su personalidad y arrogancia a la hora de colaborar con su marido para llevar adelante los destinos de aquel pueblo que ellos supieron sacar del capítulo del olvido.

Fueron pasando los años y el ritmo de llegada de pobladores se aceleró. Esto hizo que Juan, en nombre del Concejo, luchase a base de pleitos con los pueblos de su alrededor con objeto de recuperar las tierras, ejidos, viñas y dehesas que aún estaban en manos de aquéllos que se las apropiaron en aquel largo período de años que permaneció olvidado.

Todo este tiempo representó para Juan una lucha constante y eficaz, ya que a su recia personalidad se unía su constancia, su buen hacer y el amor hacia sus semejantes. Poco a poco el cansancio iba haciendo mella en él por lo que una vez conseguida la confirmación del Privilegio de villa con fecha 19 de febrero de 1552, en el Capítulo General de la Orden de Santiago, celebrado en Madrid, le animó a tomar la decisión de dejar el cargo de Alcalde que tras 27 años había venido desempeñando. Pero lo dejaba en manos de su hijo Miguel, al que en todo momento asesoraría, pues pensaba que había conseguido ya su propósito y creyó que era conveniente dejar a un hombre joven para las difíciles tareas de go-

bierno y administración que aún debería llevar a cabo hasta conseguir formar el gran pueblo que él siempre deseó.

Por eso, cuando aquel último día que regía los destinos de su pueblo, sentado en aquella mesa, testigo de las innumerables horas amargas de trabajo y desasosiego, quiso hacer un rápido repaso a su gestión, un pequeño examen de su actuación como Alcalde. Quería ver si los objetivos que se impuso los había conseguido y si las bases de aquel pueblo eran lo suficientemente fuertes para que ya nunca nadie pudiese minarlas intentando hacerle pasar otra vez a aquel odioso olvido al que estuvo sometido más de un centenar de años, producto del acoso y penuria de los hombres.

Recordaba como si se tratase de ese momento de aquel primer viaje y de la llegada al pueblo olvidado; aquella primera noche silenciosa, pero rutilante y medrosa a la vez. Fue una aventura en ese momento disparatada para muchos, en la que sus hijos, su esposa y la fe en el triunfo, le dieron la fuerza suficiente para aguantar las embestidas a las que fueron sometidos. Eso era tarea de locos, de suicidas o de personas recias y gran coraje, sabiendo que iban a un lugar en donde epidemias, plagas y pestes se habían enseñoreado dejando una estela de muerte y terror, cuyas historias y fantasías eran de dominio público.

Aquellos primeros días y sobre todo las noches, fueron para ellos algo que no olvidarían nunca, puesto que a la alegría que suponía ir descubriendo terrenos, plantas, alimentos y diversas clases de animales que cazaban, se oponía la agresividad de algunos de los habitantes que manifestaban su desagrado utilizando medios poco menos que prehistóricos. Si a esto se unía la serie de historias y cuentos fantasmagóricos que por todas partes les contaban, les hizo pensar en más de una ocasión si no estarían locos al permanecer allí en una

soledad angustiosa que sólo fue rota cuando llegaron los primeros pobladores. Revulsivo que fue fundamental para seguir aquella línea que se trazó de recuperar aquel pueblo en donde sus familiares habían adquirido unos derechos que pudieron disfrutar. Y aunque las dificultades volvieron a aparecer por varios puntos, su carácter fuerte, su amor por la libertad y la idea de dar nueva vida a aquel trozo de tierra, le dio fuerzas para no dar nunca un paso atrás y convertir ese lugar en algo tan suyo, tan particular que no dudó nunca en jugarse la vida por defenderlo.

Poco a poco fue formando el pueblo que siempre soñó, en donde la libertad y la responsabilidad eran parientes; bastante tuvo que soportar hasta que se vio en la necesidad de abandonar su pueblo en donde había vivido con su familia. Por eso, al saber que existía un lugar abandonado, olvidado, que reunía unas condiciones dignas de tener en cuenta, dejó todo y decidió aposentarse echando a un lado los peligros que le acarrearía aquella decisión.

Y ahora, después de veintisiete años de lucha constante, piensa que es la hora de dejar paso a un hombre joven al que él había venido preparando pensando en ese momento. Le dejaba un pueblo que había nacido otra vez y lo había hecho dentro de unas normas impuestas bajo el signo del amor, de la justicia y de la libertad. Había repartido las tierras iguales; administró justicia siempre teniendo como bandera la verdad y como deseo ser siempre un hombre libre, dejó libertad de pensamiento y de acción a todos.

Cuando se encontraba ensimismado en estos pensamientos alguien le dijo cariñosamente:

—¿Me has mandado llamar, padre? ¿Necesitas que te haga algo? Le preguntó su hijo Miguel.

—Sí Miguel, quiero hablar contigo aquí, en este lugar que

a partir de mañana será ocupado por ti. Espero que nunca olvides cómo nació este nuestro pueblo, cómo recibió en todo momento a los que en él se instalaron y cuál es el objetivo. Aquí nunca fue nadie forastero y así ha de seguir siéndolo, es más forastero el nativo que no trabaja ni colabora para el engrandecimiento de su pueblo que aquél que sin haber nacido aquí trabaja por ese pueblo que lo cobija. En los pueblos siempre hay alguna rata que pretende encubrir su incapacidad y cobardía echando la culpa al que no la tiene, y siempre paga el que ellos llaman forastero. Y quiero que pienses, hijo mío, que los pueblos se hacen grandes con la colaboración y el apoyo de todos sus vecinos sin tener en cuenta su procedencia; ya sabes que los hombres se deben valorar por lo que hacen y no por lo que dicen. Hemos creado un pueblo honrado y trabajador cuya bandera debe ser la blanca, que representa la pureza, la paz y la libertad que todos supimos ganar con mucho sacrificio. Este pueblo que fue abolido por epidemias y plagas, y que fue olvidado más de cien años, resurge ahora con fuerza suficiente para que nunca más pueda pasar al anonimato y al olvido. Desde mañana tú serás su representante, espero sepas honrarlo y defenderlo siempre con orgullo y con amor; un fuerte abrazo, hijo.

Miguel, con lágrimas en los ojos y abrazando fuerte a su padre, le dijo:

—Espero ser un fiel continuador y contribuir con mi trabajo y dedicación a que ya nunca más sea un pueblo olvidado.